

# ARCHIVOS

## de historia del movimiento obrero y la izquierda

---

Año II - Nº 3 - Septiembre de 2013



Ilustración de  
**Martín Galdúa**,  
especial para *Archivos de  
Historia del Movimiento  
Obrero y la Izquierda*

***Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*** es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

***Archivos*** está abierta a aportes científico-académicos de autores de distintas disciplinas sociales, tanto desde una perspectiva marxista como desde otros enfoques que contribuyan a dicho propósito.

Es una publicación semestral, con referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión del Comité Editor.

Los resúmenes de los artículos, en castellano y en inglés, se encuentran al final de cada texto.

***Archivos*** es una publicación del Programa de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda (PROHMOI), y cuenta con el apoyo del Proyecto UBACYT “Movimiento obrero e izquierdas en la Argentina, 1890-1945. Elementos para un análisis global”, Programación Científica 2012-2014.

Correo postal: Franklin 822, 2º, (1405) CABA - Argentina

En Internet: [www.archivosrevista.com.ar](http://www.archivosrevista.com.ar)

Correo electrónico: [archivosrevistadehistoria@gmail.com](mailto:archivosrevistadehistoria@gmail.com)

## **Director y Editor Responsable**

Hernán Camarero (Universidad de Buenos Aires/Conicet)

## **Comité Editor**

Alejandro Belkin

Universidad de Buenos Aires

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Laura Caruso

Universidad de Buenos Aires -

Universidad Nacional de San Martín

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires

Hernán Díaz

Universidad de Buenos Aires

Daniel Gaido

Universidad Nacional de Córdoba - Conicet

Carlos Herrera

Université de Cergy-Pontoise, Francia

Antonio Oliva

Universidad Nacional de Rosario

Leandro Molinaro

Universidad de Buenos Aires

Lucas Poy

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Alicia Rojo

Universidad de Buenos Aires

Claudia Santa Cruz

Universidad de Buenos Aires

Ludmila Scheinkman

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Paula Varela

Universidad de Buenos Aires - Conicet

---

## **Consejo Asesor**

**Bernhard H. Bayerlein** (Centre for Contemporary History Potsdam. *The International Newsletter of Communist Studies*, Alemania) – **Ricardo Melgar Bao** (Instituto Nacional de Antropología e Historia, México) – **Daniel James** (Indiana University, Estados Unidos) – **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura, Unicamp, Brasil) – **Richard B. Day** (University of Toronto, Canadá) – **Nicolás Iñigo Carrera** (Conicet. Instituto “Emilio Ravignani”, UBA. PIMSA) – **Eduardo Grüner** (Universidad de Buenos Aires) – **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität Mainz, Alemania) – **Peter D. Thomas** (Brunel University, London. *Historical Materialism: Research in Critical Marxist Theory*, Inglaterra) – **Andréia Galvão** (Arquivo Edgard Leuenroth, Unicamp, Brasil) – **Pablo Pozzi** (UBA) – **Stathis Kouvelakis** (King’s College, Inglaterra) – **Massimo Modonesi** (Universidad Nacional Autónoma de México) – **Oswaldo Coggiola** (Universidade de São Paulo, Brasil) – **Omar Acha** (UBA-Conicet) – **Alejandro Schneider** (UBA, Universidad Nacional de La Plata) – **Agustín Santella** (UBA-Conicet) – **Sebastian Budgen** (*Historical Materialism: Research in Critical Marxist Theory*, Inglaterra) – **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República, Uruguay) – **Olga Ulianova** (Instituto de Estudios Avanzados, USACH. Revista *Izquierdas*, Chile) – **Victor Jelifets** (Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia)

---

ISSN: 2313-9749

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina

# Índice

Presentación .....	5
--------------------	---

## **Dossier: “Ideas y compromiso político: intelectuales e izquierda en la Argentina”**

El período formativo de un intelectual: Milcíades Peña y el trotskismo en las décadas de 1940-1950, por <i>Hernán Camarero</i> .....	9
--	---

El intelectual como partido: Dardo Cúneo y la experiencia de <i>Acción Socialista</i> , por <i>Carlos Miguel Herrera</i> .....	35
---	----

Del populismo marxista al postmarxista: la trayectoria de Ernesto Laclau en la Izquierda Nacional (1963-2013), por <i>Omar Acha</i> .....	57
---	----

## **Artículos**

La crítica del sindicalismo revolucionario argentino al parlamentarismo (1905-1912), por <i>Alejandro Belkin</i> .....	81
---	----

La represión política en Río Negro en las décadas de 1930 y 1940. El caso de los anarquistas, por <i>Graciela Noelia Suárez</i> .....	107
--	-----

## **Ensayos/Intervenciones**

Los orígenes del peronismo y la tarea del historiador, por <i>Daniel James</i> .....	131
---	-----

## **Perfiles**

Ricardo Falcón (1945-2010). Alcances y límites de una propuesta historiográfica para el estudio del mundo de los trabajadores en Argentina, por <i>Lucas Poy</i> .....	149
--	-----

## **Crítica de libros**

<i>Marx y Engels</i> (David Riazanov), por <i>Walter L. Koppmann</i> .....	169
<i>A história do PT</i> (Lincoln Secco), por <i>Fernando Sarti Ferreira</i> .....	171
<i>El micrazo: historia de la organización de los choferes de TDO-Ecotrans</i> (Javier Díaz), por <i>Diego Ceruso</i> .....	174
<i>Rojos en la Córdoba obrera, 1930-1943</i> (Mariana Mastrángelo), por <i>Alicia Rojo</i> .....	177
<i>Revolta obrera y masacre en La Forestal</i> (Alejandro Jasinski), por <i>Antonio Oliva</i> .....	180
<i>Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo</i> (Juan Carlos Torre), por <i>Mariel I. Payo Esper</i> .....	183
<b>Instrucciones para los autores</b> .....	

## Presentación

Para pensar la historia de la izquierda, la exploración del papel desempeñado por sus intelectuales resulta fundamental. El análisis de sus trayectorias ilumina los caminos a través de los cuales un cuerpo de ideas germina y se desarrolla en una elaboración que nunca puede concebirse en términos individuales, en tanto se halla necesariamente influida y en interacción con la sociedad en la que se encuentra inserta. Si en general el vínculo con la política es el que históricamente más puso a prueba y afectó el devenir de los intelectuales, ello fue particularmente intenso en toda la tradición surgida desde Marx. Como expresión de ello, la espinosa dimensión del compromiso político, y más específicamente la del partido, adquirió desde siempre una particular intensidad. Constituye un prisma de análisis esencial para comprender un tema tan relevante como complejo, dada la articulación de cuestiones teóricas, ideológicas, programáticas y estratégicas. A una primera exploración de estas problemáticas está consagrado la mayor parte del presente número de ***Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda***.

Precisamente, el Dossier se titula “Ideas y compromiso político: intelectuales e izquierda en la Argentina”, y se estructura en torno a tres estudios de caso. Hernán Camarero aborda el período formativo de Milcíades Peña, un destacado intelectual marxista crítico de mediados del siglo XX, forjador de una original interpretación histórico-sociológica sobre la estructura socioeconómica del país, la clase dominante y el peronismo. Examina el modo en que Peña se insertó en una de las tendencias del trotskismo durante las décadas de 1940-1950, las características políticas, programáticas y organizativas de dicha corriente y la incidencia que esta experiencia militante tuvo en la configuración de las ideas y la producción del autor de *Historia del pueblo argentino*. Carlos Miguel Herrera, en tanto, considera la experiencia del intelectual y dirigente socialista Dardo Cúneo, sobre todo durante el segundo gobierno de Perón. Delinea su itinerario, tanto en el seno del PS como, tras su expulsión del partido en 1952, en el nuevo proyecto político que emprendió desde el periódico *Acción Socialista*, inspirado en la Sociedad Fabiana. Explora el fracaso del intento de Cúneo de transformar un centro de estudios, diagramado para influir práctica y programáticamente en el PS y en el conjunto de la izquierda, en un grupo político alternativo. Por último,

Omar Acha recorre la obra marxista y postmarxista de Ernesto Laclau, exponiendo los persistentes vínculos que éste tuvo desde 1963 con los planteos teórico-estratégicos de la Izquierda Nacional. En especial, se detiene en el significado de la perspectiva populista del autor, entendiendo que su pensamiento, más allá de sus afectaciones filosóficas, nunca dejó de quedar supeditado a la identidad peronista, sin incidir en el proyecto gramsciano de una “reforma intelectual y moral” que habilitase una hegemonía “obrera y popular” elevándola al plano “nacional”. Estos trabajos muestran una relación compleja de los intelectuales con los partidos, que ponen en cuestión ciertas reconstrucciones que simplifican estos vínculos en términos meramente represivos. En próximos números de *Archivos* continuaremos con otros aportes que retomen y amplíen estas líneas de análisis.

Un texto de Daniel James inaugura una nueva sección de la revista: “Ensayos/Intervenciones”. La colaboración que nos acercó el investigador británico se orienta a una reflexión teórica e historiográfica sobre algunas cuestiones referidas a los orígenes del peronismo: el 17 de octubre, la imagen del “cabecita negra” o las perspectivas analíticas de Laclau. Algunas de las propuestas de James, particularmente en la evaluación que se hace de la obra de Laclau, tienen aristas diferenciales con el texto de Acha: todo ello contribuye a un enriquecimiento de nuestra revista y es un canal para el debate historiográfico.

En “Artículos” reanudamos la publicación de trabajos que cooperan a un mayor conocimiento de las corrientes de izquierda y del movimiento obrero en las primeras décadas del siglo XX argentino. En uno, Alejandro Belkin examina la crítica del sindicalismo revolucionario a la democracia burguesa, al parlamentarismo y, en general, a los más modernos mecanismos de dominación en la sociedad capitalista, bajo el contexto de la reforma electoral propiciada por la Ley Sáenz Peña de 1912. En el otro, Graciela Suárez indaga en el proceso de represión al anarquismo y de la construcción simbólica del enemigo por parte del Estado a comienzos de los años treinta, a partir de un estudio de caso, el del Territorio de Río Negro. La sección “Perfiles” está dedicada por primera vez a un historiador local, el rosarino Ricardo Falcón. En ella, Lucas Poy balancea la trayectoria y las publicaciones de quien, sobre todo durante los años 80, fuera uno de los referentes en el campo de estudio sobre los orígenes del movimiento obrero argentino. La edición se cierra con “Crítica de libros”, en donde se evalúan seis recientes obras dedicadas a distintas temáticas de la historia del movimiento obrero y la izquierda, nacional e internacional.

**DOSSIER:**

**Ideas y compromiso político:  
intelectuales e izquierda  
en la Argentina**



# **El período formativo de un intelectual: Milcíades Peña y el trotskismo en las décadas de 1940-1950**

*Hernán Camarero*

(CONICET – UBA)

Milcíades Peña presenta una singularidad en el campo intelectual. Fue el forjador de la más original, desmitificadora y punzante interpretación marxista de la historia argentina, en particular de sus clases dominantes, en base a un relato y un método de análisis al que se le fue reconociendo lucidez durante la segunda mitad del siglo XX y cuya vigencia se comprueba aún hoy día. Un pensador crítico y autodidacta, pero no “libre”, formado en la escuela del compromiso político y militante del trotskismo; que no poseyó siquiera un título secundario, pero cuyas ideas son discutidas en la universidad (y a veces reapropiadas sin citar debidamente su origen); y que elaboró toda su obra con una increíble precocidad, antes de morir muy tempranamente, al suicidarse en diciembre de 1965, cuando apenas tenía 32 años.

¿Cuáles fueron los aspectos que han sido más explorados y destacados de Peña? Pueden resumirse en tres. Por un lado, sus aportes acerca de las características socio-económicas del capitalismo argentino, “atrasado y semicolonial”, donde supo descubrir los peculiares rasgos adquiridos por la burguesía, la estructura agraria y la industrialización. Por el otro, su proyecto de montar una gran obra historiográfica con cierta vocación integral, elaborada entre 1955-1957, la cual apuntaba al reconocimiento de los grandes trazos del pasado nacional y a la polémica con las interpretaciones existentes; con excepción de algunos pasajes, ésta fue publicada póstumamente y pudo reeditarse sólo recientemente como obra única y bajo el título concebido por su autor: *Historia del pueblo argentino* (2012). Por último, su rol de fundador y principal artífice de una revista teórica distintiva de la izquierda intelectual sesentista: *Fichas de investigación económica y social* (1964-1965).

En líneas generales, el foco de análisis fue puesto en los últimos siete u ocho años de vida de Peña, cuando estaba en proceso de desvinculación con su corriente política, devenía un intelectual marxista independiente

y comenzaban a conocerse la mayor parte de sus realizaciones teóricas. Mucho menos recorrido por el estudio ha sido el ciclo previo, el de su formación y militancia en la izquierda revolucionaria, la cual abarcó el tercio final de la década del 40 y la casi totalidad de los años 50. El objetivo de las páginas que siguen pretende abordar, precisamente, esta problemática. En ellas no ofrecemos una reconstrucción global de la figura de Peña, ni una valoración integral de su obra, ni una consideración específica, teórica e historiográfica, de su trabajo más consagrado, *Historia del pueblo argentino*. Nos parece que éstas han sido cuestiones muy atendidas.<sup>1</sup> En cambio, a partir del relevamiento de una serie de fuentes primarias, lo que exploraremos aquí son otros asuntos, escasamente tramitados: el modo en que Peña se vinculó e insertó en una de las tendencias del trotskismo; las características teóricas, políticas, programáticas y organizativas de dicha corriente; y la incidencia que esta experiencia militante tuvo en la formación intelectual de Peña. El planteo que recorre este artículo es que, si bien la producción teórica de Peña luego fue cobrando una extraordinaria lucidez, originalidad y autonomía creativa, apenas puede comprenderse sin sus contextos militantes previos. Esto es lo que nos proponemos reconstruir. En nuestro relato queremos enhebrar la doble trama de una historia del trotskismo y de Peña, del partido y del intelectual, reflexionando sobre las complejas relaciones que se establecieron entre ambos.

### **El ingreso de Milcíades Peña al trotskismo**

Peña había nacido en mayo de 1933 en la ciudad de La Plata. Su infancia nos remite a un niño criado en el ámbito de la clase media urbana por sus tíos, un matrimonio mayor que lo adoptó ante la imposibilidad que presentaba su madre para atenderlo, quien padecía de graves problemas nerviosos. Incluso, la propia existencia de sus padres y hermanos le fue desconocida al joven hasta sus once años, hecho que le habría provocado “una crisis de identidad” que lo marcaría para siempre (Tarcus, 1996: 109). Su temprana pasión por la literatura quedó favorecida por el hecho de que su tío se desempeñaba como empleado en la biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, lo que proporcionó el ámbito necesario para que pudiera aproximarse, de manera muy prematura, a ciertos campos de la literatura, la historia, la política y la filosofía. El camino hacia la política se presentó también apresuradamente cuando, hacia mediados de 1946, ingresó a la juven-

---

1. El trabajo más significativo sobre la vida y obra de Peña es Tarcus (1996). Sobre *Historia del pueblo argentino* y las concepciones historiográficas de Peña, cfr.: Tarcus, 1996: 161-304; Acha, 2009: 249-284.

tud del Partido Socialista (PS), en pleno enfrentamiento con el naciente peronismo. Sin embargo, un año después abandonaba ese partido, para incorporarse al trotskismo, una corriente que venía despuntando en la escena nacional desde hacía unos años.<sup>2</sup>

Tras una década de dispersión, divisiones, persecución política, hostilidad del estalinismo vernáculo y ocasionales intervenciones en el campo sindical y la bohemia intelectual, hacia 1941 los trotskistas habían logrado agrupar a casi todas sus vertientes bajo una sola sigla: el PORS (Partido Obrero de la Revolución Socialista). Pero esta fuerza no fue duradera y poco después estalló en diversos sectores. De allí emergieron el Grupo Cuarta Internacional (GCI, orientado por Jorge Posadas), la Unión Obrera Revolucionaria (UOR, de Miguel Posse), el grupo Octubre de Jorge Abelardo Ramos y el Grupo Obrero Marxista (GOM). Fue en esta última y pequeña organización donde comenzó a militar Peña. El GOM había sido fundado hacia 1943 bajo impulso de Hugo Miguel Bressano (1924-1987), quien luego de un breve paso por el PORS recaló en la Liga Obrera Revolucionaria dirigida por Liborio Justo. Fue este último quien lo apodó con el nombre de Nahuel Moreno, con el que se lo conocería hasta el final de su vida. Moreno era un joven de clase media acomodada, proveniente de un pueblo ganadero bonaerense, que había sido enviado a la Capital para realizar sus estudios primarios y secundarios. Con inclinaciones culturales hacia la literatura clásica, la filosofía de Kant y Hegel y la crítica teatral, se había introducido en el ambiente político-intelectual de la izquierda desde 1939. Pronto, un puesto de trabajo en el Ministerio de Hacienda y una carrera universitaria quedaron abandonados por sus actividades al frente del GOM, a las cuales terminó dedicando todo su tiempo.

El grupo inicialmente reclutó voluntades entre un puñado de jóvenes obreros judíos de Villa Crespo. Si el movimiento cuartainternacionalista argentino se hallaba aquejado por la disgregación y la desorientación, evaluaba el GOM, ello respondía no exclusivamente a desvaríos de carácter programático, sino a su carácter social, esencialmente pequeñoburgués y alejado de los trabajadores. Esto quedó plasmado en un documento escrito por Moreno en 1943, *El partido*, donde se estableció como objetivo básico la vinculación directa con el proletariado en lucha. En 1944-1945 el GOM se encontró apoyando diversos conflictos obreros y la mayoría de sus militantes se fue a vivir a un pobre conventillo del barrio de Villa Pobladora, en Avellaneda, para profundizar su contacto con el proletariado industrial de mayor nivel de concentración y explo-

---

2. Para una reconstrucción histórica del trotskismo durante las décadas de 1930-1940, cfr.: Alexander, 1973: 45-68; González, 1995; Tarcus, 1996; Coggiola, 2006; Galasso, 2007; Rojo, 2012.

tación, donde ganó la adhesión de algunos activistas en los gremios de la carne, textil y metalúrgico. Desde octubre de 1946 el GOM editó un precario órgano de prensa: *Frente Proletario*. Un rasgo “obrerista” afectó al grupo: reivindicaba la necesidad de una elaboración teórica marxista, pero rechazaba todo trabajo específico o privilegiado con intelectuales y estudiantes. Si captaba para sus filas a algunos de ellos, era para enviarlos sin mediaciones a estructurarse entre los trabajadores (Veiga, 2006: 66).

¿Qué caracterización hizo el GOM acerca del peronismo en sus primeros años? A la movilización del 17 de octubre de 1945 la definió como una “lucha de camarillas”, en la que “el proletariado atrasado salió a defender el orden burgués contra la propia burguesía”. El GOM subestimó los componentes nacionalistas del nuevo proceso y sus políticas de concesiones al movimiento obrero. Ya había entendido el golpe del 4 de junio de 1943 como una iniciativa en defensa de la vieja estructura del país ligada al imperialismo inglés.<sup>3</sup> Luego, a Perón lo entendió como una expresión de los intereses del sector más fuerte de la burguesía argentina, los terratenientes, los cuales habrían ofrecido cierta resistencia al avance de la influencia norteamericana que afectaba a la economía en su conjunto, tradicionalmente ligada al capital británico. “Los hechos desde hace tiempo nos vienen demostrando cómo el gobierno no es más que un agente político de la City de Londres”, sostenía el grupo.<sup>4</sup> Definía al peronismo en un contexto de “reflujo” de la clase obrera (en buena medida por el papel de sus direcciones reformistas), la cual fue utilizada por aquel, en un contexto de prosperidad económica. Según esta visión, los trabajadores sirvieron al plan demagógico del gobierno y fueron desviados de sus objetivos históricos de clase. Y la estatización de los sindicatos tuvo un contenido burgués en función de disciplinar a la clase obrera. A pesar de denunciar el carácter totalitario y reaccionario de la burocracia sindical y del control estatal, se dispuso a actuar en los nuevos y masivos sindicatos. Tiempo después, la corriente acabó definiendo al peronismo como un “bonapartismo sui géneris”.<sup>5</sup>

Entre 1945 y 1946, el GOM tuvo oportunidad para el desarrollo de una experiencia “entrista” dentro de la juventud del PS. No era parte

3. Comunicado sobre el golpe del 4 de junio de 1943, *Boletín de Discusión del GOM*, N° 1, julio 1944.

4. “Perón y el convenio con Inglaterra”, *Frente Proletario*, año I, N° 1, octubre de 1946, p. 5. Ver, también: “Las declaraciones de Miranda”, *Frente Proletario*, año II, n° 19, 12 de agosto de 1948, p. 1.

5. La continuidad de las caracterizaciones críticas hacia el peronismo puede verse expresada y sintetizada en N. Moreno, “El Grupo Cuarta Internacional (GCI), agente ideológico del peronismo en el movimiento obrero”, *Revolución Permanente*, año III, N° 7-8, noviembre de 1951.

de una orientación global, tal como preconizó Trotsky en la década del 30, como vía para ganar la adhesión de sus militantes obreros y de izquierda (lo cual, en algunos países, tuvo cierta eficacia). En Avellaneda fueron influenciados unos jóvenes socialistas de Bahía Blanca, Ángel A. Bengochea y Horacio Lagar, quienes, vueltos a su lugar de origen, lograron acercar a otros, y desde este núcleo pudieron ejercer un papel dirigente en la juventud partidaria de la ciudad sureña. Al mismo tiempo, Bengochea y Lagar, estudiantes de Historia en la Universidad Nacional de La Plata, trabaron relación con afiliados de la Juventud Socialista de esta ciudad, quienes fueron captados para las filas del GOM. Milcíades Peña pertenecía a ese grupo, junto a José D. Speroni, Oscar Valdovinos y el futuro historiador Alberto J. Plá, entre otros. La documentación interna del GOM permite establecer el momento del ingreso de Peña al mismo, indicando que en octubre de 1947 era uno de sus 50 integrantes orgánicos en una de las 11 células partidarias, la de la regional platenense.<sup>6</sup> Milcíades, de escasísima edad (se hallaba cursando su bachillerato en el Colegio Nacional de esa ciudad, que luego abandonó), fue uno de los pocos de estos nuevos militantes que no ingresó a trabajar a una fábrica para devenir activista sindical, quedando más bien ocupado de tareas de tipo intelectual.

En un inicio, hubo un inevitable carácter asimétrico y discipular en el estrecho vínculo entre Moreno y Peña. Incidía la diferencia generacional: el primero tenía en ese entonces veintitrés años; el segundo, catorce. Pero también en acumulación de experiencia y capital político. El fundador del GOM llevaba sus últimos siete años militando en el trotskismo, trabando relación con sus principales protagonistas, desplegando escritos teórico-políticos y dictando cursos de iniciación marxistas, que operaban como orientación de una corriente con una incidencia muy localizada en algunas luchas del movimiento obrero. En abril de 1948 había podido viajar a París durante un mes, para asistir al II Congreso de la Cuarta Internacional, en donde una nueva camada de cuadros políticos (el griego Michel Raptis “Pablo”, el belga Ernest Mandel, el francés Pierre Frank, el italiano Livio Maitán y otros) procuraba reconstruir la organización fundada por Trotsky diez años antes. Para Peña, la incorporación al GOM significó la apertura de un mundo nuevo: el de la militancia revolucionaria en una tradición ideológico-política cargada de fuertes rasgos identitarios. Dentro de ese ámbito pequeño y marginal, como expresión de una suerte de rito de pasaje, pasó a ser llamado Hermes Radio, el apodo con el que transcurrió toda su experiencia de compromiso con el trotskismo hasta fines de 1959. Cuando a fines de diciembre de 1948 la agrupación, que ya se había expandido

---

6. Informes del Buró Político del GOM, 1947.

a casi el centenar de miembros, realizó un congreso, en el cual cambió su nombre por el de Partido Obrero Revolucionario (POR), Radio fue uno de sus 21 delegados e incluso fue elegido para integrar su Comité Central (CC). Sus labores continuaron siendo las de brindar ayuda a Moreno en la búsqueda de bibliografía, fuentes y datos estadísticos, y en tareas de colaboración en el periódico *Frente Proletario*.

## Las elaboraciones teóricas del GOM-POR

El moderado crecimiento experimentado en las fuerzas del GOM-POR, no obstante, pareció haber llegado a un límite hacia 1947-1948. Muchos años después, el líder de esa corriente, en una entrevista con el escritor Juan José Sebreli, señalaba que el “curso totalitario” del peronismo tras su acceso al poder habría sido un factor decisivo del retroceso y relativa pasividad de la clase obrera, hasta 1952 aproximadamente, lo cual habría mermado las posibilidades de expansión de la pequeña organización. Este proceso, sin embargo, coexistió con un particular interés por el estudio y la elaboración conceptual del colectivo: “Nuestro grupo se debilitaba, había pocas luchas y huelgas obreras. Pero entre 1947-1949, contradictoriamente (...) es cuando mejor fructifican los trabajos teóricos”.<sup>7</sup>

Esto implicó un reacomodamiento en las tareas de Moreno y en la colaboración que Peña comenzó a prestarle. El primero se trasladó desde Villa Pobladora a una modesta pensión céntrica capitalina, comenzando a internarse en una investigación, amateur y ensayística, de la estructura y dinámica económico-social argentina, con el fin de readecuar programáticamente al grupo. En la mencionada entrevista con Sebreli, sostenía: “De esa época vienen, creo yo, los escritos más trabajados y más estudiados que he hecho sobre la economía y la historia argentina” (p. 13). En particular,

... el análisis de los grandes consorcios financieros que hay en el país que hice en *Frente Proletario* (el consorcio Bemberg, el consorcio Tornquist). Hay un libro de siete capítulos que no se editó, sobre el conjunto de la estructura económica argentina. Posiblemente se hubiera llamado “La Argentina, su

7. “Charla entre N. Moreno y J. J. Sebreli a principios de 1976”, p. 13. Lo conservado de este reportaje es su desgrabación mecanografiada, luego editada como boletín interno del PST con el título “Nuestra historia”. Evocaba Sebreli: “...conocí a uno de los creadores del trotskismo argentino, Nahuel Moreno, (...) nuestras conversaciones eran bastante francas, y además de las discusiones sobre lógica hegeliana, a las que era aficionado, me descubría con sentido del humor los aspectos más grotescos de la izquierda marginal” (Sebreli, 1987: 216).

estructura económica y social”, el que después tomé para los ensayos. (p. 13)

Y concluía: “Más o menos la mitad (...) de lo que escribe después Peña es trabajo de investigación mía (...) Peña colabora conmigo, es mi ayudante y es mi gran amigo también en esta época” (p. 14).<sup>8</sup>

¿Qué resultados concretos produjo esa elaboración? Se expresó en el carácter más sofisticado que adquirieron ciertos artículos del periódico partidario y en el lanzamiento a partir de mediados de 1949 de una revista teórica, *Revolución Permanente*. Pero, sobre todo, en la confección de una serie de documentos o precarios folletos durante 1948-1950, reeditados con el paso de los años en varias oportunidades. Entre ellos estaban “Tesis agraria”, “El centrismo en cifras” y “Tesis industrial”.<sup>9</sup> También de esos años son “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa”, “Tesis latinoamericana” y “La acumulación primitiva de capital en la Argentina”. Si bien eran escritos de Moreno, fueron reivindicados por el conjunto del GOM-POR, en tanto operaron como materiales partidarios de estudio. Y el joven Peña cumplió un papel fundamental en la recolección de evidencia empírica. Esos textos, que en conjunto ocupaban algo más de un centenar de páginas, procuraban establecer una nueva perspectiva teórica a la organización. Se afirmó que, a diferencia de las otras corrientes de izquierda y del trotskismo, un “mérito del POR” habría sido, precisamente,

el intentar fundamentar su actividad en un análisis relativamente elaborado de la realidad argentina, de su formación histórica a través de las formas de producción de la vida social, del surgimiento, desarrollo y lucha de las clases sociales. *Frente Proletario y Revolución Permanente* dieron cuenta, en forma de artículos y tesis, de ese esfuerzo. (Coggiola, 2006: 171-172)

En el mismo sentido, se encontró en el GOM-POR “un persistente esfuerzo por explicar la coyuntura política a partir de un cuadro de la naturaleza de la formación social argentina y su peculiar estructura de clases. Moreno empuja a su grupo a leer y analizar los censos industriales, agrarios y de población, a rastrear afanosamente toda la literatura

---

8. Según Tarcus, esto “ponía de manifiesto” la “incomodidad de Moreno con la obra de Peña”, y se interroga: “¿Quién plagia a quién?” (1996: 306). La pregunta es irrelevante. El desafío es reconstruir el modo en que un conjunto de ideas fueron enhebrándose dentro de una corriente política y el papel cumplido por sus intelectuales.

9. Luego agrupados en N. Moreno, “La estructura económica argentina” (1959). En 1954 hubo una edición precaria de esta compilación, como separata de la revista *Revolución Permanente*.

económica, sociológica e histórica que se publica por aquellos años” (Tarcus, 1996: 106).

Lo que resulta aún opaco y debe calibrarse mejor es el grado de influencia que estas elaboraciones tuvieron en el posterior desarrollo de la obra de Peña. ¿Se trataron sólo de “intuiciones” y “orientaciones” analíticas rudimentarias, que luego Peña no sólo “reelaboró y sustentó” en su adecuada medida, sino que incluso pueden desconectarse de su programa teórico? (Tarcus, 1996: 111). En este sentido, se hace necesario un examen riguroso de estos materiales de 1948-1950. Hasta el momento, más allá de alguna mención ocasional, se presenta como una tarea incompleta o superficialmente desplegada.

Comencemos con la “Tesis industrial”. Aquí se ilustraba el crecimiento de la actividad manufacturera argentina, a partir de la evolución del número de establecimientos, personal ocupado y fuerza motriz entre 1895-1948. Lo hacía en base a un examen crítico de los censos y los recientes estudios de Adolfo Dorfman y otros investigadores. Se encontraba un esquema de “desarrollo combinado”, que contraponía una producción concentrada y moderna en grandes empresas con una multitud de diminutos talleres de escasa complejidad. El eje del texto apuntaba a señalar el carácter dependiente y subsidiario de esta rama con respecto a los terratenientes y al capital extranjero, intentando demostrar que era falso el planteo de que la industrialización de un país atrasado implicaba su independencia económica con el imperialismo y el “fortalecimiento de una burguesía industrial antiimperialista”.<sup>10</sup> Cuestionaba el supuesto carácter “progresivo” de las políticas de “proteccionismo, intervencionismo estatal y nacionalizaciones”, encontrando líneas de continuidad entre los gobiernos de Justo y Perón, y entre el “plan de reactivación económica” de Pinedo y el Plan Quinquenal del justicialismo. Se advertía sobre el dominio económico-político que ejercían los ingleses y el modo en que los grandes consorcios, como Tornquist, Bemberg y Roberts, controlaban la mayor parte de las industrias, bancos y empresas comerciales y de servicios del país. Ya estaba enunciado lo que luego sería el basamento del planteo de Peña acerca de la clase dominante y la ausencia de contradicciones entre un ala rural y un ala industrial:

La burguesía industrial argentina no es homogénea. Su sector más fuerte, más importante, está unido a las empresas imperialistas de dos formas, ya sea por sociedad directa o por acuerdos. Estos sectores no tienen ninguna oposición a los terratenientes ya que la mayoría de las veces éstos capitalizan

---

10. Varios artículos del periódico del GOM fueron en la misma dirección. Ver “¿Imperialismo argentino?”, *Frente Proletario*, año II, n° 16, 14 de mayo de 1948, p. 1.

su ganancia en compra de tierras, o viceversa, los terratenientes capitalizan su renta en la industria.<sup>11</sup>

La “Tesis agraria” complementaba estos análisis. Señalaba la decisiva importancia del sector rural y el papel subordinado de la industria en la economía argentina. Apelando a la historia crítica de la plusvalía de Marx, afirmaba que las relaciones de producción en el campo no eran “esencialmente capitalistas, sino familiares”.<sup>12</sup> Intentaba demostrar el escaso rendimiento del trabajo agrícola, relacionándolo con el nivel de concentración de las explotaciones. Por otra parte, partiendo de considerar el grado de centralización de la propiedad y monopolio del suelo, identificaba cuatro actores. Uno eran los terratenientes, que “necesitan imperiosamente el trabajo agrícola, para valorizar su renta, y el mercado mundial con su exigencia de materias primas y de consumo”. Un señalamiento clave: “Muchos terratenientes capitalizan su renta agraria en empresas industriales y viceversa. De ahí la prosapia estancieril de muchos grandes industriales y el ningún antagonismo entre los sectores más importantes de ambas clases”. Respecto a los muy minoritarios “capitalistas agrarios”, propietarios de los establecimientos modelos, cabañas y explotaciones mixtas, y “ejemplo de racionalización capitalista del trabajo”, se afirmaba que “no tienen antagonismo con los terratenientes, ya que son una excrecencia de estos últimos”. En cuanto a los “productores directos”, la amplia mayoría de los agricultores, sus estratos más bajos quedaban homologados a la categoría de “campesinos pobres” de Lenin. Y a “los proletarios, permanentes y temporarios”, se los determinaba por la relación de tipo familiar-paternal con el patrón, y el bajo grado de división del trabajo y mecanización del agro (excepto los obreros agrícolas de las estancias modelo). El Estado comercializaba las cosechas para salvar la valorización de la renta agraria e impedir que “el sobre-valor comercial vaya a manos del productor directo, del chacarero, y sí a las arcas de los más poderosos latifundistas y burgueses”. Con ello se quería impugnar los planteos de grupos trotskistas como Octubre o GCI, que festejaban las características antioligárquicas y antiimperialistas del peronismo. En el mismo terreno polémico, se desmentía el carácter avanzado del capitalismo agrario local, aunque se negaba la existencia de reminiscencias feudales.<sup>13</sup>

---

11. “Tesis Industrial”, 1948. La idea reaparece en “La Argentina actual económica y social”, *Frente Proletario*, año II, N° 20, 20 de agosto de 1948, p. 1.

12. “Tesis agraria”, 1948. Todas las citas de este párrafo pertenecen al mismo texto.

13. Esto era motivo de frecuentes discusiones en el trotskismo. En “El centrismo en cifras” (febrero de 1950), Moreno reafirmaba la caracterización del país como “ca-

Este programa de estudio aparecía sobredeterminado por una perspectiva histórica, buscando reconstruir los rasgos germinales del capitalismo vernáculo. A ello se refería “La acumulación primitiva de capital en la Argentina”. Repasaba dicho proceso, a lo largo del siglo XIX y a partir de una contrastación bastante elemental con el esquema de Marx en *El capital*, introduciendo algunas variables básicas de análisis: la existencia de “una colonización típicamente capitalista con cerrado monopolio de la tierra”, el peso de los terratenientes, la imposibilidad del chacarero para convertirse en propietario o arrendatario capitalista, la consecuente debilidad del mercado interno, las limitaciones de la industria y la supeditación al mercado mundial, entre otras (Moreno, 1960: 19).

Esta mirada hacia el pasado se extendía aún hacia más atrás. En “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa” (Moreno, 1957), se intentaba fundamentar el carácter esencialmente capitalista de esta última, empalmando con las posiciones que hacia esa época sostenía el historiador Sergio Bagú. Se afirmaba que las expediciones y la producción en el continente americano se habían organizado para obtener grandes ganancias colocando mercancías en el mercado mundial, sin inaugurar un sistema de producción capitalista, pues no había un ejército de trabajadores libres ni un mercado de fuerza de trabajo asalariada. Y era por ello que los colonizadores se habrían visto obligados a recurrir a otras relaciones de producción: esclavitud, encomienda, mita y yanaconazgo. Con ello se negaba el planteo más aceptado en la historiografía y en la propia izquierda (sobre todo, el comunismo, para justificar su estrategia de “revolución por etapas”), en el cual se destacaba el objetivo feudal de dicha empresa.

En otro extenso trabajo, “Tesis latinoamericana”, se definía a los países del subcontinente bajo la categoría de “semicoloniales y atrasados”, y de conjunto a toda la región como “apéndice de los EE. UU.”.<sup>14</sup> Examinaba las características del agro y la industria con el prisma del “desarrollo combinado”, así como el rol desempeñado por el capital financiero. Escrutaba las clases sociales latinoamericanas (rasgos, función, dinámica), identificando a los terratenientes, la burguesía agente del imperialismo, la pequeña burguesía y el proletariado. Y buscaba interpretar la dinámica de la movilización obrera y de masas en la posguerra, así como al Estado y los principales movimientos políticos del área, sobre todo, aplicando la categoría de “bonapartista o semibonapartista” para varios de los gobiernos existentes (en especial, el peronismo).

---

pitalista atrasado”, dado el “bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas”, no obstante ser una de las más “adelantadas” de las economías “semicoloniales”.

14. “Tesis latinoamericana”, noviembre 1948.

En la investigación que dio lugar a algunos de estos textos, Peña cumplió un papel, especialmente en lo que hace al relevamiento de fuentes y bibliografía. Pero el papel secundario del militante quinceañero en este proceso de elaboración se presenta como un dato fáctico: no hay evidencias de escritos propios, firmados por él. Su primera publicación registrada (bajo el seudónimo de H. Radio) fue una nota aparecida en *Frente Proletario* en mayo de 1951, “La Argentina y el imperialismo”, donde ratificaba la supeditación del país a la órbita inglesa y denunciaba “la demagogia peronista sobre el antiimperialismo y la industrialización”.<sup>15</sup> En los tres años siguientes no hemos encontrado otros artículos de Peña, y tampoco la redacción de folletos, que inició en 1956.

### **La conflictiva relación entre el POR y Hermes Radio**

En el primer número de la revista *Estrategia de la Emancipación Nacional* (en adelante, *Estrategia*), como complemento al ya referido texto sobre la colonización española y portuguesa de América, Peña reproducía una nota aclaratoria que Moreno le había enviado en agosto de 1957:

... he creído conveniente enviarte un viejo trabajo nuestro sobre la colonización española-portuguesa, a pesar de sus evidentes debilidades. Esto de “nuestro” es verdadero, vos lo sabés, en muchos sentidos. Es nuestro en tanto que trotskista, ya que es producto de años de fructíferas polémicas entre trotskistas. Es también nuestro, en el sentido que vos colaboraste como nadie en el estudio e investigación que culminó en la apresurada tesis.<sup>16</sup>

Peña contestaba:

Efectivamente, desde 1943 el camarada Moreno ha realizado diversos trabajos de investigación e interpretación sobre problemas fundamentales para el marxismo latinoamericano. A partir de 1948 colaboré con él en varios de esos trabajos, de modo que mi juicio sobre ellos no puede estimarse imparcial, pero creo que hay razones objetivas para considerarlos como los aportes más valiosos hechos hasta hoy para la elaboración de un auténtico pensamiento marxista latinoamericano, y

---

15. H. Radio, “La Argentina y el imperialismo”, *Frente Proletario*, año V, Nº 48, 1 de mayo de 1951, pp. 9-12.

16. Nota de N. Moreno a M. Peña, en Moreno, 1957: 83-84.

esto sin cerrar los ojos a las obvias deficiencias formales y de contenido.<sup>17</sup>

Pero si este “amable” intercambio público sirve para ilustrar el juicio que Peña hacía de la elaboración teórica del GOM-POR y el modo como habían influido en sus propias concepciones, las cuales para esa época ya comenzaban a mostrar una extraordinaria creatividad y madurez, todo ello no puede ocultar un dato incontrastable: la áspera y fallida relación que la dirección del grupo tuvo con Radio como militante e intelectual revolucionario, y el modo tortuoso como éste debió procesar esta doble condición. La paradoja que se nos presenta es notable: la organización contaba con un joven estudioso e investigador autodidacta de ya probada capacidad de trabajo e inteligencia, formado en los planteos políticos y programáticos del marxismo, pero no encontró la forma de canalizar esta potencialidad de manera productiva, haciendo naufragar la posibilidad de convertirlo en un gran intelectual “orgánico” de la corriente.

El tipo de exigencias de la actividad partidaria acabaron abrumando al joven militante. Nada de esto fue asumido de manera pública, pero ciertos materiales internos, permiten reconstruir este proceso. En un borrador del PST sobre la historia partidaria, se ubicaba a Peña como una de las “figuras” entre los años 1947-1952, pero se apelaba a una suerte de contraposición entre su actividad intelectual y su disposición militante: “Milciades Peña, que nunca fue un gran militante, era sobre todo un gran teórico, gran propagandista de nuestras posiciones”.<sup>18</sup> En un escrito de circulación aún más restringida, el propio líder de la corriente reconoce que el distanciamiento o la “falta de compromiso” de Peña comenzó rápido, “cuando le exigimos ir a Avellaneda y militar en el movimiento obrero en el 49”.<sup>19</sup> Según informes del CC del POR de marzo de 1950, Radio todavía asistía, con voto, a sus reuniones ampliadas con la presencia de cuadros destacados. Ya no figuraba como miembro del CC, sino como militante de la Regional La Plata.<sup>20</sup> Aún se desempeñaba como secretario de redacción del periódico. Su inestabilidad dentro del POR persistió. El 18 de septiembre de 1952, Radio escribió desde La Plata: “Por la presente solicito se me otorgue licencia hasta fin de año, eximiéndome de las tareas de militancia. Las razones de mi pedido son puramente personales (cansancio, disminución de mi capacidad de

---

17. Nota de M. Peña, en Moreno, 1957: 84.

18. “Historia del Partido”, documento interno del PRT-La Verdad, 1970, pp. 6-7.

19. “Transcripción de un curso sobre la historia del partido dictado por Moreno, 1968-1969”, p. 12.

20. Documentación interna del POR del 18 de marzo de 1950, informando de una reunión de CC ampliado de 23 asistentes, entre los que figuraba Peña.

trabajo y realización de un trabajo lucrativo que me demanda muchas horas por día)".<sup>21</sup> Ya sin responsabilidades de dirección, Peña continuó en los equipos partidarios por un tiempo más. Durante 1953-1954, su alejamiento de la militancia se hizo más claro y sus relaciones con el partido fueron muy agrias, quedando en categoría de "simpatizante" del mismo, tal como puede advertirse en el intercambio de cartas que desplegó con la dirección.

Desde comienzos de 1953 se discutía en el POR la necesidad de volver a editar una revista teórica, tras haber concluido la experiencia de *Revolución Permanente*. Peña aparecía como una pieza clave para una empresa de este tipo. El Buró Político no sólo evaluaba las dificultades financieras del proyecto: "El aspecto Redacción es sumamente débil: Moreno se compromete a hacerlo marchar en base a su trabajo fundamentalmente, con la ayuda de Radio y el hermano de B (...), con los cuales se encararía la organización de archivo, ficheros de redacción, etc."<sup>22</sup> Pero el objetivo de la revista no pudo concretarse en ese período. Mientras tanto, el vínculo entre Radio y el POR afrontaba constantes turbulencias. Sabemos que en agosto de 1953 solicitó el reingreso a la organización, pero el Buró Político lo rechazó, hasta tanto él no aclarara ciertas acusaciones de deslealtad que amenazaban con ubicarlo como "enemigo del partido", concluyendo: "al margen de sus innegables dotes intelectuales, lo considera un elemento de cuidado y sumamente inseguro".<sup>23</sup> Peña contestó duramente a ello en otra carta donde manifestaba las fuertes deficiencias estructurales en el funcionamiento del grupo, el carácter "practicista" de su dirección y la excesiva centralización en la figura del líder, pero al mismo tiempo destacaba que "el POR es, por su programa y composición social, una organización proletaria, marxista revolucionaria (...) es lo mejor que ha dado la clase obrera del país en su 'década infame' 1943-53. Y el programa del POR es en lo esencial, pese a su estado incipiente (...) el punto más alto alcanzado por el marxismo latinoamericano".<sup>24</sup>

En ese entonces, el POR estaba en mutación. Venía de más de un lustro de denuncia del régimen peronista, por la inconsecuencia con la que aplicaba sus supuestas medidas antiimperialistas y antioligárquicas, por sus políticas de control totalitario sobre el movimiento obrero y por el modo en que había contribuido a montar una poderosa burocracia sindical. Contra esta última el partido había luchado desde las bases, participando en comisiones internas de delegados y listas de oposición.

---

21. Carta de H. Radio al Buró Político del POR, 18 de septiembre de 1952.

22. Orden del día de la reunión del Buró Político del POR, 20 de abril de 1953.

23. Carta del Buró Político del POR al camarada Radio, 17 de agosto de 1953.

24. Carta de Radio al Buró Político del POR, 22 de agosto de 1953.

Pero hacia 1953 comenzó una autocrítica, que condujo a un progresivo viraje en la línea de la organización, lo cual se hizo explícito en octubre durante su IV Congreso. Ahora se denunciaba el “propagandismo” y el carácter “abstracto” y “esquemático” de muchas de los planteamientos del partido, que lo habrían acercado al “contrerismo” antiperonista, sosteniendo la necesidad de nuevas tácticas y métodos de trabajo que lo ayudaran a un vínculo aún más efectivo con la clase obrera. El POR también comenzó a explorar la posibilidad de una actuación legal. La vía elegida fue intervenir en la crisis que sacudía al PS, donde un sector de la dirección y de los cuadros medios, conducido por los Dickmann, impulsó el PS de la Revolución Nacional (PSRN), para participar con fórmulas propias en la elección de 1954. Varios grupos trotskistas se sumaron a una organización que presentaba una notable heterogeneidad. El POR se dispuso a hacer “entrismo” en el PSRN, pretendiendo controlar su federación bonaerense. El viejo nombre del periódico, *Frente Proletario*, fue reemplazado a partir de julio por el de *La Verdad*.

Todo esto significaba un importante reajuste en las caracterizaciones y en la línea del POR, que fueron sintetizadas por Moreno en un folleto, editado en ese momento: *1954, año clave del peronismo*. Ahora se advertía que la clave estaba en enfrentar la fuerte ofensiva de “colonización yanqui” que operaba sobre el país y toda Latinoamérica desde fines de los años 30, con la colaboración creciente de la Iglesia y de la burguesía industrial y agraria, a la cual el peronismo no ofrecía más que una tibia e inútil resistencia, más bien una adaptación acorde a su carácter “bonapartista”, lo cual dejaba a las masas obreras desguarnecidas frente a los planes de superexplotación y a la propia amenaza de los golpes militares reaccionarios. Bajo el abrigo de estas nuevas definiciones y sus muy modestas fuerzas, la “Federación Bonaerense del PSRN” intervino en los sitios de trabajo, en los sindicatos y en las calles, contra el levantamiento militar de junio de 1955 y el cívico-militar de septiembre, que finalmente condujo a la caída del peronismo.

Peña se alineó con estas readecuaciones políticas y organizativas del POR. Lo hizo desde una posición especial, pues hacia 1954 seguía sin ser miembro “orgánico” de la agrupación, sino “simpatizante”. De hecho, sabemos que ésta discutía qué organismo debía establecer vínculos con él: “Radio será atendido por la zona Este”.<sup>25</sup> A partir del siguiente año, sus vínculos con el partido, aún con mucha dificultad, volvieron a restablecerse más fluidamente, a partir de un nuevo pedido de reingreso a sus filas.

---

25. Resoluciones del Buró Político del POR, 21 de julio de 1954.

## Silvio Frondizi

Esta ubicación quedó demostrada y debió pasar una prueba: lo que podríamos llamar el “caso Silvio Frondizi”. Este destacado intelectual, que fue asumiendo una identidad socialista, ya poseía una larga trayectoria universitaria. Además, agregaba el hecho de ser parte de una familia de importantes figuras políticas y académicas. En 1955-1956 había publicado los dos tomos de su mayor y más ambiciosa obra, *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*. En el primero abarcaba las características del sistema capitalista, tanto a nivel mundial como en la Argentina, procurando mostrar los rasgos de las distintas clases sociales y fuerzas políticas que configuraban la escena local, para arribar a una conclusión: el fracaso histórico de la burguesía nacional como alternativa progresiva. En el segundo, exploraba la teoría de la revolución socialista y el modo como se articulaba en sus tareas, sus programas y sus fases dentro del área continental y nacional, ejerciendo una crítica de todas las corrientes político-ideológicas, incluso del trotskismo, al cual le negaba el carácter de síntesis superadora del estalinismo contrarrevolucionario. Frondizi le dedicó seis páginas al POR, ponderando algunos de sus análisis sobre el imperialismo (a los cuales emparentaba con su propia “teoría de la integración mundial”) y la clase dominante, pero impugnando los planteos esenciales que ese grupo había hecho en sus primeros años sobre el justicialismo: “...Moreno (...) al negarle a la burguesía nacional un carácter dinámico propio, fue incapaz de comprender el papel del peronismo en la vida política argentina...” (Frondizi, 1956: 99). Desde principios de los años 50, Frondizi fue constituyendo un núcleo teórico-cultural, que luego convirtió en organización política, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria-Praxis. A sus primeros impulsores, Marcos Kaplan, Eugenio Werden y el peruano Ricardo Napurí, luego se sumó una numerosa camada de intelectuales, estudiantes y activistas populares, aunque sin mayor capacidad de incidir ni en el movimiento social ni en la lucha política. Hacia mediados de los 60, acabó disolviéndose. Hacia 1954 Peña había tenido vínculos intelectuales y laborales con Frondizi y su grupo. En aquel año, incluso, Peña había sido uno de los tantos que había colaborado con la redacción de un subcapítulo del tomo II de *La realidad argentina*, dedicado al problema de la “expansión industrial, imperialismo y burguesía nacional”, tal como su autor lo agradecía en una nota que quizás sea una de las primeras menciones públicas de Peña bajo su nombre (Frondizi, 1956: 139).

A comienzos de 1955, la dirección del POR le cuestionó a Peña, en proceso de reinserción orgánica en el partido, sus vínculos con Frondizi y su grupo. Hubo un cruce de cartas entre Radio y el Buró Político con

eje en esta cuestión. El 11 de abril, Peña justificaba esas relaciones: “Mi colaboración con el grupo Praxis es de tipo intelectual y técnico. Intercambio con ellos libros y otros materiales, publico trabajos teóricos en *CESA* [un periódico impulsado por ese grupo], etc. Además, colaboro en la Editorial Praxis (diagramado de carátulas, publicidad, etc.)...”; pero al mismo tiempo aclarando que “considero que el grupo Praxis es una organización centrista de izquierda (...) es enemigo político nuestro, en el sentido de que combate sistemáticamente al trotskismo”. A pesar de cuestionar a Moreno por sus métodos de “terrorismo ideológico”, concluía: “Mi actitud ante las posiciones políticas del grupo Praxis queda indicada por el hecho de que soy simpatizante del POR y no de aquel grupo”, pues el POR es “la única organización proletaria revolucionaria que merezca llamarse tal en la Argentina de 1955”.<sup>26</sup> Una semana después, desde el POR se respondía con una extensa carta donde recusaba los planteos de Radio, alertando que Praxis (a través de Kaplan y Napurí) había lanzado una campaña de calumnias contra el partido, a las cuales aquél habría cedido. Para que el POR lo considerara un “simpatizante honesto”, se lo intimaba a repudiar esos planteos y a reconocer que Praxis no era más que “una típica secta pequeño-burguesa, centrista de izquierda, que está contra el programa y la forma de organización bolchevique”.<sup>27</sup> Las exigencias fueron rechazadas por Peña, casi dos meses después, aunque volvía a señalar:

Sigo compartiendo íntegramente todas las posiciones programáticas del Partido, continúo aceptando la línea que da quincenalmente *La Verdad*, en fin, creo siempre que el POR es teórica y prácticamente el punto más alto alcanzado por el marxismo en América Latina y pienso que hay que militar en él y que pronto pediré mi reintegro como militante.<sup>28</sup>

Este intercambio epistolar retrataba un círculo vicioso, una suerte de juego de suma cero entre Peña y el POR. Seis meses después, ello se zanjó, precariamente, con el reingreso formal de Radio a las filas de la organización, para lo cual éste aceptó enviar la carta de “ruptura” y repudio público a Praxis y a sus planteos, que el POR le exigía. Como Peña informaba al Buro Político el 14 de diciembre, ese mismo día le entregó la exigida carta a Praxis, con otra personal a Frondizi, donde en cierto modo se justificaba de dar dicho paso: “habiendo yo solicitado

26. Carta de H. Radio al Buró Político del POR, La Plata, 11 de abril de 1955.

27. Carta de Moreno (en nombre del Buró Político del POR) al camarada Radio, Buenos Aires, 18 de abril de 1955.

28. Carta de H. Radio al Buró Político del POR, La Plata, 7 de junio de 1955.

el reingreso al mismo [se refiere al POR] como militante me exige llenar una serie de recaudos, y ante todo demostrar que acato la disciplina política de la organización”.<sup>29</sup>

El carácter profundo con el que Peña encaró lo que podría llamarse esta “segunda fase de militancia orgánica en el POR” está dado por la propia deriva que tuvo la ruptura de éste con Frondizi. No se conoce qué respuesta tuvo la carta antes mencionada. En todo caso, transcurrido unos meses, Radio redobló el ataque contra Frondizi/Praxis. Lo hizo en lo que constituyó el primer folleto importante publicado por Peña, a través de los canales de la organización. Su título: *Profesores y Revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Silvio Frondizi*. En ese extenso texto, Radio confrontaba con el fundador de Praxis (al cual, todo el tiempo lo identificaba por sus siglas S.F.), desde una delimitación de identidades muy estricta: “Nuestra primera divergencia con el profesor S.F. –que es también el primer plano de toda nuestra polémica con él, que no comienza hoy– está dada por las distintas actividades a que nos dedicamos”. Y a partir de allí ubicaba lo que podría definirse como un claro campo de diferenciación Peña-Frondizi:

Los trotskistas ortodoxos somos y queremos ser, ante todo, militantes de la clase obrera, actores lo más activos posible de la lucha de clases. El profesor S.F., en cambio, se reserva principalmente un papel de “instructor” o “entrenador” revolucionario [...] que prepara dirigentes de la revolución sin participar empero en la lucha de clases... (Peña/Radio, 1956: 1)

Más aún:

Por lo general, los intelectuales que se acercan al movimiento revolucionario no hacen un serio esfuerzo teórico, y sobre todo práctico para integrarse en los batallones de vanguardia del proletariado revolucionario [...] Y firmes en ese convencimiento tienden a encerrarse con su círculo de adeptos, para insistir en que el movimiento revolucionario vaya hacia ellos [...], y no a la inversa. Que es sin embargo el único camino viable si es que efectivamente se trata de construir un instrumento capaz para combatir y abatir el Poder de la burguesía, y no una “escuela” más de filosofía, todo lo marxista y revolucionaria que se quiera en la instrucción que imparta, pero totalmente inoperante para dirigir a la clase obrera. (idem, p. 1)

---

29. Carta de H. Radio al Buró Político del POR (conteniendo copia de carta a S. Frondizi), La Plata, 14 de diciembre de 1955.

A continuación de este encuadre, lo que hacía Peña era una reivindicación cerrada del trotskismo:

El profesor S.F. es a la vez antiestalinista y antitrotskista [...] Pero, cuáles son los fundamentos del antitrotskismo frondizista? Ni hechos ni razones. Apenas especulaciones subjetivas sobre el “sectarismo” trotskista y alguna que otra baratija chismográfica en torno a la “personalidad de Trotsky”. Lo cierto es que fuera del trotskismo ortodoxo no existe en el mundo otra corriente proletaria con un programa, una organización y una experiencia revolucionaria. (idem, p. 3)

En la óptica de Radio las posiciones de Frondizi eran “boberías inconscientes” o, en el mejor de los casos, “racionalizaciones, justificaciones a posteriori” para negarse a acatar “la disciplina y el programa” revolucionario (p. 4). Radio intentó demoler cada una de las impugnaciones que Frondizi dedicó contra el trotskismo y repasó la trayectoria y las posiciones del GOM-POR-Federación Bonaerense del PSRN, que él asumía como propias. En particular, lo hizo discutiendo el problema del peronismo y las dificultades para adoptar una caracterización y política correctas por parte de su partido, sin conceder ningún margen de crítica sobre el evidente vaivén que su corriente había exhibido.

## **La producción de un intelectual trotskista**

A partir de 1955 y durante cerca de un lustro, Peña volvió a quedar vinculado orgánicamente con la corriente trotskista. Durante los dos primeros años de ese período fue cuando redactó el texto original de *Historia del pueblo argentino*, una tarea condicionada por su encuadre militante, pero que desplegó de manera autónoma, por su propia iniciativa y en la que el autor pudo alcanzar sus mayores niveles de creatividad, inteligencia y peculiar estilo narrativo. Auxiliado con la teoría de la revolución permanente, la ley del desarrollo desigual y combinado y otros aportes de la teoría marxista, y con el propósito de destruir las mistificaciones historiográficas erigidas por el liberalismo y el revisionismo histórico, Peña ofreció en su texto todo un modelo de análisis sobre la evolución económica, social y política del país a lo largo de un siglo y medio. Paradójicamente, fueron las clases dominantes, sobre todo, en sus limitaciones objetivas y subjetivas para comportarse como un factor avanzado de la historia, las que aparecieron más atendidas (y enjuiciadas) en su examen, antes que el pueblo argentino invocado en el título, sobre cuya comprensión apenas adelantó algunos elementos.

Pero otra de las labores de Peña en esa etapa fue la de convertirse en

una suerte de publicista y argumentador de las posiciones de su tendencia política. Todo ocurrió en un tiempo convulsivo. Una vez derrocado el peronismo, el PSRN fue ilegalizado y disuelto. Como hemos visto, el POR se expresaba a través de la Federación Bonaerense de ese partido. Ya sin esa denominación, durante 1956-1957 la agrupación impulsó un nuevo órgano de prensa, *Unidad Obrera*. Radio reivindicó el accionar del grupo durante el ciclo que condujo al golpe cívico-militar de 1955. Lo hizo en un largo trabajo, aparecido por vez primera en septiembre de 1957, como artículo de *Estrategia*, bajo el título “¿Quiénes supieron luchar contra la ‘revolución libertadora’ antes del 16 de septiembre de 1955?”, que inmediatamente adoptó también la forma de un folleto (reeditado en varias oportunidades). Allí reproducía y analizaba una serie de volantes y notas de *La Verdad* (en algunas de las cuales el propio Peña había colaborado), concluyendo que el grupo había sido el único que aún luchando “contra la marea montante del golpe clerical-patronal-imperialista, supo conservar su independencia frente al gobierno peronista y denunciar ante la clase obrera el tremendo desastre a que conducía la desastrosa política de la dirección peronista” (Peña/Radio, 1957a: 137).

En realidad, la plena soberanía del grupo con respecto al peronismo no estaba asegurada. La corriente se insertó en el proceso de lucha de la clase trabajadora comúnmente llamada “resistencia peronista”: participó en la dirección de luchas obreras, comités de huelga y comisiones internas de delegados en fábricas metalúrgicas, textiles y de la carne; logró montar agrupaciones gremiales combativas; y fue parte del proceso de reorganización sindical antipatronal y antiburocrática expresada en la Comisión Intersindical y las 62 Organizaciones. Desde 1957 constituyó el llamado Movimiento de Agrupaciones Obreras, que fue más conocido por el periódico que comenzó a editar en julio, *Palabra Obrera*. Pero, como derivado de su estrategia, el grupo asumió la política del denominado “entrismo en el peronismo”. En los dos años siguientes, la pequeña organización expandió algo sus filas, sin superar los 250/300 militantes, la mayoría implantados en el movimiento obrero, aunque sin lograr traducir su penetración sindical en influencia política. Ello ocurrió, en buena medida, por la propia estrategia de camuflaje en el peronismo realizada por *Palabra Obrera*, que constituyó una adaptación a la conciencia e identidad política burguesa y de conciliación de clases de los trabajadores. Peña no sólo no desplegó reparos a dicha orientación, sino que se encargó de hacer uno de los intentos más profundos de fundamentarla teóricamente. Se trató de otro muy extenso artículo, “Peronismo y revolución permanente: política obrera y política burguesa para los obreros”, publicado en junio de 1958 también en la revista *Estrategia*. Apelando a un rastreo por los referentes “clásicos”

del socialismo, explicaba cómo podía conciliarse el planteo de la lucha por la “legalidad para Perón y el peronismo” con el hecho de que “nuestro programa es el del trotskismo ortodoxo y que tenemos una actitud muy crítica ante la vieja dirección peronista” (Peña/Radio, 1958: 54). El entrismo, decía, buscaba “ayudar a la organización autónoma de la clase obrera y a su hegemonía en el frente nacional” (p. 69).

En ese período, las tareas en torno a la revista teórico-política *Estrategia*, que alcanzó a publicar tres números entre 1957-1958, fue lo que concentró la mayor dedicación de Peña. Si bien en Palabra Obrera recayó parte del compromiso por impulsarla, fue él quien se constituyó en el eje de esta experiencia, ejerciendo las funciones de editor responsable. El objetivo fue el de una revista de izquierda amplia, entendida como “tribuna del pensamiento revolucionario argentino”, en donde las posiciones de la corriente trotskista pudieran trabarse en polémica con representantes de otras tendencias o individuos del campo marxista (incluso poco emparentadas con las posiciones de aquella). Por eso, además de los textos de Peña y Moreno, allí aparecieron los de Puiggrós, de Frondizi y Werden (de Praxis), del filósofo Carlos Astrada, del poeta e historiador Luis Franco (amigo de Peña y de la corriente) o de los artistas concretos Alfredo Hlito y Tomás Maldonado, entre otros.

Fue en *Estrategia* donde Peña publicó, ya sin seudónimo, acaso dos de sus trabajos más extensos, importantes y documentados. Estaban consagrados al tema que venía ocupando su interés desde hacía varios años: las características de la clase dominante argentina, en especial de la burguesía industrial, y de la propia industrialización y sus vínculos con el imperialismo. En buena medida, todo lo que luego este autor produjo sobre el tema fue una derivación o complementación de estos trabajos. Nos referimos a los textos que publicará en *Fichas de investigación económica y social* (1964-1965), en especial su célebre debate con J.A. Ramos, que luego de su muerte se editó como libro independiente bajo el título de *Industria, burguesía industrial y liberación nacional* (1974).

El primer artículo de *Estrategia* a destacar es “Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina”, donde examinaba esta clase, buscando desmitificar “las pasiones nacional-revolucionarias que le atribuyen sus exaltados festejantes”, en los que incluía a Puiggrós, Ramos, Eduardo Astesano y otros (Peña, 1957b: 45). En función de estos presupuestos realizaba una notable disección de este sector social, a partir de un relevamiento bibliográfico y, sobre todo, empírico, de carácter exhaustivo, que lo conducía a un examen de los grupos económicos y su composición de capital y propiedades, detectando orígenes, funciones y entrelazamientos. Una hipótesis fuerte del texto golpeaba en el plexo de toda la argumentación clásica sobre la clase dominante,

recuperando casi milimétricamente la argumentación esbozada en la “Tesis industrial” y las otras elaboraciones del GOM-POR de 1947-1949, pero enriqueciéndola. Afirmaba la hipoteca que la industria argentina tenía respecto al capital extranjero monopolístico y señalaba:

La burguesía industrial argentina ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separan, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes. (p. 47)

Este planteamiento tuvo en las décadas siguientes un gran desarrollo en las ciencias sociales, siendo recuperadas, total o parcialmente, desde diversas perspectivas teórico-ideológicas. En todo caso, el objetivo del escrito giraba alrededor del planteo de que “la burguesía industrial argentina, por razones sociales y económicas, tiene un interés no menor que el capital imperialista y los terratenientes en la perpetuación del atraso del país y de la explotación imperialista” (p. 46). En ese sentido, se trataba de una “clase contrarrevolucionaria y antinacional”; en definitiva, “sólo la clase obrera respaldada en las masas trabajadoras del campo y la ciudad tiene interés y capacidad para liquidar a los terratenientes y al capital imperialista” (p. 79). Y dado que esos objetivos “democráticos y nacionales” sólo podían ser realizados bajo dirección proletaria, la revolución argentina sería “obrero y socialista por sus métodos y por la clase que la realiza” (p. 80). La argumentación se hallaba informada por un intento de aplicación de la teoría de la revolución permanente de Trotsky.

En el otro artículo aludido de la revista, “El imperialismo y la industrialización argentina”, Peña ofrecía otro estudio pormenorizado y sólidamente argumentado acerca de la burguesía industrial y de sus inconfundibles vínculos con el capital extranjero. Analizaba la política del capital financiero, el mecanismo de exportación de capitales y la naturaleza de la industrialización en términos teóricos internacionales, para luego abocarse a un retrato de lo que denominaba “pseudointustrialización argentina”, presentada como “parodia de o caricatura de industrialización”, pues “no subvierte la vieja estructura, sino que se inserta en ella” (Peña, 1957c: 51). Enunciaba las deficiencias estructurales de esta rama, calculando la composición técnica del capital y los índices de descapitalización que la signaban, y el papel que en la perpetuación del atraso y del subdesarrollo cumplieron los imperialismos inglés y norteamericano. Las conclusiones se acoplaban a las posturas

que la corriente venía sosteniendo: “La Argentina es un país atrasado y semicolonial y su industria participa de ambas características”, por lo cual, para enfrentar estos límites sólo podía confiarse en la revolución y la consiguiente planificación estatal; de otro modo, “la industrialización del país será socialista, impulsada por los obreros, peones y chacareros adueñados del poder, o no será” (pp. 89-90). Pocas veces desde el trotskismo se había llegado a niveles tan sofisticados de indagación socioeconómica del capitalismo local.

\* \* \*

El tercero y último número de la revista *Estrategia* fue editado en junio de 1958. Durante el resto de ese año y el que continuó, el proyecto perduró sólo con la publicación de una serie de folletos, bajo el título de *Cuadernos de Estrategia*. Entre ellos estaban algunos de los trabajos antes mencionados, como “La estructura económica argentina”, de Moreno, y los de Peña/Radio en polémica con Frondizi y acerca de las posiciones del trotskismo durante la caída del peronismo. A estos se agregaban las transcripciones de dos cursos de iniciación política marxista, uno dictado por Peña y el otro por Moreno, organizados por agrupaciones estudiantiles de la Facultad de Ingeniería de la UBA en 1958-1959. Las del primero fueron recientemente reeditadas (Peña, 2000). Durante el transcurso de 1959, Peña produjo su distanciamiento orgánico definitivo con Palabra Obrera. Y en los seis años siguientes, se orientó en una perspectiva independiente, cuyo resultado intelectual más destacado fue la edición de la revista *Fichas*, en donde volcó su elaboración, sobre todo de los años precedentes, aunque también incorporó algunas nuevas producciones (ver Camarero, 1998).

Enunciemos algunas pocas conclusiones que surgen de toda la exposición precedente. Los años formativos y de la primera militancia en las filas del trotskismo por parte de Peña, los que van de 1947 a 1950, fueron los que cimentaron algunas de las concepciones básicas de su proyecto intelectual, en especial, las que refieren al estudio de la clase dominante, del carácter atrasado y semicolonial del capitalismo argentino, de la pseudoindustrialización y del fenómeno peronista. Es obvio que no todo lo que él luego elaboró se debe o se puede explicar sólo a partir de estas experiencias políticas, planteamientos teóricos e hipótesis embrionarias provenientes de aquellos años, pero la ignorancia o subestimación de estos elementos abona a una interpretación equívoca acerca de los caminos de construcción del pensamiento y la obra de Peña. Entre 1955 y 1959 Peña desplegó el grueso de sus investigaciones sociológicas e historiográficas, aunque una buena parte de los textos que las canalizaron fueron publicados con posterioridad. El

dato a no desestimar es que fue durante esos cuatro años cuando, al mismo tiempo, él retomó sus vínculos orgánicos con el trotskismo. Es decir, se trató de una elaboración teórico-política mediada por una inserción militante, aunque, como hemos visto, reiniciada de manera muy convulsiva, dada su tensa relación con la dirección partidaria. Si bien todo esto no parece acreditar una mirada que tienda a concebir ambas dimensiones, la de la adscripción político-partidaria y la de la actividad teórica, como deseable e ineluctablemente escindidas e incompatibles, sí exige reconocer que, en el caso aquí considerado, dicha articulación fue procesada con un nivel muy alto de conflictividad.

Nos queda identificada una experiencia histórica, la de un grupo revolucionario al que no le faltaron despliegue teórico o intelectuales, pero el lugar de estos últimos estuvo acotada a las necesidades coyunturales o instrumentales de la organización. Ello implicó una amenaza o incapacitación a la propia función del intelectual y un desperdicio de su potencialidad creativa. Del caso analizado también se desprende un cuestionamiento a la competencia explicativa de los planteos teórico-historiográficos que sólo pueden concebir a los intelectuales críticos sin partido y extraños a cualquier movimiento social, como aventuras individuales de destino trágico, sin siquiera plantear como un problema a resolver la conexión con los sujetos sociales y políticos de la lucha emancipatoria. No es posible establecer ninguna regla general ni generalizaciones indebidas. En cualquier caso, la historia de Peña brinda algunos insumos para reflexionar sobre los vínculos históricamente ocurridos y potencialmente deseables entre intelectual revolucionario y partido, entre teoría y praxis.

## Bibliografía

- Acha, Omar (2009), *Historia crítica de la historiografía argentina: las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Alexander, Robert (1973), *Trotskyism in Latin America*, California: Hoover Institution Press, Stanford University.
- Camarero, Hernán (1998), “¿Un testamento político? Reflexiones sobre la clase obrera en torno a un artículo de Milcíades Peña”, *Dialéctica, revista de filosofía y teoría social*, año VII, N° 10, julio, Buenos Aires, pp. 67-80.
- Coggiola, Osvaldo (2006), *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Buenos Aires: Ediciones ryr (1ª ed., 1985-1986).
- Frondizi, Silvio (1956), *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, tomo II: *La revolución socialista*, Buenos Aires: Praxis.
- Galasso, Norberto (2007), *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*, Buenos Aires: Nuevos Tiempos.

- González, Ernesto (coord..) (1995), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, tomo I: *Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*, Buenos Aires: Antídoto.
- Moreno, Nahuel (1957), “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa”, *Estrategia de la Emancipación Nacional*, año I, N° 1, septiembre, pp. 81-91 (1ª ed., 1948).
- (1959), “La estructura económica argentina”, *Cuadernos de Estrategia*, Buenos Aires: Estrategia.
- (s/f), “Tesis latinoamericana”, Buenos Aires: Ediciones Sociales (1ª ed., 1948).
- (1960), “La acumulación primitiva de capital en la Argentina”, La Plata: Edición del Movimiento Estudiantil “Liberación” (1ª ed., 1949).
- Peña, Milciades (1956), *Profesores y Revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Silvio Frondizi*, Buenos Aires: s/d (bajo seudónimo de Hermes Radio).
- (1957a), “¿Quiénes supieron luchar contra la ‘revolución libertadora’ antes del 16 de septiembre de 1955?”, *Estrategia de la Emancipación Nacional*, año I, N° 1, septiembre, pp. 93-137 (bajo seudónimo de H. Radio).
- (1957b), “Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina”, *Estrategia de la Emancipación Nacional*, año I, N° 1, septiembre, pp. 43-80.
- (1957c), “El imperialismo y la industrialización argentina”, *Estrategia de la Emancipación Nacional*, año I, N° 2, diciembre, pp. 43-93.
- (1958), “Peronismo y revolución permanente: política obrera y política burguesa para los obreros”, *Estrategia de la Emancipación Nacional*, año II, N° 3, junio, pp. 54-101 (bajo seudónimo de H. Radio).
- (1974), *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Buenos Aires: Fichas.
- (2000), *Introducción al pensamiento de Marx (Notas inéditas de un curso de 1958)*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- (2012), *Historia del pueblo argentino*, Buenos Aires: Emecé.
- Rojo, Alicia (2012), “Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I, N° 1, septiembre, pp. 103-125.
- Sebrelí, Juan José (1987), *Las señales de la memoria*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Tarcus, Horacio (1996), *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milciades Peña*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Veiga, Raúl (2006), *El Tigre de Pobladora. Diálogos inéditos con Nahuel Moreno*, Buenos Aires: El Socialista.

**Resumen:** Milcíades Peña fue uno de los más importantes intelectuales de la izquierda argentina durante el siglo XX. Propuso una visión marxista original y crítica sobre el pasado nacional, la estructura socioeconómica del país, la clase dominante y el peronismo. En este artículo, a partir del análisis de fuentes primarias, se examinan asuntos poco explorados: el modo en que Peña se insertó en una de las tendencias del trotskismo argentino; las características teóricas, políticas, programáticas y organizativas de dicha corriente; y la incidencia que esta experiencia militante tuvo en la formación intelectual de Peña. La hipótesis propuesta es que, si bien la producción teórica de Peña luego fue cobrando una extraordinaria lucidez y autonomía creativa, apenas puede comprenderse sin sus contextos militantes previos.

**Palabras clave:** Milcíades Peña – intelectuales – trotskismo – izquierda

**Abstract:** Milcíades Peña was one of the most important intellectuals of the Argentine left in the twentieth century. Proposed a marxist view original and critical on the national past, the country's socio-economic structure, the ruling class and the peronism. In this article, based on the analysis of primary sources, examines issues little explored: the way in which sentence was inserted into one of the trends in argentine trotskyism; features theoretical, political, organizational and program of the stream; and the incidence that this experience had militant in the intellectual training of Peña. The proposed hypothesis is that, while the theoretical production of Peña later was becoming an extraordinary lucidity and creative autonomy, can hardly be understood without their previous contexts militants.

**Keywords:** Milcíades Peña – intellectuals – trotskyism – left

**Recepción:** 2 de julio de 2013. **Aprobación:** 30 de agosto de 2013



# **El intelectual como partido: Dardo Cúneo y la experiencia de *Acción Socialista***

*Carlos Miguel Herrera*

Université de Cergy-Pontoise

El Partido Socialista Argentino construyó a lo largo de su historia una relación con los intelectuales no exenta de tensiones y conflictos. La fuerza nunca fue ajena, por cierto, a hombres con formación universitaria: quien se convierte rápidamente en su principal dirigente durante sus primeros treinta años, Juan B. Justo, no sólo era médico sino que había iniciado asimismo una carrera académica que lo lleva a la cátedra, debiendo abandonarla por las vicisitudes de la política. También habían pasado por la universidad otras figuras descolantes de esos primeros tiempos, como el ingeniero Germán Avé-Lallemant e incluso pronto aparece, a fines de 1894, un Centro socialista universitario como organización específica que se contará entre los fundadores del partido.

Pero existía desde el vamos cierta desconfianza hacia los intelectuales en tanto “grupo social”. Esto queda expuesto también muy rápidamente, con los conflictos que llevan a abandonar el partido, a principios del siglo XX, al grupo de *La Montaña* que conformaban Leopoldo Lugones y, sobre todo, José Ingenieros, tal vez los primeros intelectuales socialistas en sentido estricto, tensiones que se repetirán en los años sucesivos con figuras menos importantes en el plano organizativo, como Manuel Ugarte o Roberto J. Payró. Ciertamente, un cambio importante se produce a inicios de los años 1930, cuando ingresan al partido un conjunto de intelectuales encabezados por Alejandro Korn, y entre los que destacan Arturo Orgaz, Carlos Sánchez Viamonte o Julio V. González, sin que los recelos desaparezcan sobre todo cuando los más jóvenes se inserten activamente en las estructuras partidarias. En efecto, estos intelectuales conservan una legitimidad que supera el marco partidario, por ejemplo no publicando sus obras en la editorial *La Vanguardia* sino en otras, conservando cátedras, etc. Al mismo tiempo, sus quehaceres militantes están ligados a sus destrezas intelectuales, como la comisión de cultura, la prensa, etc.

La figura de Dardo Cúneo (1914-2011) puede ser abordada como un particular paradigma de intelectual socialista, en momentos en que el PS cumple su medio siglo de acción. Empero un conjunto de precisiones deben ser realizadas para abordar su caso, primero en lo que hace al contexto partidario en que se desarrolla su acción, luego sobre su propio estatuto de “intelectual”.

En lo que respecta al primer tópico, su militancia se da en un período que hemos llamado de crisis permanente, abierto a partir de los años 1930 y que termina llevándolo a su dispersión definitiva en 1958 (Herrera, 2007). Como si la muerte de Justo hubiera significado también el fin del proyecto político que el fundador de *La Vanguardia* había diseñado a fines del siglo XIX, o al menos fracturado su coherencia interna. Una transformación profunda de aquella Argentina era sin duda la causa central, en la medida en que las hipótesis sobre las que se había construido el papel y el accionar del PS estaban desapareciendo de la vida nacional. Sin embargo, los signos de esta crisis partidaria no serán siempre claros de observar para los contemporáneos, ya que están enmarcados por algunos “éxitos”, ante todo electorales, de corta duración, y que se revelan en definitiva sólo aparentes.<sup>1</sup>

Entre ambos extremos cronológicos de la crisis, se ubica el momento peronista del PS –momento central en todo el sentido de la palabra–, en que se desarrolla lo esencial de nuestro estudio. En efecto, contrariamente a una lectura establecida, la llegada del peronismo al poder no hace más que agudizar un conjunto de elementos que ya estaban presentes en la década previa, tornándose ciertamente más nítidos después de 1946, y estallando tras el derrocamiento del régimen justicialista. La novedosa corriente cívico-militar que se venía estructurando desde el Estado luego del golpe de 1943 comienza a hacer sentir sus efectos dentro del PS. No se trataba tan sólo de las persecuciones –bajo la forma de clausuras a su órgano partidario, la detención y el hostigamiento de los dirigentes socialistas, que llevaba a los principales líderes al autoexilio montevideano, antes de terminar sufriendo algu-

---

1. La abstención radical que se sucede a partir de 1931 había permitido al PS contar con la mayor representación parlamentaria de su historia. Al mismo tiempo, sus representantes obreros habían alcanzado la dirección del movimiento obrero organizado a nivel nacional, aunque se veían circundados a partir de 1936 por la dinámica del Partido Comunista. Si bien un nuevo desgajamiento, el del PSO, debilita electoralmente al PS en 1937-1938, el fin de la abstención radical no le impedirá, poco después, acentuar su peso en la Capital Federal, coronado por el triunfo electoral de 1942. Para entonces, el inicio de la Segunda Guerra Mundial le permitía estructurar el discurso político de la izquierda en un conjunto de organizaciones antifascistas. Pero las divisiones estallan ahora en el seno de su componente sindical, cuyo peso en la estructura partidaria había cambiado desde los años 1930.

nos atentados mortales–, sino también de la fuerza de atracción que la acción del coronel Perón comenzaba a ejercer en una segunda línea de dirigentes socialistas, ligada sobre todo al movimiento sindical. De la denuncia de la usurpación de la obra legislativa del viejo partido se pasará pronto a la condena del “mal totalitario” que parecía instalarse en nuestras tierras tras ser derrotado en Europa, un giro que se agudiza con la nueva derrota que sufre el PS en las elecciones legislativas de 1948 y que confirman su desaparición de la representación nacional. Con todo, la línea antitotalitaria que termina de imponerse a finales de los años 1940, y que había llevado a formas inéditas del accionar socialista (como la abstención electoral o la ruptura total de contactos con las autoridades nacionales), genera tensiones y críticas, que el Gobierno no se priva de alentar con sus poderosos medios. Éstas se hacen más importantes en 1950, cuando, después del congreso partidario de noviembre de ese año, parecen cerrarse las posibilidades de renovación interna (Herrera, 2003).

También el estatuto intelectual de Cúneo exige algunas precisiones. Por lo pronto, no es un intelectual en el sentido general de la palabra, si se asocia la noción con una labor espiritual que da lugar a la intervención pública, pero con un grado central de autonomía. Su labor intelectual es su militancia, habiendo ingresado al partido antes de terminar la escuela secundaria. A diferencia de aquellos universitarios que entran también al PS a principios de los años 30, su legitimación como intelectual se desarrolla puertas adentro del partido, al menos en el periodo estudiado aquí. En definitiva, se acerca a la figura del intelectual orgánico, aunque la propia estructura abierta del PS impida encuadrarlo completamente en esta figura y, de hecho, otras áreas retienen su interés,<sup>2</sup> y su actividad corresponde a la de un “publicista”, una persona que literalmente vive de su pluma, sobre todo como periodista y ensayista, pero también como crítico y, más tarde, poeta. Cúneo se verá llamado a reflexionar sobre su propio estatuto, viéndose como un escritor que hace política, lo que distinguía del “escritor político”, porque de lo que se trataba era, como asevera, de ser escritor y político y a la vez. En verdad, tampoco se trataba de cualquier política, sino de aquella en la que “el partido, más que partido resulte una misión, una cruzada”, reivindicando, en esa veta, la figura del escritor irlandés George Bernard Shaw (Cúneo, 1950: 69). Si por un lado la actividad intelectual implica para él una jerarquización del político, la doctrina, al menos tal como se desarrolla dentro del socialismo, es un arma para la acción, como venía afirmándolo

---

2. Cúneo coordina la edición del teatro completo de Florencio Sánchez en 1941, publica un libro sobre Frank Brown en 1944, sin olvidar un celebrado ensayo sobre Sarmiento y Unamuno en 1948. Dedicaba también prólogos a obras de Francisco Bilbao, Walt Whitman o José Martí, sólo para referirse a su obra en el período aquí estudiado.

en 1946. Y Cúneo integrará, a partir de los años 1940, las instancias dirigentes del PS, siendo particularmente activo en la prensa partidaria y en su organización cultural, amén de un escritor prolífico.

Más que en una obra propia, su significación como intelectual se encarna para nosotros en el proyecto político que dirigirá luego de su expulsión del PS en 1952, tras una serie de vicisitudes originadas a partir de una entrevista con el general Perón. Dicha experiencia no se resume la de un “intelectual” que dirige una organización socialista, sino en la de una agrupación que toma como su propio modo de intervención política el trabajo intelectual. *Acción Socialista* busca proyectar la labor intelectual a la organización política, bajo la forma del “fermentario”, siguiendo el modelo de la Sociedad Fabiana en Inglaterra.

A mediados de 1952, Cúneo lanza un periódico socialista alternativo que pronto se transformará en organización. Menos conocido que aquel proceso que se desencadena con la salida del partido de Enrique Dickmann y que termina llevando a la fundación del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) (Herrera, 2011), el proyecto de *Acción Socialista*,<sup>3</sup> efímero y posiblemente menos ambicioso que aquél, representa sin embargo uno de los intentos más originales de dar respuesta a la cuestión de una fuerza alternativa al PS en esos años, sin buscar reproducir la forma partido, en un espacio dominado por el Partido Socialista y el Partido Comunista. La tentativa que trata de encarnar Cúneo se diferencia del proyecto del PSRN por dos características propias. Por un lado, se mantiene claramente a gran distancia con respecto al peronismo, imaginando una suerte de tercera vía entre éste y el PS. Por el otro, y tal vez más importante, intenta innovar en el tipo de construcción política posible, al menos en un primer momento. Como si cierta inteligencia táctica, unida a la relativa exigüidad de sus tropas, le permitiese observar que una nueva fuerza de izquierda no tiene posibilidades de existir de manera inmediata. Con un nombre menos conocido que el del viejo Dickmann para imantar disidencias, Cúneo buscará crear entonces un grupo político-intelectual que se asemeje al rol que jugaba la Sociedad Fabiana en Inglaterra de cara al Partido Laborista.

Dado que lo esencial de la historia de *Acción Socialista* se confunde con la figura de Cúneo, conviene detenerse en su itinerario partidario, que se desarrolla integralmente en el contexto de crisis que acabamos de puntualizar.

---

3. En lo que sigue, el nombre *Acción Socialista* se citará en itálicas cuando se haga referencia al periódico y simple cuando se refiera a la agrupación.

## Un itinerario socialista

Subrayar algunos elementos de su biografía política nos permitirá situar su posición en momentos en que se produce su salida del PS; hasta entonces, Cúneo aparecía como uno de los dirigentes más promisorios del socialismo argentino.

Como adelantáramos, Cúneo declarará haber ingresado al PS cuando todavía cursaba el colegio secundario, a fines de 1930, aunque su afiliación oficial corresponde a sus 18 años, en 1932. Poco después entra a militar en el ala izquierda del partido, particularmente activa en esos años, que buscaba organizarse por entonces acaudillada por Benito Marianetti desde Mendoza (Herrera, 2006). En la corta respuesta que Cúneo ofrece a la célebre encuesta de *Claridad* sobre la táctica del PS, señalaba que tres elementos debían llevar a un cambio en ella: la desocupación, el peligro de una guerra mundial y el fascismo. Hay que adaptar la táctica “al momento que nos toca vivir” y la lucha era ahora por la transformación social. El socialismo representaba un peligro inminente para la burguesía, y es por ello que ésta opta por la restricción de la libertad y el fraude electoral (Cúneo, 1933). Poco después, será testigo directo de esa radicalización de la lucha de clases en los años del fascismo europeo, cubriendo de manera ocasional para *Crítica* el inicio de la guerra civil española.

Cúneo colaboraba con el periódico del grupo *Izquierda*, que se editaba con el mismo nombre. Sin embargo, no sigue a los disidentes del ala izquierda, derrotados en el Congreso partidario de 1934, cuando, tras nuevas vicisitudes y alianzas, deciden organizar un nuevo partido, el Partido Socialista Obrero (PSO). Por el contrario, en 1938 Cúneo pasa a ocupar el cargo de secretario general de las Juventudes Socialistas, que conservará hasta 1941. Integra asimismo la redacción de *La Vanguardia*, dirigiendo el órgano de prensa de la juventud socialista, *Futuro*. A partir de 1941 es designado secretario de la estratégica “Comisión de prensa”, un cargo que sólo abandonará durante el proceso que lleva a su expulsión. Para entonces, era ya miembro de la dirección de la Federación socialista capitalina, la más poderosa del Partido, pero que había sufrido los coletazos de la reciente disidencia.

Su lugar dentro del PS se irá afirmando a partir de esa década de 1940, y su perfil se construye en torno a la figura de “escritor socialista”. Amén de su actividad periodística, que había comenzado como redactor de *La Razón* en 1932 y había continuado en otros medios masivos (*El Mundo*, *El Hogar*), Cúneo se había transformado en un fecundo ensayista, con intereses que recorrían un amplio espectro cultural y literario. También era uno de los más activos docentes de la Escuela de Estudios Sociales del Partido.

Y se puede considerar que al publicar en 1943 una biografía de Juan B. Justo, Cúneo está cumpliendo un paso más del *cursus honorum* socialista, sobre todo porque el prólogo es firmado por el principal dirigente partidario, Nicolás Repetto, que considera el libro, “relato fiel y sentido”, como el “más completo y más serio de cuantos se han publicado hasta la fecha” (Repetto, 1943: 10). Este prólogo es para Repetto la ocasión para juzgar el estilo literario de Cúneo (“la frase muy corta”, “la colocación del verbo al final”) como eficaz. La biografía, tenuemente novelada, es saludada rápidamente como una referencia,<sup>4</sup> lo que vale a Cúneo ser el editor, en 1947, del tomo VI de las *Obras* del maestro, bajo el título *La realización del socialismo*, y en cuyas páginas se reúnen los principales textos políticos de Justo. El autor del oportuno prólogo nos da un nuevo índice de la ubicación de Cúneo en las filas partidarias: está firmado por quien se está convirtiendo en el dirigente más relevante del PS por aquellos años, Américo Ghioldi, que no duda en calificar de “hermosa biografía” su libro sobre Justo.<sup>5</sup> Otro folleto aparecido en ese mismo año, *Juan B. Justo y la declaración de principios del Partido Socialista*, que Cúneo publica después de haberlo profesado en el “Curso de iniciación” organizado en la Casa del Pueblo, nos permite entrever los acentos propios que contienen su visión del socialismo. En todo caso, Cúneo busca resaltar el carácter original, es decir, nacional y latinoamericano, del programa justista, que lo convierte en figura universal del socialismo. Un párrafo condensa en particular la interpretación dada:

La nacionalidad en esta América de raíz indígena y expresión hispana será realidad cuando las clases trabajadoras hayan ascendido, a través del socialismo, acompañando al socialismo y acompañándose de él, a la consciencia y ejercicio de sus intereses e ideales. La causa nacional, en nuestra América, es, fundamentalmente, causa del socialismo. (1947a: 33)

Se trata, en definitiva, como dice en otro trabajo contemporáneo, de una “visión y comprensión argentinas del socialismo” (1947b: 57). Entre ambas obras, Cúneo había desplegado también su incumbencia

---

4. Será reeditado, ampliado, una primera vez en 1956, con el título *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*.

5. Por cierto, Ghioldi intenta vincular la obra de Justo con el “difícil momento” que está viviendo el país bajo el peronismo, y concluye que las ideas del “preclaro apóstol del movimiento obrero”, preservan “de las falacias que rondan a la conciencia popular; de las falacias místicas y declamadoras, de las falacias autoritarias, de las falacias sobre conquistas súbitas que no dejan en el pueblo ni gérmenes de acción propia que es, en definitiva, el móvil primero y último de la democracia y el socialismo” (Ghioldi, 1947: 18).

de historiador en torno a su dominio de intervención por excelencia, la prensa, publicando en 1945 una historia sobre *El primer periodismo obrero y socialista*. Poco después, le cabe a él el honor de ser prologuista, y nada menos que de Jacinto Oddone, para su *Gremialismo proletario*, aparecido en 1949.

Ya desde los años 1930 sus principales referentes dentro del partido son Alfredo L. Palacios y, todavía en mayor medida, Mario Bravo, sin duda el dirigente socialista que Cúneo más admiraba –“Americano y argentino, Bravo comprendió al socialismo como la lucha por la liberación de los hombres, que es la liberación de las patrias sometidas, lucha por la liberación de las clases esclavizadas”–, muerto en marzo de 1944. Bravo, que ha unido al revolucionario, al estudioso y al artista (1950: 10, 13), aparece para Cúneo como su modelo.

Cúneo no es, por cierto, un teórico del socialismo, que ofrezca una interpretación original o vigorosa de su doctrina, sino más bien un divulgador, un mediador a través de su elegante pluma. Entre los autores que Cúneo moviliza por entonces encontramos los nombres de Jean Jaurès –que estima muy especialmente, resaltando su concepción no mecanicista del materialismo–, Rosa Luxemburgo y, más cerca de él, Harold Laski, Carlo Roselli, Fernando de los Ríos, pero también José C. Mariátegui y Raúl Haya de la Torre. Esta suerte de eclecticismo es asumida y reivindicada, cuando afirma que “el socialista encontrará siempre lectura fraterna en aquellas páginas que le refieran la lucha eterna del hombre por la libertad” (1947b: 59). Su bagaje teórico se define, en efecto, por un cierto sincretismo: si no duda en definirse marxista, reivindicando a ambos padres del socialismo científico, otros autores como F. Lassalle tienen lugar en su biblioteca. Su visión del marxismo parece priorizar un corte historicista, donde la obra de Marx aparece como “un poderoso genio polémico frente a la sociedad capitalista”.<sup>6</sup> En todo caso, la doctrina de Marx, asociado siempre estrechamente a Engels, aparece como el fruto de un momento determinado de la historia, por ende, no debe transformarse en dogma y deber ser continuamente renovada de cara a la actualidad. Para Cúneo, “la doctrina valdrá por la exactitud con que se desarrolla y traslada; no por la fidelidad con que se la contempla” (1947b: 53). Pero el trabajo intelectual no tiene autonomía: “sus lecturas serán en el socialista modos de hacer; su doctrina, vehículo, instrumento, arma. Detrás de cada página la acción espera”.

Y creía poder ver enmarcada su acción en su reivindicada “generación del 45”, llamada a cumplir un rol central en la revolución cuyos prolegómenos imagina en febrero de 1946, posteriormente a la esperada derrota

---

6. Aunque con fines didácticos, Cúneo aconseja a los jóvenes socialistas iniciar la lectura del opus por *La ideología alemana* y el *Anti-Dühring*, antes que *El capital*.

definitiva del peronismo. Al lado, pues, de su actividad de publicista, Cúneo desarrolla una activísima militancia partidaria. No por nada es designado, por el voto de los afiliados, candidato a diputado por la Capital Federal en las elecciones de febrero de 1946, una candidatura que se renueva en las elecciones de abril de 1948. Su foto, con su mechón y los inevitables anteojos de Carey, se había hecho familiar en la prensa partidaria. Cuando en 1949, con 35 años, pasa a integrar el Comité Ejecutivo Nacional (CEN), todos los observadores están de acuerdo en ver en él uno de los dirigentes con mayor futuro dentro del PS.

En esos años de crisis, Cúneo es el animador de una de las publicaciones más dinámicas de la galaxia socialista de entonces, los *Cuadernos de Mañana*, que comienzan a editarse en 1950 y que, pese a su corta vida, tenían gran prestigio entre los militantes del PS, en la medida en que reunía a algunos de los intelectuales y dirigentes más prestigiosos del Partido, junto a algunos de los jóvenes más activos, conformando un polo que se ubica a la izquierda de la dirección partidaria. Pero no se aleja de la línea partidaria cuando la táctica es puesta en duda por Julio V. González en el Congreso partidario de 1950. Y es electo nuevamente por los afiliados como candidato a diputado por la Capital Federal, en las elecciones de 1951 por la 11ª circunscripción (La Paternal).

## **El proceso de expulsión**

Estos comicios generales se realizan en un clima enrarecido por la intentona golpista del general Menéndez y un nuevo despuntar del movimiento huelguístico, que lleva al Gobierno a no levantar el estado de excepción. Cúneo, como otros militantes socialistas, es detenido el 30 de septiembre de 1951 y puesto a disposición del PEN en la vieja Penitenciaría Nacional de la avenida Las Heras, tras los coletazos del frustrado movimiento militar. Aunque la mayoría de los presos van siendo liberados, Cúneo continúa detenido. En esas circunstancias su hijo cae gravemente enfermo a fines de ese año, y Cúneo, desesperado, busca los medios para salir en libertad. El partido no avanza en sus gestiones, porque reduce el contacto con el gobierno al mínimo. Ángel Borlenghi, el antiguo socialista devenido un odiado ministro del Interior, alertado por antiguos camaradas, le propone una inmediata libertad, en principio sólo por tres días, lo que le permite dejar su celda el 26 de diciembre. Llegado al final del plazo, y deseándolo prolongar, se entrevista personalmente con Borlenghi, por intermedio del siempre solícito Juan Unamuno. Allí se le informa que no está obligado a volver a la cárcel. Según su relato, Cúneo se decide entonces a gestionar la libertad de los otros socialistas presos, por lo que se dirige, junto con otros cuatro militantes socialistas (según se reconstruye, Julio Gonzá-

lez Iramain, Luis Ramiconi, Emerio Tenreiro y Jacobo Koffmann), a la Casa Rosada el 2 de enero de 1952 para entrevistarse con el ministro del Interior. Entre dos entrevistas, Borlenghi los termina conduciendo a ver directamente al general Perón. Acto seguido, los dos miembros más prominentes de la delegación, Cúneo y González Iramain, ambos integrantes del Comité Ejecutivo Nacional del PS, piden una reunión de dicha instancia para informar de lo conversado y vagamente acordado. En esa reunión, en la que presentan un memorándum de la entrevista con el presidente, Cúneo critica vigorosamente la ausencia de gestiones para la libertad de los presos. A lo que sigue una agria discusión con N. Repetto, donde se remueven viejas rencillas, pero sin que la disputa tuviera mayor trascendencia pública.<sup>7</sup>

Las cosas comienzan a cambiar cuando González Iramain presenta su renuncia a la máxima instancia partidaria, así como a su condición de afiliado, el 20 de febrero, en carta que se hace pública en la prensa escrita poco después. El CEN parece no querer abrir una crisis, y señala entonces haber archivado los pedidos de expulsión que venían de algunos Centros socialistas.<sup>8</sup> Pero la conmoción interna del PS se había agravado con la entrevista de Enrique Dickmann con el general Perón el 1° de febrero de ese año, que había tenido un gran eco en la prensa nacional en la misma tarde en que se produjera. En ese contexto enrarecido, Cúneo hace imprimir a principios de marzo una larga carta, que, con el título “Renuncia al Comité Ejecutivo”, no sólo denuncia la inacción del PS ante su caso comparado con otros, sino que pasa a cuestionar la línea partidaria (Cúneo, 1952a). En efecto, el texto se divide claramente en dos partes, cambiando incluso la tipografía de ambas. Luego del pormenorizado relato de los hechos desde su detención hasta la reunión del Comité Ejecutivo, que forman la primera parte, y donde no se ahorran tampoco ataques a las maniobras ghioldistas en torno al proyecto de golpe de Estado del general Menéndez, Cúneo inicia una evaluación crítica de toda la política que se venía llevando a cabo desde la Unión Democrática. Hace pública allí su “disidencia” con las “directivas políticas” del Partido en los últimos años, en particular a partir de 1948, aunque dice no haberla llevado a los congresos partidarios por “solidaridad de cuerpo” con la instancia que integraba. Esto le parecía necesario ahora, porque se estaba luchando ciegamente contra el peronismo, es decir, sin determinar sus causas generadoras. Si había que

---

7. Ni Cúneo ni González Iramain participan en la reunión del CEN del día 5 de febrero de 1952, que decide presentar al voto de los afiliados la expulsión de Dickmann, signo ya de un alejamiento que no tardaría en estallar. El PS no pide en lo inmediato sanciones para ambos, como lo señalará luego Dickmann.

8. *Nuevas Bases*, marzo de 1952.

combatir la demagogia, “no se reparó en que pactar con la vieja infamia para combatir a la nueva, es morir junto a una y otra infamia”. El Partido se encerraba en el “chisme” sin presentar un programa socialista para los problemas de la reconstrucción del país.

El antiguo militante del ala izquierda va más lejos y vuelve sobre aquellos años 1930, atacando lo que llama, nunca avaro de imágenes fuertes, el “palo enjabonado de la legalidad justista”. En efecto, había que situar en la Década infame las raíces de ese “proceso indiferenciador que hoy neutraliza la función histórica del partido”. De cara al presente, había que retomar el mensaje socialista, renovando un programa que había fijado en la primera posguerra. Y entre los ejemplos más claros no sólo de la inadecuación del posicionamiento, sino de la identificación del PS “con la posición defensiva de la clase conservadora”, recuerda la posición reciente de Repetto en defensa del latifundio ganadero en el periódico partidario, y se pregunta si el partido actual no está cercano al viejo PS Independiente de Antonio de Tomaso y Federico Pinedo. Poco después de fechada esta carta, el día 10 de marzo, Cúneo anuncia en nota al CEN su intención de renunciar también a su condición de afiliado, decisión que sin embargo no se concreta.

Los términos de la carta pública (aunque sólo distribuida entre los afiliados) son juzgados gravemente por el Partido, que decide, tras aceptar la renuncia al CEN, “repudiarlos” y pasar los antecedentes del caso a la Comisión de disciplina. Al mismo tiempo, Cúneo, que seguía siendo miembro de la Comisión de prensa, es duramente atacado por Repetto en el número de abril de *Nuevas Bases*, luego de un altercado entre ambos en la última reunión de la instancia dirigente socialista en que ambos habían participado. Y el CEN decide por resolución del 6 de agosto de 1952 recomendar su expulsión, pasando a organizar el voto general de los afiliados, previsto en los estatutos partidarios, tal como se había hecho con Dickmann en marzo de ese mismo año (Herrera, 2011). La carta de renuncia de Cúneo es interpretada como un “designio de coadyuvar en la campaña difamatoria que se realiza contra el partido”, en particular por sus acusaciones veladas contra Ghioldi. En particular, se le achaca alentar la formación de una disidencia, lo que parece confirmado por la edición de un periódico, que con el título de *Acción Socialista* comienza a aparecer en el mes de mayo. En ese sentido, y luego de reprocharle la incoherencia entre estos juicios retroactivos y su comportamiento partidario en aquellos años de supuesta disidencia, tilda de “desacuerdo conceptual” su posición. Cabe puntualizar que ya adentrado en el conflicto con el CEN, Cúneo no dudaba en calificar al peronismo de “régimen totalitario”, un posicionamiento que mantendrá un año más tarde (Cúneo, 1953). Claro que existía un matiz: en 1947 hablaba del totalitarismo como un “enemigo de clase” (1947b: 16). Y

puesto que la causa generadora del totalitarismo fue el capitalismo, sólo la derrota de éste terminará con aquél (1947b: 20)

Cúneo se debate por evitar el procedimiento, incluso con herramientas legales, pero tras el desarrollo de la votación de los afiliados, el escrutinio tiene lugar el 17 de noviembre. De los 3.942 afiliados (sobre los 6.720 posibles) que toman parte de la votación, una gran mayoría (3.246) aprueban la expulsión y sólo 574 se declaran en contra.

## **La organización de *Acción Socialista***

Como acabamos de ver, entre su renuncia al CEN (marzo) y el inicio del procedimiento de expulsión (agosto), Cúneo decide publicar un nuevo periódico, *Acción Socialista*, cuyo primer número aparece el 7 mayo de 1952, con una tirada importante (10.000 ejemplares, que se reducen a 6.500 a partir del tercer número). Como razón principal aduce la imposibilidad de publicar en el periódico oficial mientras dura el trámite ante la Comisión de disciplina, tal como había sido decidido por el CEN, y que le impedía contestar a las acusaciones. Es así que el primer número incluye la larga réplica a la carta de Repetto. Según su propia confesión, los primeros números del periódico son íntegramente escritos por Cúneo, con la módica ayuda de su esposa, y aunque pronto se abrirá a nuevas colaboraciones de sus allegados y amigos, será siempre él el redactor principal. En sus inicios, el ritmo del periódico es muy activo, ya que sale por entonces quincenalmente.<sup>9</sup>

Es con la publicación del “Testamento político de Mario Bravo” que el periódico se daba a conocer públicamente en su primer número, todavía muy orientado a sus compañeros socialistas. Una frase del texto de Bravo parece resumir el anhelo de Cúneo en su nuevo posicionamiento: “La sociedad no vendrá hacia nosotros porque nos ignora; pero nosotros iremos a la sociedad porque la conocemos”.

Uno de los editoriales más significativos de esta fase es aquel aparecido en el número 3, del 4 de junio de 1952. El texto se llama “La ‘contra’, el gobierno y el socialismo”. La “contra” aparece como un tipo de oposición, en el cual se engloba al PS, que permanece en el propio universo peronista, aunque más no sea negativamente. Es por ello que no tiene un programa superador del peronismo. Se necesita, en cambio, una crítica que no se pierda en la “intriga estéril”, que tenga perspectivas, y éstas no pueden ser más que socialistas. Pero “el socialismo sólo puede

9. Rápidamente su edición comienza a espaciarse: el N° 5 es de julio; el N° 6, de octubre; el 7, de diciembre de ese año; el 8, de febrero de 1953; el 9, de abril; el 10, de junio; el 11..., de octubre; el 12, de diciembre; el 13, de marzo de 1954; el 14, de junio, y el 15, recién de marzo de 1955, aunque, como veremos, un conjunto de importantes vicisitudes internas explican los diez meses que separan estos números.

ser pensado en términos de revolución”, lo que marca los límites con el viejo partido. Y después de aseverar que se trata de un largo proceso, expresa su confianza en la acción de la clase trabajadora.

En momentos en que el CEN sospecha de la intención de crear una tendencia, Cúneo parece anunciar también el tipo de estrategia que desplegará por fuera del PS. Afirma en efecto que el posicionamiento socialista no implica una identificación partidaria, implica una acción que va más allá de esa esfera. Sin embargo en la carta que dirige al CEN tres días más tarde, el 7 de junio de 1952, Cúneo asegura que se trata de una publicación “al servicio de las ideas, el método y la orientación del Partido Socialista”. Y para despejar dudas sobre un supuesto apoyo oficial a su iniciativa, detalla en la misma el modo en que financia la publicación, que se imprime en una imprenta de la que él es socio.

Con el correr de sus números, ya separado definitivamente del PS, el periódico deja entrever una visión del socialismo menos liberal, más latinoamericana, más claramente apegada a un programa de socialización de los medios de producción, o al menos a la planificación. En ese sentido, busca identificar su perfil con la figura de Alfredo Palacios, cuyas fotos son omnipresentes en los primeros números, y al que se termina dedicando un amplio reportaje en el número 8 de 1953. Llama así desde sus páginas a nacionalizar la CADE, los frigoríficos, el petróleo, proponiendo asimismo la colectivización de la tierra y el desarrollo de la planificación. Como se afirma más tarde desde esas mismas columnas, cuando se consolida la idea de crear un nuevo grupo, la liberación nacional será socialista, y en ese sentido el socialismo es la Nación.

Los editoriales del periódico mostrarán además una posición más abierta hacia el peronismo, que se distingue claramente de la cerrada oposición del PS, y que Cúneo condensa en una frase de su elegante prosa: “La multitud argentina trae en su resentimiento una versión primaria, pero en un todo verídica, de los grandes problemas argentinos”. Había que transformar ese anhelo de justicia económica en conciencia de clase, en instrumento de su propia emancipación, y de liberación de la nación. Como escribía en ese texto de diciembre de 1952, “la multitud argentina está en la calle. Con ella, nuestra esperanza”. Poco después, en un texto cuasi programático de junio de 1953, se lee en *Acción Socialista*: “En el camino andado en derechos populares, hacia atrás ni un paso”. Pero “queremos dar muchos pasos más hacia adelante”. Se trata, en definitiva, de “una oposición al actual régimen sostenida con sentido de futuro”. Pese a su identidad socialista, no duda en avanzar el concepto de “comunidad nacional” o “movimiento nacional”.

El análisis del peronismo recibirá un mayor espesor cuando el periódico cumpla sus dos años de vida. La anatomía pone el acento en su elasticidad, su agilidad, pero también los “escasos compromisos ideoló-

gicos” que habían marcado su rápido despliegue en la escena nacional. Aunque, a diferencia del PS, se reconocen las ventajas inmediatas y efectivas para los trabajadores, se trata de un “despliegue demagógico”, en un marco autoritario de supresión de las grandes libertades, en particular el derecho de huelga. En ese sentido, el peronismo tiene una doble función: por un lado canaliza el descontento de las masas pero por el otro las neutraliza, en momentos en que, finalizada la Segunda Guerra Mundial, éstas se aprestaban a lanzar el ataque contra el régimen burgués. Pero “cumplidas sus promesas mínimas, su insuficiencia programática le augura caminos de retorno”. En ese sentido es “un episodio transicional”, entre el país del pasado y el del futuro, haciendo mucho más explícita que el grupo de Unamuno su distancia con el peronismo. De hecho, las contradicciones que la integran comienzan a actuar con autonomía. Pero concluye diciendo que “entenderemos que si la clase trabajadora peronista ha de permanecer enrolada en el movimiento, debe persuadirse sólo por la elocuencia de los hechos”.<sup>10</sup>

Para entonces, y después de un año consagrado a la publicación del periódico, en septiembre de 1953, Cúneo y sus seguidores deciden constituirse en agrupación, siempre con el nombre de Acción Socialista. Junto a él, encontramos a Jorge E. Felizia, Marcos Merchensky, Manuel G. García, Francisco Madrazo, que a partir del séptimo número aparecían como miembros del comité editor de la prensa, a los que se suman Ernesto Janín, Giordano Bruno Tasca, Eduardo Rocca, Hector Alberto Chaponick, Jorge Godoy Ortiz, Abel A. Méndez, Nicolás F. Ciliberti, Ricardo F. Britos. Asimismo, *Acción Socialista* reivindica como sus presos a Walter M. Pontalti, Aldo Toustian, Alberto López Dabat, Rosín y el ya mencionado Ciliberti.<sup>11</sup>

Manuel G. García, que había sido un dirigente de la FUBA, figura como el secretario general. El nuevo agrupamiento lanza en ese momento una campaña financiera, y abre un local público en Humberto I° 1175. A partir de ese mes de septiembre de 1953 comienza también a editar un boletín. En él afirman claramente las coordenadas de la nueva organización: “Somos socialistas de ayer, de hoy y de mañana”. El modo de funcionamiento sigue la óptica que venía adoptando el periódico; proponen así una serie de “seminarios de estudios”, sobre la actualización del *Manifiesto comunista* de acuerdo a la realidad latinoamericana (Tasca y Méndez), los órganos económicos de la revolución (García), e incluso los órganos jurídicos de la revolución (Rocca). En esos momentos,

---

10. *Acción Socialista*, n° 14, junio de 1954.

11. Sobre los miembros de *Acción Socialista* obtuve valiosa información en una entrevista con Arnoldo Belmes (agosto de 2010) y un posterior correo electrónico (junio de 2013).

la agrupación defiende la posibilidad de pertenecer simultáneamente a Acción Socialista y al PS, ya que aquella no se propone ser un partido político.

Y en efecto, distinguirse del viejo partido por su accionar no era la única preocupación de Cúneo: también busca separarse del PSRN, que se había organizado a partir de 1953 (y donde habían ido a parar algunos de quienes lo habían sostenido en el conflicto interno de 1952). En efecto, para Cúneo lo que oponía a ambos sectores era lo calificaba como “lucha de facciones”. Unos actuaban dentro del radio del peronismo, mientras que los otros lo hacían dentro del radio de la oligarquía.<sup>12</sup> En varias ocasiones, Cúneo había tratado despectivamente a quienes buscaban acercarse al Gobierno, pero, por cierto, el PS no hacía distinciones y el Consejo Nacional calificaba a Acción Socialista como “otra manifestación de la misma subversión política, tendida hacia la finalidad de destruir el partido como fuerza política autónoma y libre”.<sup>13</sup>

Un documento de enero de 1954, *Acción Socialista y la realidad argentina*, fija la posición general de la nueva organización. Adentrado en la construcción de su propia identidad, el grupo trata ahora de poner distancia con el viejo PS, al menos de cara al futuro. Se ve a Acción Socialista como el “núcleo promotor de una activa vanguardia socialista”. La lucidez no les impide sin embargo aceptar que su llamado no tiene por destinatario a las grandes masas, sino que se dirige a formar equipos para estudiar los grandes problemas. Y puestos a discutir de teoría, reivindica como “su método de investigación histórica” al marxismo, aunque dice aceptar todo otro que tenga como meta el socialismo. Este documento, sin duda el más importante que produce el grupo, será la base de su “Declaración de propósitos”, que da junto con sus estatutos. Su lema es: “La Nación será libre por el socialismo”.

El periódico oficial del PS se hace eco, para denostarlo, de este intento de crear una nueva organización. No se trataría de un partido de ciudadanos, sino de agrupaciones sindicales, culturales, cooperativas, centros de estudios según el modelo del laborismo británico, aunque señala que los promotores se contentan por ahora con un centro de estudios del tipo de la Sociedad Fabiana, que tendría, entre otras funciones, la de preparar los planes de gobierno cuando se produjera el fin del peronismo. Frente a ello, el periódico ataca su falta de compromiso en la lucha frontal que exige un gobierno totalitario.<sup>14</sup>

Ya en su lógica organizativa un tanto ambigua, la agrupación fijará posición con respecto a las elecciones de abril de 1954, sin presentar

---

12. *Esto es*, 2 de marzo de 1954.

13. *Nuevas Bases*, septiembre de 1953.

14. *Nuevas Bases*, 20 de febrero de 1954.

ni apoyar candidatos, ya que la clase trabajadora no podrá sentirse representada por ninguna de las fuerzas en pugna, al menos mientras peronistas y antiperonistas defiendan la propiedad privada de los medios de producción y de cambio. Pero la declaración deja entrever en paso más hacia una formación más ambiciosa: se dice allí que hay lugar para un partido que dé respuesta a la clase trabajadora en sus reivindicaciones sociales, y al pueblo entero en la emancipación de América. En otras palabras, comienza a instalarse la idea de que, a más de una sociedad de estudios, el grupo podía dar a luz un partido, cuyo programa impulsará la reforma agraria, la democracia industrial y la independencia nacional.

La acción propagandística, a cargo de Cúneo, es en todo caso siempre muy activa y en ese mismo mes de abril se suma al periódico unos “Cuadernillos de divulgación internacional”, que muestra mucho interés por la acción de Nehru –la India era, junto con China, uno de los modelos en que Cúneo cifra su esperanza ya en los años 1940–, pero también, con ese eclecticismo que ya hemos señalado en Cúneo, el POUM, y que se repite en septiembre. Entre ambos, había tenido lugar el primer congreso de Acción Socialista, en julio de 1954.

Aunque Cúneo sigue definiendo Acción Socialista como “una agrupación de estudios argentinos”, la actividad desplegada empieza a ser más importante y no se reduce a meros seminarios. En todo caso, un boletín de agosto de 1954 da cuenta de actividades en Bahía Blanca (que constituye la “Federación Regional del Sur”), Tucumán, Mendoza, Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba y en varias localidades del conurbano bonaerense (Quilmes, Bernal, Berazategui). Estos núcleos pueden editar su propia prensa, como *Avanzada*, en Mendoza, o *Militancia* en la Regional sur.

Si aún a principios de 1955 se ven todavía como un “fermentario principista”, en marzo de ese año se produce el dubitativo salto: el grupo decide organizarse como partido, adoptando el nombre de Liga Socialista Popular. La creación de este nuevo agrupamiento, más ambicioso, tendría una causa principal, según se aduce en su prensa: el aumento de sus adherentes que impediría continuar con el antiguo funcionamiento. *Acción Socialista* había sido creada para el estudio y el debate, pero no cabía en ella la urgencia de la militancia y el proselitismo. Cúneo y su grupo anuncian así un cambio de perspectiva, porque se considera ahora un partido, “el gran partido de la clase trabajadora”. Su núcleo central, se declara, es el de Acción Socialista y García pasa a ser el secretario general de la nueva organización.

El nombre del nuevo partido, y en particular el epíteto “popular”, “indica que nuestra confianza radica en el pueblo, que no desconfiamos de él, ni aspiramos a tenderle una trampa demagógica”, reivindicando un

calificativo que ya ha sido agregado por los partidos chileno y colombiano. Busca así diferenciarse de las que denomina “formas fraudulentas” de socialismo, encarnadas tanto por el del viejo partido como por aquel inconducente y torpe oportunismo que pacta con el actual régimen. Con todo, reivindica las “mejores tradiciones del socialismo argentino”, pero “enriquecidas con un nuevo pensamiento crítico, remozadas por la energía combatiente de nuevas promociones militantes para dotar a la clase trabajadora del país de un gran movimiento de liberación nacional”.

Para asegurar la coherencia con el viejo proyecto de grupo de estudios, se reproducen un conjunto de extractos de los números anteriores del periódico bajo el título “principios de orientación para el socialismo argentino”, donde la clase trabajadora aparece como el principal agente de la liberación nacional. Entre otras precisiones organizativas, se anuncia la aparición de un “Cuaderno de acción socialista”, que será la tribuna de doctrina. La prensa nacional se hace eco de la agrupación, y señala entre sus miembros, aparte de los hombres ya conocidos (Cúneo, Merchensky, García, Méndez), a Emerio Tenreiro Anaya, Jorge A. Chinetti y Juan O. Taire. Alguna nota periodística alienta el accionar del grupo, con la idea de crear “un Partido socialista con raigambre popular”, dándole sin duda una significación mayor que la extensión real del grupo.<sup>15</sup> En todo caso, los documentos internos presentan el punto de vista de la Liga como “sereno, sensato, argentino y socialista”. En el clima de crisis que llevará poco después al derrocamiento del general Perón, el nuevo partido toma posición en favor de la separación de la Iglesia y el Estado, ante una posible reforma de la Constitución. A escala internacional, el grupo parece ilusionarse con una tercera vía a la yugoslava, como lo consagra una nota de julio de 1955, aunque también se sigue siempre con interés la experiencia del gobierno del Partido del Congreso en India.

La transformación en partido no parece haberse hecho sin disidencias internas. Ya en su propia proclamación, la Liga toma distancias explícitas con el filobolchevismo y el “trotsquismo encubierto”, que sin duda veía en algunos sectores del PSRN. Incluso, algunos miembros del grupo original (Felizia y Eduardo Rona) se alejan con una postura que se denuncia como pro-soviética. En realidad, las fisuras habían tocado a otros miembros del grupo fundador...

Es así que en el número 17 del periódico, que aparece en agosto de 1955 con un nuevo formato, se señala que Cúneo, García, Merchensky y Méndez se han desvinculado de Acción Socialista, retro trayendo su

---

15. El espacio que se le da a Cúneo, y que parece exagerado teniendo en cuenta la debilidad de su grupo, se explica sin duda por el hecho de que es en esos momentos redactor de *Esto Es*, un cargo que ocupará hasta 1956.

salida a diciembre de 1954.<sup>16</sup> En un acto público que se lleva a cabo el 26 de agosto de ese 1955 en el local de Humberto Iº, bajo el tema “Acción Socialista y la convivencia”, ocupan la tribuna Ernesto Weisz, Ernesto Janín, Eduardo Rocca y un joven estudiante, Guillermo Estevez Boero. El grupo repudia, en particular, la intentona golpista del 16 de junio pasado, denunciando que lo preparaba la reacción clerical. Todavía habrá tiempo para una última aparición del periódico, en manos del grupo disidente, en noviembre de 1955. En él hacen pública una declaración adoptada en un plenario del 15 y 16 de octubre, donde sostienen que “el derrumbe del régimen peronista es un paso positivo”, en la medida que restituye libertades. Pero al mismo tiempo que rechaza a los burócratas de la CGT peronista denuncia al supuesto movimiento sindical libre, declarándose en definitiva contrarios a la división del movimiento obrero (la primera página del periódico se abre con la consigna “El obrero que divide la organización sindical traiciona a su clase”). Se reclama, además, un aumento de salarios y el congelamiento de precios. En un “Mensaje a los trabajadores”, subrayan haber enfrentado a Perón –que cayó por haber defraudado a la clase– sin comprometerse con los caducos partidos tradicionales, y, tras reivindicar el socialismo revolucionario, llama a constituir el partido de los trabajadores.<sup>17</sup>

Por su parte, Cúneo continúa reivindicando, ya con la Revolución Libertadora en el poder, el proyecto de construir un socialismo renovado bajo el amparo de la Liga Socialista Popular. Tras calificar a Perón de demagogo y no de revolucionario –“con la verdad del socialismo hizo su mentira demagógica”–, achaca a las viejas formaciones, que disociaron conceptos y realidad, y concluye llamando a una nueva organización a partir de la federación de organismos económicos, culturales, técnicos y políticos. Aunque ya este renovado intento de reproducir una lógica laborista no tendrá mayor eco, no termina aquí la historia de Acción Socialista, o al menos la de su principal inspirador.

En febrero de 1958, ya con otro formato y en dos colores, reencontramos una nueva *Acción Socialista*, sin duda con un intento de reno-

---

16. Ha sido por el momento imposible de reconstruir con exactitud lo ocurrido, aunque puede analizarse como hipótesis que una parte del grupo avanza hacia la construcción de la Liga Socialista Popular, y otro prefiere conservar el formato de Acción Socialista. En todo caso, el contenido del N° 16 de *Acción Socialista*, de junio de 1955, se presenta como órgano de la Liga Socialista Popular y es redactado por los hombres cercanos a Cúneo.

17. Un plenario nacional de la agrupación, reunido el 15 y 16 de octubre de 1955, bajo la dirección de Héctor Mosches y el abogado Juan C. Deghi, llama a intensificar la acción en pos de la creación del partido de los trabajadores. El grupo terminará por crear un efímero Partido de los Trabajadores, que se presenta a las elecciones constituyentes de 1957, obteniendo un convencional en la persona de Deghi.

var la vieja prédica, buscando inscribirse en una continuidad: aparece como un erróneo número 16 y retoma algunos de los editoriales de su primera época. Se sigue reivindicando en términos de vanguardia socialista, para “la configuración de la Nación como tal y la liberación de sus clases trabajadoras”. En ese sentido se habla de la coincidencia entre los problemas de la Nación y los de la clase trabajadora. Si se conserva la prédica latinoamericanista, la palabra “desarrollo” es omnipresente, por cierto, en relación a la independencia del subcontinente. Aparte de los nombres ya conocidos de Méndez, Rosín, Godoy Ortiz, Ciliberti y Madrazo, encontramos ahora el de Antonio Brizzi, siempre encabezado por Cúneo, que reaparece nuevamente sin ambages como el director de la publicación.

Pero para esa fecha, Cúneo y sus hombres (entre ellos, su gran amigo Merchensky o aún Manuel García) se habían acercado al candidato presidencial de la UCRI, Arturo Frondizi. Si muchos viejos militantes de izquierda no eran ajenos a este apoyo, concebido en clave de frente nacional y popular, Cúneo parece dar un paso más, pasando a integrar algunos de los equipos del candidato radical intransigente, por el cual sentía una antigua simpatía,<sup>18</sup> siendo en particular miembro de la redacción de la revista *Qué*, encabezada por Rogelio Frigerio.

## Conclusiones

En su momento de mayor ambición, Cúneo parece imaginar el partido de la clase obrera de la nueva Argentina con los rasgos del laborismo británico, que aparece así como posible tercera vía entre el PS y el peronismo, conjeturando de ese modo que el contacto con el nuevo movimiento sindical que este último había generado permitiría la renovación de las prácticas de aquél. En ese marco, definía un lugar propio de intervención. El modelo de intelectual como partido –es decir una organización que hace de la tarea intelectual su modo de acción política–, que su grupo pretendía encarnar, podía coadyuvar en la constitución de esa nueva organización, buscando reproducir de algún modo la historia de la Sociedad Fabiana.

Sin embargo, no se abandona a lo largo de la experiencia de Acción Socialista una cierta ambigüedad para definir su accionar, ya sea como un fermentario o bajo la forma partido, como se termina dando el paso a partir de cierto momento. Esta ambigüedad táctica es probablemente fruto también de la debilidad del grupo. Se debe notar además, que a

---

18. Que ya se había expresado, incluso desde las columnas de *Acción Socialista*, por Moisés Lebenshon, al que consideraba su amigo (entrevista con Dardo Cúneo, agosto de 2003).

diferencia de otros grupos que alentaban ambiciones próximas, como el Instituto de Estudios Económicos y Sociales que orientan antiguos afiliados socialistas capitaneados por Juan Unamuno, *Acción Socialista* se mostrará menos proclive a producir un saber técnico en torno a algunos de los problemas económicos de entonces, en parte porque no pretende influir concretamente en las reparticiones oficiales (Herrera, 2009), y en parte por el propio perfil literario de Cúneo. Tentados, como el grupo de Unamuno, a organizarse como partido político, carecerán sin embargo de una figura pública como Enrique Dickmann para poder alentar ambiciones mayores.<sup>19</sup>

Si la experiencia de *Acción Socialista* no dejará mayores rastros, cabe notar que ninguna de las disidencias socialistas que emergen bajo el peronismo logra dar nacimiento a una organización estable. El intento más ambicioso, este PSRN, comienza a resquebrajarse luego del estrepitoso fracaso electoral de 1954 y no logra dar vida después de esa fecha a un proyecto ideológico y organizativo coherente (Herrera, 2011). Aun reducido a un número de adherentes muy bajo (la cifra se puede reconstruir en torno a los 7.000 afiliados), las bases socialistas parecen mostrarse fieles a las consignas de la dirección en esa primera mitad de los años 1950, aunque más no sea por considerar que el viejo Partido, y el país todo, están viviendo una situación de excepción. Prueba de ello es el hecho que las antiguas disidencias internas estallan definitivamente en 1958, ya en un marco de relativa normalidad. A la larga, esto da a entender a su vez un alto nivel de aceptación por parte de los afiliados con las caracterizaciones que se están haciendo por entonces del peronismo como fenómeno totalitario.

Como orientador de la experiencia de *Acción Socialista*, se destaca en Cúneo una nueva lectura del rol de un partido socialista en la lucha por la liberación nacional. Esta visión, que tiene sus raíces en las experiencias disidentes del socialismo de los años 1930 pero encauza con otros discursos políticos más amplios, permite al grupo activar ciertos conceptos, donde sobresale, por la posteridad que tendrá ya bajo la experiencia desarrollista, el de “movimiento nacional”.

Con todo, quizás se pueda identificar un legado político de *Acción Socialista* en las vicisitudes ulteriores de la organización socialista, en las que tendrá un rol activo uno de esos jóvenes que realizan sus primeras experiencias con Cúneo, aquel promisorio estudiante de la Universidad Nacional del Litoral que se había incorporado a mediados de 1954 llamado Estévez Boero. Aunque su acción partidaria, prolongada

---

19. Sobre todo, no debe soslayarse la diferencia de fondo que los distingue en un plano doctrinal: *Acción Socialista* se muestra explícitamente ajena a una reivindicada “Revolución Nacional” encarnada por el Gobierno del general Perón, y mucho más al universo peronista que el PSRN reivindicaba.

en el Partido de los Trabajadores, deja poca huella por entonces, pronto se destacará como dirigente universitario, llegando a presidir en 1959 la Federación Universitaria Argentina. Cuando, algunos lustros más tarde, en 1972, Estévez Boero haga confluir su propio grupo político –el Movimiento de Acción Popular Argentino (MAPA), creado a partir de una agrupación estudiantil– en una de las repetidas tentativas por refundar un partido socialista reunificado, muchas de las prédicas del antiguo fermentario, e incluso ciertos modos de funcionamiento a partir de grupos de “estudio” de la realidad, se encontrarán en la concepción que pretende expandir. Empezando por el nombre de “socialismo popular”, que, como vimos, había reivindicado como signo distintivo el grupo de Cúneo en marzo de 1955.

Cúneo, tras un corto paso en la función pública en el Gobierno de Frondizi –primero como Secretario de Prensa de la Presidencia de la Nación y, luego de abandonar dicho cargo en 1959, como representante argentino ante el Consejo de la OEA–, no retomará la acción militante. Y es cerrada ya su actividad política que encontramos la obra más ambiciosa de Cúneo en el campo de las ciencias sociales. Se trata de una historia social de la clase dirigente, aparecida en 1967 con el título *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*. El libro puede ser considerado como un estudio pionero de los análisis de la clase dominante que ilustrarán más tarde los trabajos de Jorge Federico Sabato o Jorge Schvarzer. La obra no hace explícita su inscripción política y busca inscribirse en las ciencias sociales. De hecho, Cúneo abandona en este libro, salvo en los párrafos finales, su personal estilo, para adoptar una escritura académica, neutra. En el fondo, algunas de las tesis de su conclusión habían sido ya avanzadas por Milciades Peña, como el carácter especulativo de la burguesía (1967: 280), o ya circulan desde hace tiempo, como la dominación hegemónica de la SRA sobre la UIA. Pero interesa marcar aquí apenas las evoluciones del pensamiento de Cúneo, empezando por una revaloración del peronismo, que ahora aparece como un movimiento de masas (1967: 279). Detrás de la defensa de la CGE y su tesis que afirma que “la pequeña y mediana industria comparece, en nuestros días, como la aliada política del Estado argentino en la definición de objetivos de expansión territorial hacia adentro, de soberanía hacia afuera y de modernidad en criterios y metodología propias de la época” (1967: 282), adivinamos ya el posicionamiento desarrollista de Cúneo –no por nada habla de “certidumbre de desarrollo nacional”–.

Un párrafo condensa su nuevo credo:

La sociedad moderna a la que aspiramos, debemos y podemos ser se logrará a partir de la explotación racional y reproductiva de nuestra riqueza con las técnicas más avanzadas

de nuestros días, asegurando una distribución de bienestar en coincidencia con los esfuerzos realizados para lograrlo y promoviendo oportunidades de realización para todas las vocaciones personales. (1967: 284)

Si su interés por la clase media, expresado ya en los años 1950, podía servir de puente para su nueva posición, el socialismo, en cambio, desaparece de su horizonte, reemplazado, en el mejor de los casos, por un llamado a la distribución del bienestar (1967: 284). Cúneo ha ganado con esta obra su autonomía de intelectual pero a costas de perder su identidad como socialista.

## Bibliografía

- Cole, M. (1961), *The Story of Fabian Socialism*, Stanford University Press.
- Cúneo, D. (1943), *Juan B. Justo*, Buenos Aires: Americalee.
- (1947a), *Juan B. Justo y la Declaración de principios del Partido Socialista*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1947b), *El militante*, t. II, Buenos Aires.
- (1950), *El militante*, t. III, Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1952a), *Renuncia al Comité Ejecutivo*, Buenos Aires.
- (1952b), *Cuaderno de milicia*, Buenos Aires: Logos.
- (1953), *El delito de opinión y el CE del P. Socialista*, Buenos Aires.
- (1967), *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires: Pleamar.
- Ghioldi, A. (1947), “Prólogo” a J.B. Justo, *La realización del socialismo, Obras de Juan B. Justo*, t. VI, Buenos Aires: La Vanguardia.
- Graciano, O. (2008), *Entre la torre de marfil y el compromiso. Intelectuales de izquierda en la Argentina, 1915-1955*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Herrera, C.M. (2003), “El Partido Socialista ante el peronismo, 1950. El debate González-Ghioldi”, *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, Buenos Aires, N° 21, pp. 116-137.
- (2005), “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo, 1943-1956”, en H. Camarero y C. M. Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina: sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 343-366.
- (2006), “Corrientes de izquierda en el socialismo argentino (1932-1954)”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, Buenos Aires, N° 2, abril, pp. 127-153.
- (2007), *Las huellas del futuro. Breve historia del Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- (2009), “Socialismo y revolución nacional en el primer peronismo. El Insti-

tuto de Estudios Económicos y Sociales”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv University, vol. 20, 2, pp. 89-114.

– (2011), “El Partido Socialista de la Revolución Nacional: la realidad y su mito”, *Revista Socialista*, Buenos Aires, N° 5, 2011, pp. 85-114, retomado en C.M. Herrera (ed.), *La “crisis peronista” del Partido Socialista*, *historiapolitica.com* [en línea en febrero de 2012].

Pease, E. (1916), *The History of Fabian Society*, Nueva York: Dutton.

Repetto, N. (1943), en Cúneo (1943).

\* \* \*

**Resumen:** Este trabajo se propone analizar la experiencia política que encabezara Dardo Cúneo (1914-2011) durante el segundo gobierno de Perón. Activo organizador de las actividades intelectuales del PS, admirado por su pluma y considerado como una de las jóvenes promesas del Partido, es sin embargo expulsado a fines de 1952, tras fundar un nuevo periódico, Cúneo se consagrará poco después a la organización de un grupo, Acción Socialista. Inspirándose en la Sociedad Fabiana, es como centro de estudios que busca influir en la acción y en el programa del socialismo. La experiencia fracasará rápidamente, cuando el grupo intentará transformarse en partido, pero representa en esos años uno de los intentos más originales de dar respuesta a la cuestión de una fuerza alternativa de izquierda, sin reproducir la forma partido.

**Palabras clave:** Socialismo – Dardo Cúneo – Intelectuales – Peronismo

**Abstract:** This work proposes an analysis of the political experience lead by Dardo Cúneo (1914-2011) during the second Peron government. Active organizer of the socialist party’s cultural and press activities, praised as a writer and considered as one the young promises of the Party, he is however expelled in late 1952 after he created a new journal. Cúneo then dedicate himself to the organization of a political group, Acción Socialista. Inspired by the Fabian Society, is as a research center that seeks to influence the socialist action and program. The experience quickly fail when the group will try to become party, but in those years represents one of the most original attempts to answer the question of an alternative force left without taking the party form.

**Keywords:** Socialism – Dardo Cúneo – Intellectuals – Peronism

**Recepción:** 6 de marzo de 2013. **Aprobación:** 10 de agosto de 2013.

# **Del populismo marxista al postmarxista: la trayectoria de Ernesto Laclau en la Izquierda Nacional (1963-2013)**

*Omar Acha*

(CONICET - UBA)

## **Introducción**

Ernesto Laclau es un renombrado teórico de la política cuya ubicación en el panorama intelectual actual se identifica con el postmarxismo y la elaboración de un modelo formalista del populismo. Su análisis ha sido calificado, con razón, de original e innovador. Sin desmedro de ello explicaré que durante una trayectoria que ya tiene más de medio siglo su agenda nocional ha persistido anudada a la crítica populista del socialismo marxista. Primero en una concepción politicista y frentista de la política revolucionaria, y luego en un postmarxismo discursivo y populista. Su característica ha sido, entonces, la *continuidad* de los problemas de un pensamiento. La adhesión a las ideas de Jorge Abelardo Ramos o las lecturas de Gramsci, Wittgenstein y Lacan fueron accesorias a un mismo trance político: el intrínquilis de la Izquierda Nacional en su propósito de construir una política transformadora que esté, no obstante, subordinada a un proyecto hegemónico nacional-capitalista encarnado por el peronismo. Por eso la persistencia no se verifica solo en el plano conceptual sino también en el político, donde la supeditación a alguna modulación del peronismo ha constituido la brújula tanto de su crítica de la práctica revolucionaria como de la pretendida lucidez en la construcción hegemónica.

Una diferencia notoria del Laclau maduro con las concepciones más tempranas de la Izquierda Nacional, en cambio, es la resignación de toda crítica radical del capitalismo, devenida inviable debido a la “imposibilidad” de la sociedad y el carácter “totalizante” de atribuirle una “lógica”. En tal sentido la trayectoria laclauiana acompañó el curso de buena parte de su generación intelectual, de la revolución a la reforma, del marxismo al postmarxismo, de la economía a la política, aunque conservando el núcleo básico de la estrategia populista: su incapacidad

para generar una opción política que posibilite una proyección hegemónica anticapitalista de la clase trabajadora y los movimientos sociales.

La primera sección de este trabajo reconstruye las décadas iniciales del derrotero político e intelectual de Laclau desde su ingreso a la Izquierda Nacional en 1963 hasta la publicación del libro *Política e ideología en la teoría marxista* (1978). La segunda sección analiza los virajes conceptuales que generaron el programa postmarxista de *Hegemonía y estrategia socialista* (1985) y sobre todo de *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990), donde se detallan los alcances de la crítica laclauiana de Marx. En la tercera sección se estudia el uso del postestructuralismo en la fundación de *La razón populista* (2005), texto que confirma la deriva subalterna respecto a las variantes reformistas y populistas. Las conclusiones extraen derivaciones de la trayectoria de Laclau como intelectual de la Izquierda Nacional.

## De Jorge Abelardo Ramos a la teoría del populismo

Ernesto Laclau nació en Buenos Aires, el 6 de octubre de 1935. Los datos biográficos son relevantes para su construcción subjetiva. El padre de Laclau fue importante en su definición como sujeto. No solo por las sedimentaciones sociológicas de un capital social y simbólico que lo predispuso a ser un intelectual “reconocido”, sino también por los rasgos populistas de su *forma mentis*. Ernesto Laclau padre (1896-1985) fue un abogado radical-yrigoyenista con inquietudes lectoras, cuyas inclinaciones protopopulistas no lo privaron de cultivar amistades liberales (Laclau [p], 1921 y 1928). Estudió en la elitista Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, fue representante legal de firmas importantes como el Banco de Nápoles y la Compañía de Navegación Italiana. Comisionado municipal en su Baradero natal a principios de los años 1940, ocupó un cargo público como presidente del Instituto Nacional de Previsión Social en 1956 y más tarde en el Servicio Exterior de la Nación.

Cuando el joven Laclau ingresó a la Universidad de Buenos Aires para estudiar historia, en 1954, se ligó con los sectores estudiantiles progresistas. En 1955 vio con buenos ojos el golpe cívico-militar antiperonista y participó en los grupos fubistas que promovieron la candidatura de José Luis Romero al rectorado de la Universidad porteña a fines de 1955. En esa misma línea de activismo se vinculó con los sectores de izquierda del Partido Socialista y militó con los grupos juveniles que fracturaron la vieja organización justista en 1958. Tras el liderazgo de Abel Latendorf, Laclau se integró al Partido Socialista Argentino (PSA). Como sucedió con otros integrantes de la juventud socialista, el carácter autoritario de la Revolución Libertadora, el desencanto del frondismo y la confirma-

ción del peronismo en la clase obrera, indujeron en el joven Laclau una revisión de su actitud hacia el populismo. En el órgano juvenil del PSA, *Situación*, publicó uno de sus primeros textos en que coincidieron –todavía vacilantes– la prosa académica y la preocupación política (Laclau, 1960). Luego de sostener la candidatura a senador de Alfredo Palacios en febrero de 1961, la Juventud rompió con la dirigencia partidaria y constituyó el Partido Socialista de Vanguardia (Tortti, 2009).

Ya autodefinido “marxista” desde fines de la década de 1950, comenzó a producir sus primeros textos en discusión con la sociología de la modernización y la vigorosa entrada de la historiografía de *Annales*. A propósito de la noción de mentalidad estable supuesta por la óptica *annaliste*, Laclau afirmó que “el marxismo representa la única tentativa válida, hasta el presente, de ligar la significación peculiar de un momento del tiempo con la totalidad de la historia humana” (Laclau, 1963: 98). Este fue un primer rasgo de cómo entendió Laclau el marxismo: como una teoría general de la historia, cuyas categorías eran útiles para todas las formaciones sociales complejas.

Entretanto la fluencia ideológica de la época en el panorama de la izquierda argentina planteó una decisión. Próximo al socialismo reformista, Laclau también se acercó al abanico nacionalista revolucionario en que se impuso un debate sobre el peronismo. Jorge Abelardo Ramos (1921-1994) cautivó al joven Laclau por su versatilidad retórica ante el peronismo, con el que había colaborado entre 1947 y 1955. La Izquierda Nacional había planteado un “apoyo crítico” sin resignar la construcción de una organización “obrera” que una vez consumados los objetivos de la revolución nacional impulsara –de acuerdo a una singular interpretación de la “permanencia” trotskista– el pasaje a la revolución socialista. En dicha estrategia era por entonces crucial definir que la meta planteada se ordenaba en un “frente nacional” de carácter antiimperialista en el que debían confluir todas las fuerzas “nacionales” (Herrera, 2011). El obrerismo y el revolucionarismo eran calificados como un “ultraizquierdismo” deudor de categorías foráneas, incapaz de comprender la estrategia adecuada para un país “semicolonial”. Por lo tanto esta variante populista de la izquierda no debería ser confundida con la izquierda peronista que pregona su adhesión irrestricta al movimiento liderado por Perón.<sup>1</sup>

A pesar de que durante el primer peronismo el núcleo de la Izquierda Nacional solo adquirió alguna relevancia en su participación dentro del filoperonista Partido Socialista de la Revolución Nacional, la concepción

1. Sobre la Izquierda Nacional esperamos los resultados de investigaciones actualmente en curso, prometedoras de conocimientos más sólidos que los existentes, deudores de enfoques elitistas propios de una historia de las ideas sin dimensiones socioculturales: Methol Ferré (1961), Galasso (1983 y 2007), Regali (2012).

política no fue rediscutida después de 1955. El Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) fue fundado en mayo de 1962 con el liderazgo de Ramos y Jorge Enea Spilimbergo (1928-2004). Su consigna principal promovió añadir una cuarta “bandera” a las tradicionales del peronismo (justicia social, independencia económica, soberanía política): “gobierno obrero y popular”. Laclau se integró al mismo en diciembre de 1963 con un núcleo de estudiantes provenientes de la Facultad de Filosofía y Letras, como Ana Lía Payró, Adriana Puiggrós, Félix Gustavo Schuster y Blas Alberti, cuya agrupación, el Frente de Acción Universitaria, presidió. En el activismo universitario Laclau llegó a conducir el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras. Durante cinco años activó en el PSIN integrando sus cuadros dirigentes, publicó en la revista teórica *Izquierda Nacional* y dirigió hasta 1966 el órgano *Lucha Obrera*, cuyo destinatario imaginado fue la juventud.

El PSIN impugnó toda estrategia de izquierda particularista, obrerista e inmediatamente revolucionaria. Esa idea pueril de la política conduciría al aislamiento e incluso a posiciones reaccionarias como en el antiperonismo de izquierda (Spilimbergo, 1962; Ramos, 1964). El desafío consistía en tender el puente entre las tareas democráticas de la revolución nacional y la lucha socialista que exigía la guía de una “clase obrera autónoma” o “sectores populares autónomos” (Laclau, 1964b y 1964e). Constituir esa guía entrañaba la edificación de un frente entre la clase obrera y la pequeña burguesía, especialmente en su fracción estudiantil (Laclau, 1964a y 1964d). El pasaje de lo democrático a lo nacional se ordenaba en la confrontación de las “clases fundamentales” que *no* eran el proletariado y la burguesía –un error de la “izquierda cipaya” ajena a la “cuestión nacional” en un país semi-colonial– sino la clase obrera y la oligarquía (Laclau, 1965b).

La carrera académica de Laclau no se vio afectada por el activismo político. Obtuvo su título de licenciado en Historia en 1964 y el mismo año consiguió una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. En 1966 fue designado profesor de historia en la Universidad Nacional de Tucumán, puesto que abandonó al año siguiente para revistar en la planta de investigación del Instituto Di Tella (Bergel, Canavese y Tossounian, 2004-2005).

Como sucedió en todas las organizaciones de la izquierda argentina, a lo largo de 1968 se produjo un conflicto entre el grupo juvenil y la vieja guardia. La tensión se extendió hasta noviembre de 1968, momento en que el sector juvenil fue expulsado del PSIN en razón de “desviaciones ideológicas”, una acusación que ocultaba mal el enfrentamiento por primacías burocráticas entre la vieja y nueva generaciones. Laclau y otros jóvenes respondieron haciendo circular una carta donde cuestionaron el “sectarismo” partidario y la ausencia de una política de intervención

concreta, situación que condenaba a la organización a “vegetar” externa al movimiento obrero y estudiantil. En el recuerdo de Laclau (2012) la diferencia residió en la persistencia de Ramos en el modelo de un partido de corte leninista. No obstante la ruptura, el paso por el PSIN dejó las huellas indelebles en el todavía joven intelectual.

El marxismo de Laclau había consolidado por entonces un rasgo comunicable con el antes referido uso del marxismo como teoría general de la historia: la definición de un modo de producción dominante para determinar las “tareas” de una época. La política de la Izquierda Nacional heredó esa inclinación de las discusiones intertrotskistas de los años 30 y 40, particularmente sobre la “cuestión agraria”. En el lenguaje de la época se trataba de “caracterizar” una sociedad para extraer una estrategia correspondiente. Si bien los conceptos carecían de una formulación completa y precisa, la Izquierda Nacional contaba en su haber con especificaciones sobre la sociedad latinoamericana y argentina. En primer lugar, América Latina había heredado dos secuelas de la ruptura colonial: la “balcanización” de la “nación latinoamericana” y el sometimiento “semicolonial” al “imperialismo”. La tarea derivada de esa definición fue que el programa socialista debía propender a una “liberación” del imperialismo, solo asequible a través de un proceso industrializador sostenido en la clase trabajadora, la burguesía nacional y sectores progresivos de las clases medias, campesinos y fracciones de la corporación militar. El peronismo, como expresión popular del programa industrializador y antiimperialista debía ser apoyado “críticamente” desde la independencia partidaria e ideológica de una organización que representara los intereses socialistas de la clase obrera (Belloni, 1960). Economicismo, clasismo y politicismo convivían ambiguamente en el pensamiento de la Izquierda Nacional.

La más sofisticada justificación de la política del “frente nacional” descansó en la teoría de la renta diferencial que Jorge E. Spilimbergo enunció en diversas oportunidades antes de que Laclau la trasladara al debate sobre los “modos de producción” en la segunda mitad de los años 60.<sup>2</sup> La más importante seguramente fue en el documento “Clase obrera y poder”, aprobado en el congreso del PSIN realizado en Villa Allende, Córdoba, en agosto de 1964. Spilimbergo señaló que la inserción argentina en el orden mundial dominado por el imperialismo mantenía subordinado al país transfiriendo, sin embargo, un segmento del plusvalor expropiado a la clase obrera de los países centrales. Ésta pasaba a las arcas de la burguesía terrateniente local beneficiada por

---

2. La revista *Izquierda Nacional* reprodujo en 1966 el debate entre Rodolfo Puigrós y André Gunder Frank desarrollado el año anterior en México sobre los “modos de producción”.

la extraordinaria feracidad de la pampa húmeda. El resultado era el estancamiento de la industrialización local debido a la división internacional del trabajo y la complicidad de la oligarquía con el imperialismo (2010 [1964]).

Laclau retomó este planteo y lo extendió, introduciendo nuevos elementos, a una discusión más amplia sobre América Latina. En discordancia tanto con la tesis de un subcontinente lastrado por “rémoras” feudales como con la tesis opuesta de un espacio llanamente capitalista, Laclau examinó las opciones recusando su común base “circulacionista” y propuso un análisis holístico donde no se perdiera de vista el proceso *productivo*. Distinguió althusserianamente entre el concepto abstracto de “modo de producción” de la más concreta noción de “sistema económico” donde se pueden reconocer varios modos de producción en una diversidad de interrelaciones. Su análisis coadyuvó a la segunda secuencia del debate en los años 70 donde se avanzó en el plano empírico para dirimir, sin embargo, alternativas similares (Laclau, 1969 y 1971).

Invitado por Eric J. Hobsbawm para seguir estudios doctorales en Inglaterra, Laclau abandonó sus perspectivas académicas en la Argentina con el objetivo de realizar una investigación empírica sobre la evolución del capitalismo local durante el siglo XIX. Se benefició entonces de una beca del St. Anthony College, en Oxford (1969-1972). En 1973 obtuvo un cargo (*fellowship*) de teoría política en el Department of Government de la Universidad de Essex. Poco afecto a las fatigas historiográficas de largo aliento, se inclinó a obtener un doctorado *sur travaux*, logrado en 1977, y se empeñó en los estudios teóricos que lo hicieron célebre en el mundo intelectual.

Mientras tanto, en la Argentina, la Izquierda Nacional siguió un derrotero declinante, sin lograr arraigo en fracciones obreras o populares. En las elecciones presidenciales de marzo de 1973 intervino con su nuevo partido, el Frente de Izquierda Popular (FIP, fundado en noviembre de 1971), postulando a Ramos en competencia con la fórmula peronista Cámpora-Solano Lima. En las realizadas pocos meses más tarde, el FIP renunció a su fórmula y apoyó el tándem Perón-Perón, obteniendo casi 900.000 votos principalmente de sectores medios urbanos. Sin importancia política, luego de la muerte de Perón el FIP se alineó con el gobierno de Isabel Perón. Su realidad política había concluido. Paradójicamente, la exigua vida política de la Izquierda Nacional fue posible solo mientras el peronismo estuviera *fuera* del poder; cuando el peronismo lo detentaba, el discurso de la Izquierda Nacional devenía inaudible, irrelevante o utilizable por las élites peronistas. Su frágil dinamismo, exclusivamente propagandístico y editorial. En Essex, lejos de un escenario al que jamás quiso volver definitivamente, Laclau perseveró en

lo decisivo de sus antiguas convicciones, con otras palabras, con otros libros. No lo hizo, empero, sin mutaciones decisivas.

Su libro de 1978, *Política e ideología en la teoría marxista*, fue una formación de compromiso en un pasaje conceptual que lo retenía aún en los arrabales del marxismo. De ese volumen se suele recordar el cuarto ensayo “Hacia una teoría del populismo”. Se subraya que la dimensión discursiva de la construcción subjetiva continuaba ligada a un ordenamiento de clase, nexo esencialista quebrado definitivamente en *Hegemonía y estrategia socialista*. No obstante el segundo ensayo sobre “La especificidad de lo político” tiene una significación mayor pues destaca un giro decisivo que adelanta temas tímidamente presentes en el cuarto estudio. Al cuestionar una sobredeterminación estructural, explora la factibilidad de pensar lo político como otra cosa que una “superestructura”; la deriva hacia el debate sobre el concepto de modo de producción confirma que Laclau tiene en mente el intrínquilis althusseriano de teorizar no hegeliana ni unicusalmente la metáfora marxiana del “Prefacio” de 1859. En el tercer ensayo, “Fascismo e ideología”, al examinar la teoría poulantziana de la política, Laclau critica su “reduccionismo de clase” y la endeble fundamentación en una “última instancia” que, otra vez althusserianamente, “nunca llega”. Pareciera que el propio Althusser y sus seguidores no se hubieran atrevido a extraer todas las conclusiones del concepto de “sobredeterminación” pues reincidían en arraigar las explicaciones en una base económica y de clase. El déficit del estudio de Poulantzas sobre el fascismo residió en que no pudo captar “el carácter no clasista de las interpelaciones populares del fascismo” en un *continuum* de la práctica identificante que alcanza hasta el socialismo (Laclau, 1978: 163). Laclau se contiene al señalar que la diferencia con el socialismo consiste en que éste tiende a inclinar la mencionada interpelación “popular” a la revolución obrera. Fue esa característica, inexplicada por el autor, la que conduciría al postmarxismo. No sostengo que en ese ensayo estaba *in nuce* el libro publicado en 1985 junto a Chantal Mouffe. Me refiero a que el *problema* teórico para romper el nexo entre política y economía ya estaba presente en 1978. La misma estructura argumentativa singulariza al ensayo sobre el “populismo”. Allí afirma que el socialismo, en la medida en que antagoniza al bloque dominado contra el bloque dominante, eleva la interpelación del “pueblo” a “la forma más alta y radical de ‘populismo’” (Laclau, 1978: 231).

Mientras tanto los debates sobre el eurocomunismo, la “crisis del marxismo”, el agotamiento de la propuesta althusseriana de conciliar la última instancia económica con la autonomía relativa de los “niveles”, el avance del postmodernismo, fueron alterando el “espíritu de la época”, no solo para Laclau. Toda una generación de intelectuales de izquierda

experimentó un viraje que no fue solo teórico y político. Laclau no fue el único que en esos años hizo de Antonio Gramsci un postmarxista adalid de la “democracia”, presuntamente incomprendida por el reduccionismo clasista marxista.<sup>3</sup>

## Postmarxismo y subversión de la metafísica

El postmarxismo tiene varios orígenes teóricos. Su rasgo fundamental es la detección en Marx de una insuficiencia conceptual que reduce el ámbito de la experiencia a un *fundamento*, el que para ser tal debe ser único, indubitable, en fin, metafísico. En general, la alternativa “post” suele provenir de una multiplicación de instancias donde se constituyen las prácticas.<sup>4</sup> Por ejemplo, lo hicieron Jürgen Habermas en *Conocimiento e interés* (1968) al oponer la dimensión interaccional-comunicativa al paradigma del trabajo, y Cornelius Castoriadis en *La institución imaginaria de la sociedad* (1975) al sostener la dualidad de pensamiento y habla por una parte (*legein*), y acción y producción por otra (*teukein*). Pero el postmarxismo también tiene una procedencia sociológico-política con Claude Lefort, cuyo libro *La invención democrática* (1981) plantea la caída de los fundamentos de la política con el derrumbe de los Estados soberanos del Antiguo Régimen. La democracia carece de centro o soporte que no sea el de una invocación contingente, y finalmente vacía del “pueblo”. Intentar definir un sujeto sustancial de la política “moderna” es contener el carácter postfundacional de la democracia. La política opera sin fundamentos, emerge en procedimientos contingentes de institución precaria y controversial (Marchart, 2009). El postmarxismo laclauiano comparte con el análisis de Lefort un “gran relato” sobre la nueva época inaugurada por la “democracia” en tanto caída de la metafísica (de la sustancia o de la garantía) y habilitación de una apertura “radical”.<sup>5</sup>

La pugna contra el fundamento es lo que estructura la discusión en el libro originario del postmarxismo, *Hegemonía y estrategia socialista* (Laclau y Mouffe, 2004 [1985]). Aparecido en la editorial de la *New Left Review*, Verso, desencadenó una amplia discusión entre sus filas.<sup>6</sup> La

3. Portantiero (1983), Mouffe, ed. (1979).

4. En la espera de una buena historia del postmarxismo: Sim (2000), Therborn (2008).

5. Boucher (2008: cap. 2); sobre las dimensiones democrático-liberales del libro de 1985: Smith (1998); expresiones posteriores en Laclau (2000: 144; 2002: esp. 98-99).

6. Geras (1987 y 1988), Laclau y Mouffe (1987), Mouzelis (1988); participó en el debate Meiksins Wood (1986) y otras discusiones se realizaron en América Latina: Borón (1996).

idea fuerte del libro consistió en la evacuación de todo fundamento de la política socialista, atribuida al marxismo “clásico” (el término es de Laclau), de una “positividad” social, económica o de clase. La política emerge en cambio como negociación de una “negatividad” no dialectizable por cuanto no es un movimiento “puesto” por una totalidad especulativa (para Laclau allí convergen tanto el Espíritu hegeliano como la Historia marxista). Encarnó en el plano filosófico una versión en teoría política del “giro lingüístico” característico de la época.

Conviene destacar aquí la estatura cognitiva de la teoría laclauiana de la “imposible sociedad”, esto es, su crítica de lo social como totalidad cerrada y autosuficiente en sus determinaciones. Aunque Laclau haya sido muy claro al establecer que su impugnación de la noción sustancial de sociedad afirma un constructivismo siempre provisorio e interminable de lo social, las derivas del “análisis del discurso” recalaron en dos puertos de investigación. En primer lugar en los “estudios culturales”, donde convivió junto a la deconstrucción y a una lectura discursivista del psicoanálisis lacaniano. En segundo lugar en las indagaciones sobre el “discurso político”, en una comprensión llana del “discurso” como conjunto de enunciados donde se establecen “fronteras hegemónicas”, “demandas”, etc. El rasgo característico de ambas figuras epistémicas del postmarxismo laclauiano es la evasión de un estudio más complejo donde quehaceres lingüísticos, prácticas no solo discursivas, movimientos estructurales, sean conjugados en fórmulas menos atenuadas a un nuevo reduccionismo.

La relación de Laclau con el marxismo es una cuestión crucial pues éste tiene razón cuando sostiene, junto a Mouffe, que su concepción es de alguna manera también un *postmarxismo*.<sup>7</sup> El Marx de Laclau es sobre todo el del “Prefacio” a la *Crítica de la economía política* de 1859 donde se esboza una teoría general de la historia a través de diferentes formas de “producción social de la existencia”. Las relaciones objetivas entre los seres humanos se transforman por la presión del desarrollo de las fuerzas productivas sobre las relaciones sociales de producción, las que en su conjunto constituyen la base “real” sobre la que se eleva un “edificio” jurídico y político al que corresponden “formas de conciencia social” (Cohen, 1978; Hobsbawm, 2011). Es cierto que la referencia al “Prefacio” no aparece en toda su importancia en el libro de 1985, aunque surge cuando de él depende el cuestionamiento crucial de la separación (e incluso la autonomía relativa) de la base económica y la “superestructura” (Laclau y Mouffe, 2004 [1985]: 112-142). Reaparece

---

7. Los ensayos de desgajar al postmarxismo de la pregnancia conceptual del marxismo, por ejemplo subrayando las deudas con el “giro lingüístico” y el simbolismo, son poco convincentes. Por ejemplo Breckman (2013).

preeminente cuando Laclau responde a la crítica de Norman Geras y en la reelaboración de su planteo en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (2000 [1990]), el texto definitivo de abandono del marxismo. La “articulación” hegemónica que conduce a las “posiciones de sujeto” y al “pueblo” tiene como precondition la *subversión* del causalismo unívoco, no importa si se lo concibe al modo humeano o al althusseriano.<sup>8</sup>

Para Laclau, en la crítica de la metáfora marxiana de base y superestructura se dirime la suerte del marxismo como filosofía de la historia y de su capacidad para justificar una estrategia política. Además, agrega, su determinismo es incompatible con la fórmula del *Manifiesto comunista* de la historia como “historia de la lucha de clases”. Es ante la soldadura del pensamiento de Marx con el texto de 1859, tamizado con el pasaje discordante del *Manifiesto*, que la invocación laclauiana a construir una concepción completamente diferente alcanza fuerza argumentativa. Del mismo modo, cuando en su ensayo de los años 90 “Más allá de la emancipación” rechaza los supuestos de las voluntades de revolución o liberación total, el “Prefacio” vuelve a rendir frutos como expresión de lo que el marxismo adeuda al “esencialismo” (Laclau, 1996 [1994]: pp. 27-30).

Laclau no señala que el “Prefacio” refiere a convicciones alcanzadas por Marx y Engels en sus años de activismo y aprendizaje acontecidos entre París y Bruselas (1844-1845), resumidos en la “concepción materialista de la historia” de *La ideología alemana*. No dice que esos esbozos son abandonados a la “crítica roedora de los ratones” (Gunn, 1992). Tampoco destaca que el “Prefacio” de 1859 es posterior a los resultados “metodológicos” alcanzados en los *Grundrisse* de 1857-1858, donde toda teoría transhistórica de la historia es cuestionada. También olvida la ambigüedad del fundamento “clasista” de la historia pues, según subrayó Adorno (1942), la aserción de la historia como historia de la lucha de clases no es un enunciado afirmativo –descriptivo de una visión general del devenir social humano– sino *crítico* de la historia.

No me quiero detener aquí en una exégesis del pensamiento de Marx. Menciono la reconstrucción laclauiana por otra razón que hacer explícita sus dificultades hermenéuticas que calzan tan bien en la manera en que el joven Laclau de los años 60 comprendía el marxismo. Es importante

---

8. Adopto el concepto de *subversión* del vocabulario de Laclau y Mouffe, quienes entienden por ello la sobredeterminación que mina la presunta unidad significativa de un sistema construido diferencial y antagonísticamente. Mouffe y Laclau subvierten el “determinismo” de Marx al proponer una alternativa que conserva la tensión con lo impugnado. Por eso lo que pocos años antes había sido anunciado como una “revolución copernicana” de la teoría marxista (Laclau y Mouffe, 1981) derivó en una renuncia a sus problemas al definir una ontología social distinta.

porque Laclau realiza una subversión de los conceptos atribuidos a un cierto Marx. Ese es un origen de su postmarxismo y, por lo tanto, acarrea en lo impugnado lo que subvierte. Por eso el postmarxismo de Laclau será la contracara del “Prefacio”: pluricausal antes que dialéctico, formal antes que histórico, y descriptivo antes que crítico.

Una de las fortalezas de la refutación laclauiana del marxismo es que impacta en las explicaciones deterministas de la política socialista, según la cual el horizonte revolucionario se deriva de la posición específica de la clase obrera en las relaciones de producción. Es un accesible objeto de disección por Laclau, al que no se le hace difícil mostrar en ella el objetivismo ingenuo, la ausencia de especificidad en la práctica política y un esencialismo de clase. Ante ese marxismo empobrecido, cuando el marxismo deja de ser una teoría crítica para devenir una ciencia positiva, el postmarxismo logra desplegar su agudeza analítica.

Laclau cuestiona la metafísica de la economía como origen de la política, de la clase social como presencia, y del socialismo como teleología inherente al capitalismo. Esa operación teórica se mantiene deudora del modo de leer a Marx y al marxismo. Las derivas metafísicas de una subversión de la metafísica se observan con toda claridad en la obra posterior de Laclau y su propuesta mejor desarrollada: la teoría general del populismo. Con los ensayos de la década de 1990, sobre todo en *Emancipación y diferencia* (1996 [1994]), el formalismo laclauiano sedimenta como una teoría formalista y de un aliento acusadamente escolástico; esto ha sido observado desde un deconstruccionismo más culturalista (Bowman, 2007). Al mismo tiempo, expresivo de la complejidad de su factura, lo político constituye lo social pero es deudor del juego infinito de un lenguaje concebido en términos retóricos (Kaplan, 2010).

## **El populismo y la consumación ahistórica del postmarxismo**

La publicación de *La razón populista* en 2005 produjo, no obstante, una torsión en la constelación conceptual de Laclau tal como se había configurado entre *Hegemonía y estrategia socialista* y *Emancipación y diferencia*. Todavía en sus ensayos de fines de la década de 1990 Laclau se hallaba embarcado en preocupaciones que lo retenían en la explicación del entramado equivalencial y la producción de una frontera política diferencial, el juego entre universalidad y “significante vacío” dentro del horizonte de un *pluralismo democrático-radical*.<sup>9</sup>

El libro *populista* de 2005 amalgamó una diversidad de debates: con

---

9. Si revisamos textos tales como *Emancipación y diferencia*, las discusiones con Butler y Zizek del 2000, o incluso los textos de sus cercanías intelectuales reunidos en *The*

el peculiar “marxismo” de Slavoj Žižek que bregó por reintroducir las nociones de clase y economía, con la dualidad multitud/pueblo cincelada por Antonio Negri y Michael Hardt en *Imperio*, con la deriva *queer* de Foucault desplegada por Judith Butler, con el impacto de la filosofía política del Jacques Rancière de *El desacuerdo*, con las impostaciones lacanianas de la política democrática que discutieron la ausencia del “afecto” en sus elaboraciones previas (Laclau, Butler y Žižek, 2003 [2000]; Laclau, 2008b; Stavrakakis, 2007). Con todo, la síntesis que dio lugar a esa colección de polémicas teóricas parciales que es *La razón populista* fue la aparición del chavismo en el paisaje de un renovado “populismo latinoamericano”. La interpretación “populista” del kirchnerismo, una nominación ante la cual los kirchneristas no siempre se encuentran cómodos, fue un fenómeno secundario.

Eso no significa que desertara de sus reflexiones precedentes. Laclau profundizó en su nuevo libro una propuesta de desestabilizar la dicotomía entre la particularidad y la universalidad, figuras de la discursividad en que se dirime el quehacer de lo político. *La razón populista* desechó, una vez más, las controversias sobre la filiación del populismo en grupos sociales. La unidad mínima de su desarrollo está constituida por demandas de cualquier índole sin ningún privilegio social sustantivo. Laclau plantea que las demandas dirigidas a un núcleo estatal operan en sentido horizontal compitiendo o confluyendo, según sea el caso de que el núcleo satisfaga (o no) una u otra demanda. La articulación posibilita la aparición de una demanda galvanizadora entre un conjunto heterogéneo de exigencias constituyendo, *a posteriori*, un “pueblo” correlativo a la formación de una nueva *frontera interna* con el Estado u otro conjunto de demandas. Una de las demandas configura retroactivamente un nosotros popular antes inexistente, que delimita un otro (estatal, o social) antipopular.

De acuerdo al argumento de Laclau existen relaciones contingentes entre: 1) las demandas particulares, cuya relación equivalencial no va de suyo, pues la lógica de la diferencia (entre demandas) y la lógica de la equivalencia son heterogéneas; y 2) la aparición de una demanda coaguladora de una frontera respecto a un otro, lo que entraña un salto cualitativo –o hegemónico– no social sino político. El nudo del razonamiento consiste en que ese salto político constituye al “pueblo” como un efecto de institución hegemónica discursiva. Como en *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau entiende por “discurso” la coexistencia conflictiva entre una lógica relacional horizontal (diferencia/equivalencia) y una vertical

---

*Making of Political Identities* (Laclau, ed., 1994), la cuestión populista carece de relevancia salvo en la preocupación por el populismo derechista en la ex Yugoslavia.

(elevación de una demanda al privilegio de demanda-del-pueblo, que suele suponer la identificación apasionada con un líder).

Laclau propone que la lógica de construcción de las identidades colectivas populistas regula la lógica política como tal. Y si dicha lógica populista es “vaga” o “retórica”, es porque *todas* las identidades son socialmente vagas y se constituyen en un crisol retórico. El paso de una demanda parcial al *status* de nudo articulador de una formación colectiva no es privilegio del populismo. Toda configuración política se alimenta de esa relación retórica básica que al nombrar la representatividad de esa demanda, imprime consistencia al conjunto de demandas *democráticas*, que así devienen *populares* (Laclau, 2005: 91).

El tranco teórico de *La razón populista* pretende ser rigurosamente trascendental, transhistórico. Subyacente en la aparente multiplicidad de las formas políticas hay una constante, a saber, la de las múltiples maneras de constituir al “pueblo” y proponer su representación. La peculiaridad del populismo es que utiliza al “pueblo” y no al ciudadano o a la clase. En el populismo no hay delegación en una entidad representativa, sino una presencia directa (esto es, retóricamente directa) a través del líder. Bajo este sol, el liberalismo, el fascismo o el socialismo no son esencialmente diferentes, pues también lidian con la representación de la heterogeneidad constitutiva de lo social. Sus distinciones se basan en la manera de intersectar las dinámicas de la diferencia y de la equivalencia. El populismo, al obedecer a una morfología articuladora pura entre esos polos, es decir, como relación entre significantes, carece de un sentido político concreto. Puede haber populismos progresistas o reaccionarios.

El libro de Laclau no provee ningún criterio teórico para realizar operaciones de discernimiento político. Su modelización conceptual carece de la facultad de distinguir entre la diversidad de los populismos, pero eso es justamente lo que una teoría del populismo debería ofrecer. Sería incorrecto decir que el autor es indiferente a las alternativas políticas mundiales. Laclau es un populista progresista, de una izquierda anti-imperialista simpatizante de los regímenes nacionalistas con rasgos redistributivos. El asunto es que estas posiciones están desconectadas del tinglado conceptual de su teoría. Laclau se priva incluso del gesto kantiano de atisbar una idea regulativa, por lo cual debe responderse afirmativamente a la preocupación de Simon Critchley: “¿Hay un déficit normativo en la teoría de la hegemonía?” (en Critchley y Marchart [2008: cap. 6]).

La filosofía política de Laclau carece de una definición histórica de derecha e izquierda (estas son construidas discursiva y relacionamente). La consecuencia, que no me parece convincente, es que la evaluación de un régimen político sólo puede ser resuelta al modo decisionista. Esta

consecuencia había sido anticipada antes del retorno del populismo a propósito del diálogo de la teoría de la hegemonía con la deconstrucción (Laclau, 1998). Es la contracara del formalismo y ahistoricidad de los conceptos laclauianos, los que por lo tanto redundan en una posición metafísica. El discurso populista cede en historicidad al hacerse trans-histórico, externo a cualquier determinación que no sea la de su propia lógica. En esa deriva transhistórica confluye con autores postmarxistas como Alain Badiou y Jacques Rancière. Laclau (2008c: 398) propone que la ahistoricidad de la “hegemonía” es una proyección moderna sobre otras épocas, tal como argumenta Marx en los *Grundrisse* respecto de que el grado de abstracción alcanzado por las categorías capitalistas arroja luz sobre otros periodos. Sin embargo, mientras para Marx eso no funda un “marxismo”, para Laclau sí erige una teoría generalizada del populismo.

### **Conclusiones: intelectuales y política**

En este recorrido de la actuación político-intelectual de Ernesto Laclau he intentado compulsar cuánto de su derrotero fue un hecho social, colectivo, donde el pasaje al postmarxismo fue vivido como una asunción de la democracia capitalista –que en Laclau y tantos otros de su generación ha pasado a ser la democracia sin más– como horizonte insuperable de la estrategia de izquierda. Pero también he señalado las continuidades de un planteo fundamental, de una crítica politicista del marxismo, de una lectura equivocada de Marx, ya ambiguamente presente en el corazón de la Izquierda Nacional. No es que Laclau estuviera todo allí, en el esquema elaborado por Ramos y Spilimbergo, pues justamente la peculiaridad histórica de su itinerario consiste en seguir las metamorfosis del politicismo desde una fundación economicista a otra discursivista.

La pertenencia “histórica” del sujeto Laclau sugiere meditar el *teorema de Tarcus* que sostiene la eficacia represiva de las estructuras partidarias tradicionales de la izquierda argentina respecto de la creatividad intelectual individual (Tarcus, 1996: 18). La obra que hizo famoso a Laclau es impensable sin la experiencia formativa de su acción orgánica en el PSIN y él nunca ha renegado de su deuda con las enseñanzas juveniles. Separar una obra partidaria de la otra postpartidaria, como si finalmente su potencialidad habría advenido por haberse “liberado” de la organización, y alcanzado su “creatividad”, supone una afirmación especulativa e improbable. Sucede lo contrario pues medio siglo más tarde el Laclau anciano sigue respirando en el microclima ideológico de su juventud. Él ha reiterado infatigablemente cuánto su postmarxismo le debe a los años formativos. Ante una pregunta sobre

las razones que lo condujeron de sus “primeros pasos vacilantes” al postmarxismo, Laclau respondió que no veía una discontinuidad en su trayectoria. Agregó que cuando regresó a Buenos Aires en 1984 notó con sorpresa al leer sus editoriales de *Lucha Obrera* de veinte años antes que “la lucha socialista ya se planteaba en términos de la hegemonización de las tareas democráticas por parte de la clase obrera” (Laclau, 2000 [1990]: 187-188). Por cierto que la visión retrospectiva de Laclau no es del todo exacta. En los años 60 el sujeto era el partido *obrero* y el objetivo mediato la transformación *revolucionaria*. Y la clarividencia juvenil no lo es tanto de concepción política “gramsciana” como de una persistente búsqueda de parasitar la identificación popular del peronismo. Por otra parte el contexto de la discutible legitimidad del gobierno de Illia y luego el rechazo global a la dictadura de Onganía eliminaban la estrategia reformista desarrollada en los años 80 (Laclau, 1965a y 1966). Lo que me interesa destacar, sin embargo, es que si la continuidad es problemática, la discontinuidad lo es aún más. La tesis de la continuidad en la Izquierda Nacional es compatible con matices en sus énfasis teóricos, tales como unos años 70 “gramscianos”, unos años 80 “postgramscianos” y unas últimas décadas de mayor inclinación “lacaniana” (Torfing, 1999).

La perseverancia de la travesía teórico-política de Laclau es también la de una variante de la izquierda del siglo XX. Comprender su esfuerzo exige hacer justicia a la insistencia con que bregó por esclarecer las inviabilidades reiteradas de encabalgarse con las fuerzas “progresistas” e incidir en su orientación. La política de la Izquierda Nacional quiso durante tres décadas acercarse “críticamente” al peronismo para “hegemonizarlo” y siempre fue, en los momentos más exitosos, un apéndice del polimórfico movimiento liderado por Perón. Impotente para incidir en la clase trabajadora y en sus dirigencias más inmediatas, la tendencia efectiva consistió en influir en las élites políticas del peronismo. Todo ello coincidió en una coyunda difícil donde la impotencia fue quebrando los ánimos. Llevó al líder histórico del sector, Ramos, a lanzarse en los años 80 con furia nacionalista en los brazos de la corporación militar. Otros como Spilimbergo y Norberto Galasso trataron de continuar con el planteo del “apoyo crítico” al “movimiento nacional”, y solo tuvieron alguna repercusión como grupo propagandístico marginal. Laclau captó a mediados de los años 60 esa inviabilidad y se alejó de la vida política organizada. Sin embargo no abandonó sus convicciones más profundas y todavía hoy deplora las argumentaciones “ultraizquierdistas” que pregonan la revolución, un término político inútil según Laclau por sus connotaciones utópicas y externas a toda constitución hegemónica. Índice de su permanencia en la Izquierda Nacional es que Laclau jamás se consideró peronista. Todavía hoy su apoyo al kirchnerismo ostenta una

veta de perspicacia intelectual al destacar que el gobierno de Cristina Fernández excede la “experiencia histórica” del peronismo.

Dos admiradores de la obra de Laclau han resumido bien su nervio conceptual: “La obra de Ernesto Laclau es uno de los intentos contemporáneos más innovadores e influyentes de revivir y rearticular el pensamiento político en una época en que sus fundamentos se han vuelto cada vez más inciertos” (Critchley y Marchart, comps., 2008: 15). Solo añadiría dos rasgos a esa fórmula.

En primer lugar pienso que Laclau ha tratado de reconstruir el pensamiento político *de izquierda*. Laclau no es responsable de la proliferación de “usos de Laclau” donde la definición de una postura de izquierda es completamente irrelevante. Peronistas, populistas en general, socialistas reformistas, e incluso liberales moderados, además de los eclecticismos más ligeros, practican empleos no políticos de Laclau. Si bien en la industria universitaria del laclauismo suele darse por supuesta la necrosis del marxismo (pues el punto de partida es “postmarxista”), el autor ha ingresado a un mercado academicista donde su nombre y textos circulan entre otros nombres y textos igualmente prestigiosos, también útiles para “fundamentar” *papers*. La exterioridad a la orientación socialista es manifiesta en sus discípulos (por ejemplo: Critchley y Marchart, comps., 2008; Stavrakakis, 1999 y 2007).

En segundo lugar estimo que la ausencia de fundamentos no significa que ellos sean tan inciertos como discursivamente articulables, justamente por su contingencia. De tal modo que el derrumbe de los fundamentos no implica para Laclau una convicción pesimista sino más la celebración de la apertura de lo político, una peculiaridad de la democracia. Laclau ha anunciado un libro al respecto, *La universalidad elusiva*, en el que discutirá con Alain Badiou cómo la ruptura de la “situación” puede ser producida “hegemónicamente”.

La actuación de Laclau en los ámbitos kirchneristas argentinos no es un testimonio concluyente al respecto. No solo porque los efectos de su obra exceden el espacio argentino, sino sobre todo porque tal evaluación incurre en la falacia *ad hominem* de sintetizar en sus acciones finitas las potencialidades incalculables de los conceptos por él forjados. Pero traer al debate su actuación concreta es relevante porque el propio Laclau ha insistido en la vocación práctica de su quehacer teórico. Él pretende “hacer cosas con palabras”, y entre ellas está la acción política anti *status quo*, aunque no anticapitalista. Laclau es un enigma teórico y práctico pues no es evidente cómo transitó el camino que lo llevó del final de *Hegemonía y estrategia socialista* convocante de una “nueva izquierda” y la “radicalización de la democracia” hasta su actuación crepuscular de apoyo técnico a los neodesarrollismos populistas.

Dentro del esquema kirchnerista, Laclau provee una legitimidad

teórica e intelectual, pero no incide en la acción real a pesar de que no subestimo la efectividad propagandística de su palabra en los ámbitos universitarios. Aunque sostiene que el kirchnerismo es la “izquierda real” en la Argentina, su juicio es unilateral y poco convincente en la medida en que visibiliza sus dimensiones progresivas (democratización formal del acceso a medios de comunicación, matrimonio igualitario, moderada distribución de ayuda social básica, enjuiciamiento de los militares perpetradores de violaciones a los derechos humanos), pero omite aspectos ambiguos o francamente negativos como el impuesto al salario, el extractivismo, la oposición a la despenalización del aborto, la reproducción de la vieja política elitista, abandonando así, Laclau, toda crítica de izquierda –descartada la proyección socialista– y atenuando su capacidad de convencimiento fuera de los creyentes (Laclau, 2011a y 2011b).

En ese sentido Laclau es uno más –aunque el de mayor visibilidad internacional– de los proclamados intelectuales que se confinan a proveer combustible argumentativo a decisiones adoptadas en otro lugar, en el territorio donde la dirigencia kirchnerista decide qué hacer. Repite así el drama de su mentor: Ramos quiso ser el cerebro de Perón, mientras Laclau pretendió ser el teórico de Cristina Fernández. Por eso afirmé la inconveniencia de insistir demasiado sobre los cursos falibles de las decisiones personales, pues perfectamente podría suceder que las deficiencias políticas de Laclau fueran las suyas *biográficas*, y no las de su obra *teórica* ni las de su familia *ideológica*. Es que en efecto, hay una fundamentación más sustantiva para cerrar este análisis: la estatura intelectual del postmarxismo. Por cierto que el marxismo requiere revisiones y reinterpretaciones, nuevos análisis y conceptos alrededor del núcleo irrenunciable de la crítica de la lógica del capital. No opongo al postfundacionalismo discursivista de Laclau una vigencia del marxismo como metafísica socioeconómica de la política. Pero su pensamiento está conceptualmente cosido a la operación de crítica de Marx, avanzada con vigor desde *Hegemonía y estrategia socialista*.

El marxismo del joven Laclau fue un marxismo tradicional, desgarrado entre el “materialismo histórico” de los modos de producción y la historia como secuencia de luchas de clases. En ese sentido no se separó de la comprensión *positiva* del marxismo, es decir, del marxismo como teoría objetivista, predominante en la Argentina de los años 60. Un problema de Laclau fue, y lo es hasta hoy, que su diagnóstico pesimista respecto del marxismo siempre tuvo en mente ese marxismo tradicional, al que quiso corregir primero a través de Althusser y Gramsci, y luego de su apartamiento del marxismo sustituyó con Derrida y Lacan.

Fundamentar una teoría como subversión de una interpretación inadecuada de Marx solo puede conducir a un resultado insatisfactorio,

pues tal teoría permanece aprisionada en los términos equívocos de los que brota. Este es un cimientto del fracaso laclauiano en su proeza de inventar el postmarxismo: continúa adherido, rechazándola, a una comprensión deficiente de Marx.<sup>10</sup>

Si he querido ofrecer este recorrido de Laclau es porque valoro la constancia de su programa teórico y no celebro que al subvertir una interpretación metafísica tradicional de Marx continuase en el terreno de la metafísica, solo que refigurada a través de la formalización. De allí las consecuencias ahistóricas de su pensamiento y la mengua con que ha sostenido el aliento del subtítulo de un texto reciente: “Por un nuevo horizonte de la política” (Laclau, 2008a: 8). Y no creo que haya que celebrar, como en la *Schadenfreude*, la clausura del horizonte teórico-político de una Izquierda Nacional cuyo porvenir estratégico fue cancelado hace cuarenta años. Pero es notorio que el proyecto laclauiano de una subversión discursivista del marxismo no rindió los frutos prometidos. No recompuso la estrategia socialista ni hizo más viable una práctica “gramsciana” de hegemonización revolucionaria. No neutralizó las derivas esencialistas de la positivización del marxismo ni entrevió otra manera convincente de radicalizar la democracia. Su interés descansó en las consecuencias para el “análisis del discurso”, ya en sede estrictamente académica. Pero así se desvió de las aspiraciones emancipatorias que lo impulsaron.

Esa deriva fue más que solo suya, pues participó de las dificultades sistemáticas de la Izquierda Nacional, un esquema estratégico que Laclau jamás se atrevió a repensar. Por eso recientemente el agudo teórico del significativo vacío tuvo buenos motivos para consagrar a Ramos como “el pensador político argentino de mayor envergadura que el país haya producido en la segunda mitad del siglo XX” (Laclau, 2012). Es que Laclau compartió el destino histórico de su corriente ideológica. En la mencionada deriva subordinada a una versión del peronismo insistió lo real de una estrategia malograda: la cándida convicción de atesorar mayores luces teóricas que una voluntad política reformista a la que se pliega pero intenta dirigir, un sometimiento que ningún denuesto contra la “ultraizquierda” consigue velar. La estación terminal del pensamiento de Laclau es la clave de bóveda con que el firmamento de la teoría consume el itinerario desolado de la Izquierda Nacional.

---

10. Con esto me abstengo de afirmar dos cosas que requerirían otras elaboraciones: que la crítica al marxismo tradicional es innecesaria y que la teoría política de la izquierda obrerista es correcta.

## Bibliografía

- Adorno, Theodor W. (1942), "Reflexionen zur Klassentheorie", en *Gesammelte Schriften*, Francfort del Meno: Suhrkamp, 1972, vol. 8, pp. 373-391.
- Belloni, Alberto (1960), *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires: Peña Lillo.
- Bergel, Martín, Mariana Canavese y Cecilia Tossounian (2004-2005), "Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau", *Políticas de la Memoria*, N° 5, pp. 149-158.
- Borón, Atilio (1996), "¿Post-marxismo? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 58, N° 1, pp. 17-42.
- Boucher, Geoff (2008), *The Charmed Circle of Ideology. A Critique of Laclau and Mouffe, Butler and Zizek*, Melbourne: re.press.
- Bowman, Paul (2007), *Post-Marxism versus Cultural Studies. Theory, Politics and Intervention*, Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Breckman, Warren (2013), *Adventures of the Symbolic. Post-Marxism and Radical Democracy*, Nueva York: Columbia University Press.
- Cohen, Gerald (1978), *Karl Marx's Theory of History. A Defence*, Oxford: Oxford University Press.
- Critchley, Simon y Olivier Marchart (comps.) (2008), *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Galasso, Norberto (1983), *La Izquierda Nacional y el FIP*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (2007), *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*, Buenos Aires: Nuevos Tiempos.
- Geras, Norman (1987), "Post-Marxism?", *New Left Review*, N° 163, mayo-junio, pp. 40-82.
- (1988), "Ex-Marxism without Substance: Being a Real Reply to Laclau and Mouffe", *New Left Review*, N° 169, mayo-junio, pp. 34-61.
- Gunn, Richard (1992), "Against Historical Materialism: Marxism as First-Order Discourse", en W. Bonefeld, R. Gunn y K. Psychopedis (eds.), *Open Marxism, vol. 2*, Londres: Pluto, pp. 1-45.
- Herrera, Carlos M. (2011), "El Partido Socialista de la Revolución Nacional, entre la realidad y el mito", *Revista Socialista*, N° 5, pp. 33-47.
- Hobsbawm, Eric J. (2011), "Marx on Pre-Capitalist Formations", en *How to Change the World. Reflections on Marx and Marxism*, Londres-New Haven: Yale University Press, pp. 127-175.
- Kaplan, Michael (2010), "The Rethoric of Hegemony: Laclau, Radical Democracy, and the Rule of Tropes", *Philosophy and Rethoric*, vol. 43, N° 3, pp. 253-283.
- Laclau, Ernesto (1960), "Un impacto en la lucha de clases. El proceso migratorio argentino", *Situación*, n° 4, junio, pp. 15-19.
- (1963), "Nota sobre la historia de las mentalidades", *Desarrollo Económico*, N° 1/2, pp. 303-312.

- (1964a), "La crisis del sindicalismo puro", *Lucha Obrera*, año 1, N° 2, 7 de octubre, p. 1.
- (1964b), "Historia melancólica del Ejército azul", *Lucha Obrera*, año 1, N° 3, 14 de octubre, p. 1.
- (1964c), "Illia o la filosofía de la tortuga", *Lucha Obrera*, año 1, N° 4, 21 de octubre, p. 1.
- (1964d), "Presupuesto universitario y luchas nacionales", *Lucha Obrera*, año 1, N° 5, 28 de octubre, p. 1.
- (1964e), "La UCRP. Entre la espiga y la espada", *Lucha Obrera*, año 1, N° 6, 4 de noviembre, p. 1.
- (1964f), "Pensamiento marxista e historia argentina. Conciencia histórica e izquierdismo pequeño burgués", *Izquierda Nacional*, N° 6, pp. 3-9.
- (1965a), "Concurrencia electoral y política revolucionaria", *Lucha Obrera*, año 1, N° 10, 29 de enero.
- (1965b), "Termina la pax radical", *Lucha Obrera*, año 2, N° 15, 15 de noviembre.
- (1966), "Partido revolucionario y realidad argentina", *Lucha Obrera*, año 3, N° 19, 1° de enero.
- (1969), "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno", *Revista Latinoamericana de Sociología*, N° 5, pp. 276-315.
- (1971), "Feudalism and Capitalism in Latin America", *New Left Review*, N° 62, pp. 19-55, reproducido en AA. VV., *Modos de producción en América Latina*, Córdoba: Pasado y Presente, 1973, pp. 33-57.
- (1978), *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, México: Siglo Veintiuno.
- (1996 [1994]), *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires: Ariel.
- (1998), "Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía", en Chantal Mouffe (comp.), *Deconstrucción y pragmatismo*, Buenos Aires: Paidós, pp. 123-145.
- (2000 [1990]), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2002), "Política de la retórica", en *Misticismo, retórica y política*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 57-101.
- (2005), *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2008a), *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2008b), "¿Por qué construir al pueblo es la principal tarea de una política radical?", en Laclau (2008a), pp. 13-64.
- (2008c), "Atisbando el futuro", en Critchley y Marchart (2008), pp. 347-404.
- (2011a), "La real izquierda es el kirchnerismo", *Página/12*, 2 de octubre.
- (2011b), "En América Latina los populismos son de izquierda", entrevista, *Revista Socialista*, N° 5, pp. 11-17.

- (2012), “Ramos en la historia de la izquierda argentina”, prefacio a Regali (2012).
- Laclau, Ernesto (ed.) (1994), *The Making of Political Identities*, Londres: Verso.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1981), “Socialist Strategy – Where Next?”, *Marxism Today*, enero, pp. 17-21.
- (1987), “Post-Marxism without Apologies”, *New Left Review*, N° 166, noviembre-diciembre, pp. 79-106; reproducido en Laclau (2000).
- (2004 [1985]), *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto, Judith Butler y Slavoj Žižek (2003 [2000]), *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau (p), Ernesto (1921), *Filosofía política argentina*, Buenos Aires: Nosotros.
- (1928), *La formación política de la sociedad argentina*, Buenos Aires: Araujo.
- Lefort, Claude (1990 [1981]), *La invención democrática*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Marchart, Oliver (2009), *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Meiksins Wood, Ellen (1986), *The Retreat from Class. A New “True” Socialism*, Londres: Verso.
- Methol Ferré, Alberto (1961), *La izquierda nacional en la Argentina*, Buenos Aires: Coyoacán.
- Mouffe, Chantal (ed.) (1979), *Gramsci and Marxist Theory*, Londres: Routledge.
- Mouzelis, Nicos (1988), “Marxism or Post-Marxism?”, *New Left Review*, N° 167, enero-febrero, pp. 107-124.
- Portantiero, Juan Carlos (1983), *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires: Folios.
- Ramos, Jorge Abelardo (1964), *La lucha por un partido revolucionario*, Buenos Aires: Pampa y Cielo.
- Regali, Enzo (2012), *Abelardo Ramos, la Izquierda Nacional y la Nación Latinoamericana*, Buenos Aires: Ciccus.
- Sim, Stuart (2008), *Post-Marxism. An Intellectual History*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Smith, Anna Marie (1998), *Laclau and Mouffe. The Radical Democratic Imaginary*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Spilimbergo, Jorge R. (1962), *La cuestión nacional en Marx*, Buenos Aires: Octubre.
- (2010 [1964]), *Clase obrera y poder. Tesis políticas del Tercer Congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional*, Buenos Aires: Ediciones del Sur.

- Stavrakakis, Yannis (1999), *Lacan and the Political*, Londres: Routledge.
- (2007), *La izquierda lacaniana*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Tarcus, Horacio (1996), *El marxismo olvidado en la Argentina. Milcíades Peña y Silvio Frondizi*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Therborn, Göran (2008), *From Marxism to Post-Marxism?*, Londres y Nueva York: Verso.
- Torfiing, Jacob (1999), *New Theories of Discourse. Laclau, Mouffe and Zizek*, Oxford: Blackwell.
- Tortti, María Cristina (2009), *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda (1955-1965)*, Buenos Aires: Prometeo.

\* \* \*

**Resumen:** La obra marxista y postmarxista de Ernesto Laclau es interpretable en el derrotero de la Izquierda Nacional argentina. Esa opción populista asumida en 1963 perduró como su horizonte teórico-estratégico. A lo largo de su recorrido, el pensamiento teórico de Laclau se supeditó a una identidad política de arraigo masivo, el peronismo, sin incidir en el proyecto gramsciano de una “reforma intelectual y moral” que habilitase una hegemonía “obrero y popular” elevándola al plano “nacional”. Sus sofisticaciones filosóficas persisten en los pliegues del proyecto de la Izquierda Nacional desmantelado desde 1973.

**Palabras clave:** Ernesto Laclau – Izquierda Nacional – Postmarxismo – Teoría política

**Abstract:** Ernesto Laclau’s Marxist and Postmarxist works are best understood when inscribed in Argentina’s National Left. This populist current has continued to underpin his strategic horizons since 1963. In the course of his working life, Laclau’s theoretical thought became subservient to Peronism, a political identity amply rooted in the working class. He remained aloof to a Gramscian type “moral and intellectual reform” that aspires to engender a “popular and working class” hegemony through a national framework. His sophisticated philosophical contemplations remain imprisoned by the twists and turns of the National Left’s projections, whose strategy collapsed in 1973.

**Keywords:** Ernesto Laclau – National Left – Postmarxism – Political Theory

**Recepción:** 14 de junio de 2013. **Aprobación:** 28 de julio de 2013

# **ARTÍCULOS**



## **La crítica del sindicalismo revolucionario argentino al parlamentarismo (1905-1912)**

*Alejandro Belkin*

UBA

En este artículo desarrollamos la crítica a la democracia burguesa que elaboraron los sindicalistas revolucionarios. Conjeturamos que los debates suscitados en torno a la Ley Sáenz Peña provocaron un punto de inflexión en sus análisis sobre el parlamentarismo. La reforma electoral, especialmente la sanción del voto obligatorio, incentivó sus reflexiones, nutrieron con nuevos conceptos su arsenal argumentativo. Su sistema de ideas se enriqueció, presentando una explicación más compleja de los modernos mecanismos de dominación en la sociedad capitalista.

Desde sus orígenes, los *sindicalistas* criticaron a la dirección del Partido Socialista porque desatendía el carácter de clase del Estado. Reprobaban la orientación electoralista de la organización, señalaban que nada positivo se podía obtener de las instituciones que pertenecían a la clase enemiga. Su crítica se circunscribía a contraponer las instituciones estatales –señalando su carácter burgués– a las organizaciones del movimiento obrero, especialmente el sindicato. Las primeras simbolizaban el pasado, la decadencia y la corrupción de la sociedad capitalista, mientras que las organizaciones gremiales encarnaban el germen de la nueva sociedad, la regeneración social y la liberación del proletariado.

En 1911, cuando se puso en marcha el debate sobre la Ley Sáenz Peña, los *sindicalistas* volvieron sobre sus viejas premisas, recordando la índole burguesa del Estado. Sus críticas tuvieron como destinatarios privilegiados, nuevamente, a los socialistas. Sin embargo, en esa oportunidad, ahondaron en los mecanismos de dominación de la burguesía, aportándole mayor densidad teórica a su discurso. En sus análisis, realizaron una exploración más compleja del funcionamiento del Estado y la democracia burguesa.

## Transformaciones en el sistema de dominación

El sindicalismo revolucionario surgió en un período de transición entre dos formas de dominación política. En la primera década del siglo XX el régimen oligárquico comenzó a mostrar fisuras indisimulables. La huelga general de 1902 encendió todas las alarmas de la clase dominante, pues dejó en evidencia que los mecanismos de cohesión social vigentes se habían tornado obsoletos. En consecuencia, algunos sectores de la elite estatal propusieron instrumentos alternativos de dominación, que apuntaron a reconstruir el consenso entre las clases subalternas (Suriano, 1989-1990).

El régimen oligárquico se construyó sobre la base de la exclusión absoluta y manifiesta de las clases populares. La participación estuvo bloqueada para las clases subalternas, quedó limitada exclusivamente a las clases propietarias. En ese esquema de gobierno, los partidos de notables jugaron un rol preponderante. El Estado no sólo aparecía como algo antagonico, sino también externo frente a las clases subalternas. En el orden oligárquico, la dominación política fue ejercida por un Estado que, además de ser, se mostró desembozadamente como el aparato coactivo de una clase, la burguesía, y no del conjunto de las clases sociales. El Estado oligárquico apareció transparentemente como atributo, y aparato de imposición coercitiva, de la clase capitalista (Cavarozzi, 1978).

En los inicios del siglo XX el sistema de dominación oligárquico sufrió las embestidas de una joven clase obrera, que consiguió articular un grado de organización y combate nunca visto hasta ese momento. En esas circunstancias, comenzaron a circular con mayor intensidad ideas reformadoras entre los miembros de la elite dominante, producto de esta creciente conflictividad social,<sup>1</sup> “las políticas sociales emergieron como respuesta a los problemas de cohesión social y de legitimidad planteadas por las relaciones de tipo capitalista introducidas por la nueva realidad económica” (Suriano, 1989-1990, p. 109). Además, la ausencia de mecanismos democráticos de gobierno volcaron a fracciones de la burguesía y la pequeño-burguesía a la oposición armada contra el régimen. En esas condiciones, era necesario buscar reformas en el sistema político para garantizar el orden social.<sup>2</sup> La reproducción

1. “El Estado y las elites liberales pensaron estos problemas como reflejo de la cuestión social y de los conflictos sociales” (Juan Suriano, citado en Hora y Trimboli, 1997: 55)

2. “Al avanzar la primera década del siglo xx, el sistema de gobierno oligárquico chocaba cada vez más con las necesidades primordiales de la burguesía argentina en su conjunto y de su socio mayor, el imperialismo inglés, que era preservar el orden” (Peña, 1973: 7).

pacífica del sistema era un requisito indispensable para resguardar las enormes ganancias capitalistas.

Los inmigrantes en general y los trabajadores en particular, crearon desde la segunda mitad del siglo XIX una inmensa red de asociaciones étnicas, culturales, políticas y sindicales.<sup>3</sup> En muchos casos, estas agrupaciones brindaban servicios sociales que el Estado no quiso, no supo o no pudo ofrecer. Estas asociaciones funcionaban de manera autónoma al aparato estatal, quien no había logrado aún penetrarlas ni regimentarlas (Allub, 1975). Desde comienzos del siglo XX comenzó un lento pero sostenido proceso de expansión de las capacidades de intervención del Estado nacional en las cuestiones de índole social. Esta nueva orientación tendrá diversas manifestaciones. Avanzará en modificaciones en el sistema electoral (1902 y 1912), con el objetivo de integrar a los trabajadores en el sistema político y desactivar los levantamientos armados de fracciones desplazadas de la clase dominante y sectores medios. Al mismo tiempo, se desplegarán diversas iniciativas para regular las relaciones laborales, intervenir en el funcionamiento de las organizaciones sindicales y arbitrar en los conflictos obrero-patronales.

En 1904 Joaquín V. González envió al congreso un proyecto de Ley Nacional del Trabajo, procurando regular, encauzar y controlar la creciente conflictividad laboral. En marzo de ese mismo año, Alfredo Palacios fue elegido diputado por la circunscripción de la Boca. En 1905 se aprueba la ley 4611 que estableció el descanso dominical en el ámbito de la Capital Federal. En 1907 fue promulgada la ley 5.291 relativa al trabajo de mujeres y menores. Ese mismo año se crea el Departamento Nacional del Trabajo, el cual tenía como función “recoger, coordinar y publicar todos los datos relativos al trabajo” para contribuir “a las reformas legislativas y administrativas capaces de mejorar la situación social, intelectual y moral de los trabajadores”.

La diversificación de funciones del Estado acompañó la progresiva complejidad de la estructura social y económica del país.<sup>4</sup> El objetivo de estas medidas, como ya señalamos, fue reconstruir la legitimidad de un régimen político que se encontraba cada vez más cuestionado. Para

---

3. “Estos inmigrantes desarrollaron comunidades, escuelas, hospitales, sindicatos, partidos y todos los tipos de asociaciones privadas conectadas con el mejoramiento de sus circunstancias de vida y de orígenes nacionales. El Estado oligárquico no podía penetrar esas organizaciones. Las funciones sociales de estas asociaciones de extranjeros eran facilitar servicios sociales que el país era incapaz de ofrecer y también proporcionar medios de integración en la sociedad Argentina” (Allub, 1975: 679).

4. El Estado desarrolló “una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses, y por tanto nuevo material para la administración del Estado” (Marx, 1959: 84).

conseguirlo, la clase dominante tuvo que contemplar, en cierta medida, determinadas reivindicaciones populares.<sup>5</sup> De esta manera, el Estado fue adquiriendo gradualmente las características de mediador aparente entre las clases (Engels, 1996), rasgo distintivo de las democracias representativas. La naturaleza abiertamente clasista del aparato estatal fue oscureciéndose detrás de una fachada de neutralidad, apariencia que se fue construyendo para presentar al Estado como árbitro entre las clases, defensor de un supuesto interés general.<sup>6</sup> Esto permitió conferirle universalidad al dominio de la burguesía. Insistimos, este proceso se encontraba en su etapa germinal en la primera década del siglo XX, momento en que surge el sindicalismo revolucionario. Precisamente, la novedad del fenómeno lo tornó más visible, todavía no se había naturalizado/invisibilizado.

El Estado avanzó sobre la superestructura de la sociedad civil, creando ese moderno sistema de trincheras que menciona Gramsci (1984: 151-152), permitiéndole expandir las bases de sustentación del aparato de dominación burgués. Así explica Portantiero este aspecto del pensamiento gramsciano:

Es en el último cuarto del siglo pasado que Gramsci coloca el momento en que comienza una nueva fase del Estado y de la política [...] el rasgo que la especifica es la mayor complejidad de las funciones estatales, que se despliegan en una multiplicidad de prácticas “como organizaciones estatales o como complejo de asociaciones en la vida civil”, hasta construir una serie de trincheras institucionales que median la relación entre las masas y el estado-gobierno. (Portantiero, 1983: 44)

El Estado se propone regular, controlar y vigilar las diversas manifestaciones autónomas de la sociedad civil. “El Estado atrapa en la red, controla, regula, supervisa y organiza a la sociedad civil, desde las expresiones más amplias de su vida hasta sus movimientos más insignificantes, desde sus formas más generales de existencia hasta la vida privada de los individuos” (Anderson, 1981). Las nuevas funciones

---

5. Este proceso guarda similitudes con el concepto de “revolución pasiva” desarrollado por Gramsci, “proceso de transformaciones «desde lo alto» en el que se recupera una parte de las demandas «de abajo», pero quitándoles toda iniciativa política autónoma” (Portantiero, 1983: 44).

6. “El Estado de clase no se interpone entre las clases para separar a los combatientes, sino para vincularlos mediante una relación asimétrica de dominación y explotación. De todos modos, la asimetría no implica unilateralidad. La relación no es unidireccional, y los procesos de mediación engloban también las peticiones y protestas de las clases gobernadas” (Therborn, 1997).

que asume el Estado permitieron que fuese “dejando de ser un Estado (exclusivo y particular) *de los* capitalistas para pasar a ser un Estado capitalista, es decir un Estado garante de las relaciones capitalistas y por ende garante de la existencia y reproducción como clase no solo de la burguesía, sino también de la clase obrera y otras clases no ligadas directamente en la producción a la burguesía” (Cavarozzi, 1978: 1343). En definitiva, se fue construyendo un tipo diferente de hegemonía, más propiamente burguesa, donde la dominación se basa en el consentimiento de las masas que parte de la creencia de ejercitar su autogobierno en el Estado representativo.<sup>7</sup>

Las políticas estatales de integración social fueron acompañadas por un salto cualitativo en las medidas represivas.<sup>8</sup> De esta manera,

el Estado a la vez que comenzaba a elaborar una política social, promovía una legislación represiva sumamente dura y especializada, perfeccionaba un cuerpo represivo, más precisamente la policía de la capital, destinado a erradicar los elementos «no asimilables» de la clase obrera. (Suriano, 1989-1990: 110)

## **Crítica a la orientación electoralista del Partido Socialista**

Este giro estratégico en las formas de dominación política impactaron directamente sobre la militancia del Partido Socialista, ahondando paulatinamente las diferencias de opinión preexistentes, hasta volverlas irreconciliables.

El Partido Socialista ponderó positivamente la nueva orientación que asumió el Estado respecto de la cuestión social. Interpretó los avances en materia de legislación laboral como triunfos propios, producto de su prédica en favor de los trabajadores. En especial, el ala reformista de la organización entendía que sus tesis estaban siendo confirmadas por la realidad. La política centrada en la lucha electoral y parlamentaria

---

7. “Así pues, el Estado burgués «representa» por definición a la totalidad de la población, *abstracta* de su distribución en clases sociales, como ciudadanos individuales e iguales. En otras palabras, presenta a hombres y mujeres sus posiciones desiguales en la sociedad civil como si fuesen iguales en el Estado. El parlamento, elegido cada cuatro o cinco años como la expresión soberana de la voluntad popular, refleja ante las masas la unidad ficticia de la nación como si fuera su propio autogobierno” (Anderson, 1981: 22).

8. “A medida que la hegemonía oligárquica se siente amenazada, el fortalecimiento de los dispositivos policiaco-militares tiende a ser mayor. No obstante, las clases explotadas van aumentando sus niveles organizativos y de conciencia, con lo que la lucha de clases se torna más álgida” (Boils Morales, 1978).

fue leída como fructífera y acertada por la conducción mayoritaria del partido.

Sin embargo, hubo sectores de la organización que hicieron una lectura opuesta de la realidad. El ala izquierda entendió que las leyes laborales y la repentina atención que prestaba el Estado a la cuestión social eran producto de las luchas del movimiento obrero. Desde esta perspectiva, las políticas integracionistas buscaban confundir al proletariado, despertando falsas expectativas en las instituciones estatales. La burguesía, amenazada por el despertar de las fuerzas obreras, ofrecía concesiones para mantener su predominio y fortalecer su aparato de dominación. Hicieron especial hincapié en el carácter de clase de las instituciones estatales. Señalaron que los socialistas no debían olvidar que el Estado, incluida la justicia, el parlamento y la policía, estaba al servicio de la clase capitalista y que no podía ser reformado. En el mismo sentido, subrayaron el carácter irreconciliable de los intereses de clase. El sindicalismo revolucionario surge en este proceso, como una reacción a las políticas integracionistas del Estado y a la recepción favorable que tuvieron por parte de la conducción partidaria.

Como señalamos más arriba, desde sus orígenes, los sindicalistas revolucionarios criticaron las inclinaciones electoralistas del Partido Socialista. Fundaban su rechazo al parlamentarismo en la definición del Estado como una institución de clase, al servicio de la burguesía. Emilio Troise, intelectual y militante *sindicalista*, sostenía:

Hay una verdad que ningún socialista puede poner en duda, y es que el *Estado es un órgano de clase*. Él no representa, ni puede representar más que intereses de clase. Su esencia es la salvaguardia del privilegio de la burguesía.<sup>9</sup>

Esta concepción del Estado se mantiene inalterable en el tiempo. Varios años después, los *sindicalistas* repetirán opiniones similares, el Estado es el “órgano fiel de los intereses de la clase rica y explotadora [...] es el gendarme que guarda la caja fuerte de los ricos y asesina al pueblo productor”.<sup>10</sup>

El parlamento, como parte integrante de la maquinaria estatal, era concebido como territorio enemigo. En ese ámbito, nada positivo podía obtenerse para los trabajadores. Sostener lo contrario, afirmaban, acarrearía serios peligros para la clase obrera, porque despertaba falsas expectativas en las instituciones burguesas. Bartolomé Bosio, censu-

9. Troise, Emilio. “La acción directa: refutación a sus detractores”, *La Acción Socialista*, año I, N° 1, 11 de julio de 1905, p. 2.

10. “¡Guerra al voto!”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 226, 6 de abril de 1912, p. 1.

rando implícitamente la conducta del Alfredo Palacios en el Congreso, señalaba:

Pronto, muy pronto, se echa en el olvido que el Parlamento es de creación burguesa, y que el papel que cuadra a un representante de una clase revolucionaria no es ciertamente el de querer hacer funcionar a esa institución en beneficio de los oprimidos.

El Parlamento es incapaz de satisfacer las necesidades de la clase obrera. Pretender lo contrario es ilusionarse, crear ilusiones peligrosas en la masa obrera, haciéndole vivir en la esperanza de que su mejoramiento y su emancipación es posible por obra y gracia de un pequeño esfuerzo realizado al poner la boleta electoral en la urna, esfuerzo que dará como resultado un cambio de personajes en el Parlamento, los cuales siendo socialistas legislarán para el pueblo obrero, refomarán y, por fin, serán capaces de... crear un sistema socialista!

Estas ilusiones peligrosas, esas esperanzas vanas son el resultado forzoso de la actitud y de las afirmaciones en contradicción con nuestros principios revolucionarios.<sup>11</sup>

El parlamento era considerado como una institución especialmente dañina para la conciencia del movimiento obrero. El congreso aparece como la representación de todo el “pueblo”, pero en realidad es un instrumento al servicio de la clase dominante. Su carácter mendaz corroe el sano juicio de la clase obrera. Por esa razón, criticaban a la conducción del Partido Socialista, por las esperanzas que depositaba en las elecciones y en el parlamentarismo. Esa política fomentaba equívocas ilusiones entre el pueblo trabajador. Por estos motivos, su crítica estaba dirigida especialmente al parlamento, al que consideraban “el órgano burgués por excelencia”.<sup>12</sup> Alertaban a los trabajadores sobre las expectativas infundadas que podían despertar el parlamento y la política electoralista del Partido Socialista. “El pueblo obrero no puede esperar el mejoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo del funcionamiento de la máquina parlamentaria”,<sup>13</sup> afirmaban. La participación de legisladores socialistas en la cámara de diputados no cambia

---

11. Bosio, Bartolomé, “La lucha de clases en el parlamento”, *La Acción Socialista*, año I, N° 5, 11 de septiembre de 1905, p. 2.

12. “Parlamento y sindicato”, *La Acción Socialista*, año I, N° 7, octubre de 1905, p. 2

13. Bosio, Bartolomé, “La lucha de clases en el parlamento”, *La Acción Socialista*, año I, N° 5, 11 de septiembre de 1905, p. 2.

el carácter de clase del Estado, porque es “un órgano inadaptable a la finalidad socialista”.<sup>14</sup>

Entonces, en momentos en que el Estado comienza a diseñar una política de integración social, los *sindicalistas* le recuerdan a la conducción del Partido Socialista que el Estado es una institución de clase, que tiene como finalidad defender los intereses de la burguesía. Por lo tanto, nada positivo podía obtenerse del parlamento, ni de la participación electoral.

### La inflexión en la crítica al parlamentarismo

Años más tarde, en vísperas de la asunción de Roque Sáenz Peña, insisten con los mismos argumentos. Sostenían que el presidente es “el primer resorte de la máquina de opresión” capitalista. Advertían, en este caso, contra las promesas que realizaba el nuevo mandatario. A pesar de su discurso conciliador, “no dejará de ser el agente de la voluntad de los capitalistas”. Veían con preocupación que el flamante gobierno pudiera conseguir los objetivos que se proponía, “si su política se lleva a cabo la colaboración de clase quedará establecida”,<sup>15</sup> afirmaban. Por eso, alertaban a los trabajadores contra las ilusiones que pudiese despertar el recambio presidencial: “el proletariado no puede abrigar –si no quiere tener nuevas desilusiones– ninguna esperanza en [...] los nuevos mandatarios”.<sup>16</sup> Alertaban que “la burguesía quiere despertar la confianza en los trabajadores hacia sus instituciones”.<sup>17</sup> Entendieron que el nuevo gobierno representaba un renovado desafío para la clase obrera y sus propias posiciones políticas. Por ese motivo, redoblaron su prédica antiestatal. Descartaron de plano que el Estado pudiera proteger los intereses obreros: “vanas son las ilusiones de quienes esperan que el poder político de la burguesía sirva como institución de amparo y de defensa proletaria”.<sup>18</sup> Recordaron que el Estado y todas sus insti-

14. Troise, Emilio. “La acción directa: refutación a sus detractores”, *La Acción Socialista*, año I, N° 1, 11 de julio de 1905, p. 2.

15. “El nuevo gobierno”, *La Acción Socialista*, año V, N° 130, 8 de octubre de 1910, p. 1.

16. “Lo que se impone”, *La Acción Socialista*, año V, N° 130, 8 de octubre de 1910, p. 2.

17. “El movimiento obrero y las instituciones burguesas”, *La Acción Obrera*, año VI, N° 168, 14 de enero de 1911, p. 3.

18. “El proletariado y el Estado”, *La Acción Obrera*, año VI, N° 151, 15 de noviembre de 1910, p. 1.

tuciones “han sido creadas por la clase patronal para ampararla en su privilegio de clase”.<sup>19</sup>

El discurso gubernamental, teñido de frases altisonantes en favor de la democracia y la libertad, no cambió la opinión de los *sindicalistas*. Resultaba evidente, para ellos, que el Estado mantenía su naturaleza de clase y su vocación antiproletaria. Porque el discurso democrático del gobierno convivía con la persecución de los militantes proletarios. El nuevo mandatario mantuvo en vigencia la Ley de Residencia (1902) y la Ley de Defensa Social (1910), instrumentos legales para reprimir al movimiento obrero. Cuando en el Congreso se estaba tratando la reforma electoral, fuera del recinto se sucedían las detenciones, deportaciones, arrestos y allanamientos de locales obreros. Los *sindicalistas* no dejaron de señalar esta contradicción entre el discurso y la realidad, entre las promesas de mayor democracia y libertad, por una parte, y la fuerte represión hacia los activistas obreros, en los hechos.<sup>20</sup>

El saneamiento electoral, prometido por el gobierno, estimuló la reflexión de los *sindicalistas* sobre el sistema de dominación. Sus argumentaciones tuvieron como eje la dicotomía entre apariencia y realidad. En ese sentido, cuestionaron la categoría de “ciudadano” porque encubría las desigualdades sociales inherentes al sistema capitalista. En un artículo firmado por un tal “Julio”, posiblemente Árraga,<sup>21</sup> se sostenía:

Observamos sorprendidos que en la democracia desaparece el hombre concreto, el hombre real de la vida económica, para ser reemplazado por el tipo abstracto, el “ciudadano”, y como este título se extiende a las personas de cualquiera categoría social y económica que fuera, resulta que el “obrero” es un ciudadano como lo es también su patrón el capitalista.<sup>22</sup>

---

19. “Acción corporativa y acción gremial”, *La Acción Obrera*, año VI, N° 178, 6 de mayo de 1911, p. 1.

20. La FORA también denunciaba la “infame tiranía que padecemos”, advertía que “por todas partes y en todos los lugares de la república se están cometiendo verdaderos crímenes con los trabajadores”. Pintaba un panorama muy sombrío, similar en algunos aspectos a un régimen dictatorial, mencionaban “el asalto a los domicilios de obreros, llevados a cabo con lujo de brutalidad a altas horas de la noche; el feroz apaleamiento de algunos camaradas del interior de la república; el terror entre las familias de los obreros sindicados como conscientes y revolucionarios”. Acusaban a la policía de “vejarnos, prendernos y torturarnos”, en “Al proletariado”, *Organización Obrera: órgano de la Federación Obrera Regional Argentina*, 1 de julio de 1912.

21. Destacado militante y teórico del sindicalismo revolucionario argentino.

22. “Democracia Sindicalismo”, *La Acción Obrera*, año VI, N° 178, 6 de mayo de 1911, p. 2.

El “hombre real” de la vida económica aquí es contrapuesto a la categoría abstracta de “ciudadano” de la democracia. En la realidad existen obreros y capitalistas, la noción de ciudadano enmascara la verdad. También oponen los conceptos de ciudadano y productor, aseguran que

por encima de esa condición [la de ciudadano] está la de productores, más real y tangible [...]. Como trabajadores [...] es preciso que nos consideremos, ante todo, como *productores*, no como ciudadanos.<sup>23</sup>

La condición de productor era presentada como “más real y tangible” que la de ciudadano. En el mismo sentido, los *sindicalistas* son reacios a utilizar el concepto de “pueblo”, porque hace referencia a una “multitud indefinida formada con elementos de todas las clases sociales”, en su lugar prefieren utilizar el término “pueblo obrero”.<sup>24</sup>

Este contraste entre apariencia y realidad es utilizado como recurso heurístico para explicar la expansión de las formas democráticas de gobierno. La experiencia acumulada por los capitalistas los condujo a revisar los mecanismos de dominación. Los *sindicalistas* sostenían que la burguesía llegó

al convencimiento de que una oligarquía no podía sostenerse sino ocultándose y disimulándose detrás de instituciones de carácter democrático y popular. Entonces idearon el siguiente habilísimo plan: reservarse el poder económico, la “realidad” del poder, y entregar al pueblo el poder político, es decir el poder aparente. Desde este momento el pueblo creyó estar en posesión de la dirección de sus intereses.

No sin ninguna vacilación entregaron los capitalistas al pueblo el sufragio universal, pues temían que constituyeran un gobierno que les despojara de sus capitales y de sus privilegios.

Una larga experiencia del sufragio popular y del funcionamiento de la democracia les ha demostrado que ellos no son menos dueños del gobierno aunque personalmente no formen parte de él. Así se ha podido comprobar que el gobierno está siempre a disposición de las reclamaciones de los capitalistas, y entre nosotros vemos con frecuencia que toda concesión o

---

23. “El voto obligatorio”, *La Acción Obrera*, año VI, N° 194, 26 de agosto de 1911, p. 1.

24. “El voto obligatorio”, *La Acción Obrera*, año VI, N° 180, 20 de mayo de 1911, p. 1.

pedido hecho por las empresas ferroviarias, bancos, la Liga Agraria, los capitalistas azucareros de Tucumán y otras empresas, son siempre atendidos favorablemente.<sup>25</sup>

Hasta ese momento, su crítica al parlamentarismo se había limitado a denunciar el carácter de clase del Estado, como instrumento de dominación de la burguesía. Ahora, incorporan esta distinción entre poder real y poder aparente. El sistema democrático era un artificio pergeñado por la clase capitalista para encubrir su dominación de clase, haciéndole creer al pueblo que el gobierno estaba en sus manos. La clase dominante otorgó el sufragio universal, sin embargo mantuvo el control del gobierno, el poder real. Por esa razón, afirman: “la democracia se ha convertido en un biombo, detrás del cual los capitalistas ocultan y protegen su poder”.<sup>26</sup>

Los socialistas eran funcionales a este engranaje de dominación. Cuando el proletariado desarrolla altos niveles de movilización, la burguesía necesita encontrar formas para distender las tensiones sociales. Por ese motivo, tienta a los socialistas ofreciéndoles cargos en los poderes públicos y bancas en el parlamento. Desvían la atención del proletariado hacia el callejón sin salida de las elecciones, apartándolo de la acción directa. El gobierno tienta “a los socialistas para que participen del gobierno, a fin de pacificar al proletariado, desorientándolo de su verdadero camino [...] en ‘esta época de agitación obrera’, con el evidente propósito de despertar en el proletariado su confianza por el Estado”. No era un fenómeno exclusivamente nacional, en todas partes del mundo “los gobiernos han llegado a considerar como una ‘válvula de escape’ a las pasiones proletarias [...] la entrada de los socialistas, ora en el parlamento, ora en los ministerios”.<sup>27</sup> De esta forma, la obra conservadora de la burguesía era completada por la participación de los socialistas en las elecciones. Respecto a las esperanzas de los socialistas de conquistar el poder utilizando los engranajes del Estado, afirmaban: “la dotación de personal no cambia las funciones de la máquina”.<sup>28</sup>

El sistema democrático burgués tenía la capacidad, también, de fagocitar a militantes que en otro tiempo asumieron posiciones revolucionarias. El caso emblemático era el de Aristide Briand, socialista

---

25. “Poder real. Poder aparente”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 215, 20 de enero de 1912, p. 1.

26. *Ibidem*.

27. “Repitiéndose lo mismo!...”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 218, 10 de febrero de 1912, p. 1.

28. “Derechos sobrepasados”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 223, 16 de marzo de 1912, p. 1.

francés que a comienzos del siglo XX impulsaba la huelga general revolucionaria y años más tarde terminó integrando el gobierno de su país y reprimiendo las protestas obreras. Analizando el panorama político europeo, entendían que estaban en presencia de una estrategia de la burguesía, que consistía en reemplazar los gobiernos abiertamente reaccionarios por otros más progresistas, pero que terminaban siendo peores que los anteriores. Al respecto, afirmaban:

Dentro de los nuevos sistemas republicanos y democráticos han llegado al poder los hombres más exaltados, gentes que predicaban la huelga general y la violencia como medios de lucha proletaria, han llegado a las jefaturas de gobiernos de los principales países europeos; gentes que aconsejaban volar las fábricas para intimidar a los patrones están hoy a la cabeza de las nuevas repúblicas: Briand en Francia y d'Almeida en Portugal. Caen los gobiernos clericales y suben los avanzados, y éstos en el gobierno son peores que los reaccionarios. En España, ni Cánova, ni Maura, llegaron hasta atropellar los derechos de asociación como el actual presidente de ministros, quien, antes, enseñaba el marxismo en las academias y ahora persigue furiosamente a los obreros organizados, disolviendo sus instituciones federales. Recuérdese que este bandolero legalizado subió al poder por la presión que en pocos meses, en pocos días casi derribó a Maura, y sostenido por todos los elementos avanzados de la política y del pueblo.

Hablamos el lenguaje de la experiencia. De ella deducimos una conclusión lógica: todos los gobiernos son iguales; más aún: los gobiernos, cuanto más avanzados, son peores, y cada vez peores para el proletariado y serviles, cada vez más serviles para los capitalistas.<sup>29</sup>

Este nuevo contexto político europeo los lleva a profundizar en sus reflexiones, tratan de explicar los motivos de las mutaciones operadas en estos dirigentes. Ensayan una explicación de tipo materialista: “todos saben que en las alturas todos los hombres se corrompen, [...] ello es debido a la propia organización del Estado y a la estructura de la sociedad capitalista”.<sup>30</sup> Encuentran las razones en los efectos nocivos de la maquinaria estatal. Por eso sostienen: “sube uno revolucionario

---

29. “Experiencia política”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 225, 30 de marzo de 1912, p. 1.

30. “Hombres políticos”, *El Obrero en Madera*, año IV, N° 44, 1 de mayo de 1911, p. 1.

al parlamento y baja conservador”.<sup>31</sup> En consecuencia, el efecto es el contrario al buscado por los socialistas, en lugar de ser ellos quienes modificaban la naturaleza del Estado, es el Estado quien provocaba una transformación reaccionaria en los militantes socialistas.

Los *sindicalistas* introducen un elemento adicional en este –cada vez más– complejo mecanismo de dominación. La prensa es otro de los instrumentos en manos de la burguesía, a través de su control puede moldear a la opinión pública. Los diarios pueden instalar un candidato y hacerlo triunfar en las elecciones, utilizando el siguiente artificio: “la prensa al unísono publica todos los días, en el artículo de fondo, y en los sueltos... que tal candidato es competente, es laborioso, que cuenta con el apoyo de la mayoría, etc. Y así se forma ésta alrededor del candidato y lo hace triunfar”.<sup>32</sup>

La prensa y la clase dominante se vinculan por medio de la contribución económica, en materia publicitaria, que realizan los capitalistas a los periódicos. El financiamiento monetario le permite a la burguesía controlar a la prensa. Así describen este dispositivo:

Si alguno de los periódicos como ya ha sucedido, ha iniciado una campaña a favor de un candidato o negocio, que contraríe los intereses y propósitos de la alta banca, pronto tiene un corredor en sus oficinas que le amenaza con retirarles las publicaciones si no cambia su propaganda y entonces el periódico se ve amenazado en su existencia y al día siguiente, ya su propaganda se modifica y pocos días después guarda silencio sobre el asunto.<sup>33</sup>

A través de estos mecanismos, la burguesía consigue controlar a la opinión pública. A su vez, esculpiendo la voluntad de los votantes, logran someter a su arbitrio a las instituciones de la democracia burguesa. Nuevamente, aparece aquí esa dicotomía entre apariencia y realidad, así explicaban la relación entre la prensa, la opinión pública y la clase dominante: “en teoría, la opinión pública gobierna en las democracias, pero en la realidad, son los financistas que por medio de la prensa forman la opinión pública y dirigen las democracias”.<sup>34</sup>

Reaparece aquí la dicotomía antes mencionada. En apariencia, “la

---

31. “Experiencia política”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 225, 30 de marzo de 1912, p. 1.

32. “Los financistas y la prensa democrática”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 221, 2 de marzo de 1912, p. 2.

33. *Ibidem*.

34. *Ibidem*.

opinión pública gobierna”, pero en realidad gobiernan los financistas. La crítica de la democracia burguesa se vuelve más elaborada, no se circunscribe a señalar el carácter burgués del Estado.

El aspecto que causaba mayor irritación de la Ley Sáenz Peña, entre los *sindicalistas*, era la cláusula que establecía la obligatoriedad del sufragio. En respuesta, lanzaron una campaña con el objetivo de convencer a los trabajadores para que no concurren a las urnas: “lisa y llanamente es preciso negarse a votar, malgrado de las penas que tal actitud pueda hacernos sufrir”.<sup>35</sup>

La sanción del voto obligatorio confirmaba a los *sindicalistas* en sus convicciones. Por un lado, corroboraba que los trabajadores se desentendían, cada vez más, de la política electoral, por eso la necesidad de obligarlos por la fuerza a concurrir a los comicios. Pero además, ratificaba que las elecciones eran parte de los engranajes de dominación de la burguesía, por eso el afán del gobierno por despertar el interés del proletariado en el sistema parlamentario.

La abstención era un derecho democrático que resultaba cercenado por la nueva ley electoral. Imponer la obligación de votar era contrario a las libertades individuales que el propio gobierno decía defender. “Pues para nosotros –decían los *sindicalistas*–, la abstención de los ciudadanos al uso de sus «derechos» no es más que el uso fiel de los derechos que la democracia misma concede”.<sup>36</sup>

Quienes propiciaron la participación electoral de los trabajadores fueron los socialistas, pregonaron que el voto era un arma de combate contra la burguesía. La participación electoral era el camino que debía seguir el proletariado para conquistar su emancipación. Los *sindicalistas* subrayaron la contradicción entre la prédica socialista y la Ley Sáenz Peña. Si el sufragio universal era un arma de lucha del proletariado, ¿por qué los enemigos de clase obligaban a los trabajadores a utilizarla? Sebastián Marotta, afirmaba:

Es decir, la terrible arma que los pontífices de la democracia social han venido propagando al proletariado para [...] realizar hasta su emancipación, es impuesta obligatoriamente, por la primera cabeza del Estado, representante como se sabe, de la clase dominante. [...] sus propios tiranos se encargarán por libertarlo, obligándole que haga uso del sufragio universal.<sup>37</sup>

35. “El voto obligatorio”, *La Acción Obrera*, año VI, N° 194, 26 de agosto de 1911, p. 1.

36. “El voto obligatorio”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 205, 11 de noviembre de 1911, p. 1.

37. Sebastián Marotta, “Los trabajadores y el voto obligatorio”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 225, 30 de marzo de 1912, p. 2.

La sanción del voto obligatorio era la demostración, para los *sindicalistas*, de que el voto no era un arma para la liberación de los trabajadores. La burguesía recurría al sufragio universal y obligatorio para incentivar la anuencia del proletariado hacia las instituciones estatales, para “gobernarlo con su consentimiento, que desde hace mucho tiempo lo está negando [...] otorgando delegaciones a sus enemigos naturales, para que desde las instituciones legislativas sigan, con el consentimiento de todos, oprimiendo al proletariado con leyes zaristas, que prohíben o castigan el ejercicio de la huelga”.<sup>38</sup> Es decir, el voto obligatorio ayuda a relegitimar el sistema de dominación burgués, los trabajadores no conquistarían su liberación depositando una papeleta en la urna.

Los trabajadores –sostenían los *sindicalistas*– siempre fueron reacios a participar en las elecciones, “el «pueblo» en su inmensa mayoría siempre se ha abstenido de formar comparsa en la farsa democrática de las elecciones”.<sup>39</sup> La baja participación del proletariado, en lo que llamaban la “farsa electoral”, la entendían como un acto consciente de la clase obrera. Aseguraban que el proletariado “se desentiende de la democracia”.<sup>40</sup> En el mismo sentido, afirmaban: “los partidos y los comicios se despueblan más cada día, no por ignorancia o por desidia cívica [...] sino por convicción”.<sup>41</sup>

Cuando comenzó a discutirse la reforma electoral, propiciada por Roque Sáenz Peña, los *sindicalistas* estaban convencidos de que los trabajadores iban a mantener inalterable su indiferencia hacia el sistema electoral. “Democracia”, “voto libre” y “sufragio universal” eran “cosas huecas” para el pueblo obrero, no significaban “nada real ni concreto”.<sup>42</sup> Los trabajadores no iban a dejarse seducir por ese palabrerío abstracto. Por lo tanto, desde su óptica, la política de saneamiento institucional, alentada por el nuevo gobierno, no iba a tener eco entre los trabajadores.

Sin embargo, a medida que se acercaban las elecciones, fueron cambiando de opinión. En febrero de 1912 advertían que “el gobierno despistó al pueblo y lo predispuso favorablemente para las próximas

---

38. “El soberano esclavo”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 218, 10 de febrero de 1912, p. 1.

39. “El voto obligatorio”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 205, 11 de noviembre de 1911, p. 1.

40. *Ibidem*.

41. “El manifiesto ante la clase trabajadora”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 222, 9 de marzo de 1912, p. 1.

42. “El voto obligatorio”, *La Acción Obrera*, año VI, N° 180, 20 de mayo de 1911, p. 1.

elecciones”.<sup>43</sup> Sostenían que los trabajadores interesados en participar de las elecciones fueron sugestionados “o por las lecciones de instrucción cívica recibidas en la escuela, o por la misma instrucción, dada en forma de propaganda obrera emancipadora, recibida en los centros socialistas”.<sup>44</sup> Introducen en el análisis a la escuela, como otra de las instituciones que contribuyen al sistema de dominación burgués. En su afán por explicar el inesperado comportamiento de amplios sectores de la clase obrera, continúan desarrollando su arsenal argumentativo. El entusiasmo despertado por las elecciones se trasluce en la siguiente crónica:

Los obreros, convertidos en ciudadanos, abandonando su personalidad concreta y real de productor, transformados en personajes alegóricos, han paseado entusiastas por las asambleas políticas donde los candidatos les predicaban que si deseaban mejorar sus condiciones y aproximarse a su emancipación, les bastaba depositar su voto en la urna electoral, con el objeto de elegir al diputado socialista que desde las bancas del parlamento realizaría aquellas bellas aspiraciones.

No necesitaba hacer huelgas parciales, generales, luchas contra el estado, la policía, propagar sus propósitos de rebeldía en los talleres y centros obreros, gastando dinero y llamando sobre su persona los odios y hostilidades de los patrones y de la autoridad. El voto que le reclaman los políticos no es tan penoso, ni compromete su libertad y su vida. ¿Qué propósitos llevan al parlamento los diputados socialistas? Hacer que el estado, que en la actualidad sirve a los capitalistas, en adelante sirva a los obreros.<sup>45</sup>

Los sindicalistas revolucionarios lamentaron que muchos trabajadores hayan participado del proceso electoral. La creencia en el parlamentarismo fue “inculcada astutamente en la conciencia de los trabajadores, ha hecho que ellos se confíen en sus diputados en vez de esperarlo todo de sus sindicatos”.<sup>46</sup> El proletariado tendrá que experimentar en carne propia que la democracia burguesa no soluciona ninguno de sus proble-

43. “El gobierno y las elecciones”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 220, 24 de febrero de 1912, p. 2.

44. “Derechos sobrepasados”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 223, 16 de marzo de 1912, p. 1.

45. “La conquista al poder”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 229, 1 de mayo de 1912, p. 2.

46. “El Parlamento y el Sindicatos”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 223, 16 de marzo de 1912, p. 2.

mas, “desgraciadamente hay que esperar todavía que los hechos futuros les abran los ojos a los extraviados obreros que buscan en los partidos y en los gobiernos más libertad y más bienestar”.<sup>47</sup> Los *sindicalistas* sostenían que los hechos enseñan. La experiencia es la única vía por la cual el proletariado puede desarrollar su conciencia, descorrer el velo construido por la burguesía para ocultar la realidad. Por ese motivo, las elecciones de 1912 tenían un aspecto positivo, porque permitirían a la clase obrera ejercitar los mecanismos electorales y comprender que “la democracia y los partidos son impotentes para sacarlos de las condiciones opresivas y miserables a que los ha reducido la burguesía”.<sup>48</sup> Sus afirmaciones, entendían los *sindicalistas*, eran juicios derivados de lo acontecido en otros países:

En todos los países donde el sufragio no existe, los males sociales, desde la miseria y la desocupación a la opresión y los abusos, son atribuidos a la falta de esta ilusión deslumbrante, que es reclamada con imperiosidad invencible. Pero donde, por circunstancias históricas determinadas, el sufragio está establecido, su eficacia como remedio de males económicos, puesta al juicio de la experiencia, queda evidenciada como de valor nulo.<sup>49</sup>

El triunfo del radicalismo también fue pensado con los mismos criterios. La incorporación de los opositores en el sistema político permitiría que, experiencia mediante, se desvaneczan las esperanzas depositadas en la UCR. Los trabajadores podrían comprobar en la práctica la ineficacia de la propuesta radical:

El triunfo de la oposición radical será benéfico porque importará una experiencia y la caída de muchas ilusiones en el seno de la masa [...] cuando se vea, en fin, que la lucha no es dirigida a suprimir malas prácticas administrativas, sino a cambiar de manos las cosas.<sup>50</sup>

Sin embargo, todavía quedaba un largo camino por recorrer, pero era imprescindible comenzar a transitarlo:

---

47. “Los políticos fortifican el Estado, nosotros fortificamos los Sindicatos”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 228, 20 de abril de 1912, p. 2.

48. *Ibidem*.

49. “Derechos sobrepasados”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 223, 16 de marzo de 1912, p. 1.

50. “Política de colaboración”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 227, 13 de abril de 1912, p. 1.

Muchos años pasarán para quitar los prejuicios políticos del seno de la masa, pero para empezar debía darse comienzo a la entrada de la oposición, pues hasta ahora todas las responsabilidades caían sobre la oligarquía. [...] La entrada de la oposición, lejos de debilitar al gobierno, como parece lógico, lo reforzará con nuevos prestigios. [...] el gobierno, el estado, las instituciones todas de la defensa burguesa, estarán como rejuvenecidas por algún tiempo.<sup>51</sup>

Los cambios políticos operados, a consecuencia de la Ley Sáenz Peña, ayudarían a los trabajadores a tomar conciencia de que las elecciones eran una farsa. No obstante, ese proceso insumiría varios años. En lo inmediato, las instituciones burguesas se fortalecerían.

### **Excursus teórico**

Los *sindicalistas* se esforzaron por develar los diferentes mecanismos de control político construidos por la clase dominante para garantizar su hegemonía. Su crítica excedía la diatriba elemental hacia los organismos estatales de represión. En sus argumentaciones, hacían referencia a un conjunto de instituciones que formaban parte de este complejo engranaje. La educación, el sistema electoral, el parlamento, los medios de comunicación, los partidos políticos y la familia, eran mencionados como instrumentos al servicio de la dominación burguesa. La ideología democrática, con sus nociones de pueblo “en general” y especialmente de ciudadanía, acompañaba esta maquinaria de encubrimiento de la realidad social. El aspecto esencial que se trataba de ocultar era la división de la sociedad en clases con intereses antagónicos e irreconciliables.

Los *sindicalistas* no fueron los únicos que señalaron la existencia de dispositivos de control social más sofisticados, amén de los instrumentos más evidentes como las fuerzas de seguridad. Entendemos que puede resultar fructífero realizar un contrapunto con ciertas interpretaciones marxistas, puede contribuir a iluminar las peculiaridades de los postulados *sindicalistas*.

En ese sentido, vamos a introducir algunos conceptos elaborados por Louis Althusser, en su clásica obra *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* (1988), escrita entre los años 1969 y 1970. En la tradición marxista, señala el autor, el Estado es concebido explícitamente como aparato represivo para asegurar la dominación de la burguesía sobre la clase obrera. Presentada de esta forma, asegura, la teoría marxista del Estado abarca lo esencial y expone perfectamente su función fun-

---

51. “Política de colaboración”, *La Acción Obrera*, año VII, N° 227, 13 de abril de 1912, p. 1.

damental. Sin embargo, esta definición se ubicaría dentro de lo que denomina la teoría “descriptiva” del Estado. El momento “descriptivo” representa el comienzo de toda teoría. En ese estadio, la teoría nos brinda lo esencial pero representa una etapa en su constitución que exige que sea superada. Si esto no sucede, corre el riesgo de bloquear su desarrollo de la fase “descriptiva” a la etapa superior de teoría “a secas” (*tout court*). Para desarrollar la teoría marxista del Estado, sostiene el filósofo francés, es indispensable agregar otro aspecto de la realidad. Junto con los Aparatos Represivos del Estado (ARE), contemplados en la teoría “descriptiva”, debemos incorporar los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE). Estos últimos están formados por instituciones distintas y especializadas, entre las cuales se encuentran: el sistema escolar, las iglesias, la familia, los medios de comunicación masivos, los partidos políticos, los sindicatos y el sistema judicial, entre otros. Los AIE aseguran la reproducción misma de las relaciones de producción, amparadas por el escudo protector de los ARE.

Encontramos algunos paralelismos entre los argumentos esgrimidos por los *sindicalistas* y las tesis de Althusser. En sus orígenes, los sindicalistas revolucionarios se limitaban a señalar el carácter de clase del Estado y su política represiva hacia el movimiento obrero. En sus primeros tiempos, la teoría sostenida por los *sindicalistas* sobre el Estado se encontraba –siguiendo el esquema althusseriano– en su fase “descriptiva”. Permaneció en esa condición por varios años. Los debates en torno a la Ley Sáenz Peña desbloquearon el desarrollo teórico y permitieron que los *sindicalistas* superen ese estadio inicial. En ese segundo momento, incorporaron –con mayor precisión– un conjunto de instituciones que contribuían a proteger la reproducción pacífica del sistema. Por supuesto, a diferencia de Althusser, no incluyen a los sindicatos dentro de los dispositivos de dominación. Entonces, los *sindicalistas*, al igual que Althusser, comprenden que el Estado cumple su cometido (asegurar la dominación de la burguesía) no sólo con el recurso de la fuerza, también utiliza un conjunto de instituciones que cumplen la función de difundir la ideología dominante, como forma de resguardar y sostener al sistema capitalista.

\* \* \*

Hemos visto que los *sindicalistas* desaprobaban la utilización del término ciudadano, porque entendían que era un concepto engañoso, que encubría la división en clases de la sociedad. En la tradición marxista, la noción de ciudadanía también ha sido objeto de críticas. Los análisis sobre este concepto remiten como fuente primaria a *El capital* de Marx. Al finalizar el capítulo 4 del tomo I, Marx se predispone a abandonar la

esfera de la circulación para ingresar en el ámbito de la producción. Se propone seguir los pasos de dos personajes alegóricos, el poseedor de dinero y el poseedor de la fuerza de trabajo. El primero ha comprado la mercancía que ofrecía el segundo y se encamina hacia el lugar de trabajo para consumirla. En ese momento, Marx dice:

Abandonamos, por tanto, esa ruidosa esfera instalada en la superficie y accesible a todos los ojos, para dirigirnos, junto al poseedor de dinero y al poseedor de fuerza de trabajo, siguiéndoles los pasos, hacia la oculta sede de la producción. (Marx, 1990: 213)

Subrayemos el contrapunto que presenta Marx, la esfera de la circulación se encuentra “instalada en la superficie y accesible a todos los ojos”, por el contrario, la “sede de la producción” se halla “oculta”. Marx describe así la esfera de la circulación:

*La esfera de la circulación o del intercambio de mercancías*, dentro de cuyos límites se efectúa la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, un verdadero *Edén de los derechos humanos innatos*. Lo que allí imperaba era la *libertad*, la *igualdad*, la *propiedad* y *Bentham*. ¡*Libertad!*, porque el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo de *la fuerza de trabajo*, sólo están determinados por su *libre voluntad*. Celebran su contrato como *personas libres*, jurídicamente iguales. El contrato es el resultado final en el que sus voluntades confluyen en una expresión jurídica *común*. ¡*Igualdad!*, porque sólo se relacionan entre sí *en cuanto poseedores de mercancías*, e intercambian equivalente por equivalente. ¡*Propiedad!*, porque cada uno dispone sólo de lo suyo. ¡*Bentham!*, porque cada uno de los dos se ocupa sólo de sí mismo. (Marx, 1990: 214)

Para Marx, las relaciones sociales que establecen los seres humanos en la esfera de la circulación son las que generan las ideas de libertad e igualdad que enarbolan los ideólogos del capitalismo. Esta es la base material que origina la falaz apariencia de igualdad entre personas que pertenecen a clases sociales diferentes. La noción de ciudadanía se sustenta en esta representación del mundo, donde todos los ciudadanos aparecen como iguales. “Esta explicación de las ideas modernas de igualdad, deducidas de las condiciones económicas de la sociedad burguesa, fue dada primeramente por Marx en *El capital*” (Engels, 1975: 88). A diferencia del pensamiento marxiano, para los *sindicalistas*, los conceptos de ciudadanía, libertad e igualdad, son artilugios creados

por los capitalistas, no mencionan ninguna articulación con el mundo material. Son ideas artificiales, construidas por la burguesía para confundir al proletariado y mantener su dominación.

Continuemos con el relato que realiza Marx. En la historia que estaba narrando, los personajes se encaminaban hacia la esfera de la producción. Cuando iniciaron su recorrido aparecían como iguales, ambos propietarios de mercancías, que intercambiaban por equivalente en el mercado gracias a su libre voluntad. Sin embargo, a medida que se acercan a la “oculta sede de la producción”, Marx nota que los protagonistas del drama se van transformando, así dice:

Al dejar atrás esa esfera de la circulación simple o del intercambio de mercancías, en la cual el librecambista *vulgaris* abreva las ideas, los conceptos y la medida con que juzga la sociedad del capital y del trabajo asalariado, se transforma en cierta medida, según parece, la fisonomía de nuestras *dramatis personæ* [personajes]. El otrora poseedor de dinero abre la marcha como *capitalista*, el poseedor de fuerza de trabajo lo sigue como *su obrero*, el uno, significativamente, sonríe con ínfulas y avanza impetuoso; el otro lo hace con recelo, reluciente, como el que ha llevado al mercado su propio pellejo y no puede esperar sino una cosa: *que se lo curtan*. (Marx, 1990, p. 214)

La trasmutación de los personajes nos muestra que la igualdad y la libertad eran solo aparentes. El poseedor de dinero era en realidad un capitalista y el poseedor de fuerza de trabajo era en verdad un obrero. Más aun, Marx señala que el poseedor de la fuerza de trabajo sigue al capitalista como “su obrero”. En el mundo de la producción se derrumban las apariencias y salen a la luz los aspectos esenciales de la realidad. La “república del mercado” oculta el “despotismo de la fábrica” (Pashukanis, 1976: 14). En la sociedad capitalista la igualdad es una falacia, por el contrario, se encuentra dividida en clases sociales con intereses antagónicos. En este caso, encontramos algunas similitudes con el pensamiento *sindicalista*. Estos también afirman, o dejan entrever, que la “sede de la producción” se mantiene oculta. Además, sostienen que es en la esfera de la producción donde la supuesta igualdad se demuestra ilusoria. Para los *sindicalistas* esta es la realidad que el concepto de ciudadanía viene a ocultar. Sin embargo, a diferencia de Marx, quien afirma que son las relaciones mercantiles las que engendran esas ideas, para los *sindicalistas*, es en la esfera de la política parlamentaria donde se generan las ideas engañosas de libertad, igualdad y ciudadanía.

Los *sindicalistas* distinguían entre poder aparente (político) y poder real (económico). No fueron los únicos que advirtieron sobre esta escisión entre estos dos ámbitos de la vida social. Los marxistas han señalado que la disociación entre la esfera económica y la política es una particularidad del sistema capitalista, “el capitalismo ha abierto una brecha entre lo económico y lo político” (Meiksins Wood, 2000: 26). Principalmente, significa que “los mecanismos de extracción del excedente son económicos; el trabajador, no propietario de los medios de producción, está obligado a vender su fuerza de trabajo al capitalista; la coerción político-militar actúa como garante o marco de la explotación” (Astarita, 2004: 157). Marx afirmaba que:

*Solamente* en su condición de poseedor de las condiciones de trabajo es como [...] el comprador [el capitalista] hace que el vendedor [de la fuerza de trabajo] caiga bajo su dependencia económica; no existe ninguna relación política, fijada socialmente, de hegemonía y subordinación. (Marx, 1972, p. 61)

En la sociedad burguesa, la apropiación del excedente tiene lugar en la esfera económica con medios económicos. El capitalismo, en este aspecto, difiere de las formaciones sociales precapitalistas. La forma de extracción del excedente en el capitalismo “marca una diferencia con otros modos de producción en los que hay que emplear la fuerza de manera directa para extraer el excedente” (Astarita, 2010). En síntesis:

La diferenciación de la esfera económica en el capitalismo puede resumirse de la siguiente manera: las funciones sociales de producción y distribución, la extracción de excedentes y la apropiación, y la asignación de la fuerza de trabajo social están, por así decirlo, privatizadas, y se logran por medios no autoritarios y no políticos. (Meiksins Wood, 2000: 36)

En la sociedad mercantil, los propietarios capitalistas han conseguido el control directo de la producción, como “en ningún otro sistema la producción social ha respondido tan pronto y de manera universal a las demandas del explotador” (Meiksins Wood, 2000: 38). Sin embargo, los capitalistas individuales carecen de fuerzas represivas propias, “el poder coercitivo que respalda la explotación capitalista no está manejado directamente por el apropiador” (Meiksins Wood, 2000: 37). La potestad de apropiarse del trabajo excedente no está vinculada a las funciones militares, jurídicas y administrativas. Es el Estado moderno el que concentra estos atributos y dispone de cierta independencia relativa respecto a la clase dominante. Por estas razones, los cambios en el personal que ocupa la dirección del Estado no modifican sustan-

cialmente los derechos de apropiación del trabajo excedente que poseen los propietarios capitalistas.

En definitiva, la distinción que realizaban los *sindicalistas*, entre poder económico (real) y poder político (aparente), podría encontrar su base de sustentación material en la separación estructural que existe en capitalismo entre la esfera económica y la política.

\* \* \*

La Ley Sáenz Peña representó, en términos de T.H. Marshall, la consolidación del elemento político de la ciudadanía (Marshall, 1997). En otras palabras, se ampliaron los derechos ciudadanos. Sin embargo, para los *sindicalistas*, estos cambios en el sistema electoral permitieron relegitimar las instituciones del Estado capitalista. La “democracia ampliada”, lejos de debilitar el aparato de dominación burgués, apuntaló las instituciones del sistema. Los derechos adquiridos por las clases explotadas terminan transformándose en nuevos mecanismos de integración política al Estado. Este proceso ha sido estudiado también por el marxismo. Renata Gonçalves señala que “incluso la ciudadanía social, resultado de un amplio proceso de luchas, significó, en lugar de más autonomía de los sujetos, mayor legitimación del Estado” (Gonçalves, 2004). Por su parte, Boaventura de Sousa Santos, refiriéndose a la extensión de derechos sociales, afirma:

Políticamente, este proceso significó la integración política de las clases trabajadoras en el Estado capitalista [...] De ahí que las luchas por la ciudadanía social hayan culminado en la mayor legitimación del Estado capitalista. (Santos, 1999: 211)

Renata Gonçalves, sugiere que la ampliación de la ciudadanía representa un obstáculo para la organización independiente del proletariado, y dice así:

En otros términos, es justamente la constitución de la bella esfera de la igualdad, asegurada por la ciudadanía, lo que representa un obstáculo fundamental para la organización del proletariado como clase distinta y antagónica en relación con aquella que detenta el poder político en la sociedad burguesa. (Gonçalves, 2004)

En definitiva, el recorrido que hemos realizado en este apartado, nos invita a sospechar que ciertas ideas que los *sindicalistas* esbozaron a comienzos del siglo XX anticiparon algunos debates que reaparecerán

más adelante, tanto en las ciencias sociales como en las discusiones políticas. No fue nuestra intención señalar la genealogía de ciertos conceptos. Sólo hemos querido despertar el interés del lector por ciertas similitudes entre algunas ideas. Esta confrontación de conceptos permite, además, precisar el discurso del sindicalismo revolucionario argentino, echar luz sobre sus contornos, muchas veces difusos. También podríamos conjeturar que, en esa coyuntura histórica, los *sindicalistas* aventajaban a socialistas y anarquistas en cuanto al desarrollo conceptual de sus análisis sobre los modernos mecanismos de dominación.

## Conclusiones

Los *sindicalistas* emergieron como una corriente crítica de las políticas integracionistas del Estado y de su consentimiento por parte de la dirección del Partido Socialista. Fundamentaron sus posiciones en el carácter de clase del Estado. En los primeros años de su existencia no avanzaron más allá en sus argumentaciones. El debate que se generó en torno a la Ley Sáenz Peña los obligó a volver sobre sus viejas premisas. Sin embargo, en el desarrollo de la discusión, incorporaron nuevos elementos que no estaban presentes en su discurso original. El análisis de los mecanismos de la dominación burguesa gana en precisión y en espesor argumentativo. La explicación del funcionamiento de la democracia burguesa devino más compleja. El Estado mantiene su naturaleza de clase, pero la forma democrática de gobierno permite ocultar su carácter burgués. La prensa se ubica como un instrumentopreciado en manos de la burguesía, pues le permite influir sobre la opinión pública y a través de ésta en las decisiones del sistema democrático.

Mientras los socialistas festejaron acríticamente la democratización del sistema electoral y los anarquistas desestimaron esos mismos cambios, los *sindicalistas* elaboraron una explicación más compleja del sistema de dominación burgués. La Ley Sáenz Peña representó un desafío enorme para los postulados constitutivos de la corriente sindicalista: su crítica a los dispositivos estatales de integración/dominación. Los *sindicalistas* respondieron expandiendo su repertorio argumentativo, ampliaron su crítica de la democracia burguesa, entendida como la forma más sofisticada de dominación política del capital. Quizás fueron los únicos que advirtieron que se estaban produciendo cambios profundos en la vida política del país, que impactarían de manera decisiva en todas las fuerzas políticas y en el movimiento obrero.

Las derivas posteriores del sindicalismo revolucionario, sus mutaciones y vínculos con los gobiernos radicales, exceden los objetivos del presente trabajo y tendrán que ser examinados en futuras investigaciones.

## Bibliografía

- Allub, L. (1975), "Estado y sociedad civil en Argentina: patrones de emergencia, desarrollo y estabilidad del Estado argentino", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 37, N° 3, julio-septiembre, pp. 655-696.
- Althusser, L. (1988), *Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Freud y Lacan*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Anderson, P. (1981), *Las antinomias de Gramsci: Estado y revolución en Occidente*, Barcelona: Fontamara.
- Astarita, R. (2004), *Valor, mercado mundial y globalización*, Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.
- Astarita, R. (2010), *Respuesta a una crítica del profesor Kohan*, marzo, en <http://rolandoastarita.com/Respuesta%20NestorKohan.htm> [11 de julio de 2013].
- Boils Morales, G. (1978), "Progresismo militar en América Latina durante el período entre guerras", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 40, N° 3, julio-septiembre, pp. 851-866.
- Cavarozzi, M. (1978), "Elementos para una caracterización del capitalismo oligárquico", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 40, N° 4, octubre-diciembre, pp. 1327-1352.
- Engels, F. (1975), *Anti Dühring*, Buenos Aires: Cartago.
- Engels, F. (1996), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid: Fundamentos.
- Gonçalves, R. (2004), "Ciudadanía, clases populares: el lado oculto de la dominación capitalista de clase", *Herramienta*, vol. 9, N° 27, octubre, pp. 107-114.
- Gramsci, A. (1984), *Cuadernos de la cárcel*, tomo 3, México: Era.
- Hora, R. y J. Trimboli (1997), "Estado, anarquismo y reforma social. Entrevista de Roy Hora y Javier Trimboli", *Todo es Historia*, N° 354, enero, pp. 52-58.
- Marshall, T.H. (1997), "Ciudadanía y clase social", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 79, pp. 297-344.
- Marx, K. (1959), *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires: Anteo.
- (1972), *El capital: Libro I, capítulo VI, inédito*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- (1990) *El capital: crítica de la economía política, Libro primero: el proceso de producción de capital (vol. I)*, México: Siglo XXI.
- Meiksins Wood, E. (2000), *Democracia contra capitalismo: la renovación del materialismo histórico*, México: Siglo XXI.
- Pashukanis, E.B. (1976), *La teoría general del derecho y el marxismo*, México: Grijalbo.
- Peña, M. (1973), *Masas, caudillos y élites: la dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires: Fichas.
- Portantiero, J.C. (1983), *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires: Folios.

Santos, B.d.S. (1999), *Pela mão de Alice: o social e o político na pós-modernidade*, 7ª ed., Porto: Edições Afrontamento.

Suriano, J. (1989-1990), "El Estado Argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión (1880-1916)", *Anuario N° 14*, Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario, segunda época, pp. 109-136.

Therborn, G. (1997), *¿Cómo domina la clase dominante?: aparatos de estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo*, Buenos Aires: Siglo XXI.

\* \* \*

**Resumen:** En este artículo nos proponemos desarrollar la crítica a la democracia burguesa que elaboraron los sindicalistas revolucionarios. Se plantea que sus apreciaciones sobre el parlamentarismo tuvieron como punto de inflexión los debates suscitados en torno a la Ley Sáenz Peña. La reforma electoral, especialmente la sanción del voto obligatorio, incentivó sus reflexiones. Su sistema de ideas se enriqueció, presentando una explicación más compleja de los modernos mecanismos de dominación en la sociedad capitalista. Algunos de los tópicos que encontramos en sus argumentaciones fueron retomados posteriormente por las ciencias sociales y en los debates políticos. En comparación con sus rivales en el movimiento obrero, los sindicalistas revolucionarios habrían desarrollado un análisis más sofisticado sobre los cambios que se estaban produciendo en el sistema de dominación.

**Palabras clave:** Sindicalismo revolucionario – Ley Sáenz Peña – Parlamentarismo – Movimiento obrero

**Abstract:** In this article we intend to develop the criticism of bourgeois democracy that developed the revolutionary syndicalists. It is stated that his assessments on parliamentarism had as the turning point in the debates around the law Sáenz Peña. The electoral reform, especially the punishment of the compulsory voting, incentive their reflections. His system of ideas was enriched, presented a more complex explanation of the modern mechanisms of domination in the capitalist society. Some of the topics that we find in its arguments were subsequently re-addressed by the social sciences and in the political debate. In comparison with its rivals in the labor movement, the revolutionary syndicalists would have developed a more sophisticated analysis on the changes that were taking place in the system of domination.

**Keywords:** Revolutionary syndicalism – Law Sáenz Peña – parliamentarism – labor movement

**Recepción:** 6 de diciembre de 2012. **Aprobación:** 2 de agosto de 2013

# **La represión política en Río Negro en las décadas de 1930 y 1940. El caso de los anarquistas<sup>1</sup>**

*Graciela Noelia Suárez*

Universidad Nacional del Comahue

A fines del siglo XIX en la Argentina, la llegada de numerosos contingentes de inmigrantes proporcionó mano de obra a un país de escasa población y extensión dilatada. A la par, emergió y se desarrolló el movimiento obrero con el consiguiente surgimiento de conflictos que se tradujeron en huelgas, manifestaciones, boicots, atentados. La aparición de los gremios, los movimientos anarquistas y el socialismo a comienzos del siglo XX, alarmó a la elite gobernante y “forzó una respuesta del Estado no siempre acorde con los fundamentos liberales que guiaban su acción en otras áreas” (Zimmermann, 1995: 133). Estas respuestas se tradujeron en la sanción de leyes punitivas, como la de Residencia (1902) y Defensa Social (1910) además del perfeccionamiento y la especialización de la Policía de la Capital Federal (creación del Escuadrón de Seguridad en 1893, destinado al control y represión de manifestaciones públicas realizadas en la ciudad de Buenos Aires, y de la Sección Especial, en 1901) con la misión de controlar las actividades de anarquistas y socialistas. A ello se le suma la incorporación de instrumentos facilitadores del relevamiento de la población “sospechada”, como la instauración del sistema dactiloscópico (1904), el prontuario y la Cédula de Identidad (1907).

Durante los gobiernos radicales se produjeron, con un gran protagonismo del movimiento obrero y un rol destacado del anarquismo, hechos de gran conflictividad social como la Semana Trágica (Buenos Aires, 1919), las huelgas de la Patagonia (Santa Cruz, 1920-1921) y los

---

1. El presente trabajo fue realizado en el marco del “Proyecto Estado y Territorios Nacionales. Poder y ciudadanía en Río Negro. 1930-1955”. Una versión preliminar de este trabajo se presentó en las Jornadas de Investigación y Extensión del Centro Universitario Zona Atlántica, Universidad Nacional del Comahue, Viedma, 8, 9 y 10 de setiembre de 2010.

sucesos de Jacinto Arauz (La Pampa, 1921), dominados con la consecuente brutal represión.

Durante estos años, las organizaciones gremiales, el anarquismo y el socialismo “fueron rápidamente catalogados por el imaginario de las clases dominantes como deformaciones externas, ajenas al cuerpo social de la Nación, y por lo tanto, extirpables” (Flier, 2006: 2). Es así que, a partir de la vinculación del extranjero, el delincuente y el anarquista, se construye la imagen del enemigo interno, el otro. El anarquista es quien ocupará la otredad, y sobre él, mayormente, recayeron las acciones represivas y las leyes de exclusión.

En tanto, el quiebre del orden institucional en 1930, además de la limitación de los derechos civiles y supresión de los políticos para toda la población, significó para las organizaciones obreras y particularmente para anarquistas y comunistas una dura etapa signada por detenciones, deportaciones y fusilamientos. El objetivo de esta investigación es estudiar los alcances que tuvo en Río Negro durante la décadas de 1930 y 1940, esta persecución orientada a castigar acciones político-sociales. Para ello nos centramos en la represión llevada a cabo, en 1931, contra un grupo de anarquistas, quienes fueron los primeros en padecerla durante el transcurso de esos años, según las fuentes relevadas.

En la investigación se procura una caracterización de los detenidos a partir de establecer cuántos y quiénes eran y su lugar de residencia, tratando de delinear trayectorias de vida de algunos de ellos. Además, se intenta, a partir del examen de las fuentes policiales (informes, interrogatorios, sumarios), por un lado, descubrir evidencias que orienten a afirmar que los arrestados acusados de ácratas –por su nacionalidad, ocupación, antecedentes laborales, políticos y gremiales– participaban de la imagen del enemigo interno construida por las elites gobernantes, exacerbada en ese contexto dictatorial. Por otro lado, indagar a través de los procedimientos aplicados en las detenciones y de los registros policiales, el grado de perfeccionamiento y especialización que tenía la policía territorialiana para cumplir con las tareas de represión política.

La exploración documental –fundamentalmente la originada por el Poder Ejecutivo rionegrino: gobernador y jefe de policía– no suministró información sobre esta acción represiva: no encontramos ni órdenes, ni listado, ni informes. No decimos que no existieron, sino que no están en el Archivo Histórico de la Provincia de Río Negro.<sup>2</sup> Tampoco fue muy abundante la información registrada en los periódicos locales *La Nueva Era* y el *Río Negro*. Pero son los Prontuarios policiales –correspondientes a la Sección Orden Social (OS) de la Jefatura de Policía–, iniciados

---

2. Esta constatación se basa en la documentación existente en el Archivo Histórico de la Provincia de Río Negro (en adelante AHPRN) en su sección Prontuarios.

en Río Negro en 1931, los que posibilitaron reconstruir en parte este accionar represivo.

La investigación se centra en Río Negro –norte de la región Patagónica–, que en el período estudiado estaba organizado como territorio nacional, entidad político-administrativa que a diferencia de la provincia<sup>3</sup> carecía de autonomía, pues tanto su organización política como administrativa y la asignación de fondos presupuestarios era responsabilidad del Estado nacional, en tanto sus habitantes tenían los derechos políticos limitados a los comicios municipales y estaban privados de participar en la elección de las autoridades nacionales y territoriales.

En cuanto a la relación entre el Estado nacional y los gobernadores territoriales, Martha Ruffini, basándose en las notas cursadas desde el gobierno central durante los primeros años de organización de estas jurisdicciones, destaca cómo se evidencia el control de los gobernadores reforzando el centralismo, así el “Estado, con tono discursivo admonitorio, ordenaba el cumplimiento de las normas sin excusas ni dilaciones” (2007: 172). La dependencia de los territorios del Ejecutivo nacional se concretaba a través del Ministerio del Interior, transformando a los gobernadores en delegados con grandes limitaciones para el desarrollo de sus funciones, situación que se profundizó con el golpe militar.

## **El anarquismo argentino en las décadas del 30 y 40**

A principios del siglo XX, los anarquistas “habían logrado cierto éxito en el mundo del trabajo”, afirma Juan Suriano, en tanto controlaban la FORA, la principal organización sindical; además su prédica se difundía por una importante cantidad de círculos culturales y periódicos, y la demostración de su poder de movilización se visibilizaba en manifestaciones de protesta y conmemoraciones del 1 de mayo. Para comprender la adhesión que habían alcanzado hay que tener en cuenta las condiciones de explotación, pobreza y marginalidad a las que estaban sometidos los trabajadores, quienes mayoritariamente provenían de la inmigración (2000: 294).

La agudización de los conflictos obreros recibió como respuesta la represión del gobierno, especialmente durante la celebración del Centenario. “La nueva Ley de Defensa Social y la aplicación del estado de sitio brindaron el marco legal para amordazar a la prensa, cerrar locales, así como encarcelar y deportar activistas”, lesionando sobre todo al

---

3. Con la incorporación de la Patagonia y el noreste argentino –tierras obtenidas luego de las compañías militares contra los indígenas– y a partir de la ley 1532 del año 1884, el Estado nacional quedó conformado por catorce provincias y nueve unidades político-administrativas, que recibieron la denominación de Territorios Nacionales.

anarquismo en su actividad gremial. Con la deportación o el destierro a Tierra del Fuego fueron castigados decenas de dirigentes extranjeros y nativos. Si bien dos años más tarde la situación se normalizó, el anarquismo no pudo recuperar su influencia en el movimiento obrero (Suriano, 2000: 306-307).

Con respecto a la tesis del debilitamiento de la acción anarquista a partir de la primera década del siglo XX y su desaparición en los 30, es discutida por nuevos trabajos aparecidos en los últimos años. Para Nicolás Iñigo Carrera los estudios anteriores solo tomaban “en consideración a la FORA, dejando de lado el proceso de reagrupamiento que se estaba produciendo con la formación de los comités de relaciones anarquistas y posteriormente con la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA) y la Alianza Obrera Spartacus” (2009: 8-9). En la misma orientación, Agustín Nieto sostiene que “al igual que socialistas y comunistas, los anarquistas estaban desarrollando fructíferas experiencias en el mundo del trabajo durante las décadas del 30 y 40” (2010: 247). Este vacío en los estudios sobre el accionar anarquista se explica porque la historiografía argentina se ha focalizado en las “fuerzas que operaban dentro del sistema electoral, o dentro de otro espacio cuyo peso en el aparato productivo (y por lo tanto en la esfera política) era visible: el movimiento obrero” (Pérez, Heredia y Villasenin, 2005: 109). Afirmación que coincide con la perspectiva de Iñigo Carrera, cuando expresa que se estudió solamente lo que sucedía “dentro del sistema institucional político y jurídico donde las organizaciones anarquistas rechazaban insertarse” (2000: 2).

No obstante estas divergencias, hay coincidencias entre los estudiosos del anarquismo cuando se asegura que el levantamiento militar del 6 de setiembre y la toma del poder por José Félix Uriburu y significó para el movimiento uno de los momentos de mayor represión, que se inició a los pocos días de concretarse el golpe, con la clausura de los lugares partidarios, la prohibición de sus publicaciones, la detención de los dirigentes en Devoto, Martín García y Ushuaia, la persecución de sus simpatizantes y militantes por todo el país (Pérez, 2002: 10-11).

En 1930, en Rosario, es fusilado Joaquín Penina, acusado de ser el autor de un volante contra el gobierno. En el mismo año, los choferes anarquistas José Santos Ares, José Montero y Florindo Gayoso, apresados por un conflicto en la General Motors, fueron condenados a muerte “acusados de atentado, incendio, asaltos y tiroteos con la policía; pero la movilización en contra de la medida, que incluyó gestiones de la CGT y de la colonia española, logró que se les permutara esa pena por la de cadena perpetua” (Iñigo Carrera, 2000: 7). En ese marco se producen los fusilamientos de los anarquistas Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó, el 1 y 3 de febrero de 1931, respectivamente.

Al levantarse el estado de sitio durante el gobierno de Agustín P. Justo, se liberaron los presos políticos y los militantes reiniciaron las actividades, constituyendo los dos grupos anarquistas más importantes de la década del 30: la Alianza Obrera Spartacus (AOS) y la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA). “La situación de clandestinidad y la clausura de los locales políticos implicaban nuevas prácticas y, entre ellas, trasladar la atención al lugar de producción”, tal es así que estas agrupaciones impulsaron la organización de los obreros en su lugar de trabajo; de allí “la intención manifiesta de poseer una política específica de militancia en las fábricas, empresas y talleres” (Ceruso, 2011: 234, 240, 254).

La FACA, surgida en 1935 –un año antes lo había hecho la AOS–, además de su trabajo sindical, a través de sus publicaciones brindó un amplio apoyo a los republicanos españoles durante la guerra civil. Además, contó con el periódico *Acción Libertaria* (Iñigo Carrera, 2000: 10) y sus actividades atraviesan toda la década de 1940 hasta su designación como Federación Libertaria Argentina en 1955 (Pérez, Heredia y Villasenín, 2005: 110-111). En tanto, la disolución de Spartacus (la publicación que editaron con ese nombre se ha perdido) no es conocida con exactitud (Iñigo Carrera, 2000: 12); Javier Benyo la sitúa aproximadamente en los primeros meses de 1940 (2005: 177).

Las actividades de militancia y el trabajo gremial fueron duramente reprimidos durante las décadas del 30 y 40, las principales armas utilizadas por el gobierno para desarticular la protesta social se concretaron a través de la expulsión del país con la aplicación de la ley de residencia y del encarcelamiento bajo la acusación de asociación ilícita.

## **El anarquismo: la representación del enemigo**

Las reacciones del gobierno ante el accionar del movimiento obrero y del anarquismo en particular deben enmarcarse, según Eduardo Zimmermann (1995), en dos rasgos ideológicos que se consolidan a principios del siglo XX. Uno de ellos es la valoración del concepto de orden público, considerado la base del progreso económico y la garantía del funcionamiento eficiente del sistema político. En tanto, el concepto de defensa social –el otro rasgo– surgido de la corriente criminológica influida por las ideas de Rafael Garófalo y Enrico Ferri, propugna que “la sociedad tiene derecho a defenderse del sujeto delincuente, quien, por su parte, tiene el derecho a recuperarse, a ser curado, tutelado hasta que cese su peligrosidad” (Elbert, 1998: 72). La sociedad no castigaba al delincuente porque lo consideraba moralmente responsable, sino que buscaba “defenderse de ciertos individuos peligrosos”, fundamentación que reemplaza “los conceptos de responsabilidad individual de la escue-

la clásica por la idea de ‘defensa social’ como justificativo de la pena” (Zimmermann, 1995: 136). En sus fundamentos “se apela a una ‘contingencia’ amenazante para limitar los derechos individuales sugiriendo que la libertad es un bien, pero debe ser regulado y controlado por el Estado”. Por lo tanto si la defensa social es el fin del sistema penal “se justifica y legitiman los medios o procedimientos que sean necesarios para ello” (Pegoraro, 2003: 12-14).

A los anarquistas, a diferencia de los socialistas –aceptados por la elite política como interlocutores–, se los asoció a ciertas características sociológicas, psicológicas y biológicas. El acento se colocaba en su accionar: “individuos psicológicamente ‘inadaptados’ por razones genéticas o ambientales”, es decir que se los consideraba portadores de “una ‘patología’ vinculada a la criminalidad” (Martínez Mazzola, 2003: 105-106).

El anarquista, personificado en el inmigrante, concentrado en las grandes ciudades, participante en huelgas y desórdenes, transforma la figura del extranjero “en el elemento constituyente de la nueva enfermedad social: el movimiento obrero. Enfermedad social que atenta contra el pretendido ‘sentimiento nacional’”. De allí la aprobación de las Leyes de Residencia y Defensa Social, que excluyen al inmigrante extranjero, condenándolo al destierro (Ferrás, 2003: 141-142).

### **La región del Alto Valle de Río Negro: su contexto económico-social en la década del 30**

El Territorio de Río Negro, a mediados del siglo XX, presentaba sus características iniciales de una jurisdicción extensa con población escasa y dispersa, grandes diferencias en el desarrollo regional, en cuanto a explotación de recursos y producción.

Dentro de las regiones rionegrinas, se destaca la denominada Alto Valle, que aquí nos interesa describir por ser el lugar de procedencia de la mayoría de los detenidos en 1931. Situada en el Valle Superior del río Negro, desplegada desde las nacientes del río en la confluencia del Limay y el Neuquén hasta su angostura en Chichinales, bordeando sus riberas habían surgido una serie de pueblos y ciudades interconectadas por caminos y ferrocarril. Entre los años 1880 y 1930 desarrolló una economía asentada predominantemente en el cultivo de la alfalfa (coexistían con una importancia menor la vid, frutales y hortalizas), expansión vinculada a las obras de regadío y a la sistematización de la tierra. A partir de los años 30, comienza a extenderse con fuerza la fruticultura, transformándose en la producción dominante, destinada sobre todo al mercado externo, comercialización que obligó a la instalación de numerosos galpones de empaque, además de bodegas, fábricas

de conservas, molinos harineros (Vapnarsky, 1983; Iuorno, Miralles y Nasser, 2007).

En esta región, por los requerimientos económicos, la distribución de la tierra se caracterizó –en un primer momento– por el dominio de la mediana y gran propiedad, pero el proceso posterior de subdivisión de los predios dio lugar a la aparición del pequeño colono. Esta estructura productiva se sostenía en el trabajo familiar pero también en la mano de obra asalariada. Si bien el pequeño productor se constituyó en el actor socio-económico preponderante, en este escenario social también se desenvolvían los comerciantes –tanto el mayorista dueño de empacadoras como el minorista proveedor de mercancías e implementos–, los empleados y obreros de oficios variados. Además, en los tiempos de cosecha y empaque de la producción, el requerimiento de fuerza de trabajo, que no había en la zona, originaba un importante movimiento de trabajadores golondrina provenientes de las más diversas regiones del país, contratados en las chacras y empacadoras, originando en esas épocas una importante concentración de trabajadores (Vapnarsky, 1983; Iuorno, Miralles y Nasser, 2007).

En este contexto socioeconómico se concibe el panorama político gremial que describen Jorge Etchenique y Hernán Scandizzo –en un estudio sobre el anarquismo en el Alto Valle–, cuando mencionan la presencia en 1921 de dos sociedades de Oficios Varios, una en Allen y otra en General Roca, que al año siguiente se suma otra en Cipolletti juntamente con la Sección Allen de la Federación Obrera Regional Portuaria y Anexos, mientras en 1927 se conforma –en Roca– la Sociedad de Resistencia de Obreros Ladrilleros y Albañiles y Anexos, todas ellas de cuño anarquista. Estos sindicatos participaron –en febrero de 1922– del “congreso constituyente de la Federación Obrera Provincial de Buenos Aires (FOPBA) –adherida a la FORA–, realizado en la ciudad de Avellaneda. Allí se aceptó *provisoriamente* que las sociedades obreras rionegrinas integraran la FOPBA” (2001: 2).

La división del movimiento anarquista en el orden nacional –a comienzos de la década del 20– entre antorchistas (congregados alrededor del semanario *La Antorcha*) y los protestistas o foristas (agrupados en torno al diario *La Protesta* y a la FORA) se reproduce en Río Negro. Hacia 1925, junto a los foristas, concentrados en el Centro Obrero, como era conocido el local de Oficios Varios de Roca, también tienen una presencia importante los antorchistas, quienes desarrollaban sus actividades en la Agrupación Anarquista Progreso y Cultura de esa localidad, año en que apareció el primer número de su periódico *Progreso y Cultura* (Etchenique y Scandizzo, 2001: 2-3).

Alrededor de 1923, la presencia de simpatizantes e incluso activistas libertarios en la zona es posible registrarla a través de un sumario po-

licial, sustanciado con motivo de hechos delictivos contra comercios de Allen y Plottier. En el expediente judicial aparecen declaraciones de los acusados, como éstas: “Que la lectura de libros de ideas avanzadas no han sido las causantes de que cometiera el delito sino por causa de la miseria y el hambre” (Andrés Gómez, español, 23 años, jornalero), “soy un hombre trabajador dado a la profesía [sic] de ideas anarquistas y libertarias del proletariado” (Esteban Hernando, español, 29 años, peón rural), mientras a otro de los involucrados se lo registra como afiliado al Centro de Obreros de Allen (Casiano Ruggieron, italiano, 25 años, bracero).<sup>4</sup> Al año siguiente el periódico anarquista *Brazo y Cerebro*, editado en Bahía Blanca, dará cuenta de una huelga de hambre llevada a cabo por estos reclusos en protesta por los castigos recibidos, además el artículo resalta su injusta condena.<sup>5</sup>

A principios de 1930 –según un relevamiento policial– en la región valletana se registraba la actividad de los gremios ferroviarios (Río Colorado, Darwin), de Oficios Varios en Ing. Huergo y Cinco Saltos, la Sociedad de Empleados de Comercio también estaba en la zona. En las décadas del 20 y 30 los trabajadores empacadores de frutas protagonizaron huelgas –en plena cosecha– por reivindicaciones salariales y mejores condiciones de trabajo (Rafart y Mases, 2003: 41).

La presencia de grupos anarquistas activos puede testimoniarse el 1 de mayo de 1930 –pocos meses antes del golpe del 6 de setiembre– cuando la ciudad de Roca fue escenario de un acto recordatorio, si bien “no pudieron contar con la presencia de un delegado de la FORA por falta de dinero para costear su viaje”, la crónica de lo acontecido publicada en *La Protesta* nos “permite acceder a los temas que concentraron la atención de los oradores: la desocupación y las críticas a los socialistas ‘disfrazados de obrerismo’, que privilegiaban la vía electoral” (Etchenique y Scandizzo, 2001: 4).

La presencia de numerosos trabajadores en la zona –muchos de ellos con experiencias de luchas laborales– constituyó una simiente fértil para la aparición de expresiones como el anarquismo, el comunismo y el socialismo, esta última con presencia electoral en algunas municipalidades, como Gral. Roca donde llegaron a presidir el Concejo Municipal a mediados del 20 (Rafart y Mases, 2003: 32). Esta actividad sindical y política que acabamos de reseñar, viabiliza contextualizar y explicar la detención a principios de 1931 de un grupo de personas acusadas de actividades anarquistas, quienes mayoritariamente residían en localidades del Alto Valle.

---

4. AHPRN. Sección Justicia Letrada, Exp. 172/1923.

5. *Brazo y Cerebro*, 10 de octubre de 1924.

## El accionar represivo en marcha

El gobierno de José Félix Uriburu se caracterizó “por la práctica de una represión extrema”, instauró la ley marcial y restableció la pena de muerte, que había sido abolida por el Congreso en 1921. Son disueltos los sindicatos –sobre todo los conducidos por anarquistas y comunistas–, sus dirigentes detenidos y los extranjeros deportados (Rouquié, 1981: 223).

La tortura –en sus diversas variedades– fue el método por excelencia empleado en los interrogatorios; según Ricardo Rodríguez Molas el saldo de ese período, “entre la creación en 1931 de la sección Orden Político para reprimir las ideas sociales consideradas de avanzada y el año 1934”, se contabilizó que por sus calabozos pasaron 10.000 personas, y de ellas 500 habían sido torturadas, según un memorial elevado a la Cámara de Diputados (1984: 59).

Río Negro, como el resto del país, no se sustrajo a la acción represiva, que se materializó en la detención de un grupo de personas acusadas de ácratas, concretada entre la última semana de enero y primera de febrero de 1931, en medio de uno de los momentos de mayor represión para el movimiento, coincidente con el fusilamiento de Di Giovanni y Scarfó. Accionar que se apoyaba en las facultades otorgadas al Poder Ejecutivo por la imposición del estado de sitio –declarado inmediatamente después de ocupar la presidencia José Félix Uriburu luego del golpe militar– por el cual se suspendieron todas las garantías respecto a los arrestos.

De acuerdo a las informaciones publicadas en los periódicos locales *La Nueva Era* y *Río Negro*<sup>6</sup> –enero y febrero de 1931–, dieciséis presos anarquistas fueron trasladados a Viedma, algunos de ellos, luego, son conducidos a la Capital Federal,<sup>7</sup> la mayoría procedía del Alto Valle, unos pocos del Medio Valle y sólo uno residía en Río Colorado.<sup>8</sup>

El periódico viedmense *La Nueva Era* –en un artículo transcrito luego por el *Río Negro* de Roca– se refería a los detenidos como “conocidas figuras peligrosas del anarquismo”, a quienes se les había “incautado material de propaganda subversiva” y algunos de ellos “poseían libros de química y textos sobre materiales explosivos”. Además, manifiesta que por disposición del Jefe de Policía se guarda “absoluta reserva y no

---

6. *La Nueva Era*, 5, 14 y 21 de febrero de 1931; *Río Negro*, 29 de enero y 12 de febrero de 1931.

7. AHPRN, 6 de marzo de 1931. Nota de la Jefatura de Policía solicitando pasajes a Buenos Aires para conducir ácratas detenidos.

8. AHPRN, Prontuarios Orden Social (en adelante, OS), números 4, 6, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 23, 25 y 26.

se dan noticias oficiales de ninguna naturaleza”. Según el mismo artículo, los apresamientos se habían podido concretar por declaraciones de Mariano Rubio, detenido con anterioridad –“en posesión de numerosos elementos de propaganda subversiva”– y trasladado a la Capital Federal a disposición del poder Ejecutivo Nacional.<sup>9</sup>

Luego de esta primera nota informativa, el tema tuvo poca difusión en la prensa local –sólo una comunicación de la cantidad de personas detenidas acusadas de ácratas o una breve noticia de la vuelta a Viedma del comisario que actuó en el procedimiento o dentro de un artículo crítico por el hacinamiento que soportaba la cárcel local.<sup>10</sup> A pesar de su pronta desaparición de la crónica periodística, consideramos que los hechos debieron tener una repercusión importante en las comunidades de origen de los acusados –efecto también buscado en este tipo de medidas– ya que se trataba de poblaciones pequeñas,<sup>11</sup> aunque parte de los habitantes vivía en la zona rural, los predios no eran muy extensos y, dadas las características de las tareas agrícolas, prevalecían las relaciones cara a cara, en donde todos se conocen. Además, también hay que tener en cuenta que involucró a personas afincadas en el medio, algunas con diez años de residencia. Esta enunciación queda en el campo de la conjetura, pues con las fuentes que disponemos no es posible su comprobación.

Los antecedentes de los detenidos están contenidos en los Prontuarios –iniciados en la fecha de su detención pero que continuaron activos, en su mayoría, durante toda la vida del prontuario– originados en la Sección Orden Social de la Jefatura de Policía de Río Negro. La información reunida en ellos permitió dilucidar los procedimientos de detención y vigilancia puestos en acción por la policía, a partir de las comunicaciones entre las comisarías y la Jefatura. Al mismo tiempo, el análisis de las transcripciones de interrogatorios e informes de allanamientos posibilitó conocer las trayectorias de vida de los detenidos, sus relaciones y conexiones locales y externas. Encontramos que, en algunos casos, los titulares de estos prontuarios fueron detenidos y/o

---

9. *La Nueva Era*, 7 de febrero de 1931; *Río Negro*, 12 de febrero de 1931. Del detenido Mariano Rubio no se ha encontrado ninguna otra referencia, de acuerdo a las fuentes disponibles.

10. *La Nueva Era*, 7, 14 y 21 de febrero de 1931; *Río Negro*, 29 de enero y 12 de febrero de 1931.

11. Cipolletti contaba con 5.000 habitantes (de allí procedían 5 detenidos), Roca con 8.800 (3 detenidos), Cervantes con 1.230 (2 detenidos), Río Colorado con 7.800 (1 detenido) y Choele Choel con 3.050 (3 detenidos). Las cifras de población corresponden al 31 de diciembre de 1933 por apreciación de las comisarías de policía, según la *Memoria de la Gobernación de Río Negro* de 1933.

interrogados –siempre por cuestiones políticas– en distintas ocasiones posteriores a 1931.

El procedimiento empleado en los arrestos –reconstruido por testimonios documentales originados en detenciones posteriores–,<sup>12</sup> se iniciaba –en los Territorios Nacionales– con una nota de solicitud expedida por la Jefatura de Policía del Territorio, luego elevada al Ministro del Interior a través del Gobernador, sin ninguna intervención judicial. La nota presentaba una síntesis de los antecedentes de la persona –con especial énfasis en detenciones anteriores– y explicitaba los motivos por los cuales era necesario efectuar el apresamiento. El detenido quedaba a disposición del Poder Ejecutivo y la privación de su libertad se prolongaba por el tiempo que juzgaran necesario las autoridades del Poder Ejecutivo, quienes a su vez también disponían de su libertad (Nazar, 2003).

Los prontuarios policiales, relevados en esta investigación, poco nos dicen sobre las causas que llevaron a detener a estas personas, pues solo una breve frase justifica el motivo del prontuario: “sindicado como anarquista”, “ácrata reconocido”. En general la acusación remite a que se los incriminaba como ácratas o que eran conocidos por profesar ideas anarquistas, si bien en algunos casos se aclara que no se les había comprobado su afiliación a ningún centro ni que mantenían correspondencia con personas de esas ideas, pero en la decisión de su apresamiento fueron determinantes los antecedentes relacionados con detenciones anteriores y las vinculaciones –ya sea de amistad o trabajo– con otros conceptuados como anarquistas.

En cuanto a las disposiciones adoptadas con respecto al destino de los detenidos y de acuerdo a las fuentes disponibles, solo se pudo constatar que once de ellos, luego de una breve estancia en la cárcel de Viedma, fueron remitidos a la Cárcel de Devoto, donde permanecieron recluidos durante trece meses a disposición del Poder Ejecutivo Nacional.<sup>13</sup> A los tres restantes, que estuvieron encarcelados por unos días, se les dispuso su libertad por falta de mérito, si bien se deja constancia que “se le establece vigilancia a efectos de comprobar si efectivamente hacen propaganda contra el gobierno provisional”.<sup>14</sup>

---

12. AHPRN, Prontuarios OS N° 36 al 47, todos iniciados en el año 1933, son mucho más completos.

13. Algunos de ellos van a sufrir detenciones por las mismas imputaciones en los años posteriores.

14. AHPRN, Prontuarios OS N° 9, 10, 26.

## Caracterización de los detenidos acusados de ácratas

### *Referencias personales, residencia y trabajo*

Los integrantes del grupo tenían entre 35 a 47 años de edad. En cuanto a su nacionalidad, solo uno es argentino, el resto son extranjeros: españoles (8), portugueses e italianos (2 y 2) y un chileno. Todos ellos con una residencia en el país entre 20 y 22 años y en Río Negro, en algunos casos, se extendía a los 10 años, si bien la mayoría registraba menos tiempo. En el momento de su detención estaban afincados en las localidades de Cipolletti, Cervantes, General Roca, Choele Choel y Río Colorado.

Su historia de vida es la historia de la mayor parte de los inmigrantes: la búsqueda de trabajo los obligó a recorrer el país, es así que la mayoría de ellos había pasado por distintos pueblos de las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, de los territorios de La Pampa y Chubut, desempeñándose como peones en la construcción del Dique Contralmirante Cordero, el Canal de la Colonia Cipolletti, en las obras de cloacas en la Capital Federal, integrando las cuadrillas del Ferrocarril Sud o de YPF, jornalero en las cosechas de trigo, papa, fruta, trabajando en chacras, empacadoras de frutas. En tanto, los investigadores Etchenique y Scandizzo afirman que “el tránsito de militantes [anarquistas] entre Bahía Blanca y el Alto Valle fue continuo, algunos hombres llegaron de la ciudad puerto y se instalaron en el naciente territorio, otros optaron por un continuo peregrinaje entre el sur bonaerense y el norte rionegrino” (2001: 3).

Al momento de su detención hay quienes alternaban su trabajo en labores agrícolas con la pesca, en un caso se trataba de pobladores de una isla cercana a Cipolletti<sup>15</sup> y en otro, de residentes en Choele Choel, mientras que el resto declararon ser jornaleros, dedicados a trabajos rurales e incluso se registra un tonelero y un maquinista de trilladora, estos últimos domiciliados en Roca.<sup>16</sup> Sin conexión con la actividad agrícola tenemos un tipógrafo, un vendedor ambulante y un pintor, este último residente en Río Colorado.<sup>17</sup>

15. AHPRN, Prontuario OS N° 11, correspondiente a Antonio Vives, quien había enviado una carta al periódico anarquista *La Antorcha* en el año 1924 refiriéndose a los momentos críticos que atravesaban (Etchenique y Scandizzo, 2001: 2).

16. AHPRN, Prontuario OS N° 11, 13, 14, 17.

17. AHPRN, Prontuario OS N° 9, 16, 4.

### *El historial policial*

A partir de los datos consignados en las planillas “Procesos y Arrestos Sufridos” y “Motivo del prontuario y Otros Antecedentes” insertas en los prontuarios podemos responder a la pregunta: ¿qué los hacía peligrosos? En la mayoría de los casos eran sus detenciones anteriores, unos bajo la acusación de ácratas, otros por infracción a la ley social o por atentado a la autoridad (por ejemplo la participación en una huelga en el puerto de Bahía Blanca)<sup>18</sup> o por repartir manifiestos anarquistas en la Capital Federal.<sup>19</sup> También otro antecedente consignado como peligroso fue la pertenencia a la FORA “mientras trabajó de ladrillero en Bahía Blanca”.<sup>20</sup>

El intercambio de información de las policías de las distintas provincias, territorios y Capital Federal jugó un papel fundamental en el registro de antecedentes y sentará las bases de la denominada “comunidad informativa”, constituyéndose en una decisiva herramienta del engranaje represivo. Por ejemplo en uno de los casos, un informe de la policía de la provincia de Buenos Aires que lo señalaba como anarquista peligroso bastó para ordenar su detención, a pesar de que el comisario local lo consideraba una persona apreciada en la comunidad.<sup>21</sup>

Los prontuarios abiertos en 1931 a estos detenidos, mantuvieron una vida activa durante un largo tiempo, muchos de estos movimientos obedecen a requerimientos de antecedentes por parte de diversos organismos, como los demandados por el Comando Comunicaciones de la 6° División del Ejército con asiento en Neuquén y por la División Informaciones Políticas de la Presidencia de la Nación, ambos en 1949, que comprendía a la mayoría de estos detenidos.<sup>22</sup> En una época más próxima –año 1962– se elevan antecedentes de uno de estos presos, a requerimiento de la Subsecretaría de Gobierno de la Provincia de Río Negro.<sup>23</sup>

La actualización de los Prontuarios se formalizaba en informes que elaboraban los comisarios de las localidades rionegrinas particularmente la Comisaría de Cipolletti se mostró muy diligente y minuciosa pues, entre 1937 y 1947, envió numerosos reportes de personas que regis-

---

18. AHPRN, Prontuario OS N° 13.

19. AHPRN, Prontuario OS N° 15.

20. AHPRN, Prontuario OS N° 17.

21. AHPRN, Prontuario OS N° 4.

22. AHPRN, Prontuarios OS N° 11, 13, 14.

23. AHPRN, Prontuarios OS N° 13.

traban antecedentes de “orden social” residentes en la localidad, todos ellos integrantes del grupo de acusados de ácratas de 1931.<sup>24</sup>

### *Las trayectorias personales: vidas militantes*

A través de los datos que se fueron acopiando en los Prontuarios, se pudo reconstruir –en parte– la vida de algunos militantes detenidos en 1931, tanto su historia anterior como posterior a esa fecha. Esta fuente tiene un gran valor porque puede dar luz sobre personas y grupos –todos trabajadores– de los que hay pocos testimonios que den cuenta de su existencia, luchas e ideales. No obstante, este fondo documental por su finalidad, por las formas de su producción y procedencia –interrogatorios sin garantías constitucionales, violación de correspondencia, allanamientos, delaciones, persecuciones– debe ser sometido a riguroso análisis y crítica.

En este trabajo presentamos la reconstrucción de la trayectoria de vida de dos de ellos, esta elección se vincula con la magnitud del contenido de sus legajos, que en estos casos es considerable pues se fueron actualizando e incrementando a través de los años, ya sea con informes policiales surgidos de una vigilancia permanente o porque contienen copia de sumarios y transcripción de interrogatorios efectuados durante las detenciones sufridas a lo largo de su vida y, también, porque incluyen la descripción del material incautado durante allanamientos: libros, folletos, cartas, fotografías y documentos personales.

**Juan Bautista Mattalia Perano o José Perano.** En 1931, este italiano tenía 47 años cuando fue arrestado en la localidad rionegrina de Río Colorado, acusado de ácrata. En esta decisión gravitaron sus detenciones anteriores: en 1918 y 1920 por infracción a la Ley Social y en 1919 por anarquista, todos en Bahía Blanca, su residencia desde 1908. Ciudad donde integró el grupo editor de *Brazo y Cerebro*, además de publicar en otro periódico anarquista local como *Mar y Tierra* y también en la prensa libertaria de Buenos Aires, sobre todo en *El Trabajo* y en *Bandera Proletaria*. Fue una etapa de su vida de gran actividad pero también de “persecuciones y cárceles”, esta circunstancia lo motivó a “llamarse simplemente José Perano”, “manera habitual entonces de camuflar la identidad, cambiándose el nombre y el lugar de residencia”. (Quesada, 1975: 76).

En Bahía Blanca “participó en el Sindicato de Pintores, dio conferencias, colaboró en periódicos, redactó manifiestos y declaraciones”, además de ser un protagonista destacado de la cultura, en tanto actor

---

24. AHPRN, Prontuarios OS N° 11, 14, 16, 17, 25.

y director de un cuadro de aficionados que “representaban obras de tesis”, así llamadas entonces, representadas no sólo en Bahía Blanca sino también en poblaciones de la zona (Quesada, 1975: 76).

Además, las localidades de Punta Alta e Ingeniero White lo contaron como vecino; en esta última, durante una corta temporada, instaló una librería destinada a la difusión de la prensa y la bibliografía anarquista. Esto explica por qué en la planilla prontuaria, confeccionada por la policía de la provincia de Buenos Aires en 1918, aparece como comerciante. Esta policía lo registra como “un anarquista peligroso, fabricante de bombas explosivas y dinamita”.<sup>25</sup>

Si bien se desempeñó como pintor y electricista durante buena parte de su vida, también “fue jornalero, trabajó en las cosechas. Independizado antes de cumplir 20 años, realizó un extenso peregrinaje de norte a sur” (Quesada, 1975: 75).

Antes de radicarse en Río Negro, en setiembre de 1925 viajó a Roca –en una gira coordinada por la organización local Progreso y Cultura– para participar en distintos actos, uno realizado en la plaza del pueblo y dos en la confitería “Las familias”, donde se proyectó el film *Fecundidad*, basado en una obra de Emilio Zola (Etchenique y Scandizzo, 2001: 3-4).

Afincado en Río Negro, fue encarcelado en Río Colorado –año 1931– por antecedentes anarquistas, si bien al año siguiente la policía de Río Negro informó que “no se dedica a actividades propias de sus ideas”, “no existen constancias concretas de actos violentos que haya ejercido o participado”, ocupándose desde hace varios años en trabajos de pintura, en la jurisdicción de la Comisaría de Río Colorado, “donde goza de general simpatía siendo muy apreciado aún por las personas que representan el capital de aquel punto”. Por esa época había constituido su familia –en concubinato– y era padre de cuatro hijos.<sup>26</sup>

Contribuyendo a la eficiencia en el intercambio de información entre policías, la de Bahía Blanca le comunica a la territoriana que en un allanamiento realizado a la Secretaría General de la Federación Anarcocomunista de esa ciudad en 1937, se incautó un listado de afiliados, donde figuraba José Perano como un activo militante.

La última constancia que presenta su prontuario en la policía de Río Negro es una nota de la comisaría de Río Colorado –fechada en 1938– notificándole a la de Cinco Saltos que este sujeto “catalogado como ácrata” ha trasladado su residencia a esa ciudad. En tanto, Fernando Quesada consigna que sus últimos años transcurrieron en Mar del Plata, donde fallece a los 75 años (1975).

---

25. AHPRN, Prontuario OS N° 4.

26. AHPRN, Prontuario OS N° 4.

**Juan Hernández Lázaro.** Español nacido en 1896, llegó al país en 1912, desempeñándose como jornalero en trabajos diversos y luego como agricultor en su propia chacra. Su prontuario se inicia en 1931 –con motivo de su apresamiento– cuando tenía 35 años y el último registro es de 1962, con 66 años, es decir que contiene gran parte de su vida.<sup>27</sup>

Registra numerosas detenciones, una de ellas en 1924 durante 10 días, acusado de atentar contra la autoridad por participar en una huelga de dos semanas en el puerto comercial de Bahía Blanca, donde trabajaba como bolsero en la casa Dreyfus. Otra en 1931, en Cervantes –localidad rionegrina– acusado de actividades anarquistas y puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, es trasladado a la cárcel de Devoto, donde permaneció un año.

En 1939, su afán se volcó a la formación de una asociación de seguidores de las ideas anarquistas, así surgió ese año la Agrupación Cultural de Río Negro, que lo tuvo como activo participante en su cargo de secretario. En su declaración –durante el interrogatorio a que fue sometido en su detención de 1943– manifiesta que los objetivos proyectados por la Agrupación se relacionaban con la intención de asistir a los refugiados españoles y difundir las ideas anarquistas. Además, nos informamos –por la misma vía– que la primera reunión de la Agrupación tuvo lugar en Ing. Huergo, donde se realizó una función de cine para recaudar fondos destinados a las víctimas de la guerra española, mientras que los encuentros posteriores se realizaron en su chacra, con la participación entre 10 y 12 personas. La circulación de 500 volantes –impresos en los periódicos *La Obra* y *La Protesta*– que daban a conocer las intenciones de esta Agrupación, permitió difundir su creación entre los trabajadores ambulantes y los chacareros de la zona, si bien su existencia sólo se prolongó por un año. En tanto, los fondos recolectados se destinaron al afianzamiento de las ideas anarquistas, en especial para la compra de libros y folletos de propaganda, para ser distribuidos en las épocas de cosechas por parte de Martínez Carricondo (José María), capataz de un galpón de empaque.

Al respecto, el comisario, encargado del sumario, en su informe considera que la “entidad se desenvolvía ocultamente y creada con la finalidad de difundir esa clase de propaganda disolvente, conseguir adeptos para la ideología y reunir fondos que destinaban en ayuda de presos sociales y refugiados políticos extranjeros”.<sup>28</sup>

En la década del 40 está afincado en una chacra de 12,50 ha de su propiedad (en sociedad posee otra de la misma superficie) en la jurisdicción de General Roca, con vivienda, animales (5 vacas, 7 yeguarizos),

---

27. AHPRN, Prontuario OS N° 13.

28. AHPRN, Prontuario OS N° 13.

implementos agrícolas (2 rastrones, cortadora de pasto, arado de dos discos y de mancera), varias herramientas de labranza e instrumentos diversos. Su esposa, también española, y dos hijos de crianza de 15 y 8 años, constituían su familia.

Por esos años es detenido dos veces, una en 1943, durante cinco meses y otra, en 1944, permaneciendo 8 meses en la cárcel, en ambas acusado de actividades anarco-comunistas. En la primera se le atribuye la distribución de folletos y de los periódicos anarquistas *La Obra* y *La Protesta*. En esas actuaciones, el comisario instructor del sumario dejó asentada sus apreciaciones en cuanto al peligro que suponía la distribución de toda esa prensa que “sustentaba preceptos ideológicos anarquista y preconiza la implantación de esa doctrina” entre los trabajadores del campo y en especial los ambulantes, que llegaban a la zona para la recolección e industrialización de la fruta, “actividad que presupone una campaña de agitación propensa a originar huelgas o conflictos obreros que ocasionarían sensibles perjuicios de orden económico y comercial con la consiguiente perturbación del orden público”.<sup>29</sup>

Cuando el inquisidor policial –respaldado en fotografías, cartas y documentos personales incautados durante los allanamientos– orienta su interrogatorio hacia los lazos de amistad, los lugares de encuentro, los compañeros de trabajo, esto nos permitió reconstruir su círculo de relaciones. Así nos informamos que mantenía correspondencia con José Berenguer, director del periódico *La Protesta*, con Donato Rizzo domiciliado en Buenos Aires, compañero en prisión de Devoto y con Martín Gómez, simpatizante anarquista local. Además, reconoce que mantiene amistad con quienes compartió el cautiverio de Devoto en 1931–residentes en Cipolletti–, y que, en sus actividades ideológicas, su mayor vinculación es con Martínez Carricondo, desde hace unos 7 u 8 años.

A partir de la reseña detallada de los folletos, libros y periódicos que le son confiscados en 1943 –registrados en los informes de allanamientos y aludidos durante los interrogatorios–, podemos afirmar que su biblioteca era muy notable para un trabajador. Se advierte que, a 12 años de su primera detención en Río Negro, había reforzado su orientación político-ideológica a partir de la lectura de autores anarquistas como Max Nettlau (*Errico Malatesta, la vida de un anarquista*; *Eliseo Reclus, la vida de un sabio justo y rebelde*), Rudolf Rocker (*Johann Most. La vida de un rebelde*), Manuel González Prada (*La anarquía, las ideas, los hechos, Propaganda y ataque*), Pedro Kropotkin (*Memorias de un revolucionario, La anarquía, su filosofía, su ideal*), Ettore Zoccoli (*La anarquía los agitadores, La anarquía. Apreciaciones éticas*).

---

29. AHPRN, Prontuario OS N° 13.

Además, incluía una presencia importante de obras referidas a la República Española y a la guerra civil en España, como *Madrid rojo y negro* de Eduardo Guzmán, *Doy fe* de Antonio Ruiz Vilaplana (publicación del Comité Defensa República Española), *Cómo se enfrentó al fascismo en toda España* de Federica Montseny, *España levanta el puño* de Pablo Suero y *Largo Caballero denuncia la traición del partido comunista español*. Complementándose con textos antifascistas (Anna Siemsen, *El Imperio Germano peligro de Europa*), estudios sobre el origen de la sociedad y la religión (Conde de Volney, *Las ruinas de Palmira*), escritos referidos al marxismo (V. Tcherkesol, *Páginas de historia socialista. Confesión de Karl Kautzky*) y novelas sociales (Octavio Rivas Rooney, *Extranjeros en su tierra. Hombres y paisajes del norte argentino*).

Al respecto, manifiesta que todos los libros y folletos secuestrados son “de su propiedad y los adquirió para su lectura” y que a veces se hacían colectas voluntarias para solventar el costo de los periódicos, importe que era girado a la dirección de *La Protesta*. Ante la pregunta sobre la posesión del carnet de la Guilda de Amigos del Libro,<sup>30</sup> aclara que “esa sociedad ya no existe más pero cuando funcionaba con solo abonar un peso mensual se le enviaba un libro que esa sociedad publicase cualquiera sea su precio”. El informe policial resalta el peligro que constituía “vender o simplemente facilitar a trabajadores de escasa capacidad intelectual textos de lectura de avanzado saber doctrinario que esta policía secuestró”.

En 1944, la Sección Orden Social –luego de “practicada una minuciosa compulsión de los antecedentes que obran en esta División sobre la personalidad, condiciones de trabajo, volumen social, económico y moral, concepto y demás datos”– informa que Hernández Lázaro es detenido en posesión de “abundante material de lectura de tal ideología [anarquista]”, “pero su actividad en ese sentido era relativa, sin ascendiente social ni suficiente preparación, vive del trabajo de la fruticultura”, “la situación económica de éstos [familia] es precaria”, “trátase de un hombre rústico y tranquilo no considerándose peligroso”.

El último registro de su prontuario es una providencia –fecha el 3 de agosto de 1962– originada en la División Investigaciones de la Policía destinada al Subsecretario de Gobierno del Territorio de Río Negro, en ella informa que eleva un expediente con los antecedentes de Hernández Lázaro que constan en su legajo, a partir de ello no tenemos más información sobre su vida.

---

30. Asociación de amantes del libro dirigida por Abad de Santillán que distribuía literatura anarquista.

## A modo de conclusión

La represión política y social llevada a cabo durante las décadas del 30 y 40 –con todos sus dispositivos y prácticas intensificados por el régimen militar– se extendió por todo el país y Río Negro no se sustrajo a esa situación.

La detención y posterior confinamiento de un grupo de personas en 1931–bajo la imputación de anarquistas– se constituye, según las fuentes que se disponen y la historiografía conocida, en la primera manifestación de represión política en territorio rionegrino. Si bien hubo hechos anteriores que se pueden incluir dentro de la categoría de represión política, éstos fueron casos aislados, encubiertos bajo la acusación de delitos como asociación ilícita o atentado a la autoridad.

El caso estudiado tuvo epicentro en el Alto Valle, región que presentaba una concentración importante de trabajadores –muchos de ellos con antecedentes de participación en luchas gremiales en otras provincias– y una incipiente organización sindical en distintas ramas y oficios. Simultáneamente con estos arrestos, se organizó en la Policía de Río Negro la Sección Orden Social encargada de la instrucción de los Prontuarios, instrumento fundamental en el apoyo de las actividades de control, persecución y represión.

Para quienes concebían y ejecutaban estas medidas represivas, el grupo de anarquistas detenidos reunía las características que los identificaba como “agitadores”, “disolventes”, es decir peligrosos, avalando su represión, convirtiéndolos en “presos sociales”, ya que mayoritariamente eran inmigrantes, con detenciones anteriores vinculadas a la participación en huelgas o por actuación gremial; su trajinar para ganarse el sustento los había llevado a tener contacto con otros trabajadores de diversos puntos del país; su gusto por la lectura los hacía poseedores de materiales de contenido político contrario al orden social, que en algunos casos facilitaban para su circulación entre seguidores, conocidos y trabajadores; se destacaban por su militancia, por impulsar organizaciones de difusión del “ideal que profesaban” y mantenían una estrecha relación con allegados a sus ideas y compañeros de cárcel.

Las formas y alcances de la represión política es un tema poco investigado por la historiografía de las jurisdicciones que hasta mediados de la década del 50 conformaron los Territorios Nacionales. Con esta investigación se pretendió realizar un aporte a la temática, pero consideramos que la misma requiere ser profundizada a los efectos de rastrear su genealogía y comprender los cambios y continuidades, que solo es posible visualizarlos en un lapso temporal amplio. Además, para superar los estudios de casos locales, debemos proponernos análisis

comparativos entre los distintos Territorios Nacionales y, a su vez, con el resto de las Provincias, para descubrir similitudes y diferencias.

Las nuevas investigaciones sobre el ejercicio de la violencia por parte del Estado –de larga y nefasta supervivencia– posibilitarán dar cuenta de su alcance y efectos en la vida de las personas, de los grupos, todos ellos trabajadores, militantes políticos, activistas gremiales pero también –muy especialmente– para conocer sus ideales, sus resistencias, sus luchas.

## Bibliografía

- Anapios, Luciana (2007), “Compañeros, adversarios y enemigos. Conflictos internos en el anarquismo argentino en la década del 20”, *Entrepasados*, 32.
- Benyo, Javier (2005), *La Alianza Obrera Spartacus. Anarquismo, vanguardia obrera e institucionalización del movimiento sindical en la década de 1930*, Buenos Aires: Libros de Anarres.
- Bracamonte, Lucía (2006), “Anarquismo y cuestión femenina. Una visión sobre lo público y lo privado en la prensa de Bahía Blanca a principios del siglo XX”, *e-latina, Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, N° 16, julio-septiembre, pp. 5-24, [www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm](http://www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm).
- Ceruso, Diego (2011), “El trabajo sindical de base del anarquismo argentino: la FACA y la Alianza Obrera Spartacus”, *A Contracorriente*, vol. 8, N° 3, primavera.
- Elbert, Carlos (1998), *Manual básico de criminología*, Buenos Aires: Eudeba.
- Etchenique, Jorge y Hernán Scandizzo (2001), “Apuntes para una historia del movimiento anarquista en el Alto Valle del Río Negro, 1920-1930”, ponencia presentada en el IV Congreso de Historia Social y Política de la Patagonia Argentino-Chilena, Trevelin, 14 al 16 de Noviembre. Actas publicadas en CD.
- Ferrás, Graciela (2003), “La figura del extranjero en el proyecto político-cultural de las élites”, en S. Villavicencio (ed.), *Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario*, Buenos Aires: Eudeba.
- Flier, Patricia (2006), “El archivo de la DIPBA: un hallazgo clave para una historia de los imaginarios represivos en Argentina”, *Imago Americae, Revista de Estudios del Imaginario*, año I, N° 1, Centro Extremeño de Estudios y Cooperación con Iberoamérica, Universidad de Guadalajara, Universidad de Florencia y Universidad Nacional de La Plata, pp. 226-227.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2009), “La clase obrera argentina a comienzos de los 30. Sistema institucional, partidos y clase: apuntes para una lectura crítica”, Jornadas “A 40 años del Cordobazo: ciento treinta años

- de historia de las luchas de la clase obrera en Argentina, 1878-2008", Córdoba, 27 y 28 de mayo.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2000), "La Alianza Obrera Spartacus", *PIMSA*, Buenos Aires, N° 4, año IV.
- Iuorno, Graciela, Glenda Miralles y Karim Nasser (2007), "Actores y espacio público en la etapa territorial rionegrina. El Departamento General Roca y su integración desigual", en Ruffini y Masera (coords.), *Horizontes en perspectiva. Contribuciones para la historia de Río Negro. 1884-1955*.
- Lanzillotta, María E. y María de los A. Folco (2007), "Ese fragmento del mundo... Memoria e identidad en la prensa libertaria del Territorio Nacional de La Pampa (1922-1930)", ponencia presentada en Jornadas "Mundos posibles, mundos alternativos. (Re) Creando las tradiciones utópicas de América Latina", Universidad Nacional de Educación a Distancia (España) e Instituto de Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de Gral. Sarmiento (Argentina), Los Polvorines, 15-16 noviembre.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2003), "¿Cuestión social o cuestión nacional? Los debates en torno al naciente movimiento obrero", en S. Villavicencio (ed.), *Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario*, Buenos Aires: Eudeba.
- Migueláñez Martínez, María (2010), *Anarquistas en red. Una historia social y cultural del movimiento libertario continental (1920-1930)*, 9° Encuentro Internacional da ANPHLAC, Universidade Federal de Goiás, 26 a 29 de julio.
- Migueláñez Martínez, María (2010), "1910 y el declive del anarquismo argentino: ¿hito histórico o hito historiográfico?", XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles.
- Nazar, M. (2003), *La accesibilidad documental y sus limitaciones legales: los documentos secretos en la Argentina*, ponencia presentada en el V Congreso de Archivología del Mercosur y XII Jornadas de Archiveros de la Argentina, Huerta Grande, Córdoba, agosto.
- Nieto, Agustín (2010), "Notas críticas en torno al sentido común historiográfico sobre «el anarquismo argentino»", *A Contracorriente*, vol. 7, N° 3, primavera, 219-248.
- Pegoraro, Juan (2003), "La violencia, el orden social y el control social penal", *Revista Brasileira de Ciências Criminais*, N° 45, octubre-diciembre.
- Pérez, Pablo (2002), "El movimiento anarquista y los orígenes de la federación libertaria argentina", en P. Pérez (coord.), *Catálogo de publicaciones políticas sociales y culturales anarquistas, 1890-1945*. Consultado el 5 de marzo de 2007 en el sitio <http://www.nodo50.org/bpji/fla.doc> (arch Cop/imp).
- Pérez, Pablo, Juan Heredia y Hernán Villasenín (2005), *El trabajo cultural del anarquismo*, Buenos Aires: La Biblioteca - Archivo de Estudios Libertarios de Buenos Aires.
- Quesada, Fernando (1975), "Tres vidas libertarias", *Todo es Historia*, N° 94, Buenos Aires.

- Rafart, Gabriel y Enrique Mases (2003), "Economía, sociedad y política en los tiempos preperonistas", en G. Rafart y E. Mases (dirs.), *El peronismo desde los territorios a la Nación. Su historia en Neuquén y Río Negro (1943-1958)*, Neuquén: EDUCO.
- Rodríguez Molas, Ricardo (1984), *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, Buenos Aires: Eudeba.
- Roucco, Laura (2009), *Sindicalismo anarquista y mujeres obreras del pescado. Dos paradigmas en el SOIP de Mar del Plata en 1942*, ponencia presentada en XII Jornadas Interescuelas de Departamentos de Historia, Bariloche, 26 a 31 octubre.
- Rouquié, Alain (1981), "Dictadores, militares y legitimidad en América Latina", en *Crítica y Utopía Latinoamericana de Ciencias Sociales, Dictaduras y dictadores*, N° 5, Buenos Aires, Septiembre.
- Ruffini, Martha (2007), *La pervivencia de la república posible en los territorios nacionales: poder y ciudadanía en Río Negro*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Suriano, Juan (2000), "El anarquismo", en Mirta Z. Lobato (dir.), *Nueva historia argentina*, vol. 5: *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Vapnarsky, César (1983), *Pueblos del norte de la Patagonia, 1779-1957*, General Roca: De la Patagonia.
- Zimmermann, Eduardo (1995), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires: Sudamericana.

## Repositorios y fuentes

- Archivo Histórico Provincia de Río Negro (AHPRN), Sección Justicia Letrada, Sección Jefatura de Policía, Notas, Sumarios, Prontuarios de Orden Social.
- Memoria de la Gobernación del Territorio de Río Negro de 1933*, Gobernador Ing. Adalberto T. Pagano, Viedma, 1934.

### Periódicos

- Brazo y Cerebro* (Bahía Blanca, 1924)
- La Nueva Era* (Viedma, 1930-1931)
- Río Negro* (Gral. Roca, 1930-1931)

\* \* \*

**Resumen:** El quiebre del orden institucional en 1930, constituyó una etapa de recrudescimiento de las detenciones, deportaciones y fusilamientos para las organizaciones obreras, anarquistas y comunistas. Al estudiar esta represión en el Territorio de Río Negro, nos centramos en la detención de un grupo de personas bajo la acusación de ácratas, llevada a cabo en 1931. Nuestro propósito es

presentar una caracterización de los detenidos, tratando de delinear trayectorias de vida de alguno de ellos. Además, descubrir evidencias que orienten a afirmar que los arrestados - por su nacionalidad, ocupación, antecedentes laborales, políticos y gremiales- participaban de la imagen del enemigo interno construida por las elites gobernantes. Dentro de las fuentes trabajadas, los Prontuarios Policiales de Orden Social se constituyeron en fundamentales.

**Palabras clave:** Río Negro - Represión - Anarquistas

**Abstract:** The breakdown of the institutional order in 1930, constituted a period of upsurge in arrests, deportations and executions for the workers' organizations, particularly anarchists and communists. In studying this repression in the National Territory of Río Negro, we focus on the arrest of a group of people under the accusation of acratas, carried out in 1931. Our purpose is to present a characterization of the detainees, trying to delineate life histories of some of them. Also, discover evidence that orient to assert that those arrested - by their nationality, occupation, employment history, political and syndical - participated of the internal enemy image built by the ruling elites. Inside sources worked, the Prontuarios Policiales of Social Order was constituted in fundamental.

**Keywords:** Río Negro - Repression - Anarchists

**Recepción:** 30 de septiembre de 2012. **Aprobación:** 6 de diciembre de 2012



## **ENSAYOS / INTERVENCIONES**

### **Los orígenes del peronismo y la tarea del historiador**

*Daniel James*

Indiana University

*Lo que sigue es el contenido de una exposición oral presentada por Daniel James. Primeramente, en un panel del “Tercer Congreso de Estudios sobre el Peronismo, 1943-2012”, transcurrido el 19 de octubre de 2012 en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy. Posteriormente, una versión ampliada de la misma fue presentada como conferencia dentro de las “Jornadas de Estudios sobre el peronismo: perspectivas y debates”, dictada el 5 de julio de 2013 en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Para esta edición ampliada, el autor incorporó las referencias bibliográficas.*

\* \* \*

En esta coyuntura, decir algo nuevo o mínimamente significativo acerca de los orígenes del peronismo parecería ser una tarea cada vez más difícil. En cierto modo la situación es sorprendente, debido a la cantidad de nuevos trabajos que se han acumulado en los últimos quince años sobre todos los aspectos de la historia del peronismo. El año pasado tuve la oportunidad de leer el libro *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo*, de Omar Acha y Nicolás Quiroga, que analiza de manera muy sagaz la producción historiográfica en torno del “primer peronismo”. La lectura fue muy esclarecedora, pero también un poco deprimente. Esclarecedora en parte porque el libro exhibe una vasta gama de progresos en nuestro conocimiento de una cantidad siempre en aumento de elementos asociados a la historia del peronismo. Mi depresión, por su lado, se debió en parte al hecho de darme cuenta de que, aunque soy un supuesto “peronólogo”, estaba quedando rezagado en mi vano intento de mantenerme al día en este campo. Pero también obedecía, creo, a una vaga inquietud suscitada por mi intento de imaginar un nexo interpretativo organizador –o una serie

de nexos— que pudiera hacer justicia a la abundancia empírica acumulada. O, para ser más preciso y honesto, un nexo interpretativo que me pareciera convincente y valioso. Acha y Quiroga, en efecto, plantean el persuasivo argumento de que lo que llaman “descripción normalizadora” del peronismo (y en especial del primer peronismo) ha alcanzado en los últimos treinta años una especie de estatus hegemónico que comparan a un cambio de paradigma a la manera de Kuhn. Como todos los relatos dominantes, este también se basa en ciertas exclusiones, elisiones y silencios, y a la vez los produce. La lectura de ese libro me llevó a constatar que comparto en gran medida el desasosiego de sus autores en lo concerniente a las implicaciones de este consenso intelectual para una comprensión del peronismo.

Es evidente que el auge de la producción histórica dedicada al peronismo está íntimamente ligado a la profesionalización del mundo académico en las últimas décadas y la transformación de las condiciones de producción y distribución intelectuales que ha ocasionado. Yo diría que uno de los efectos paradójicos de este proceso ha consistido en la instauración y reafirmación de límites disciplinarios dentro de una retórica general que proclama las virtudes del trabajo interdisciplinario. Uno podría decir, desde luego, que la interdisciplinarietà ha existido desde la construcción del peronismo como un objeto de producción académica de conocimiento, entre fines de los años 50 y el transcurso de los años 60 (sobre todo con la obra del sociólogo Gino Germani). Al margen del mundo académico propiamente dicho de esa época (fines de la década de 1950), la fuente más interesante de análisis crítico del peronismo provino tal vez del grupo heterodoxo de intelectuales asociado en líneas generales a la revista literaria *Contorno*: los hermanos Viñas, Rozitchner, Oscar Masotta y otros, y la vehemente mezcla de estudios literarios, filosofía, psicoanálisis y filosofía política en que se empeñaban.

De hecho, los que fueron miembros fundadores, *avant la lettre*, de la profesión de peronólogo académico, además de ser autores de textos fundacionales sobre el peronismo como movimiento histórico fueron sociólogos y politólogos y no historiadores. Juan Carlos Torre, y a quien Acha y Quiroga sitúan en el origen del nuevo consenso y ortodoxia historiográficos, también es sociólogo de profesión. La lista de trabajos que se han presentado en estas jornadas es de por sí un testimonio elocuente de la amplitud de los numerosos intereses disciplinarios que atraviesan las humanidades y las ciencias sociales y convergen en el objeto del peronismo y sus múltiples facetas.

Todo esto, no hay duda, es para bien. Sin embargo, debo confesar que me asalta la sospecha de que la gran multiplicación de voces académicas no ha producido necesariamente niveles crecientes de comprensión entre los hablantes. Deberíamos recordar tal vez que la torre de Babel

distaba de ser un modelo de comunicación transparente. Hoy y aquí, me interesa en particular mi propio rincón del universo intelectual, la historia como disciplina profesional. La historia, por supuesto, siempre ha tenido problemas con la interdisciplinariedad. Sentimos la necesidad de proclamarla, como un gesto crucial e indispensable en beneficio de la acumulación de capital cultural en nuestro campo, que a su vez facilitará la distinción a la que aspiramos en un campo cada vez más poblado de competidores (uno de los subproductos de la expansión y la profesionalización). Al mismo tiempo, la interdisciplinariedad nos incomoda. Sospecho que esto se debe en parte a cierto sentimiento de inferioridad frente a otras disciplinas. Parece haber una jerarquía definitiva de prestigio implícita en el mundo académico (pos)moderno, y la historia juega sin remedio en el Nacional B. Lo cual obedece parcialmente a lo que podríamos llamar estatus dóxico de la historia, y en especial de la historia del peronismo en la Argentina. Todo el mundo parece saber lo suficiente acerca de él, o cree saberlo. De algún modo, ese saber forma parte de su herencia tácita como argentinos, y se mama con la leche materna de igual manera que jugar al fútbol y hacer asados. Los profesionales de otras disciplinas que escriben sobre el peronismo quizá sientan la necesidad de acceder a cierto contexto histórico, pero difícilmente les parezca necesario prestar atención a muchos de los matices. La historia es una suerte de disciplina secundaria de apoyo que debe invocarse como un escalón para llegar a lo verdaderamente serio, la conclusión literaria, sociológica, política y antropológica del texto.

Por el mismo motivo, los historiadores también podemos ser notablemente desenfadados en nuestra manera de responder, apropiarnos y saquear los arsenales conceptuales y teóricos de otras disciplinas. Este es tal vez un subproducto de nuestra sensación de inseguridad al hollar terreno ajeno. Nos asemejamos mucho a esos pájaros que al parecer están en muchos lugares del mundo y que se sienten atraídos por los objetos brillantes. Al verlos, se lanzan sobre ellos, los toman y los llevan a sus nidos. En Gran Bretaña los llamamos *maggies*, urracas, y en sus nidos suelen encontrarse anillos o pedazos de vidrio que han hurtado de las casas. Con todo respeto por mis colegas historiadores, creo que en lo que se refiere a la interdisciplinariedad –si acaso pensamos en ella– nuestro *modus operandi* básico es el de la urraca. Nos precipitamos a arrebatar un objeto teórico potencialmente útil de un contexto disciplinario ajeno y lo manipulamos y moldeamos en función de nuestras necesidades.

Tulio Halperín Donghi confesó algo muy similar en la presentación de la nueva edición de 2003 de *Perón o muerte*, ese texto esencial de Silvia Sigal y Eliseo Verón. Con referencia a sus críticas anteriores a la primera edición del trabajo de una socióloga y un semiólogo, decía:

“Después de todo, lo mío había sido una típica reacción de historiador frente a quienes desde otra perspectiva hacen lo que deberíamos hacer nosotros. Después de usar abundantemente lo que hicieron los semiólogos, les reprochamos que no hagan obras de historia”. Creo que hay un argumento muy serio detrás de la ironía y la autosubestimación características del humor de Halperín. Si “deberíamos hacer nosotros” el trabajo que hacen sociólogos, semiólogos y otros, ¿cómo debe llevarse a la práctica ese imperativo? En la misma presentación, Carlos Altamirano tranquilizó a los potenciales lectores del libro al decirles que no tenían que enredarse en las minucias de la teoría semiótica sobre enunciadores y enunciados para captar las lecciones esenciales del texto. Sin embargo, ¿es suficiente esta afirmación tranquilizadora para los autores de textos históricos que también procuran utilizar las intuiciones propuestas por ese paradigma? Muy pocos de nosotros conseguiremos dominar el material exhaustivo de disciplinas sobre las que nos abalanzamos, pero ¿en qué momento un poco de conocimiento deja de ser algo peligroso? ¿Cuánto necesitamos saber para mantener una fachada creíble?

Entonces, el trabajo interdisciplinario serio es difícil para los profesionales de muchas disciplinas, aunque bien puede ser que la historia sufra más que otras. Es evidente que hay dos aspectos interrelacionados. Uno es el aspecto epistemológico más general que consiste en reconocer la necesidad y la validez de ir más allá del paradigma histórico existente y buscar en otras zonas del conocimiento; una vez reconocido esto, es pertinente la cuestión metodológica de cómo hacerlo en concreto. A mi entender, es de especial importancia tomar en serio esta cuestión en la historia del peronismo, porque creo que gran parte de los nuevos trabajos que se han acumulado distan de reconocerla, actitud que genera a su vez una serie de problemas. También debería admitir que quizá no haya leído en cantidad suficiente esos nuevos trabajos, y que mi opinión es un reflejo de lo lejos que estoy de estar al día en este campo en rápida expansión. Debo agregar asimismo que en lo que sigue no tengo una intención apodíctica. Mi preferencia por la interdisciplinariedad es solo eso: mi propia preferencia, sin pretensiones de mayor ni menor legitimidad que las preferencias de otros profesionales. Lo que quiero hacer ahora es ofrecer tres breves ejemplos esquemáticos relacionados con la historiografía del primer peronismo, con la esperanza de demostrar los beneficios de un enfoque interdisciplinario (y los potenciales inconvenientes de mantenerse atrincherado dentro del gueto de los historiadores). Los tres ejemplos son: los sucesos del 17 de octubre; la categoría de “cabecita negra”, y lo que a mi juicio es, en muchos historiadores del peronismo, una suerte de borradura de la obra de Ernesto Laclau, que tiene consecuencias para nuestra comprensión de los orígenes del movimiento.

## El 17 de octubre de 1945

Con frecuencia se hace alusión a los sucesos del 17 de octubre de 1945 como el momento fundacional del peronismo. La palabra utilizada para describir ese día suele ser “génesis”, que además de su sentido genérico de “origen” también da a entender “fuente” y la creación de algo *ab nihilo*. En consecuencia, la entidad construida no tiene, por definición, ni historia ni pasado. Este significado y sentido atribuidos al 17 de octubre se incorporaron en gran parte a la cultura vernácula del peronismo, y el consenso historiográfico emergente identificado por Acha y Quiroga ha dedicado mucho tiempo a tratar de invalidarlos. Los dos textos fundamentales en este caso son desde luego los de Murmis y Portantiero (*Estudios sobre los orígenes del peronismo*) y Juan Carlos Torre (*La vieja guardia sindical y Perón*). Luego de la publicación de estos dos libros son relativamente escasos los nuevos trabajos sobre los sucesos, cuyo significado analítico formal se ha establecido dentro de un relato que hace hincapié más en la continuidad que en la ruptura –una continuidad que se remonta a los años 30– y el papel de las organizaciones obreras tradicionales en la organización de los acontecimientos. Yo mismo realicé un análisis basado principalmente en el caso de La Plata y Berisso y concentrado en lo que describí como formas de iconoclasia secular presentes en el comportamiento de las multitudes y los objetivos a los que apuntaban. En su libro sobre la Plaza de Mayo, Silvia Sigal propuso una crítica amable pero indirecta de mi lectura de esos acontecimientos. Más recientemente, Mariano Plotkin (*El día que se inventó el peronismo*) ha reexaminado no tanto los sucesos como la historiografía y el significado cambiante de la jornada en su incorporación al calendario oficial del Estado peronista. El acontecimiento histórico mismo parecería haber perdido su “encanto” dentro del campo de la peronología profesional y académica.

¿Cómo se explica esa situación? ¿Se trata simplemente de que ya sabemos todo lo que podemos o necesitamos conocer? ¿Hay sencillamente un empacho de conocimiento histórico acumulado? Si así fuera, habríamos realizado tal vez la fantasía del historicismo. El presente habría logrado rescatar y recuperar absolutamente el pasado en toda su plenitud.

No creo que haya sucedido esto, aunque muchos de nosotros quizá prefieran actuar como si hubiera pasado. Podría ser que en el canon dominante del gremio de los historiadores, tal como se construyó, ya no haya preguntas interesantes que hacer sobre el 17 de octubre (paradójicamente, gracias sobre todo al trabajo de dos sociólogos y un politólogo). Bien puedo imaginar a un profesor de historia de la UBA o de algún otro lugar que, ante la intención de un estudiante de concentrar

su investigación en esos acontecimientos, lo disuade con el argumento de que hay muy poco de nuevo que decir acerca de ellos. Resta poner algunos puntos sobre algunas íes, pero este no es el tipo de terreno en el cual un estudiante ambicioso pueda dejar su marca.

Querría sugerir, con todo, que el problema no radica en el agotamiento mismo del acontecimiento, sino en los paradigmas analíticos disponibles dentro de la historia. Por ejemplo, una de las cosas que se desprenden de la exhaustiva reconstrucción que Juan Carlos Torre ha hecho de los pormenores de la táctica sindical en torno de la manifestación en la Plaza de Mayo y la convocatoria de una huelga general, es que de ese modo se desvía la atención de lo que efectivamente sucedió en la plaza ese día y sus posibles significados. Y el problema implícito en decir algo nuevo sobre lo sucedido durante la jornada no tiene que ver en esencia, creo, con el conocimiento histórico *stricto sensu*. Sabemos mucho de lo que ocurrió. Conocemos el telón de fondo de factores institucionales, el contexto del movimiento obrero organizado. Sabemos, al parecer, lo que pensaba Perón. Sabemos lo que pensaban activistas sindicales independientes como Cipriano Reyes. Tenemos un montón de referencias secundarias de memorias del suceso. Sería bueno tener una transcripción definitiva de lo que dijo Perón, y fascinante contar con un registro filmico completo, pero en un sentido puramente empírico el desalentador consejo del profesor al estudiante tal vez esté justificado.

Y pese a ello, creo que *hay* nuevas cuestiones, nuevas y apasionantes lecturas posibles, si bien no estoy seguro de que puedan venir del consenso historiográfico actual. Querría dar un breve ejemplo extraído de la obra de uno de mis colegas en Indiana, Patrick Dove, que enseña literatura latinoamericana. En un trabajo reciente (Dove, 2011), él se concentra en dos momentos de los sucesos del 17 de octubre. Ambos están representados por textos culturales. El primero se centra en la famosa escena representada por la hoy icónica imagen de “Las patas en la fuente”. Sobre la base del análisis que hace Jacques Rancière de la política y la estética (y su crucial interrelación), Dove interpreta la imagen en términos de las categorías de desacuerdo, política y policía, de importancia crucial en el filósofo francés. En un sentido fundamental, para Dove la imagen representa la irrupción de la política propiamente dicha, la aparición de la “parte que no tiene parte” que trastorna la distribución dominante de lo sensible, el cálculo social hegemónico que hasta entonces sostenía la sociedad argentina. En ciertos aspectos, esa lectura de la imagen coincide con la que yo hago de los acontecimientos de ese día como una forma de iconoclasia secular. Pero a su entender con eso no alcanza. La foto (que yo no tuve en cuenta) confirma sin duda la violación simbólica de codificaciones sociales, culturales y espaciales de poder, pero lo que capta y lo que destaca su formulación verbal es

un acto sinecdóquico: “al hablar de ‘patas’ por ‘el pueblo’, la parte por el todo, reproduce a la manera de una sinécdoque el surgimiento de la parte de aquellos que no tienen parte, una parte que en cierto sentido pretende ser el todo”. Y esta lectura se basa en su interpretación de los sujetos representados en la imagen, que no proclaman necesariamente su condición de trabajadores en huelga sino que, “a juzgar por su vestimenta y sus expresiones, podrían ser personas cualesquiera”.

En parte, Dove lee la foto de “Las patas...” en tensión con la conocida descripción que apareció en *Crítica* al día siguiente de la manifestación y la huelga, en la que se hacía un contraste específico entre la “muchedumbre” que “agravió el buen gusto y la estética de la ciudad” y “el pueblo”, las personas con la “sensibilidad y el logos” necesarios para reivindicar su parte legítima. Tenemos de tal modo una clara rivalidad entre “el pueblo” y el “no pueblo” (tal vez incluso entre el pueblo y la multitud o lo populoso y la plebe). La síntesis de Dove es la siguiente: “Me parece que en la foto de ‘Las patas’ vemos la coincidencia o la yuxtaposición paradójica de la particularidad de clase con la totalidad genérica del todo social” (Dove, 2011). Y este es, en términos de Rancière, el desacuerdo fundamental a través del cual se inaugura la política, que en cierto sentido siempre es para él un desacuerdo acerca de palabras y categorías y la disputa sobre su contenido y significado (lo sensible), una consecuencia inevitable del “exceso de palabras” inherente al lenguaje mismo.

Y esto también plantea vigorosamente el problema de la visibilidad asociada a los hechos del 17 de octubre. Como ha sostenido recientemente Peter Hallward en un análisis de la crucial categoría de “teatro” en la obra de Rancière: “Toda verificación de igualdad es parte integrante de lo que Rancière llama regularmente una reconfiguración de lo perceptible, un reparto de lo sensible y en particular de lo visible. La igualdad es aquí una cuestión de anonimato visible” (Hallward, 2006). El propio Rancière insiste en que su investigación histórica sobre los artesanos y trabajadores de la Francia decimonónica “mostró que la más descollante de las reivindicaciones levantadas por los trabajadores y los pobres era precisamente la de la visibilidad, una voluntad de ingresar al reino político de la apariencia, la afirmación de una capacidad de apariencia”. Así, el desacuerdo sobre las palabras que inaugura la política es también un desacuerdo sobre las imágenes y se centrará en la reivindicación de un nuevo y modificado régimen visual. Es lo que Nicholas Mirzoeff (2011) ha llamado “contravisualidad” o “derecho a mirar”.

Creo que esto puede relacionarse con Dove y su mención del “anonimato” de los trabajadores exhibido en “Las patas...” (un aspecto también afirmado por Hallward en sus palabras recién citadas). En lo que es probablemente el análisis definitivo del movimiento fotográfico

documental de los Estados Unidos en las décadas de 1930 y 1940, Alan Trachtenberg destaca la importancia del anonimato en las imágenes icónicas producidas por fotógrafos como Walker Evans, un anonimato que le permitía negociar el terreno entre lo colectivo y lo individual, una cuestión vital para el proyecto de “visualizar al pueblo” (John Lucaites, 1997), que tenía por su parte un papel tan crucial en el programa político del New Deal.

Recordemos también que el tropo de la visibilidad tiene una fuerte presencia en muchas de las representaciones textuales de ese día. Podríamos incluso decir que el clásico texto de Félix Luna se estructura en torno de ese tropo: “Bueno, ahí estaban. Como si hubieran querido *mostrar* todo su poder, para que nadie dudara de que realmente existían. [...] ¿Entonces existían? ¿Tantos?” De modo que esta es una existencia social basada en su irrupción a la visibilidad, y confirmada por ella, cuando la presencia física de los trabajadores en el espacio público establece su pretensión de un recuento diferente, un cálculo lógico diferente. Luna hace explícitamente esa relación; la confrontación con esa nueva presencia visible socava una distribución de lo sensible que hasta entonces había parecido “coherente y lógica: todo apoyaba nuestras propias creencias”. La observación y la escucha de ese nuevo otro social –esos “rostros anónimos color tierra”– debilitarán en Luna y sus amigos la fe en la naturaleza indiscutida –dóxica– de los ordenamientos sociales y políticos de la Argentina de los años 40.

El segundo foco de la interpretación de Dove apunta a los sucesos del anochecer, cuando Perón habla a las masas congregadas. En su opinión, el discurso encarna en un principio los elementos cruciales de la interpelación y la hegemonía, comenzando desde luego con la primerísima palabra de Perón: “¡Trabajadores!”, que nombra y cita a la vez a éstos como la encarnación de una entidad más general, el pueblo. Es indudable que este análisis está impregnado del enfoque de Ernesto Laclau. La escena inaugura “el momento propiamente político”, como lo califica Laclau: “El momento propiamente político resulta posible cuando Perón se instala como un vínculo que estabiliza una nueva situación en la cual por fin se saluda y se reconoce a la clase obrera como la representante de la Argentina auténtica”. Para Laclau, este modo de construcción de los sujetos populistas es la tarea esencial de lo político. Pero la originalidad del análisis de Dove estriba en su lectura de una parte de la interacción con las masas reunidas que se expone en algunos relatos escritos (pero no, que yo sepa, en ninguna de las versiones filmicas).

Cuando Perón llega a lo que él llama su “momento de consejo”, el discurso asume una dimensión prescriptiva: lo que el pueblo debe hacer para realizar su verdadero destino, que él le ha dado al interpellarlo en su composición de sujetos populistas. En este punto, la multitud

aparentemente se inquieta y comienza a interrumpir el discurso con la pregunta: “¿Dónde estuvo?” Pregunta amenazante, según Dove, en cuanto “trata de sacar a la luz del día cualquier mentira que haya estado oculta en las sombras [...], y lo hace al reposicionar a Perón como dueño y señor, sujeto que supuestamente conoce la ‘cocina’ del poder”. Como sabemos, la respuesta de Perón es una no respuesta: elude la pregunta (como lo hará Evita seis años más adelante cuando se vea frente a la misma interpelación popular de las masas reunidas que transgreden el guión y la coreografía del Estado). Y esa no respuesta, afirma Dove, “fija los límites de lo que puede preguntarse y pedirse en la Argentina posterior a 1945”. En este sentido, entonces, en el lapso de algunas horas tenemos dos escenas con lecturas un tanto diferentes. Mientras que la foto de “Las patas...” representa un momento de fractura que expone la distribución de lo sensible desde adentro, la pregunta del “¿dónde estuvo?” suscita una no respuesta que está del todo relacionada con los límites de ese momento anterior. Corresponde propiamente a lo que Rancière define como la esfera de la policía: “las fuerzas y las razones que ponen orden en la comunidad, la ciudad Estado o la nación y las administran”.

En términos de Rancière, la policía se consagra a una “acción contrapolítica”, cuya naturaleza radica ante todo en lo que Hallward califica de “antiespectacular”, para controlar los límites de la visibilidad. Y si siguiéramos esta lógica, tendríamos que decir que el momento del “¿dónde estuvo?” tiene una función diferente de la de interpelación que en un comienzo, y tras los pasos de Laclau, atribuimos al discurso. En manos de Rancière, la “intervención policial” en la esfera pública “no consiste principalmente en la interpelación de los manifestantes sino en la ruptura de las manifestaciones”. A diferencia de la interpelación althusseriana clásica que induce una respuesta y un (mal) reconocimiento subjetivos dóciles (como en la primera parte del discurso), la “policía”, para Rancière, desmantela los escenarios políticos y señala a los presuntos sujetos “la obviedad de lo que hay o, mejor, de lo que no hay: ¡Circulen, circulen! ¡No hay nada que ver!” Como lo sintetiza Hallward: “Cuando los actores políticos convierten las calles en escenarios, la policía restablece la circulación fluida del tránsito”. La negativa obstinada de Perón a responder a la pregunta y su insistencia en que las multitudes debían irse a su casa y poner fin a la huelga son, en el análisis de Dove, coherentes con esa función.

Me parece que este tipo de análisis podría ser un modelo para plantear nuevos interrogantes y proponer nuevas interpretaciones sobre este acontecimiento fundacional en los orígenes del peronismo.

## Cabecitas negras

En años recientes la figura del cabecita ha vuelto a ingresar a la historiografía del peronismo. No estoy del todo seguro de la procedencia de este interés renovado, pero supongo que proviene en parte del creciente cuerpo de trabajos de una antropología argentina revitalizada y su “redescubrimiento” de los problemas de la etnicidad y la identidad racial en el país. En muchos de esos trabajos hay una fuerte inclinación histórica. En mi opinión, la obra de una persona como Gastón Gordillo es paradigmática de ese cambio (histórico). En un artículo, Rosana Guber (1999) recuperó algunos de los trabajos de una generación anterior de antropólogos y etnógrafos argentinos, dedicados a la figura del cabecita. El resurgimiento del interés en la racialización y su historia en la Argentina no fue, desde luego, un invento de los antropólogos, pese a lo que pueda decir la opinión corriente. Desde los años 90 también ha habido una focalización creciente en los problemas de la raza como discurso histórico en la Argentina y un interés conexo por la historia de los pueblos nativos y su relación con el Estado nación.

Como digo, todo ese proceso bien puede haber influido en el renovado interés en el cabecita, pero vale la pena preguntarse por qué era necesario redescubrirlo y qué pasó con él como una categoría de abordaje historiográfico. Creo que es posible sostener que fue víctima de lo que podríamos considerar otro texto fundacional del “consenso normalizador” de Acha y Quiroga: un artículo de Tulio Halperín Donghi de 1975, “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos”. Este texto era una respuesta a un artículo de Gino Germani de 1973, “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos”, en el que su autor reformulaba lo esencial de su tesis anterior sobre el papel de “la nueva clase obrera” y, en particular, el conflicto generado entre su cultura y prácticas políticas y las de la “vieja clase obrera”. Apelando a sus considerables dotes de polemista, Halperín Donghi atacaba el planteo de Germani sobre el peso demográfico de los nuevos migrantes y su análisis de las prácticas políticas tradicionales de éstos. En un sentido importante, su crítica se basaba en las ya fuertes implicaciones críticas que tenía el texto fundacional de Murmis y Portantiero con respecto a la interpretación germaniana del peronismo, sobre todo en lo concerniente a la cuestión de los migrantes internos (en rigor, el mencionado artículo de 1973 es precisamente un intento de Germani de reivindicar su tesis anterior contra esa crítica).

Más allá del cuestionamiento de datos específicos e interpretaciones diferenciadas, ya se centraran en las categorías de la democracia orgánica o inorgánica o en nociones de la heteronomía obrera, el artículo de

Halperín Donghi tuvo –como lo expresó Nicolás Quiroga en un seminario reciente– el efecto de “liquidar” el tema de los migrantes internos y su papel en la emergencia del peronismo como un tópico de interés de los historiadores (u otros). Y esa liquidación se prolongó al menos durante una generación, pese a lo cual, y ya que está integrada a la nueva descripción normalizadora, es realmente necesario cuestionarla. No es difícil entender los motivos de su aceptación. Murmis y Portantiero y Halperín Donghi proponían una vigorosa crítica normativa que en apariencia resolvía muchas de las cuestiones problemáticas asociadas a la tesis original de Germani (también debe señalarse, por supuesto, que esa tesis era ampliamente compartida por la crítica izquierdista tradicional al peronismo): problemáticas en términos tanto políticos como intelectuales para la generación de intelectuales que alcanzaron los primeros rangos entre fines de los años 60 y comienzos de los años 70, y también para los surgidos después de 1983. Esos textos fundacionales parecían proponer una manera de eliminar la preocupación analítica centrada en nociones como manipulación, liderazgo carismático, tradición y modernidad, irracionalidad, heteronomía. En una palabra, proponían una manera de desterrar a los espectros asociados al concepto mismo de populismo.

¿Significó el redescubrimiento del “cabecita” –y el interés conexo en leyendas urbanas como “quemando el parquet”– un cambio en ese escenario? No estoy seguro, pero quiero señalar algunas limitaciones en el trabajo producido hasta ahora. En gran parte, éste se ha centrado en el tratamiento del cabecita como una categoría cultural simbólica que llega a encarnar crecientes angustias de clase media, concentradas en la construcción de un otro racializado, justamente el cabecita. En algunos aspectos, esta lectura podía identificar claramente su fuente en textos literarios como “Casa tomada”, de Cortázar, o, de una manera un tanto diferente, “Cabecita negra”, de Germán Rozenmacher, y también está claro que extrae su significado fundamental de su inscripción dentro de la dicotomía peronismo-antiperonismo. “Cabecita” será, en palabras de Hugo Ratier (1975), el “mote infamante” antiperonista por esencia. Una de las consecuencias de este análisis cultural centrado en la clase media es que el “cabecita” todavía carece en gran medida de una historia, y en ese sentido la exclusión efectuada sobre la base de los textos fundacionales ha seguido ejerciendo su efecto de manera continua.

En efecto, creo que en este caso, a diferencia del 17 de octubre, el problema radica *a la vez* en una investigación histórica (empírica) inadecuada y la necesidad de plantear cuestiones realmente interesantes. La falta de una historia de los cabecitas es previa a la borradura del migrante interno como objeto histórico en el análisis del peronismo. Aun dentro de un paradigma como el de Germani, que invocaba espe-

cíficamente la importancia de esos migrantes, es más que sorprendente que sus afirmaciones sobre ellos y su cultura política no se basaran en casi ninguna investigación empírica. De allí la facilidad con que Halperín podía señalar la imposibilidad de sostener sus argumentos sobre la base, principalmente, de su lectura del texto secundario de Zorrilla. Habida cuenta de que Germani y sus seguidores intentaban analizar el mundo de la vida de los migrantes, su atención se concentraba en el extremo de la recepción de la cadena migratoria, y en ese punto su mayor preocupación era establecer mediciones del comportamiento adaptativo patológico y no patológico en el nuevo medioambiente urbano (a menudo sostenidas por un uso muy parcial e implícito de categorías psicológicas).

El universo social, cultural y político del que procedían los migrantes quedó esencialmente inexplorado, y así se ha mantenido desde entonces. La expansión de los trabajos históricos sobre el peronismo en las provincias del interior es una promesa de comenzar a llenar esa laguna, pero en lo que se refiere al primer peronismo, estos importantes trabajos han hecho hincapié en el nivel de la estructura y las instituciones políticas. Pienso por ejemplo no solo en el libro de Moira Mackinnon (2002), sino también en el significativo trabajo de Ana Teresa Martínez sobre Santiago del Estero (2007). Hace poco Mirta Lobato y yo volvimos a esta cuestión en el caso de los migrantes santiagueños a Berisso (en un texto aun no publicado), con la intención de reconstruir la historia de la migración concentrándonos en ambos extremos de la cadena migratoria. En la primera parte del capítulo que hemos titulado “Salir del infierno” tratamos de proponer una comprensión del mundo de la vida de los parajes en la campaña de Loreto, de la que provenían esos migrantes. Ese análisis nos llevó a cuestionar la poderosa metáfora de Moira Mackinnon de la “ruptura de la deferencia” que caracteriza el surgimiento del peronismo en el interior y a rescatar, al menos en parte, una noción de heterogeneidad/heteronomía.

Pero ¿qué pasa con el cabecita? ¿Qué nos propone como vía de acceso a este problema nuestro trabajo en el polo de la recepción de la cadena migratoria, la ciudad de Berisso y sus frigoríficos? En primer lugar, dos afirmaciones empíricas. Comprobamos que en las entrevistas realizadas por Mirta Lobato a fines de los años 80 con la primera generación de migrantes santiagueños, el tema del cabecita estaba presente en sus recuerdos de la primera década. Era un tema que les resultaba difícil enunciar y en relación con el cual desarrollaban una serie de estrategias orales y retóricas destinadas –es nuestra hipótesis– a manejar discursivamente una herida que podía resurgir, como el retorno de lo reprimido, aun después de décadas de vivir en Berisso. Todavía era el “mote infamante” y tenía la capacidad de lastimar.

Lo segundo que comprobamos fue que la leyenda urbana despectiva de “quemando el parquet” aún estaba viva y coleando en una Berisso obrera y abrumadoramente peronista. Nuestra idea es que esta leyenda tenía –y tiene– varias funciones. La más importante es que, como una forma de construir un otro radical, contribuye a manifestar dentro de las comunidades obreras a un otro parcialmente racializado, a través de la movilización de temas e imágenes relacionados con nociones de decencia y normalidad centradas en el hogar. La movilización explícita de los elementos discursivos raciales sería ilegítima tanto desde el punto de vista del discurso peronista nacional como en términos del *ethos* comunitario local.

Así, hay dos momentos que es preciso abordar analíticamente. Primero, la manera en que los santiagueños vivieron ese proceso de alterización, tanto en la década de 1940 (y cómo se asociaba el proceso a su relación con el peronismo) como en épocas más recientes. Parte de nuestro argumento implica en este caso una descripción de la posición del jornalero migrante dentro del discurso regionalista dominante en Santiago del Estero en los años treinta y cuarenta; podríamos decir que esto implica el bagaje discursivo que expresaba su percepción de sí mismos en Santiago y Berisso. Segundo, sostenemos que la categoría de cabecita y la leyenda concomitante de la destrucción y quema del parquet en comunidades obreras como Berisso (particularmente en los años del primer peronismo) deben explicarse en gran medida como parte de un proceso de subjetivación obrera que dependía de la construcción de un otro radical.

Hay dos escenarios involucrados en esta investigación de los migrantes internos. Uno tiene que ver a las claras con la recuperación de experiencias históricas específicas asociadas al peronismo y los migrantes santiagueños a través de la construcción y el examen del archivo histórico. El otro, en cambio, es ampliamente independiente de ese archivo y sus contornos empíricos, y depende antes bien de la naturaleza de las preguntas analíticas/teóricas hechas a esos materiales. En el caso de nuestra investigación, esto implicaba ocuparse seriamente de las cuestiones de formación subjetiva e identificación.

## **Ernesto Laclau**

Cualquier abordaje serio de los problemas de la formación subjetiva y la identificación en el peronismo parecería obligar a prestar la pertinente atención a la obra de Laclau. Sin embargo, y por curioso que parezca, esa atención ha sido relativamente poca, y casi inexistente dentro de la historia. Digo que es curioso en parte, claro está, por su estatus de crucial intelectual público, referente del kirchnerismo, y la asidua referencia

que hacen a su obra políticos del peronismo. (Recuerdo que hace algunos años, Antonio Cafiero mencionó su nombre en una entrevista.) Ahora bien, *La razón populista* tal vez sea uno de los grandes libros no leídos de épocas recientes. Invocado de manera retórica, comprado en abundancia pero rara vez leído. Puede suceder también que mi percepción esté falseada por anteojeras disciplinarias y que, de hecho, Laclau sea un gran punto de referencia dentro de la filosofía política o los estudios sociológicos del peronismo. Tal vez. Pero en los estudios históricos del movimiento peronista, creo que no nos equivocamos si decimos que el interés en abordarlo es mínimo. ¿Por qué? ¿E importa?

El propio Laclau no ha hecho mucho para hacerse querer por los historiadores del peronismo. Su obra, aun en su encarnación original en *Política e ideología en la teoría marxista*, tenía escaso interés para el análisis histórico detallado o los estudios de casos específicos. Si mencionaba ejemplos concretos de la historia argentina, lo hacía para brindar una explicación más pormenorizada de Yrigoyen y el radicalismo que del surgimiento del peronismo a mediados de los años 40. Esta actitud ha persistido. *La razón populista*, cuando se digna a hacer alguna referencia histórica concreta, se concentra en hechos de fines de la década de 1960 y comienzos de la década siguiente, momento en que Perón, desde el exilio, ejemplifica el papel del significativo vacío que articula las múltiples cadenas de equivalencia existentes dentro de su movimiento. En realidad, uno tiene la impresión de que Laclau sigue manejando principalmente un conjunto de referentes historiográficos tomados de los escritos de Jorge Abelardo Ramos y la izquierda nacional, de los que se empapó en su ya lejana juventud. La amplia expansión del archivo histórico sobre el peronismo en las últimas décadas, destacada por el libro de Acha y Quiroga, no parece haber despertado su interés (no lo ha hecho, sin duda, en su obra publicada).

Pese a ello, sigue pareciéndome curioso que los historiadores no se hayan ocupado más de su obra. No puede deberse simplemente a que ha herido nuestros sentimientos. Parte de la explicación puede ser que la insistencia de Laclau en elaborar un enfoque posmarxista le ha enajenado el favor de una ortodoxia discursiva dominante en el campo de la historia, que en sus códigos operativos depende esencialmente de una forma u otra de marxismo. En un sentido fundamental, este sigue siendo la *lingua franca* de nuestro campo. La preocupación primordial de Laclau ha sido, en cambio, el desarrollo de una teoría de la hegemonía que es en los hechos coextensa con una teoría del populismo (y lo político). En algún sentido, su punto de partida esencial fue y sigue siendo Gramsci. Apenas hace falta decir que en ese aspecto comparte muchos elementos con algunos de los textos fundacionales de análisis del peronismo. Sería imposible, por ejemplo, leer a Murmis y Portantiero

sin entender su basamento fundamentalmente gramsciano. (Considérese también la importancia de Gramsci en la obra de Emilio de Ípola, tal vez el intelectual argentino que, entre los autores dedicados al peronismo, se ha ocupado más seriamente de Laclau.)

Sospecho que una de las razones por las cuales *La razón populista* no ha tenido mayor impacto en la historia del peronismo es, también en parte, su título. Esto quizá parezca obvio, pero el texto de Laclau amenaza desbaratar la reconfortante borradura del populismo que se llevó a cabo con la “liquidación” de Germani, y que se ha consolidado como un pilar fundamental en la “normalización” del peronismo. Se aúna a esta situación el hecho de que, para construir una teoría de la razón populista, Laclau recurre en su libro más reciente a herramientas psicoanalíticas, y las usa para abordar algunos de los problemas que están en el centro de las primeras versiones sociológicas del peronismo, en particular la naturaleza del lazo entre el líder populista y sus seguidores (aunque liberada, desde luego, de las connotaciones germanianas de irracionalidad).

Ahora bien, los historiadores –con razón– tuvieron durante mucho tiempo un reflejo de sospecha en lo concerniente al psicoanálisis. (El trabajo de Omar Acha, claro está, es la excepción que confirma la regla). Pero esta actitud es seguramente contraproducente en el contexto presente. En nuestro campo ha llevado, entre otras cosas, a ignorar las obras de León Rozitchner sobre el peronismo (Mariano Plotkin es la excepción, aunque su libro sitúa a Rozitchner principalmente dentro de la historia del psicoanálisis en la Argentina, en vez de proponer una evaluación de su análisis de ese movimiento). *La razón populista* bien puede expresarse en el marco de un lenguaje que los no iniciados en los debates de la filosofía política y el psicoanálisis consideren difícil de digerir: cadenas de equivalencia, significantes vacíos, significantes amos, antagonismo, objeto *a*, el nombrar y la cita. Pero también vale la pena señalar que se trata de un texto que habla de “investidura radical de afecto” y, en última instancia, su tema es el amor que los seguidores sienten por el líder. Esto es en definitiva lo que permite la investidura del deseo que servirá de base al proceso de identificación con el líder y el movimiento (subjetivación).

Puede haber, por supuesto, toda clase de objeciones posibles a este tipo de análisis. Pero el terreno analítico que éste potencialmente abre es a no dudar de interés para los historiadores del peronismo. En un importante libro reciente de Jon Beasley-Murray, *Poshegemonía* (2010), se nos propone una crítica profunda de la teoría de la hegemonía de Laclau, sobre todo en su relación con el peronismo. Si bien no abandona el afecto, Beasley-Murray expone un enfoque alternativo del problema a través de la obra de Deleuze y Guattari. Al margen de ello, el intento

de Laclau de ofrecer una base para la comprensión de los procesos de subjetivación e identificación parecería ser relevante para los estudios del peronismo. Los historiadores de éste, después de todo, se manejan implícitamente sobre la base de una suerte de análisis de sentido común de la identidad/identificación, que está naturalizada y esencializada y, en lo fundamental, es ahistórica. Stuart Hall sugirió ver la identidad como un proceso de *devenir* y no de *ser*. En relación con el tipo de concepto de identidad constatado en personas como Laclau, sostuvo que, “de manera directamente contraria a lo que parece ser su carrera semántica preestablecida, este concepto de identidad *no* señala ese núcleo estable del yo que, de principio a fin, se desenvuelve sin cambios a través de todas las vicisitudes de la historia; el fragmento del yo que ya es y sigue siendo siempre ‘el mismo’, idéntico a sí mismo a lo largo del tiempo” (Hall, 2000).

Sospecho que si nos impulsaran a explicar qué queremos decir por identidad “peronista”, la mayor parte de nosotros (historiadores que escribimos sobre el peronismo) propondríamos una explicación fundada en referencias a una especie de escena primordial basada en los avances sociales y económicos del primer peronismo, una suerte de explicación materialista primitiva. Añadiríamos luego las referencias necesarias, aunque impresionistas, a una lealtad personal a Perón y Evita. El fundamento esencializador/naturalizador de este tipo de (no) explicación refleja directamente el sentido común autóctono: “siempre fui peronista”, “nacé peronista”, en razón del cual esa identidad es en última instancia un misterio enraizado en un acto de fe. En este escenario, el mismo lazo emocional suele reducirse a referencias a la sensibilidad y el sentimiento reflejados en la estructura de sentimiento fundamentalmente sentimental y nostálgica en la que vive el peronismo (y sus historiadores).

¿En qué consistiría una descripción apropiadamente histórica de la “investidura afectiva radical”? ¿Cómo podría construirse a partir del archivo? ¿A qué archivos apelaría? Por otra parte, ¿en qué momento histórico se genera el lazo, el acto de identificación basado en el ideal del yo? ¿Sigue el guión peronista y brota de la nada en el momento de la génesis fundacional, el 17 de octubre? ¿Es amor a primera vista? ¿Y, ya qué estamos, qué tipo de amor es? ¿Implica la completa adhesión al nombre conferido por el líder, el tipo de proyección amorosa idealizada a la que Freud se refirió como “yo ideal”? ¿O es la identificación parcial, fragmentada, que contiene elementos negativos? Además, ¿la investidura afectiva radical es la misma para Evita y para Perón? Está claro que no tengo las respuestas a estas preguntas, pero yo diría que son las que surgen de cualquier abordaje escrupuloso de Laclau, y las que una historia de los orígenes del peronismo haría bien en tomar en serio.

## Bibliografía

- Acha, Omar y Nicolás Quiroga (2012), *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo*, Rosario: Prohistoria.
- Beasley-Murray, Jon (2010), *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*, Buenos Aires: Paidós.
- Dove, Patrick (2011), "Political Ontologies: Hegemony and Anarchism in 1940s Argentina", ponencia presentada en Indiana University.
- Guber, Rosana (1999), "«El Cabecita Negra» o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina", *Revista de Investigaciones Folklóricas*, N° 14, pp. 108-120.
- Hall, Stuart (2000), "Who needs «identity»?", en P. du Gay *et al.* (eds.), *Identity: A Reader*, Londres: Sage-Open University.
- Hallward, Peter (2006), "Staging equality: on Rancière's Theatrocracy", *New Left Review*, N° 37.
- Halperin Donghi, Tulio (1975), "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, 56, 14, enero-mayo.
- James, Daniel (1987), "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 27, N° 107, pp. 445-461.
- Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lucaites, John (1997), "Visualizing «The People»: Individualism vs. Collectivism in *Let Us Now Praise Famous Men*", *The Quarterly Journal of Speech*, vol. 83, N° 3.
- Mackinnon, Moira (2002), *Los años formativos del partido peronista (1946-1950)*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina-Instituto Di Tella.
- Martínez, Ana Teresa (2007), "Obrajes, leyes del trabajo y prácticas políticas. Las luchas por la construcción del Estado en el proto-peronismo. Santiago del Estero, 1943-1945", *Revista Andina*, N° 44, pp. 117-142.
- Mirzoeff, Nicholas (2011), *The Right to Look. A Counterhistory of visibility*, Durham, Duke University Press.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero (1971), *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Plotkin, Mariano (2007), *El día que se inventó el peronismo: la construcción del 17 de octubre*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Ratier, Hugo (1975), *El cabecita negra*, Buenos Aires, CEAL.
- Torre, Juan Carlos (1990), *La vieja guardia sindical y Perón: sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Sudamericana.



## **PERFILES**

**Ricardo Falcón (1945-2010).**

***Alcances y límites de una propuesta historiográfica para el estudio del mundo de los trabajadores en Argentina***

*Lucas Poy*

(UBA - CONICET)

La tarea del historiador implica siempre el desafío de formular nuevas preguntas, plantear renovadas hipótesis y proponer enfoques originales, pero al mismo tiempo revisar, releer y recuperar –a la luz, como no puede ser de otra manera, de las inquietudes que plantea el presente– el trabajo de aquellos autores que dejaron su impronta en la historiografía. Es con ese objetivo que *Archivos* se ha planteado desde su lanzamiento la tarea de dedicar un artículo de cada número a trazar un “perfil” de destacados investigadores del área, con el fin de analizar críticamente sus aportes a la historia de los trabajadores y la izquierda. Si en los primeros dos números la sección estuvo dedicada a historiadores extranjeros como David Montgomery y Georges Haupt, en esta ocasión consideramos importante revisar el trabajo de quien ha realizado una de las más importantes contribuciones a la historia de los trabajadores en Argentina: tómesese este examen crítico de su obra como una reivindicación de sus aportes a la historia de los trabajadores en nuestro país y una reflexión sobre las líneas de trabajo que, a partir de sus reflexiones, pueden ser recuperadas en tanto siguen en agenda para investigaciones futuras.

### **Entre Rosario y París, entre la militancia y la academia**

Ricardo Miguel Falcón nació en Rosario en 1945. Esa “Barcelona argentina”, cuna de un formidable movimiento obrero desde fines del siglo XIX, fue no solamente el objeto de estudio de muchas de sus investigaciones sino su lugar en el mundo: con la excepción del período 1964-1969 –cuando residió en Buenos Aires–, y de los años del exilio, durante la última dictadura militar, allí vivió durante casi toda su vida, hasta su muerte en 2010. Su labor como historiador del movimiento

obrero comenzó en su madurez, cuando superaba los treinta años: durante su juventud se dedicó a protagonizar, antes que a investigar, la historia de los trabajadores y la izquierda, gracias a una destacada militancia política de más de una década. Luego de un breve paso por el PRT La Verdad, el grupo dirigido por Nahuel Moreno, Falcón se incorporó a fines de la década de 1960 a las filas de Política Obrera (PO), agrupamiento también trotskista dirigido desde 1964 por Jorge Altamira, antecesor del actual Partido Obrero.

Pronto se convirtió en un dirigente del partido en su ciudad natal. Según María de los Ángeles Yannuzzi, ya en 1971 Falcón era el responsable político de PO en la ciudad de Rosario y “tenía a su cargo los seminarios internos de formación política” (2011: 45). Debido a su papel dirigente como responsable de la regional, Falcón no tardó en ser parte de la dirección nacional: ese mismo año participó en un plenario que fundó la organización juvenil nacional de PO, en la localidad bonaerense de Castelar, y más tarde sería incorporado al comité central. Falcón había trabajado como periodista en Radio Belgrano, en Buenos Aires, y en el diario *Hoy* de Rosario y cursado estudios de Historia y Derecho en la UBA y en la UNR, que quedaron incompletos (Gotta y Mugica, 2008: 68). Tal como hicieron numerosos jóvenes militantes de PO en ese período, decidió “proletarizarse” e ingresó a trabajar como obrero del frigorífico Swift. Participó activamente en la huelga de Villa Constitución, en 1974: durante ese conflicto, en un allanamiento policial a su domicilio, cuando el propio Falcón se encontraba ausente, fueron detenidos varios militantes de PO que quedaron a disposición del Poder Ejecutivo; entre ellos Néstor Correa, actual dirigente de la gremial docente de la UBA, y Bernardo Gallitelli, primo de Falcón, que se desempeñaba como obrero de Acindar. Falcón permaneció en Rosario algún tiempo después del golpe de marzo de 1976: otro militante rosarino de PO, Gustavo Spektor, recuerda que debieron pasar la noche en un hotel de Constitución en enero de 1977, luego de que ambos escaparan de Rosario debido a un secuestro reciente de dos compañeros.<sup>1</sup>

Fue entonces cuando, tras un paso por Brasil, Falcón decidió exiliarse en París. En dicha ciudad existía una amplia comunidad de exiliados políticos argentinos, que desarrollaban una importante actividad militante tanto en el seno de sus propias organizaciones como en el marco de diferentes agrupamientos de solidaridad con las víctimas de la represión y de defensa de los derechos humanos. Política Obrera, en particular, tenía un importante trabajo en Francia,

---

1. Agradezco los aportes de Osvaldo Coggiola, Néstor Correa, Gustavo Spektor, Jorge Gelman, Juan Ferro, Christian Rath y Andrés Roldán, compañeros de militancia de Ricardo Falcón que contribuyeron a esta sección con diferentes recuerdos y apreciaciones sobre su actividad política en los años 70.

entre otras cosas por sus vínculos con la Organisation Communiste Internationaliste, partido dirigido por Pierre Lambert que compartió hasta 1978 un agrupamiento internacional con PO y otros grupos trotskistas, como el POR boliviano de Guillermo Lora. Marina Franco señala que en París “había un núcleo significativo [de Política Obrera] que mantuvo militantes dentro del CAIS (Comité Argentino de Información y Solidaridad) y, especialmente, en el TYSAE (Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio)” (2008: 112). En este marco, y ya en París, Falcón siguió vinculado a la militancia en PO, al tiempo que desarrollaba sus estudios de grado y posgrado en Historia. Existía, de hecho, todo un núcleo de militantes y simpatizantes de PO volcados al estudio de esa disciplina: Osvaldo Coggiola, Jorge Gelman, Edgardo Bilsky, Diana Quattrocchi, Zacarias Moutoukias, Bernardo Gallitelli y el propio Falcón, entre otros.

Durante los primeros años del exilio la actividad académica-profesional de Falcón y varios de los exiliados de PO continuó vinculada a una intervención política y militante: el primero de sus artículos, dedicado a analizar la “lucha de tendencias” al interior del Partido Socialista argentino en los años finales del siglo XIX, fue de hecho publicado en una revista llamada *Apuntes para la historia del movimiento obrero e internacionalista latinoamericano*, editada en Ámsterdam y vinculada claramente a la militancia internacional de PO (Falcón, 1979). Si bien el campo de interés de las investigaciones de Falcón ya se constituía claramente en torno al período formativo del proletariado argentino, dedicó algún tiempo a examinar la resistencia obrera a la dictadura, una inquietud sin dudas relacionada con su militancia política que se plasmó en un trabajo publicado en Ámsterdam en 1982, en una compilación editada por Andrés Thompson y Bernardo Gallitelli y reelaborado para una republicación en Argentina casi quince años más tarde (Falcón, 1982, 1996).

Con el correr de los años, de todas formas, la actividad académica de Falcón comenzó a tomar un vuelo propio: si bien continuó vinculado a PO hasta 1981, encontramos que su trabajo intelectual se aleja del vínculo con los militantes exiliados al tiempo que se estrecha la relación con historiadores profesionales franceses. Quien jugará aquí un rol fundamental es Robert Paris, destacado historiador del movimiento obrero y la izquierda, con quien Falcón establecerá un vínculo que marcará su formación profesional: mientras desenvolvía su investigación doctoral en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), sobre los orígenes del movimiento obrero argentino, Falcón formaba parte del equipo que elaboraba un “Diccionario Biográfico del Movimiento Obrero Latinoamericano”, bajo la dirección de Paris y con la participación de otros jóvenes investigadores argentinos, como Eduardo Bittloch, Bil-

sky y Gallitelli.<sup>2</sup> Falcón también estableció un vínculo con Madeleine Rebérioux, otra destacada investigadora de la historia del movimiento obrero, que sería la directora de su tesis de doctorado.

Al tiempo que desarrollaba su formación en la EHESS, Falcón fue alejándose políticamente de PO: los debates en torno a la guerra de Malvinas, su participación en las reuniones convocadas por Hipólito Solari Rigoyen en París junto a otros exiliados argentinos y, más en general, todo un clima de época que apuntaba a una revalorización de la “democracia”, dan marco a un replanteo político que llevó a nuestro autor a depositar, como muchos otros intelectuales, una fuerte expectativa en la propuesta política de Raúl Alfonsín. Rastreando el proceso compartido que los llevó de la militancia de izquierda a las simpatías por la propuesta alfonsinista, Hugo Quiroga señaló que, en esos años iniciales de la década de 1980, lecturas “de Gramsci, de Aricó, de Poulantzas, de Perry Anderson, de Agnes Heller, de André Gorz” los habían llevado “a comprender que era imposible la vía al socialismo sin instituciones democráticas”. Según Quiroga, “este recorrido acentuó el estudio de Ricardo por la historia del movimiento obrero, antes que seguir pensando en la creación de un partido proletario” (2011: 67).

Falcón retornó a la Argentina y a su Rosario natal en mayo de 1984, en este contexto marcado por el entusiasmo de toda una generación de ex militantes de izquierda por las oportunidades que abría la “primavera democrática”. A poco de su llegada se vinculó con la Universidad de Rosario, que se encontraba como otras en pleno proceso de renovación: su primera participación en la vida universitaria argentina fue el dictado de un seminario final sobre historia del movimiento obrero en la Facultad de Humanidades y Artes, así como un curso para graduados sobre “Pensamiento argentino y latinoamericano”. A comienzos de 1985 volvió a París para defender su tesis de doctorado frente a un jurado integrado por Rebérioux, Paris y Ruggiero Romano. Luego retornó definitivamente a la Argentina y se radicó en Rosario, integrándose ya formalmente a la universidad: en octubre de ese año un jurado integrado por Hilda Sabato, Leandro Gutiérrez y Waldo Ansaldi lo declaró ganador de un concurso de titular de la materia Historia Política Argentina en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales.

Sería en esa facultad donde Falcón desempeñaría desde entonces su actividad académica, dictando, además, clases de Historia Latinoamericana Contemporánea. Junto a las tareas docentes, reforzó rápidamente su labor como investigador, luego de su ingreso al CONICET en

---

2. Una parte de la investigación realizada bajo la dirección de Paris sirvió de insumo para un artículo publicado recién a comienzos de la década de 1990: Falcón, Macor y Monserrat (1991).

1988. Falcón se destacaría particularmente como un gran formador de jóvenes investigadores, interesados en la historia del movimiento obrero en nuestro país y especialmente en Rosario. Participó también en la creación de distintas redes y espacios académicos en ese contexto de reactivación y renovación que caracterizaba a la década de 1980: si en su propia unidad académica creó el Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales Argentinos y Latinoamericanos, que editaría los *Cuadernos del CIESAL*, se integró también a iniciativas de mayor alcance interregional, como la revista *Estudios Sociales*, vinculada a la UNR, la UNL de Santa Fe y la Universidad del Comahue, y un “Grupo de Estudio de los Sectores Populares y el Movimiento Obrero”, surgido luego de la realización de las primeras Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia en 1988.

Desde entonces y hasta su muerte, Falcón desarrolló su actividad docente y profesional en el marco del CONICET y la UNR: además de la edición de partes de su tesis doctoral en la colección del Centro Editor de América Latina, a mediados de la década de 1980, publicó más de una decena de artículos en diversas revistas y compilaciones, participó como editor en una obra sobre el movimiento obrero argentino editada en Londres y New Jersey (Falcón, Munck y Gallitelli, 1987), coordinó un tomo de la colección *Nueva historia argentina* de Editorial Sudamericana (Falcón, 2000a) y, en 2005, publicó un nuevo libro dedicado a los orígenes del movimiento obrero rosarino. Su larga lucha contra una enfermedad que finalmente lo llevó a la muerte dificultó crecientemente su actividad como formador de investigadores y lo fue alejando progresivamente de la producción historiográfica.

La prioridad que dio a la actividad profesional y académica, si bien se enmarcó como vimos en un proceso de alejamiento de la militancia revolucionaria que había desarrollado en su juventud, no implicó el cierre de sus inquietudes políticas. En el marco del acercamiento al alfonsinismo que caracterizó a muchos intelectuales de su generación, Falcón formó parte de la filial rosarina del Club de Cultura Socialista, que según Silvana Carozzi “nunca tuvo la solidez del contemporáneo porteño, pero llegó a concretar alguna serie muy corta de reuniones” y cuya actividad se extendió hasta entrada la década de 1990 (2011: 38). El fracaso de la experiencia radical provocó en Falcón, como en muchos otros que habían abrigado ilusiones similares en el gobierno de Alfonsín, un relativo retraimiento de la actividad política: la inquietud por encontrar un marco político de referencia lo llevó de todas formas a acercarse e incluso afiliarse al socialismo santafesino, que gobierna la ciudad de Rosario desde mediados de la década de 1990 y la provincia desde 2007. Falcón encontró así, en los años finales de su vida, un “reencuentro” entre sus temas de investigación y su militancia política:

su muerte dejó trunco el proyecto de escribir una historia general de las primeras épocas del PS, algunos de cuyos capítulos fueron publicados en forma póstuma en 2011 (ver Falcón, 2011a y 2011b).

### **“Una historia de los trabajadores con pretensión de globalidad”**

Realizar una caracterización historiográfica de la obra de Ricardo Falcón no resulta una tarea sencilla, en primer lugar porque se trata de un autor que pocas veces incluyó en sus trabajos una referencia a las fuentes teóricas y metodológicas en las que abrevaba. Sin dudas su obra se enmarca, de un modo general, en el contexto de renovación que tuvo lugar en la década de 1980 y en el cual jugó un papel destacado el interés por la historia de los trabajadores en el período pre-peronista. Los trabajos de Falcón, como los del equipo de historiadores del PEHESA (Luis Alberto Romero, Leandro Gutiérrez, Ricardo González, Juan Carlos Korol, Hilda Sabato), pueden ser leídos en este sentido como expresión de una nueva producción intelectual que señaló los límites de las viejas “historias militantes”, hasta entonces dominantes en la historiografía del movimiento obrero.

Esta visión, sin embargo, es demasiado simplificadora y se hace necesario un análisis más complejo. Las elaboraciones de los autores vinculados al PEHESA se trazaron toda una propuesta de trabajo que implicaba reexaminar la historia de los trabajadores con el objetivo de buscar rastros de una experiencia democrática que, a pesar de haberse visto empañada una y otra vez a lo largo del siglo XX, debía “anidar” de un modo u otro en diferentes espacios de la sociedad civil. Aunque se reivindicaba explícitamente la institucionalización de la actividad de los historiadores y la necesidad de que las investigaciones tuvieran un carácter profesional, alejado de inquietudes militantes, lo cierto es que la distancia entre historia y compromiso político se exigía más en relación con las corrientes de izquierda que con la experiencia alfonsinista, con la cual los miembros fundadores del PEHESA comulgaban explícitamente. Este énfasis en la diferenciación con la historia clásica del movimiento obrero, que llevó pocos años más tarde a plantear el rechazo a la utilización del concepto de “clase obrera” y a su reemplazo por el de “sectores populares”, inseparable de ese contexto político de reivindicación de la experiencia democrática de los 80, es por cierto menos identificable en los trabajos de Falcón. Si es indudable que su alejamiento de Política Obrera coincidió con una creciente simpatía y afinidad con el gobierno radical, no es menos cierto que su vínculo con los intelectuales del PEHESA, radicados en Buenos Aires, es menos directo y que su perfil historiográfico muestra aportes peculiares, que

responden a influencias teóricas e intelectuales más complejas que deben ser examinadas.

En primer lugar, la propia trayectoria militante de Falcón jugó un papel sin dudas importante en su formación intelectual: como hemos visto, incluso en los años del exilio siguió vinculado a un grupo de militantes dedicados al estudio de la historia y activo en las filas de la comunidad política de exiliados. A esto debemos sumar la fundamental influencia que jugó en su formación el contacto con la escuela francesa de historia de la izquierda y el movimiento obrero: Falcón fue, en gran medida, un discípulo de investigadores de la talla de Paris, Haupt y Rebérioux. Tanto su formación militante como su vínculo con la escuela de historiadores franceses contribuyeron a delinear en Falcón una inquietud por la historia política del movimiento obrero y las izquierdas, mucho menos presente en otros historiadores del contexto de la renovación historiográfica argentina de los años 80.<sup>3</sup>

Sin dudas estas influencias en las cuales abrevó Falcón a fines de la década de 1970 y comienzos de la siguiente deben ponerse en relación con ese contexto más general de lecturas y relecturas que caracterizaba a muchos intelectuales de la época, en el cual los historiadores marxistas británicos ocupaban sin duda un lugar destacado: Agustina Prieto recuerda cómo en 1984 Falcón “irrumpió, flaco y desgarrado, en el páramo académico que era entonces la Facultad de Humanidades y Artes de Rosario, con el bolso de cuero azul lleno de fichas y el libro de E.P. Thompson, *The making of the English working class*” (2011: 18). Lo que nos interesa destacar aquí, en todo caso, es que las influencias que dieron forma a la perspectiva historiográfica de Falcón son ciertamente múltiples. Enrique Mases señaló en este sentido que lo caracterizaba un “eclecticismo militante”, en tanto “en cada uno de los temas las fundamentaciones teóricas recurrían a una gama sumamente heterogénea de autores disímiles” (2011: 50-51).

Sus reflexiones historiográficas más explícitas pueden encontrarse en dos trabajos relativamente poco conocidos, publicados en el extranjero: uno en una revista costarricense (Falcón, 1988) y otro en una compilación editada en Uruguay (Falcón, 1989). Citando a George Haupt, allí reconocía que la aparición de una “historiografía universitaria” intere-

---

3. Diego Armus (2011) ha insistido en la importancia de esta influencia francesa en la formación de Falcón: profundizando en la misma línea, Fernando Devoto subrayó que “no eran las ingeniosas invenciones de la llamada tercera generación de *Annales* las que parecen haberlo atraído, sino aquel clima que podía percibirse en torno a la reconocida revista *Le Mouvement Social*”, una publicación que estaba abierta “a las novedades metodológicas”, pero “no dejaba de conservar una fuerte relación con la tradición erudita y con los temas y modos de enfoque clásicos de la historia obrera” (2011: 85).

sada en la historia de los trabajadores tomaba sus fuentes fundamentales en autores como E.P. Thompson, Eric Hobsbawm, Michelle Perrot y Rollande Treppe. Lo interesante de su lectura es que señalaba que, más allá de estas fuentes bibliográficas, esta renovación historiográfica debía ponerse en relación con una serie de cambios políticos e ideológicos que daban lugar “a un nuevo tipo de relación entre los intelectuales y la política”, caracterizada por una “desacralización de la clase obrera” y su potencial revolucionario. Pero si a nivel internacional esto podía plantearse aún en el terreno de la llamada “nueva izquierda”, que al calor de los acontecimientos de fines de la década de 1960 revisó muchos de los planteos de los partidos tradicionales sin alejarse del activismo en diversos movimientos sociales, en Argentina estos cambios se procesaron en un terreno mucho más alejado de la izquierda y de los trabajadores, por los cuales las discusiones se mantuvieron por lo general en el terreno académico antes que en el político (1988: 164).

A partir de estos señalamientos, Falcón intentaba tomar una posición de difícil equilibrio frente a las elaboraciones del PEHESA: sostenía que “la puesta entre paréntesis del concepto de clase obrera en las primeras épocas de la historia de los trabajadores en Argentina no puede menos que parecernos saludable, aunque no compartamos todos sus análisis” (1988: 165). Según su lectura, los nuevos enfoques presentaban “algunos riesgos importantes de unilateralidad”, en tanto si antes “lo político” era lo dominante, ahora el auge de “lo social” o “lo cultural” parecía excluirlo (1989: 150). Recomendaba explícitamente, en este punto, un abordaje capaz de desarrollar una interpretación que combinara los elementos “sociales”, priorizados por la renovación historiográfica, con los elementos “políticos” característicos de la historiografía obrera más tradicional.

Falcón solía referirse a esta propuesta como una “historia de los trabajadores con pretensión de globalidad”: si bien era inevitable que los estudios particulares examinasen aspectos parciales, sea temáticos, cronológicos o regionales, siempre se debía apuntar a elaborar conclusiones de conjunto que integrasen diferentes inquietudes parciales. Diferenciándose de las obras de los investigadores del PEHESA, señalaba:

Saber cómo los trabajadores vivían su propia existencia, conocer sus prácticas cotidianas, tratar de detectar la ‘cultura’ dominante –o las formas de cultura– son tareas de primer orden. Pero estas formas de pensamiento popular fragmentarias no se expresan al margen de las propuestas ideológicas de un pensamiento más sistemático lanzadas por los distintos actores sociales e incluso por las elites dirigentes del movimiento obrero. Hay una relación recíproca. (1988: 172)

Su conclusión era que la utilización del término “sectores populares” podía ser correcta “para los primeros periodos de la historia de los trabajadores en Argentina, por lo menos hasta la última década del siglo XIX, en la medida que la indiferenciación social y política en la masa de trabajadores de la época es muy grande”. Su empleo para periodos posteriores, sin embargo, resultaba problemático, en tanto “a partir de entonces el empleo de ‘sectores populares’ supone que la clase obrera no se ha constituido aún”. Su opción, en este punto, era analizar “el proceso de construcción, de constitución, permanente de la clase obrera –y no de su simple determinación por los grados de industrialización– tal como lo hace E.P. Thompson” (1989: 164-165).

### **Lo social y lo político en el proceso de formación de la clase obrera**

Todo este cruce de influencias en la formación de Falcón puede ser rastreado en su obra. La preocupación por la historia política e intelectual de las corrientes activas en el mundo de los trabajadores se advierte no solo en el citado primer artículo, sobre la lucha de tendencias en el Partido Socialista de fines del siglo XIX, sino en otro elaborado poco tiempo más tarde –aunque publicado recién en 1985–, en el marco de un seminario dictado por Robert Paris, y dedicado a examinar la figura de José Ingenieros. Se trata de un trabajo en el cual es posible advertir una continuidad de la preocupación por las etapas tempranas del socialismo local al mismo tiempo que una inquietud por la historia intelectual y de las ideas, característica de la escuela francesa en la cual estaba haciendo sus primeras armas como investigador (Falcón, 1985b). Algunos años más tarde, ya de regreso en Argentina, Falcón publicó junto a Hugo Quiroga un trabajo sobre la historia reciente del Partido Comunista: si a priori puede parecer un tema relativamente alejado de las preocupaciones que guiaron su trabajo historiográfico, muestra sin embargo la persistencia de esta inquietud por la historia política de la izquierda (Falcón y Quiroga, 1987).

Aunque la tesis doctoral de Falcón, *L’Immigration, les travailleurs et le mouvement ouvrier en Argentine, 1870-1914*, nunca fue publicada como tal, ni en francés ni en español, fue a partir del trabajo contenido en esa investigación que surgieron las que probablemente sean sus obras más influyentes: los dos libros que, con un intervalo de dos años, publicó en la famosa colección del Centro Editor de América Latina (1984 y 1986): *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, por un lado, y *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, por el otro. A pesar de tratarse de trabajos no muy extensos, como por otra parte era habitual en las publicaciones de dicha colección, los libros alcanzaron una amplia repercusión y se

convirtieron en obras de referencia obligada para todos los interesados en las etapas tempranas del movimiento obrero local, en un contexto de revitalización del interés por la historia de los trabajadores.

Ambos libros muestran una serie de importantes elementos comunes, que ponen de manifiesto que son el producto de una misma investigación. En primer lugar, se ponía de relieve la preocupación de Falcón por abordar el estudio del período formativo del movimiento obrero, ya presente en sus primeros artículos, con una perspectiva que fuera más allá de los abordajes que habían predominado en la “historiografía militante” pero sin perder de vista un examen de los clivajes políticos de la historia del movimiento obrero. Tal como señalaba en la introducción del primero de sus libros, se planteaba la tarea de estudiar los orígenes del movimiento obrero argentino en relación con las transformaciones sociales acaecidas como consecuencia del proceso inmigratorio y las transformaciones del capitalismo local, pero ello no negaba “la necesidad de estudiar también sus aspectos políticos, ideológicos e incluso el papel desempeñado por los individuos” (Falcón, 1984a: 10).

Falcón se dio a la tarea de examinar “los orígenes del movimiento obrero argentino en directa relación con el proceso de conformación de la clase obrera y del conjunto de transformaciones sociales de la época” (1984a: 9). Esa doble inquietud estructura todo el trabajo: la primera parte está dedicada a analizar la formación de una capa de artesanos y trabajadores urbanos, desde la década de 1850, y el modo en que en ese marco social se desarrollaron las primeras experiencias organizativas –en forma de mutuales y primeras sociedades de oficios– de los trabajadores. En este punto se inscribe uno de los principales aportes del libro, producto de la investigación realizada en el IISG de Ámsterdam: la reconstrucción de la experiencia de los militantes vinculados a la AIT en Buenos Aires, durante los primeros años de la década de 1870. La segunda parte del libro continúa con este doble abordaje, pero para un período posterior: si en primer término se examina el proceso de “formación del proletariado” que, al calor de las transformaciones económicas y sociales que acompañaron a la consolidación del capitalismo local, tuvo lugar en las últimas dos décadas del siglo XIX, se complementaba ese análisis con la dinámica de estructuración del “movimiento obrero” y las corrientes anarquistas y socialistas.

*El mundo del trabajo urbano* se adecuaba más a las nuevas inquietudes dominantes en la historiografía de los 80: allí Falcón se concentraba menos en la historia política del movimiento obrero y otorgaba una atención privilegiada a examinar las “condiciones de vida” de los trabajadores, extendiendo por otra parte el análisis hasta 1914. Falcón proponía así una mirada que buscaba ir más allá de un análisis de las condiciones de trabajo experimentadas por los obreros en fábricas o

talleres. Sugería en este marco la utilización de la categoría “mundo del trabajo”, entendido como “el conjunto de relaciones que los trabajadores individual y colectivamente establecen en la esfera de la producción, el ámbito de los lugares de trabajo, entre sí, con los patrones, con el Estado y con las organizaciones y movimientos que pretenden representarlos” (Falcón, 1986: 10). Con este objetivo, el libro exploraba las condiciones laborales del proletariado en este período temprano, dedicando especial atención al trabajo femenino e infantil, las características de los procesos de trabajo en fábricas y talleres, el trabajo a domicilio, etc. Pero además se examinaba el vínculo de los trabajadores con los patrones y el Estado, la estructuración de las primeras organizaciones obreras y, en un capítulo final, la “actitud” que los propios trabajadores desarrollaban ante su labor, configurando lo que Falcón llamó una particular “cultura del trabajo” que podía modificarse según el período, la zona o incluso la rama productiva que se tomara en consideración.

Posiblemente sea en este tramo final del libro donde se encuentran algunas de las hipótesis más sugerentes. Según Falcón, es posible advertir dos “tendencias” en cuanto a la actitud de los trabajadores frente a la cultura del trabajo, separadas cronológicamente por los años finales del siglo XIX. Si en un primer período era dominante una “cultura” menos conflictiva, en la cual se notaba el peso de cierta posibilidad de ascenso social que llevaba a muchos trabajadores a desarrollar una “autodisciplina” que les permitiera una mejora en su situación a través de su ingreso a las filas de los pequeños propietarios, en el segundo tramo ya es posible encontrar un mayor peso de la conflictividad y los choques de clase, que mostraban que para muchos obreros su posición social era inmodificable y lo que se planteaba era una lucha colectiva para mejorar sus condiciones de vida. Buena parte de estas reflexiones sobre la “cultura del trabajo” fueron recuperadas y ampliadas en un artículo publicado en una compilación editada por Diego Armus en 1990, *Mundo urbano y cultura popular*. Allí Falcón complejizaba algunos de los argumentos, planteando por ejemplo la interrelación entre transformaciones estructurales (mayor tamaño de las fábricas, mayor división del trabajo, aumento del disciplinamiento en el lugar de trabajo, debilitamiento de los oficios) y los cambios en la actitud colectiva y la “cultura del trabajo”, que iba en conjunto con un fortalecimiento de los sindicatos y de la conflictividad huelguística. Al mismo tiempo reforzaba la idea de que, más allá de estas dos grandes tendencias que dominan en cada período, hay una “persistencia minoritaria en cada una de esas etapas de la tendencia antagónica a la dominante” (Falcón, 1990).

Fernando Devoto ha señalado que otro de los aspectos en los cuales puede advertirse la influencia de su formación francesa es en la preocupación de Falcón por incorporar la cuestión de la inmigración a su

estudio de la formación del movimiento obrero. Más específicamente, encontramos en su obra una inquietud por el peso de las diferenciaciones nacionales y étnicas en el complejo proceso de estructuración de una identidad obrera, que debía absorber tradiciones cosmopolitas y diversas. En un importante artículo publicado en 1992, en una compilación editada por el propio Devoto y Eduardo Míguez, Falcón revisó el papel jugado por la “cuestión étnica” en el proceso de formación del movimiento obrero local. Allí destacaba, en primer término, la posibilidad de identificar cierta correlación entre grupos étnico-nacionales y pertenencia a determinados oficios o categorías profesionales. En segundo lugar, y en relación con lo anterior, Falcón mostró que es posible advertir la estructuración de una cierta “escala jerárquica” entre inmigrantes de diverso origen, desde los que ocupaban los oficios más calificados hasta aquellos vinculados a los trabajos de menor remuneración y calificación. Puso de manifiesto, además, que esta jerarquía fue modificándose con los años, a medida que la inmigración daba lugar a un predominio de diferentes grupos nacionales que ocupaban, en general, los lugares menos calificados y daban lugar así a un relativo “ascenso social” de grupos nacionales con una presencia de más larga data en el país. Por último, pero no menos importante, Falcón examinaba las dificultades que planteó esta heterogeneidad étnica para la estructuración de la clase obrera local, poniendo de relieve la existencia de conflictos y disputas interétnicas que eran contestadas por los sectores políticamente activos de la izquierda, partidarios de reforzar la unidad obrera más allá de las diferencias nacionales.

### **El movimiento obrero, el régimen político y la caracterización del yrigoyenismo**

Si en la preocupación por la historia política e intelectual de la izquierda y el movimiento obrero puede advertirse la influencia de su pasado militante y de su formación historiográfica en Francia, sin dudas hay otros aspectos de la producción de Falcón donde podemos encontrar un mayor peso de las inquietudes que marcaban a la generación de historiadores argentinos que se volcaron al estudio del mundo de los trabajadores en esos años. Uno de ellos es la pregunta acerca de la relación que se estableció entre ese naciente movimiento obrero y el Estado: si, por una parte, esa inquietud implicaba una reflexión acerca de los modos en que los gobiernos conservadores enfrentaron la llamada “cuestión social”, por la otra llevaba también a un examen de los cambios que esa relación había mostrado con la llegada al poder de los radicales luego de la Ley Sáenz Peña. Los aportes de Falcón contribuyeron desde su lugar a esa lectura empática que surgía desde

diferentes vertientes para con la experiencia radical de 1916-1930, en una operación que sin duda no puede desvincularse de la simpatía de muchos de los investigadores con el alfonsinismo.

Falcón abordó la cuestión a partir de un examen de la experiencia que tuvo lugar en su propia ciudad: en dos artículos publicados en 1992 y 1993, el segundo en colaboración con Alejandra Monserrat, estudió los cambios que se observan en la relación entre el Estado y el movimiento obrero en Rosario antes y después de la sanción de la Ley Sáenz Peña. Ocurre que fue en la provincia de Santa Fe donde tuvo lugar la primera experiencia de gobierno radical, desde 1912: para nuestro autor “significó un cambio sustancial, inédito hasta entonces en todo el país, en las relaciones entre el Estado y el movimiento obrero” (1993: 35) y constituía por lo tanto un laboratorio donde advertir muchos de los elementos que se plasmarían a nivel nacional desde 1916.

El aporte de Falcón y Monserrat constituía una propuesta original en dos sentidos: por un lado, discutía con la hipótesis de David Rock, que explicaba el acercamiento del radicalismo gobernante a los trabajadores a partir del objetivo de “incrementar las adhesiones electorales”. Para los autores, existían “lazos previos” del radicalismo con los trabajadores que resultaban claves para entender que, una vez en el gobierno, los radicales no buscaron tanto “captar” apoyos obreros sino “mantener y solidificar esa relación” (1993: 31). En segundo lugar, la perspectiva de los autores complejizaba las lecturas simplistas que veían como incompatible la simpatía de muchos trabajadores con el radicalismo y la continuidad de prácticas sindicales clasistas: mostrando que el caballerismo santafesino era una peculiar experiencia que combinaba elementos nacionalistas y populares, Falcón y Monserrat sostenían que muchos trabajadores “volcaban sus preferencias políticas hacia el radicalismo, pero también participaban en las luchas sindicales dirigidas por la F.O.R. anarquista” (1993: 30). El elemento común era un “antipoliticismo y antiestatismo” que permitía “que trabajadores de simpatías radicales militaran sindicalmente con los anarquistas” (1993: 30).

Estos elementos novedosos en el examen de la relación Estado-sindicatos en la Santa Fe de la década de 1910 se relacionan con la inquietud de Falcón por examinar las políticas sociales de los gobiernos radicales pero también con reflexiones que se desprendían de su estudio sobre las características del movimiento obrero en el período previo. En este sentido el mismo carácter de “bisagra” que une diferentes preocupaciones lo encontramos en el que tal vez sea su artículo más celebrado: “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social (1890-1912)”, publicado en 1987. El principal logro del artículo es que ponía en relación el estudio del movimiento obrero y el ascenso de la conflictividad social de comienzos del siglo XX con la crisis del

régimen político oligárquico. Si, por un lado, el debate que tuvo lugar en las filas de la oligarquía sobre posibles vías reformistas a la crisis se interpretaba a la luz de los condicionamientos que la propia agitación obrera planteaba a la dominación del “orden conservador”, por otro lado se analizaban las diferentes propuestas políticas de las corrientes activas en el mundo del trabajo en directa relación con esa crisis, a la cual no solo la “elite” debía dar respuesta.

De este modo, la originalidad de la propuesta de Falcón consistía en dar una nueva respuesta a la pregunta sobre las causas que llevaban, en el movimiento obrero argentino antes del Centenario, a un predominio político de los anarquistas. A diferencia de interpretaciones previas –ligadas a un molde interpretativo esquemático de raigambre stalinista– que proponían como explicación el carácter “atrasado” de la clase obrera local, el peso del artesanado, o la influencia de inmigrantes de origen latino, Falcón desarrolló una hipótesis que corría el eje de una supuesta necesidad histórica dictada por condicionantes “estructurales” y proponía una lectura que devolvía la necesaria contingencia que surge de la lucha política. El éxito relativo de los anarquistas obedecía a su capacidad de dar una “respuesta” más satisfactoria que sus adversarios políticos a las principales cuestiones que estaban planteadas en esos años críticos: la relación con el régimen político, la posición frente a las luchas reivindicativas que enmarcaban la llamada “cuestión social” y la cuestión de la asimilación de los inmigrantes. Según Falcón, frente a un socialismo que consideraba las luchas reivindicativas y huelguísticas como un método arcaico y ponía en primer plano la vía parlamentaria, reclamando a los trabajadores que se nacionalizaran para participar de un sistema electoral fraudulento, resultó más eficaz la interpelación anarquista, que impulsaba un desenvolvimiento de las tendencias de lucha de los explotados sin requerir una nacionalización que era vista por muchos trabajadores como una elección con mayores costos que beneficios, dado el carácter fraudulento del régimen político y la posibilidad de mantener ciertos beneficios conservando el vínculo con sus comunidades nacionales de origen.

Desde mediados de la década de 1990 la producción de Falcón se hace más esporádica, al tiempo que sus planteos van perdiendo esa personalidad propia que los había caracterizado y se observa una mayor coincidencia con las posiciones de otros investigadores más vinculados a la experiencia del PEHESA. Esto puede advertirse en sus colaboraciones en la colección *Nueva Historia Argentina*, editada por Sudamericana: Falcón coordinó el tomo 6, dedicado a las presidencias radicales, y escribió en el mismo dos artículos. El primero de ellos, escrito junto a Alejandra Monserrat y dedicado a examinar la dinámica del movimiento obrero en el período 1916-1930, nos muestra la versión más complaciente de

Falcón para con las presidencias radicales: su examen destacará mucho más los intentos de Yrigoyen de intervenir en los conflictos laborales para ganarse la adhesión de los trabajadores que las fuertes medidas represivas tomadas durante esos años, presentadas en general como consecuencia indeseada de la presión provocada por los empresarios y sus organizaciones para-estatales, como la Liga Patriótica. El otro artículo de Falcón en ese tomo de la Nueva Historia Argentina, titulado “Militantes, intelectuales e ideas políticas”, examinaba cuestiones menos trabajadas en su obra, como el desarrollo de un pensamiento antipositivista en los años posteriores al Centenario o el impacto de la revolución rusa en los medios políticos locales, que de todas formas ponían de manifiesto una continuidad de viejas preocupaciones de Falcón por la historia intelectual. También en este caso observamos un énfasis en los mecanismos de integración que habrían caracterizado al gobierno radical, en el marco de su examen sobre la influencia del pensamiento krausista en Yrigoyen: según Falcón, dicho pensamiento “habría contribuido dentro y fuera, antes y en el radicalismo, a la formación del Estado benefactor” (2000a: 330).

El último emprendimiento editorial de Falcón fue la publicación, en 2005, de *La Barcelona argentina*, un libro dedicado a examinar los orígenes del movimiento obrero rosarino. A pesar de su importancia, este demorado retorno de nuestro autor al formato libro no llegó a constituir la esperada obra de madurez que compilase buena parte de sus elaboraciones previas, y presenta un carácter heterogéneo que resiente la solidez de la obra. Según la descripción realizada por el propio autor en la introducción, se trata de un libro que reúne distintos tipos de trabajos: mientras algunos son “enteramente nuevos” o basados en ponencias, otros tramos reproducen informes inéditos presentados al CONICET y otros se basan en una “reescritura y reorganización” de trabajos individuales y colectivos ya editados. En efecto, una lectura atenta permite advertir la yuxtaposición de trabajos de distinto origen, lo cual lleva a algunas repeticiones y a cierta descompensación en el tratamiento de los temas. En los últimos años de su vida la producción historiográfica y la actividad profesional de Falcón se redujo a un mínimo, debido al avance de su enfermedad, si bien continuó participando en eventos académicos y dictando clases. Murió en su ciudad natal de Rosario, el 28 de junio de 2010.

### **Balance: alcances y límites de un proyecto historiográfico**

Una mirada de conjunto sobre su obra pone de manifiesto que constituye uno de los más importantes aportes a la historiografía obrera

de nuestro país, particularmente en la etapa anterior al peronismo. Si es indudable que podemos colocarlo en el contexto de reactivación de los estudios sobre el mundo de los trabajadores que tuvo lugar en la década de 1980, no pueden dejar de advertirse en la obra de Falcón una serie de características particulares, en buena medida producto de su experiencia militante en los 70 y de su contacto con la escuela de historiografía francesa en los años del exilio. El resultado fue una obra original, con cierto eclecticismo teórico, que aportó interpretaciones agudas y sugerentes sobre el período formativo del movimiento obrero nacional y regional, los vínculos entre cuestión étnica y cuestión social, diversos aspectos de la “cultura del trabajo” y la relación entre Estado y trabajadores, sin descuidar la historia política de las corrientes de izquierda e incluso el intento de reconstruir las biografías de centenares de militantes obreros de la época.

Si esa variedad de influencias e intereses es un factor enriquecedor de su obra, al mismo tiempo cabe señalar que una mirada de conjunto a sus trabajos deja una impresión de obra inacabada, en la cual se abren numerosas líneas de trabajo y aportes sugestivos pero que no fueron profundizados lo suficiente, ni coronados por un trabajo de envergadura, propia de su madurez. En cierto sentido da la impresión de ser una obra que alcanzó su punto más alto en un momento temprano, a mediados de los años 80, para luego ir opacándose lentamente. Muchos de sus aportes más originales no pueden desvincularse de su formación marxista y de su experiencia militante de más de una década: a partir de esa influencia y de su agudeza y talento como historiador Falcón pudo contribuir con una serie de hipótesis muy valiosas a la historia del movimiento obrero local.

Su producción escrita es relativamente escasa si tenemos en cuenta que su actividad como historiador profesional se extendió más de tres décadas. Muchas de sus hipótesis aparecen más esbozadas que desarrolladas, y es preciso realizar un rastreo minucioso de ideas y sugerencias dispersas en diferentes tramos de su obra, que como vimos está constituida principalmente por artículos en revistas nacionales y algunos libros de factura colectiva. Tal como coinciden en señalar la mayoría de sus discípulos, Falcón jugó un papel destacado en la formación de jóvenes investigadores, a quienes interesó en los temas vinculados a la historia de los trabajadores y estimuló a desenvolver muchas de las líneas de trabajo sugeridas en su obra. Valga entonces la recuperación de ese objetivo pedagógico siempre presente en su trabajo para las nuevas generaciones, que tenemos la tarea de hacer avanzar la historia de los trabajadores y la izquierda tomando lo mejor de lo realizado por quienes nos precedieron.

## Referencias

### a) Obras de Ricardo Falcón

- Falcón, Ricardo (1979), "Lucha de tendencias en los primeros congresos del Partido Socialista Obrero Argentino: 1896-1900", en *Apuntes*, N° 1, Amsterdam.
- (1981), *Bibliografía para el estudio del movimiento obrero argentino en el siglo XIX*, París: Centro de Estudios Histórico-Sociales de América Latina.
- (1982), "Conflicto social y régimen militar. La resistencia obrera en Argentina (marzo 1976-marzo 1981)", en Bernardo Gallitelli y Andrés A. Thompson (eds.), *Sindicalismo y regímenes militares en Argentina y Chile*, Amsterdam: Centrum voor Studie en Documentatie van Latijns Amerika.
- (1984a), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1984b), "Construir la historia de los trabajadores: de eso se trata", en *Debates*, año I, N° 2, noviembre-diciembre.
- (1985a), *L'immigration, les travailleurs et le mouvement ouvrier en Argentine: 1870-1912*, tesis, París: EHESS.
- (1985b), "Los intelectuales y la política en la visión de José Ingenieros", en *Anuario*, N° 11, Rosario.
- (1986), *El mundo del trabajo urbano, 1890-1914*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1987), "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social (1890-1912)", en *Anuario*, N° 12, Rosario.
- (1988), "Aspectos del proceso de formación de la clase obrera en Argentina (1870-1914)", en *Revista de Historia*, Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Costa Rica, N° 17, enero-junio.
- (1989), "Problemas teóricos y metodológicos en la historia del movimiento obrero en Argentina", en Carlos Zubillaga (comp.), *Trabajadores y sindicatos en América Latina*, Montevideo: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- (1990), "Aspectos de la cultura del trabajo urbano, Buenos Aires y Rosario, 1860-1914", en Diego Armus (ed.), *Mundo urbano y cultura popular: estudios de historia social argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (1991), "El sindicalismo argentino en la encrucijada", Documentos de trabajo del CIESAL.
- (1992), "Inmigración, cuestión étnica y movimiento obrero (1870-1914)", en Fernando Devoto y Eduardo Míguez, *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica*, Buenos Aires: CEMLA-CSER-IEHS.
- (1992), "Elites urbanas, rol del Estado y cuestión obrera (Rosario, 1900-1912)", en *Estudios Sociales*, N° 3, Santa Fe.
- (1992), "Cambios 'históricos' en la Argentina actual", *La línea de sombra*, N° 2.

- (1993), "Políticas neoliberales y respuestas sindicales (1989-1992)", en Oscar Moreno (comp.), *Desafíos para el sindicalismo en la Argentina*, Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert-Legasa
  - (1996), "La resistencia obrera a la dictadura militar", en Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Buenos Aires: Homo Sapiens.
  - (1999), "Notas sobre la cuestión social en Argentina", en *Cuadernos del CIESAL*, N° 6-7.
  - (dir.) (2000a), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930). Nueva historia Argentina*, tomo 6, Buenos Aires: Sudamericana.
  - (2000b), "Militantes, intelectuales e ideas políticas", en Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto social...* cit.
  - (2001), *La historia de Rosario*, Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
  - (2005), *La Barcelona argentina: migrantes, obreros y militantes en Rosario, 1870-1912*, Buenos Aires: Laborde Editor.
  - (2011a), "El renacimiento socialista", en *Estudios Sociales*, N° 40, Santa Fe.
  - (2011b), "Orígenes del movimiento socialista en Argentina. Prólogo. Capítulo I y II", *Cuadernos del CIESAL*, N° 10, Rosario.
- Falcón, Ricardo, Ronaldo Munck y Bernardo Gallitelli (1987), *Argentina: From Anarchism to Peronism. Workers, unions and politics, 1855-1985*, Londres y Nueva Jersey: Zed Press.
- y Hugo Quiroga (1987), *Contribución al estudio de la evolución ideológica del Partido Comunista Argentino (1960-1984)*, Santiago de Chile: FLACSO.
  - , Darío Macor y Alejandra Monserrat (1991), "Obreros, artesanos, intelectuales y actividad político-sindical. Aproximación biográfica a un perfil de los primeros militantes del movimiento obrero argentino", en *Estudios Sociales*, N° 1, Santa Fe.
  - y Alejandra Monserrat (1993), "Estado provincial, partidos políticos y sectores populares, el caso de Rosario: las elecciones de 1912 y los conflictos sociales", en *Cuadernos del CIESAL*, N° 1, Rosario.
  - (1996), "Una vez más la Semana Trágica: estado de la cuestión y propuestas de discusión", en *Cuadernos del CIESAL*, N° 4, Rosario.
  - (2000), "Estado, empresas, trabajadores y sindicatos", en Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto social...* cit.
  - y Gabriela Benetti (1999), "Cuestión social, cuestión obrera, inclusión y exclusión en la Argentina contemporánea", en *Anuario de la Escuela de Historia*, N° 19, Rosario.

#### b) Otros trabajos citados

Armus, Diego (2011), "Historia laboral/historia local/historia nacional en Rosario al despuntar los años ochenta", en *Estudios Sociales*, N° 40, Santa Fe.

- Carozzi, Silvana (2011), "Una magdalena para Ricardo Falcón", en *Estudios Sociales*, N° 40, Santa Fe.
- Devoto, Fernando (2011), "Ricardo Falcón, historiador del movimiento obrero", en *Estudios Sociales*, N° 40, Santa Fe.
- Franco, Marina (2008), *El exilio: argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gotta, Claudia y María Luisa Mugica (2008), "Entrevista a Ricardo Miguel Falcón", en *Itinerarios. Anuario del CEEMI*, año 2, N° 2, Universidad Nacional de Rosario.
- Lobato, Mirta (2011), "Cuando un amigo se va", en *Estudios Sociales*, N° 40, Santa Fe.
- Mases, Enrique (2011), "Ricardo Falcón y el eclecticismo militante en la historia de los trabajadores en la Argentina", en *Estudios Sociales*, N° 40, Santa Fe.
- Quiroga, Hugo (2011), "In vino veritas. Un viaje de exploración sobre una vida política e intelectual", en *Estudios Sociales*, N° 40, Santa Fe.
- Prieto, Agustina (2011), "El gran pez", en *Estudios Sociales*, N° 40, Santa Fe.
- Yannuzzi, María de los Ángeles (2011), "Ricardo Falcón: un último adiós", en *Estudios Sociales*, N° 40, Santa Fe.



## Crítica de libros

**David Riazanov, *Marx y Engels*, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2012, 352 pp.**

Ocasionalmente apodado *bukvoyed* (“gusano de los libros”) por su incomparable voracidad literaria, es probable que no haya habido conocedor más versado de la obra marxista que David Riazanov, militante bolchevique y fundador del Instituto Marx-Engels. De una erudición y una profundidad singular, la obra publicada por ediciones IPS comprende nueve conferencias que dio Riazanov en 1922, en la Academia Socialista de Moscú. Las mismas representan un abordaje sumamente original de la propia biografía de Marx, por un lado, pero, a su vez, de la aplicación del propio método de análisis marxista al desarrollo de la teoría revolucionaria al compás de una lucha política de dimensiones internacionales, en las figuras de Marx y Engels.

En efecto, una de las mayores virtudes que comportan las conferencias es la concepción del marxismo en tanto método revolucionario, o sea, autoconocimiento de la clase obrera a través de su experiencia histórica de lucha. En este sentido, el abordaje histórico de cada una de las etapas de la lucha de clases mundial a través del prisma de la estrategia revolucionaria permite a Riazanov “redescubrir” una faceta de Marx muchas veces olvidada, la cual, no obstante, constituye justamente su *singleness of purpose*: la organización de la revolución proletaria. Ciertamente, el autor recupera el rol de agitador, propagandista y organizador muchas veces velado tras los epítetos de “economista” o “sociólogo”, acercándonos más al militante político, jefe de la I Internacional.

De esta manera, la primera conferencia es dedicada al análisis de la revolución francesa y la revolución industrial (o *doble revolución*) en vistas de abordar la configuración histórica de la clase obrera europea y sus primeros pasos en el terreno de la organización y la lucha por sus reivindicaciones. Destaca notablemente el conocimiento de Riazanov sobre los orígenes del movimiento obrero y las decisivas ligazones que logra establecer entre el desarrollo industrial capitalista y las primarias formas políticas de la clase.

Seguidamente, la segunda conferencia podría parecer superficial en ciertos aspectos, pues trata elementos biográficos más de corte anecdó-

tico, aunque, antes bien, factores decisivos a la hora de comprender ciertos matices y diferencias entre Marx y Engels y, por sobre todo, su relación con el medio social e histórico en el cual se criaron. En este punto, el declive de la burguesía en tanto clase agotada históricamente y la ansiada unidad alemana se conjugan como determinantes fundamentales que delimitan el campo de batalla teórico y político de los jóvenes Karl y Friedrich, forjando tempranamente sus primeras armas de discusión.

Lógicamente, la tercera conferencia acomete la presentación de las raíces y los trazos más generales de la crítica de Marx a Hegel y Feuerbach, crítica que se hace extensiva a Kant y los materialistas franceses e ingleses de los siglos XVI, XVII y XVIII. Esta exposición resulta uno de los mayores atractivos del libro ya que, en términos simples aunque no por eso menos incisivos, salen a relucir los vértices de la novedad filosófica que introduce el joven Marx en su crítica, sobre todo respecto al vínculo hombre-naturaleza, perfectamente identificado y destacado por Riazanov.

De carácter marcadamente histórico, la cuarta conferencia resume la primera experiencia política organizativa de Marx y Engels (la Liga de los Comunistas) y la lucha política que se teje a su alrededor, en medio del ascenso revolucionario de la década de 1840 que conducirá, post 1848, a un reflujo más general dentro del movimiento obrero que perdurará hasta *circa* 1862. Es notable la habilidad de Riazanov para entretrejer los pormenores de la geopolítica imperialista junto a los vaivenes de las primeras organizaciones proletarias, las cuales zigzaguean permanentemente en torno a su necesaria independencia de clase. Asimismo, es abordada de manera detallada la polémica con Proudhon (editada bajo el nombre de *Miseria de la filosofía*).

A su vez, la quinta y sexta conferencias refieren a la etapa quizás menos conocida en la vida de Marx, es decir, aquella que conjuga los años que van desde el período de reacción luego de la *fallida* revolución de 1848 a la conformación de la I internacional. En este sentido, es significativo el valor y análisis que desarrolla Riazanov con respecto a la poco conocida polémica editada en un libro titulado *Herr Vogt*, donde Marx manifiesta un pico de genialidad política memorable aunque muchas veces soslayado, demoliendo a su contrincante.

La séptima y octava conferencias son una síntesis de los puntos de vista de *Los orígenes de la I Internacional* del mismo Riazanov y poseen la virtud de mostrar la agudeza y virulencia de la lucha política desplegada en torno a la conformación de la primera asociación internacional de trabajadores, en particular en relación a la disputa con Bakunin, donde Riazanov demuestra perfectamente la coherencia de las caracterizaciones de Marx sobre el particular.

Finalmente, la importancia de la novena conferencia radica antes que nada en la recuperación de la figura de Engels como organizador del movimiento obrero internacional y como divulgador incansable de la obra de su camarada. Es remarcable el conocimiento pormenorizado de Riazanov sobre este último periodo, sobre todo, gracias a sus estrechas relaciones con la familia de Marx, luego de su muerte.

Cabe destacar el esfuerzo editorial por acompañar la edición de una interesante batería de anexos: la famosa “Confesión” de Karl Marx, junto a una explicación de la misma del propio Riazanov; una necesaria biografía del autor; y un glosario de nombres que facilita la comprensión del texto. En estos tiempos de crisis mundial y levantamientos populares, surca nuevamente el fantasma de la revolución social, y qué mejor forma de acompañarlo y seguir su metódico camino que de la mano de uno de sus más grandes estudiosos, David Riazanov.

**Walter L. Koppmann (UBA)**

\* \* \*

**Lincoln Secco, *A história do PT*, São Paulo, Ateliê Editorial, 2011, 320 pp.**

En su libro *A história do PT*, Lincoln Secco realiza un ensayo sobre la historia del Partido dos Trabalhadores de Brasil, posiblemente el más significativo fenómeno de la izquierda latinoamericana de fines del siglo XX hasta el ascenso de los gobiernos de “izquierda” al comienzo del siglo XXI. Las comillas utilizadas cuando nos referimos a los gobiernos de Chávez, Correa, Evo Morales, del Frente Amplio o incluso del PT se deben a la falta de acuerdo sobre la caracterización de estos regímenes, polémica inexistente –con la excepción de algunas tesis oriundas del *partidão*, el Partido Comunista Brasileiro– cuando hablamos sobre la formación del Partido dos Trabalhadores. Secco reconstruye la trayectoria del PT proponiendo una periodización en cuatro etapas: la de formación (1978-1983), la de construcción de una oposición social (1984-1989), la de consolidación de una oposición parlamentaria (1990-2002) y, finalmente, cuando se transforma en partido de gobierno (2003-2010). A la vez, busca comprender justamente los procesos que llevaron al partido, que fuera la principal fuerza de oposición radical en la sociedad brasileña posdictadura, a transformarse en un partido del orden; de ser un partido sin comillas a constituir un gobierno con muchas comillas.

Sobre los primeros años de existencia del PT, el libro hace un buen resumen sobre cómo las más diversas fuerzas y movimientos de izquierda y contestatarias, surgidos en los estertores –económicos y

políticos- de una de las dictaduras militares más longevas del continente, convergieron en la creación del partido. De la tríada canónica de sindicalistas, miembros de la iglesia y ex combatientes de la lucha armada, Secco amplía y desdobra los grupos sociales incluyendo ahí militantes trotskistas, estudiantes e intelectuales. El PT surge a fines de los 70 y comienzo de los 80, como una represa donde diversos ríos y riachuelos se acumulan, depositando ahí las más distintas reivindicaciones surgidas de las múltiples realidades brasileñas (regionales, económicas y sociales), desprendiendo también una profusión de corrientes ideológicas: leninistas, trotskistas, maoístas, castristas, tercermundistas y nacional-desarrollistas, todas reunidas en un mismo partido.

Esta misma realidad dispersa, sumada al contexto político de semilegalidad y represión de los años 80, ofreció al partido una serie de desafíos organizacionales plasmados en la formación de los núcleos de base y en la conformación de un partido de tendencias. Para Secco, estos núcleos fueron de extrema importancia en la organización del nuevo partido al congregar vecinos, amas de casa, obreros, militantes de los movimientos feminista y negro, en un ambiente de democracia directa, donde todos tenían voz y discutían desde los problemas vecinales hasta la política nacional. Además, Secco resalta el carácter pedagógico de estos núcleos, pues fue en estos espacios donde por primera vez muchas personas tuvieron su primera reunión política. Muy inestables por una serie de circunstancias, durante un breve período, al mismo tiempo que los núcleos impulsaban un partido que no tenía casi representación parlamentaria, constituyeron también un mecanismo para que las bases pudiesen contrapesar el poder de la dirección nacional del partido. Secco ya observa en esta contradicción entre los núcleos de base y la burocracia partidaria los gérmenes de una contradicción que acompañaría al partido y solamente se profundizaría después de los primeros resultados electorales favorables.

Pero de estas dos novedades organizacionales, el tema que quizá sea el más interesante del libro es la historia del partido contada por medio de sus tendencias. Rescatando los diversos encuentros nacionales y congresos, Secco hace una historia de los conflictos internos del partido, una dinámica interna esencial para la comprensión del desarrollo de éste y que muchas veces escapa a aquellos que no están familiarizados con el PT. Es digno de notar que hasta hoy la prensa burguesa todavía se rompe la cabeza intentando explicar la política interna de esta organización. El partido que se construía institucionalmente por medio de las disputas internas entre las tendencias, al mismo tiempo se enfrentaba con los cambios históricos por los cuales pasaban el país y el mundo -la caída del bloque soviético-, cambios que impactaban fuertemente

en las alianzas internas y en los propios programas y concepciones ideológicas de las tendencias.

Es por medio de estas disputas que Secco interpreta el surgimiento, ya en 1983, de una tendencia a la derecha que él bautiza como una “anti-tendencia”, la “Articulação”. El grupo –del cual fueron integrantes de primera hora Lula y muchos miembros de su staff gubernamental– reunía un gran número de sindicalistas, siempre recelosos del izquierdismo de algunas tendencias, y ex comunistas que buscaban afirmar el carácter estratégico del PT, en contraposición a muchos grupos de izquierda que entendían el partido como un frente de izquierda táctica, definiéndolo como un partido de masas inspirado por un ideal socialista muy vago. “Articulação” se consolidó ya en los años 80 como una fuerza hegemónica dentro del partido, ocupando el mayor número de los asientos en la Comisión Nacional Ejecutiva. Según Secco, si el ambiente semidemocrático y semilegal de los años 80 –la redemocratización “lenta, gradual y segura” que había orquestado el general Ernesto Geisel– abrió la posibilidad de la construcción de una oposición social radical, las limosnas democráticas recibidas por la sociedad civil brasileña en aquel momento –la legalización de los partidos políticos y las elecciones– engendraron también su contrario: un partido adaptado al orden que lograse canalizar e institucionalizar buena parte de estas demandas.

La dualidad entre, por un lado, la izquierda partidaria y los movimientos sociales y, por el otro, el partido del orden fue para Secco el tono de los años 90. En medio de las asoladoras reformas neoliberales y sus consecuencias más nefastas, como el vaciamiento de los espacios públicos, el crecimiento de la violencia en las ciudades, en el campo y en contra de los sindicatos, el PT logró clavarse como la principal alternativa política al consenso conservador armado después de la apertura política de los 80, pero ahora en el campo institucional también. Los años 90, al mismo tiempo que fueron un período de grandes derrotas para la izquierda y los trabajadores, fueron también el momento de conquistas por parte del PT de posiciones institucionales, con la formación de un grupo parlamentario de expresión y gracias a la conquista de gobiernos municipales y provinciales.

A pesar de todo, fue también el único momento en que la izquierda del partido asumió la Comisión Ejecutiva Nacional. A la “Articulação” le quedó trabajar por la viabilidad electoral de la organización, buscando alianzas con políticos y empresarios, además de la compilación de las principales experiencias administrativas del PT y de una verdadera campaña nacional para la aproximación de Lula a los grupos más pobres y a los más diversos problemas del país: las conocidas “caravanas da cidadania”. Secco observa en este momento la creación de una especie de dualidad de poder entre la dirección partidaria y la “Articulação”,

que será clave para la comprensión de cómo y en qué términos ocurrió la victoria del partido en 2002.

Lincoln Secco acerca todo este proceso histórico al desarrollo de la socialdemocracia europea, pero con la diferencia de haber ocurrido en un lapso mucho más corto. Por otro lado, ofrece otra posibilidad de interpretación que, si bien no tiene la misma fuerza que la aproximación a la socialdemocracia, nos parece mucho más interesante: el *aggiornamento petista* en 2002 es fruto directo del retroceso y reflujo de las luchas del fin de la dictadura, sumado al periodo de larga depresión económica, la curva descendente de Kondratieff posterior a 1973. Después de dos claras expresiones políticas de derrota de la izquierda en el proceso político de redemocratización –la aprobación de la Constitución de 1988, seguida de la derrota electoral para el nuevo-viejo caudillo Fernando Collor– cabría la pregunta: ¿era posible dar un paso adelante o era necesario dar dos pasos atrás? La debilidad política y social de todos los grupos que, salidos del PT, se aventuraron a dar el paso adelante, ¿no es un indicio de la coyuntura desfavorable en que se construyó el PT? El intento de comprensión sobre cuál fue el papel histórico del PT gana una importante contribución con los aportes de Lincoln Secco, mucho más fructíferos para la reflexión que el simple denunciismo y las acusaciones de traición que dominan muchos balances sobre el rol histórico de lo que “fue” o “es” el mayor partido de izquierda latinoamericano.

**Fernando Sarti Ferreira**

\* \* \*

**Javier Díaz, *El micrazo: historia de la organización de los choferes de TDO-Ecotrans, Buenos Aires, Biblos, 2013, 239 pp.***

En la actualidad no son muchos los que siguen abogando por el complejo, y deficiente, entramado de ideas que enlazaba el anuncio del fin de los relatos explicativos, el surgimiento de nuevos sujetos históricos y, al final del camino, la negación de la clase obrera. A nivel mundial se hace evidente la vigencia del movimiento obrero como actor político encabezando numerosas luchas y, además, en la Argentina se ha destacado la emergencia de un reverdecimiento de su faz sindical. Como no podía ser de otro modo, esto impactó en la historiografía que comenzó a indagar acerca de la organización gremial. Pero, no todos los estudios que enfocaron procesos recientes pudieron trasvasar esa mirada ‘estatalista’, como la denomina Paula Varela en su artículo del número anterior de esta revista, y atendieron más a la acción gubernamental

negando, por un lado, protagonismo a la clase en su propia historia y, por el otro, al construir una historia más institucional oscurecieron, motivación política mediante, las prácticas protagonizadas en los sitios de producción por las instancias sindicales de base como los cuerpos de delegados y las comisiones internas. Entonces, en el triple objetivo que se plantea *El micrazo* se halla el primer valor del estudio: narrar la experiencia de los últimos 20 años de los colectiveros de la empresa Transporte del Oeste y Ecotrans, mostrar esta lucha organizada desde el lugar de trabajo y contra la burocracia de la conducción de la Unión Tranviarios Automotor (UTA) en connivencia con el capital y bajo el amparo estatal y, por último, advertir que el estudio tiene implicancias de más largo alcance ya que “puede y debe servir a todos los trabajadores, y en particular a los activistas, para sacar conclusiones políticas” (p. 13).

Con una estructura de capítulos cortos que colabora en la lectura dinámica, el libro se organiza en dos partes que se desarrollan del capítulo 1 al 19 y del 20 al 31 aunque la primera de ellas podría subdividirse. Del capítulo 1 al 11, Díaz describe el recorrido de lo que podría denominarse el momento formativo del proceso. Inmediatamente se destacan dos puntos importantes: primero, el acierto de recuperar la memoria del asesinato de Carlos Banylis Sanz, delegado frente a la empresa en los años 70 asesinado por la triple A, como elemento que, sin hacerlo explícito, coadyuvó en el disciplinamiento posterior de los trabajadores que durante los años siguientes carecieron de organización en el sitio de trabajo; segundo, “desacraliza” las instancias gremiales de base evidenciando el modo en que entre 1989 y 1994 el cuerpo de delegados respondía a los intereses de la cúpula sindical y de la empresa. A partir de 1994, la figura de Carlos Pacheco y un conjunto de activistas aparecieron como el emergente de una renovación de cariz antiburocrática de una comisión interna que de allí en más encaró la representación de sus compañeros contra la avanzada de la flexibilización laboral en sus diferentes formas. El capítulo 12 resulta crucial porque es la clave para entender cómo, al calor de la movilización popular del 2001, los delegados lograron imponer la conformación de un comité ejecutivo con mayoría de trabajadores para capear la quiebra de la empresa, resguardar los puestos laborales y algunas condiciones de trabajo e iniciar el sendero de aplicar en los hechos un control obrero del funcionamiento cotidiano. Además, este apartado se muestra como un puente entre el período de formación y el desenvolvimiento de la lucha por la gestión obrera, que va del 13 al 19, en donde los avatares en torno a los pedidos de expropiación, la conexión con otras movilizaciones populares y los sucesivos “micrazos” a Plaza de Mayo confeccionan un momento de dinámica propia en donde la redacción se desprende de la historia

interna de la organización y la experiencia se conecta más con una coyuntura circundante y propia.

La segunda parte comienza con la constitución de Ecotrans como nueva patronal, formando parte del Grupo Plaza de los hermanos Cirigliano, que habían realizado, vía acuerdo político con el gobierno de Néstor Kirchner, diversas inversiones en el sector de transportes de colectivos, ómnibus de media y larga distancia y concesiones ferroviarias. A partir de allí, el autor aborda el desarrollo de los intentos de la comisión interna por ser reconocida por los nuevos dueños, defender las condiciones de trabajo y proteger la seguridad de los pasajeros, mientras en paralelo se explicita la militancia de Pacheco y un grupo de choferes en las organizaciones de izquierda, en particular en el Partido Obrero. En esta parte es donde se evidencia con mayor claridad el juego conjunto para desprestigiar a los delegados frente a la opinión pública y apartarlos mediante maniobras de la representación obrera, como el aplazamiento de las elecciones de la comisión interna en el año 2005: “mientras denunciaban a la patronal, los trabajadores de Ecotrans libraron otra batalla contra el Ministerio de Trabajo y la conducción de la UTA. Los choferes habían efectuado una solicitud a la cartera laboral para que fuera convocada de forma inmediata la elección de delegados en la empresa, que venía siendo postergada por la dirección sindical con el objetivo evidente de destruir la organización de base de los colectiveros” (p. 181). El esquema se repitió frente al conflicto por los despidos en el 2008 que finalizó con un triunfo para los trabajadores. El libro cierra con la dificultad argumental que representa todo proceso en marcha que, a fines del 2012, encontraba a la burocracia sindical del transporte ejecutando maniobras, propias y de larga data, para obtener la mayoría en la representación gremial y conseguir el desplazamiento de los delegados combativos.

Bien escrito y estructurado a partir de una reconstrucción de fuentes que intercala periódicos nacionales, prensa partidaria de izquierda, entrevistas y documentación de la comisión interna de la empresa, recorre el camino de mostrar el desempeño obrero en paralelo a buscar una explicación que anude en una relación causal entre la desinversión empresaria y la utilización de subsidios en complicidad con el Estado y los crímenes sociales en el área de transporte como el ocurrido a fines de febrero de 2012 en la estación de Once que arrojó el saldo de numerosos muertos y heridos. Otra valía del texto es su accesibilidad, importante por los objetivos del autor, ya que su estructuración, vocabulario y contenido (por ejemplo la ausencia de debates historiográficos que en general interesan exclusivamente al mundo universitario) apuntan, también, a un lector no especializado o académico aunque una explicación acerca de la relación con otras experiencias de la historia argentina ayudarían

a una mejor contextualización y su caracterización dentro de las ricas luchas del clasismo. La empatía con el objeto de estudio no menoscaba un análisis riguroso que logra escapar a un viejo axioma reduccionista que señalaba a los líderes clasistas como elegidos por motivos morales (honestidad y decencia, generalmente) por una base peronista. Por el contrario, Díaz da cuenta del respeto a los objetivos de la lucha, los métodos de democracia interna y la supeditación a las decisiones assemblearias como parte de un ideario que denota apoyos de una base que, más allá de su expresión política de origen, se la puede descubrir en las antipodas de la pasividad y en la incompreensión.

De conjunto, *El micrazo* logra mostrar una de las bases sobre las cuales se ha dado una recuperación del sindicalismo en la Argentina: la emergencia de un proceso de características clasistas impulsado por los trabajadores desde su sitio de trabajo, que se plantea una lucha contra el capital, las cúpulas sindicales burocráticas y un Estado que no modificó gran parte de la matriz de condiciones de explotación de los últimos 30 años.

**Diego Ceruso (UBA)**

\* \* \*

**Mariana Mastrángelo, *Rojos en la Córdoba obrera, 1930-1943*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011, 263 pp.**

Las transformaciones que se dieron en la clase obrera argentina en la década del 30 y los primeros años 40 ha sido motivo de una importante producción historiográfica; los vínculos entre los trabajadores y la izquierda, particularmente en este período clave, concita gran interés sobre todo en los últimos años. Mucho menos se ha profundizado en la dinámica de estos procesos en el interior del país. En *Rojos en la Córdoba obrera* Mariana Mastrángelo se propone indagar en estos temas en el interior de la provincia de Córdoba; éste constituye, por tanto, el primer aporte significativo del libro.

A partir del estudio de las realidades de las ciudades de San Francisco y Río Cuarto, en el marco de las características que asume la industrialización en la región y constatando el temprano proceso de formación de la clase obrera en los primeros apartados del libro, la autora se detiene en las experiencias de lucha y organización de los trabajadores y el papel de la izquierda en estos procesos, a través de los cuales se constituye una “cultura obrera izquierdista”.

Esta cultura se expresaría en coyunturas específicas, las que se analizan en detalle a lo largo de los capítulos centrales del libro. La huelga de 1929 en San Francisco, en la fábrica de pastas Tampieri,

que impulsó un amplio movimiento de solidaridad en la ciudad y que quedó grabada en la memoria de los trabajadores; la adhesión popular a gobiernos comunales que se definieron de izquierda y que impulsaron políticas que cuestionaron el status quo de la sociedad sanfranciscuense; el proceso de formación de la Federación Obrera local en Río Cuarto dirigida por el Partido Comunista y el interesante desarrollo de la huelga de la construcción en 1936, con una influencia central del PC, que tal como la que se inició en Buenos Aires, adquirió altos grados de combatividad y concitó un extenso arco de solidaridades. A través de la utilización de un amplio cuerpo de fuentes, este trabajo ilumina acerca de fenómenos desconocidos hasta hoy y la forma en que se expresaron en el interior del país procesos de carácter nacional; este constituye otro aporte central del libro.

El marco teórico desde el que analiza estos procesos parte del “entrecruzamiento” entre cultura y política, afirmando un punto de vista “culturalista” que “intentará relacionar el sistema cultural con el sistema de relaciones sociales en que se produce y funciona” (p. 18). Esta mirada permite a la autora rescatar prácticas y experiencias que reconocen raíces diversas, desde la presencia de inmigrantes garibaldinos hasta la militancia en partidos de izquierda y el protagonismo y la participación en las luchas sindicales; el libro explora estas historias de vida y logra mostrarnos un rico mapa del recorrido de los trabajadores de estas ciudades cordobesas.

En línea con los planteos de Raymond Williams, la autora analiza estas experiencias como parte de la construcción de “estructuras de sentimiento” con las que los trabajadores cordobeses dan vida a una “cultura izquierdista o radicalizada”. Tal es la hipótesis que la autora busca demostrar a lo largo de su trabajo.

Si esta perspectiva resulta valiosa al ofrecer herramientas para aprehender la “subjetividad” de la clase obrera, la forma en que decanta aquí en conclusiones acerca del papel del Partido Comunista y el surgimiento del peronismo, resulta, a nuestro modo de ver, particularmente problemática.

Un aspecto central del libro es el aporte que se propone realizar al debate acerca del carácter del peronismo y los elementos de continuidad/ruptura en la constitución de este fenómeno político. Para la autora, el estudio que realiza en las ciudades cordobesas contribuye a los análisis que enfatizan la idea de continuidad entre las experiencias previas y la formación del peronismo. Tal continuidad estaría dada por esta “cultura obrera” que derivó “como una herencia izquierdista por un lado, en el peronismo, y por otro lado, en la izquierda, sobre todo engrosando las filas del PC” (p. 4).

Así, lo más problemático de los análisis culturalistas emerge aquí en

la idea de una cultura obrera “izquierdista” que pueda sustentar a la vez la militancia y la permanencia dentro de un partido orgánico de izquierda y la participación en la génesis de un fenómeno que no sólo surge en los estrictos marcos del sistema capitalista sino que lo hace para contener las tendencias del movimiento obrero que pudieran desafiarlo; buena parte de la bibliografía sobre el crecimiento de la influencia del PC que la autora cita en su libro abonan esta visión del peronismo.

Sin embargo, al vincular esta cultura izquierdista con “estructuras de sentimiento” que se constituyen a través de prácticas culturales y un “lenguaje de clase”, un “ellos” y un “nosotros”, “antes que con posturas ideológicas” (p. 33), este enfoque ignora o subvalora los posicionamientos políticos y las definiciones ideológicas que implicaba la adhesión a la izquierda o al peronismo.

Así, por ejemplo, la convergencia de distintas vertientes políticas, comunistas, socialistas y radicales, en la Federación Obrera Local de Río Cuarto, resulta para la autora un ejemplo de estas prácticas izquierdistas y esboza una valoración positiva de la política de “frente popular” del PC. Sin embargo, se evita analizar estas iniciativas como líneas de los partidos, aun cuando se constituyeron en factores claves para definir las alternativas políticas en los años 40 y, en consecuencia, tienen que haber impactado en las trayectorias y opciones de los trabajadores. Sería interesante, por ejemplo, evaluar el impacto de la constitución de la Unión Democrática, como política de estos partidos a nivel nacional, sobre la adhesión de los obreros cordobeses a alguna de las alternativas que se estaban gestando.

La autora analiza la trayectoria del intendente de San Francisco, “de ideas izquierdistas, sin ser orgánico a ningún partido”. Trigueros de Godoy fue luego iniciador del Partido Laborista y del Peronista en la ciudad, lo que sirve de base a la afirmación de que “el peronismo fue uno de los canales que sirvieron de expresión de esta cultura obrera izquierdista en la ciudad” (p. 31). En Río Cuarto, el testimonio del obrero de la construcción Víctor Barrios ofrece otra visión, este trabajador permanece en el PC y sufre la persecución del gobierno peronista contra la izquierda partidaria y sindical. Para la autora el testimonio expresa la tradición izquierdista de los obreros riocuartenses corroborando que no todos los trabajadores se hacen peronistas, pero al mismo tiempo muestra cómo esta tradición fue “tomada y resignificada por el peronismo” (p. 204). Es que estas experiencias serían expresiones equivalentes de una “cultura izquierdista”.

Sin embargo, consideramos que se trata de experiencias políticas claramente divergentes. Poner el acento en la existencia de un “sustrato” izquierdista que las asimila creemos que oscurece un aspecto central del análisis de las corrientes de izquierda y las experiencias de sus mili-

tantes; tanto si los trabajadores permanecen en ellas como si se alejan, opera en estas opciones la forma en que se procesan las líneas políticas que los partidos plantean. La consideración de estos posicionamientos también permite hacer eje en las diferencias políticas entre los diversos partidos y corrientes; la adhesión de sectores de trabajadores más o menos amplios a una u otra opción de izquierda, si se trata de vertientes reformistas o revolucionarias, no nos resulta indiferente a la hora de analizar la subjetividad de la clase obrera en un período histórico.

Por otro lado, creemos que estas consideraciones aportarían también a una mejor comprensión de la emergencia y el arraigo de un fenómeno político de la magnitud del peronismo, al cual si bien no adhieren “todos” los trabajadores, sí lo hace una enorme mayoría de ellos y que constituye, en buena medida, la negación de los postulados clasistas y anticapitalistas de la izquierda.

Por último, queremos resaltar el aporte de este libro al estudio del movimiento obrero al poner el acento en la importancia de rastrear la presencia de sentimientos clasistas en la clase obrera. Efectivamente, las nociones de clase, la diferenciación entre un “ellos” y un “nosotros”, la defensa de las organizaciones obreras y de los derechos laborales, han emergido en múltiples experiencias de lucha y organización, muchas veces sin claras definiciones políticas o sin plasmarse en formas organizativas duraderas, pero que constituyen indudablemente el punto de partida para la recomposición de la subjetividad de la clase trabajadora.

**Alicia Rojo (UBA)**

\* \* \*

**Alejandro Jasinski, *Revolta obrera y masacre en La Forestal. Sindicalización y violencia empresaria en tiempos de Yrigoyen*, Biblos, Buenos Aires, 2013, 278 pp.**

La situación de los trabajadores en el transcurso del primer gobierno de Hipólito Yrigoyen ha sido muy estudiada por parte de la historiografía por tratarse de un período en el que los conflictos de clase y el alza de la agremiación acompañaron el crecimiento de la economía produciendo un verdadero relanzamiento del modelo agroexportador como fenómeno vinculado estrechamente a la coyuntura abierta por la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, también se explica esta prolifera producción porque en los últimos 20 años, los estudios que intentaron traducir las formas en que la lucha de clases se expresaba en dicha coyuntura oscilaron hacia preocupaciones historiográficas diferentes. En efecto, pre-

dominaron aquellas que ponían más el acento en develar las estrategias del Estado y sus aparatos posteriores a la Ley Sáenz Peña; las formas de la hegemonía política de los partidos en relación a los trabajadores; y la manera en que el nuevo régimen democrático “reconsideraba” (a través de novedosos mecanismos de poder como el arbitraje presidencial o el nuevo papel protagonizado por acción negociadora de los conflictos por parte del Departamento Nacional del Trabajo) la faz meramente represiva contra los avances sociales de los trabajadores que había caracterizado al período conservador.

El campo de las ideas fuerza y las tácticas político-gremiales actuan-tes en el seno del movimiento obrero durante el período 1917-1921 como factor explicativo –que tanto había preocupado a las clásicas historias militantes de las distintas tendencias ideológicas (Abad de Santillán, López Arango, Marotta, Oddone, Godio, Íscar, entre otros)– fue acallado casi de plano en estas nuevas perspectivas a las que aludimos, y reducido a fenómenos “espasmódicos” que se desarrollaban en la medida que las fuerzas del Estado interpelaban a dichos sujetos con sus acciones de gobierno.

La recuperación de una perspectiva donde el esfuerzo de la pesquisa está puesto en las ideas y las acciones de los trabajadores “desde abajo” es uno de los grandes logros del trabajo de Alejandro Jasinski sobre los obreros de la industria del tanino en La Forestal durante las grandes huelgas de las tres primeras décadas del siglo XX.

A diferencia de los sucesos de la Semana Trágica de 1919 o la represión indiscriminada a los trabajadores patagónicos de 1921-1922, las grandes huelgas y la posterior masacre en los pueblos del Chaco santafesino no habían recibido la atención de estudios particulares desde que Gastón Gori, en 1965, empezara a echar luz de forma sistemática a la historia de una de las fábricas más representativas del capitalismo periférico argentino.

Pero difiriendo del trabajo de Gori, más centrado en el estudio de las formas de sometimiento, dependencia y en las concesiones “brutales” que el poder político de la provincia de Santa Fe le otorgó al monopolio taninero de La Forestal, Jasinski se preocupa de manera intensiva por reconstruir las características sociales de los trabajadores. Su estudio explora los avatares de la organización gremial y las formas en que este novel movimiento obrero de las fábricas y pueblos vinculados a la industria del tanino respondieron organizadamente al “régimen social” construido por la patronal, en especial en los años 1918-1921 y sobre todo por el seguimiento de quiénes fueron y “qué dijeron” los protagonistas sociales y políticos de dicha historia. Así, mientras que Gori muestra al hachero y al obraje forestal como principal protagonista de una saga dramática de resistencia a las políticas de la empresa, Jasinski

advertir una suposición romántica que en el fondo abonaba la idea de un sujeto de las luchas similar a un indeterminado productor agrario semiautónomo. De esta manera, el autor devela –sobre todo a través de la prensa obrera– que los hombres y las mujeres que se organizaron gremialmente y actuaron en las huelgas de 1919 fueron principalmente los obreros industriales de la misma fábrica asentados durante las dos primeras décadas del siglo XX en las vastas tierras pertenecientes a la empresa británica.

Un abanico de líneas de investigación que aún espera su sistematización en trabajos de conjunto se abre con el análisis de Jasinski. Éste contribuye a reconstruir en la región, las formas y los debates que en los años decisivos de 1917 a 1921 llevó a las centrales sindicales a agremiar, por primera vez, a un conjunto de trabajadores de muy diversas especialidades en todo el litoral paranaense. Los avatares del movimiento huelguístico, en su esfuerzo por coordinar atrás de la estrategia novenaria las distintas necesidades de las poblaciones y los pliegos reivindicativos de las fábricas, nos indican que el movimiento fue fabril pero también concernió a la calidad de vida que los obreros exigían a la empresa (sobre todo en materia de viviendas), y donde, como en otros conflictos de la época, también pasaba a primer plano el reconocimiento por parte de la patronal de los nuevos sindicatos para cortar los lazos de dependencia e instalar formas de organizaciones más permanentes y autónomas. El debate ideológico-gremial entre anarquistas y sindicalistas (que será uno de los elementos del conflicto que desembocará en la tragedia de 1921) constituye, a su vez, uno de los buceos más interesantes del trabajo.

La reacción patronal en sus diferentes facetas y momentos también es objeto de observación en el estudio. Dos aspectos se desprenden de estos apartados. El primero es que se deja en evidencia que la reacción patronal de 1920-1921 en el norte santafesino forma parte de una contraofensiva generalizada a escala nacional que incluyó la intensificación del accionar de la Asociación del Trabajo y la Liga Patriótica conjuntamente con la Gendarmería Volante y los poderes públicos, coincidentes con la necesidad de intensificar las presiones al gobierno radical ante cierta meseta en el crecimiento de las industrias de exportación de productos primarios, donde las empresas extranjeras y la oligarquía propietaria de tierras era con creces el sector más importante. En ese sentido, la investigación de Jasinski contribuye a explicar, desde una óptica regional pero sin perder el horizonte de la correlación de fuerzas sociales de conjunto, las perspectivas de reflujos que hacia finales del primer gobierno de Yrigoyen se le presentaron a la clase y al movimiento obreros, y los años más “tranquilos” para las patronales, durante la gestión de Alvear (aunque en absoluto se alude a la desaparición de la lucha social

en dicho gobierno). El segundo aspecto está referido a los problemas metodológicos que implica la necesidad de “poder escuchar las voces” de los trabajadores perseguidos en los montes del Chaco santafesino, una vez que La Forestal desplegó el aparato represivo en los poblados y desalojó a los obreros tanineros de las fábricas en 1921. El esfuerzo de búsqueda de fuentes que, en este sentido, permiten comprender quiénes eran y cómo se percibían a sí mismos los trabajadores obligados a vivir una vida recluida en los montes es otro de los aspectos logrados del texto. Jasinski realiza un evidente trabajo de desmalezamiento sobre las fuentes para poner en evidencia la distorsión histórica que implicaban las caracterizaciones que hacían los periódicos de tirada provincial y nacional (básicamente *Santa Fe*, *Nueva época* y *La Nación*) quienes amplificaron la opinión de los represores a partir de sus testimonios y para los cuales los huelguistas formaban parte de “una conspiración de tipo soviética” organizada básicamente por el anarquismo.

En definitiva, el trabajo de Jasinski contiene formulaciones que obligan a seguir indagando, con el objeto de conformar un más sistemático mapa del accionar político y sindical de las organizaciones obreras a nivel nacional que incluya, y a su vez vaya más allá de, lo que ocurría en los grandes núcleos urbanos como Rosario o Buenos Aires durante las tres primeras décadas del siglo XX. Por su parte, el autor nos reafirma hacia un cambio de perspectiva en curso, una agenda historiográfica más centrada en la posibilidad de observar a la clase obrera y su movimiento actuando y reflexionando sobre su accionar con iniciativa propia frente al sistema político renovado por la Ley Sáenz Peña, los aparatos del Estado, y las distintas iniciativas de la clase dominante.

**Antonio Oliva (UNR)**

\* \* \*

**Juan Carlos Torre, *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, 316 pp.**

Cuando Juan Carlos Torre dice que “la historia del peronismo ha funcionado habitualmente como un test proyectivo en el que las preocupaciones del presente han iluminado ciertos aspectos de esa experiencia histórica y dejado otros tantos en la penumbra”, tiene razón. De hecho, esos cambios de enfoque se ven a lo largo de los distintos textos que componen *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. En este libro, Torre reúne artículos que retoman varias investigaciones empíricas (y una especulación contra-fáctica) y versan sobre la relación entre trabajadores, sindicatos y peronismo con la novedad de que, en la primera

parte, incluye dos ensayos inéditos en los cuales reflexiona sobre los avatares del socialismo en la argentina anterior al peronismo.

Según Torre, la clave para comprender la relación entre la clase obrera organizada y el líder militar se halla en los años inmediatamente anteriores a la emergencia de este fenómeno, y es el resultado de un sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados en el movimiento identificado con el liderazgo de Perón. Este rasgo, no puede ser entendido como una decisión premeditada ni como una relación sólo emotiva sino que es el producto inesperado del desarrollo y del desenlace de la coyuntura en la que se conquista el poder, signada por el rechazo de los empresarios y de los demás partidos políticos al proyecto bonapartista de Perón y sus reformas preventivas.

La obra se organiza en tres partes que guardan relación cronológica. La primera se titula “Antes del peronismo: entre socialistas y radicales, las opciones políticas del mundo del trabajo” e incluye dos textos inéditos: “La primera victoria electoral socialista” y “¿Por qué no se desarrolló un fuerte movimiento obrero socialista en Argentina?” (ambos de 2009). En ellos Torre toca un fenómeno que llama premonitorio sobre la trayectoria política de los trabajadores argentinos: la no correspondencia entre condición obrera e identificación política de clase. Es decir, el hecho de que los trabajadores voten a socialistas, sindicalistas y comunistas en los 20 para la conducción de los sindicatos pero elijan a partidos y dirigentes no obreros en las elecciones generales.

En “La primera victoria electoral socialista”, Torre describe cómo el PS ganó las elecciones con apoyo de los mitristas, y legitimó una y otra vez el fraudulento sistema electoral de entonces. En el segundo ensayo sostiene que, más allá de las mejoras económicas que trajeron los gobiernos radicales y de los errores del PS, las razones de que no se haya desarrollado un fuerte movimiento socialista en Argentina están en las modalidades que revistió y en los efectos que produjo la democratización del sistema político. Este proceso puso límites a la puesta en acto de la teoría y práctica del socialismo, los cuales se expresaron en la discontinuidad entre los conflictos políticos y la confrontación entre trabajadores y capitalistas. Entre uno y otro campo de la acción colectiva no hubo una clara superposición de los antagonismos, como sí ocurrió en Europa.

La segunda parte tiene artículos sobre la etapa 1943-1946, en los que el autor examina, desde diferentes ángulos, la gestación del vínculo entre los trabajadores, los sindicatos y el peronismo. Estos son: “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo” (de 1989), “La CGT en el 17 de octubre de 1945” (de 1976), “La caída de Luis Gay” (de 1974), “La crisis Argentina de principios de los años 40 y sus alternativas” (de 1999) y, por último, en esta sección el autor incluye

un encargo de la editorial Taurus para el libro colectivo *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*, que se llama “La Argentina sin el peronismo, ¿qué hubiera pasado si fracasaba el 17 de octubre?” (de 1998) y es un divertido ejercicio contrafáctico.

Las ideas centrales de esta parte del libro son más conocidas: aquí el autor relativiza la mitologización tanto del 17 de octubre como de la relación entre Perón y la vieja guardia sindical. El peronismo aparece como el movimiento que en su intento por reducir la brecha entre las instituciones heredadas de la restauración conservadora y las nuevas realidades sociopolíticas, convierte a la clase trabajadora en el soporte principal del régimen. El sobredimensionamiento del lugar de la clase obrera en el peronismo es un fenómeno político, relacionado sólo de manera periférica con las transformaciones en la industria. Asimismo, este rasgo, con el conjunto de derechos y garantías al trabajo incorporadas a nivel institucional, logrará limitar varias iniciativas del gobierno y de los empresarios. El Estado aparece dotado de cierta autonomía relativa, es el que unifica a las masas obreras como sujeto político, pero no tendrá la forma arbitral y autónoma con el que, según Torre, habría soñado Perón. El sindicalismo no llega a ser un actor independiente, pues su intervención en la escena política depende de la apertura estatal; su poder de presión, no obstante, descansa en otros factores como la movilización y el peso en el lugar de trabajo.

En la tercera parte hay artículos centrados en el período comprendido entre 1955 y 1976. Son trabajos que sintetizan partes de *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976* (1983). En “El lugar de la UOM en la trayectoria del sindicalismo” (de 1993) Torre analiza no solamente el rol del sindicato metalúrgico como gremio rector, también reflexiona sobre cuestiones como el número de afiliados y el tipo de liderazgo. En “A partir del Cordobazo” (de 1994) y “El movimiento obrero y el último gobierno peronista, 1973-1976” (de 1982) los sindicatos aparecen en un doble papel: como depositarios y representantes de la voluntad de Perón, sobre todo en los años iniciales, y como impugnadores de las iniciativas de los demás actores políticos. Entre los años 1973-1976 Torre destaca su gran capacidad de presión a partir de la movilización obrera en un contexto político de gobiernos desprovistos de la solidaridad del mundo de los grandes negocios y bajo amenaza permanente de un golpe militar.

Los importantes estudios de Juan Carlos Torre, sin dejar de emplear algunos determinantes estructurales, intentaron incorporar el accionar de la clase obrera como sujeto social. Su concepción de la historia como el terreno de las *posibilidades*, en el cual el peronismo aparece como una de las formas de resolver la crisis de los 40 y la Unión Democrática como otra igualmente válida, es una excelente forma de escapar a los

esencialismos propios de quien ve necesidad histórica en las formas de acción de la clase obrera.

La primacía de la política por sobre los demás factores para explicar tanto la emergencia del peronismo como el sobredimensionamiento de los trabajadores en él es un punto fuerte que atraviesa todos los artículos de este libro. En este sentido, sorprende la reducción que hace Torre del fenómeno de radicalización política en los 70 a la juventud de clase media, sin indagar en el posible vínculo de este fenómeno con la clase trabajadora.

A partir de las relaciones que se establecieron entre los sindicatos y el Estado, este autor muchas veces no logra salirse del todo de los marcos institucionales, y equipara en ciertos pasajes de su obra a la dirigencia sindical con la clase trabajadora o subestima el rol de las comisiones internas y otros órganos de base, sobre todo en el periodo post-libertadora. Sin embargo, sus análisis se detuvieron, y de ahí parte de su originalidad, en datos no tenidos en cuenta por muchos de sus contemporáneos, como la tasa de sindicalización del movimiento obrero o las características de la democracia sindical.

Volviendo a la idea de pensar las luces y sombras sobre la experiencia del peronismo como “test proyectivo”, cabe preguntarse por qué una reedición de estos brillantes ensayos en 2012. Será que todavía quedan zonas oscuras para iluminar en esta experiencia y que recordar las luces que puso Juan Carlos Torre nos sirven para avanzar.

***Mariel I. Payo Esper (UNLP - CONICET)***

# Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a [archivosrevistadehistoria@gmail.com](mailto:archivosrevistadehistoria@gmail.com). Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

## 1. Extensión.

Artículos: hasta 60.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

## 2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

## 3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

## 4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y

número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

*Libros (con autor individual)*

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

*Libros (con varios autores)*

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

*Capítulo de libro:*

Anderson, Perry (1984), “La historia de los partidos comunistas”, en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

*Artículo de Revista:*

Aricó, José (1973), “Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci”, *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

## **5. Evaluación**

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.

# ARCHIVOS N° 1

## **Dossier: “Movimiento obrero e izquierda en la Argentina (1880-1950)”**

- Socialismo y anarquismo en la formación de la clase obrera en Argentina: problemas historiográficos y apuntes metodológicos, por *Lucas Poy*
- Sindicalismo revolucionario, trabajadores marítimos e historiografía a comienzos del siglo XX: revisión crítica y perspectivas, por *Laura Caruso*
- Ascenso y ocaso del Partido Comunista en el movimiento obrero argentino: crítica historiográfica y argumentaciones conceptuales, por *Hernán Camarero*
- La izquierda y la organización sindical en el lugar de trabajo, 1920-1940, por *Diego Ceruso*
- Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera, por *Alicia Rojo*

## **Artículos**

- El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana (1898-1920), por *Constanza Bosch Alessio y Daniel Gaido*
- Flora Tristán: su papel en la constitución del socialismo y de la clase obrera francesa, por *Hernán Díaz*

## **Perfiles**

- David Montgomery (1927-2011), por *Ludmila Scheinkman*

## **Documentos**

- Karl Marx sobre la dictadura del proletariado y la revolución en permanencia. Dos documentos de 1850, por *Manuel Quiroga y Daniel Gaido*

# ARCHIVOS N° 2

## **Dossier: “La hidra que renace: lucha obrera y militancia antiburocrática, del peronismo a la actualidad”**

- Conflicto y organización sindical en los orígenes del peronismo: la conformación de la Asociación Obrera Textil, por *Marcos Schiavi*
- Una lectura sobre las organizaciones de base del movimiento obrero argentino (1955-1973), por *Alejandro Schneider*
- La democracia del *Nunca más* y el movimiento obrero. La ocupación obrera de la planta Ford de General Pacheco en 1985, por *Leandro Molinaro*
- Los sindicatos en la Argentina kirchnerista: entre la herencia de los 90 y la emergencia de un nuevo sindicalismo, por *Paula Varela*

## **Artículos**

- El asociacionismo marinerero en el litoral español: la Federación Nacional de Industria Pesquera de la CNT, por *Dionísio Pereira*
- “¡Los comunistas no somos subversivos!”. El PC y la dictadura militar argentina (1976-1983), por *Natalia Casola*

## **Perfiles**

- Georges Haupt: vigencia de la historia del movimiento obrero y el socialismo internacional, por *Hernán Camarero*